VERTICAL

Por DANIEL IVÁN

DANIEL IVÁN

VERTICAL

A Clem, mi familia, Alter Dei,

y mis amigos, presentes y pretéritos;

por todos los años de indiferencia y muerte.

... La vida es siempre la muerte de alguien.

Antonin Artaud.

PRIMER ENCUENTRO

EL ÚLTIMO TREN

Raza de Caín, sube al cielo,

¡y arroja a Dios sobre la tierra!

Charles Baudelaire.

1

Porque la vida es una guerra, tomé mi arma y la arrojé al mar. Fue la última vez que sostuve un arma. No pretendí que fuera un acto heroico, ni un acto de humanidad. Fue sólo un acto reivindicatorio. Le devolví al arma su libertad. Y me devolví, sin desearlo, mi esclavitud... la esclavitud del náufrago. Regresé a ser esclavo del temor, de mis noches tenues, de mi fiebre de perseguido.

Porque la vida es una guerra, decidí dejar de ser soldado. Y perderme, ahogarme en la niebla, en el mar o en cualquier otro lado, para ocultarme definitivamente. Fue entonces que la guerra terminó para mí.

Las olas se mecen, con su tortura, indómitas bajo un cielo negro, un barril sin fondo. Camino, y siento la arena fragmentada que quema mis pies. El océano se ampara en un desierto.

Camino hacia un pueblo. Ríos de luces se ven en la lejanía, tímidos, de pueblo

pequeño y acobardado. Mi acto, el caminar, es representado minuciosamente por mis pies, por mis piernas, por mi cuerpo. Voy sudoroso y seco. El viento me agrede estrechamente, como un amante y asesino pederasta. Soy un niño frente al infinito.

La amante, la prostituta, cae sobre una ola y se disuelve. Se refracta en mil partículas de espuma rencorosa. No lleva más de dos horas perdida en la sal y ya la imagino enojada, tragada por las bestias marinas, hambrientas de ella, apasionadas por robarla, por morderle un pedacito. Será un montón de huesos desnudos sepultados en el mar; mi amigo, mi cómplice. Una muerta camaradería es ésta; un peligroso y antiguo socio. La mujer será una bella desaparición.

En la estrecha punta de la playa hay un monumento absurdo, una sirena estática que mira el mar, indiferente. ¿Cómo podría una sirena mirar el mar con indiferencia? Es un monumento a la muerte, ahora lo entiendo. Es un monumento a mí.

La bahía está sola. Mañana se llenará de turistas idiotas que jamás imaginarán que nadan en un sepulcro. Que se hunden en la tumba de una putita ignota y vacía. Pero esta noche, esta presencia del mar, es sólo mía. Soy el dueño del infinito cementerio. Soy el dueño de todo. Mañana vendrán aquí cientos de futuras víctimas, diminutas, creyendo que tienen la última sílaba del último renglón del último escrito... Y yo escogeré, sin duda, la más apropiada para las circunstancias. Y caerá. Les daré su última sílaba titubeante; les daré su último lenguaje.

No tenía a dónde correr. Estaba desarmado y débil ante el mundo; ante el mundo que era yo mismo. Si fue un error, me percaté demasiado tarde. Sin duda el mundo seguía su batalla sanguinolenta y yo no estaba ahí para estallar en aplausos. El mar era la furia desmañada e inquieta. El mar no era sino un peligroso espectador de mi ensueño. Intra-Extra es el nombre. Implícito y explícito. Yo era un hombre joven disfrazado de anciano. O un anciano disfrazado de hombre joven disfrazado de anciano. Y así subsecuentemente hasta el infinito. El hecho era que yo no era lo que pretendía ser o era lo que pretendía ser sin serlo. Inexistencia. Era un ser armado sin un arma, era un asesino sin víctimas. Era el odio sobre lo que caminaba, pero no era a otros sino a mí a quien odiaba. Yo no era un homosexual pero me gustaba que los hombres me tocaran, y en un descuido llegué a imaginar a más de uno metido entre mis piernas. Yo no era una libre mascota, pero llegué a imaginarme encadenado. Yo... ignoro si era sacerdote, pero me imaginaba celebrando una misa orgiástica con cientos de mujeres arrodilladas, mientras yo decía los conjuros.

Yo no era un hombre que imaginara, y sin embargo imaginaba.

2

Un paso... volteo. Cinco pasos, un titubeo... volteo. Es la duda una certeza: la certeza de nada. Es el infrahumano calor, la pérdida, el color difícil de averiguar. Es siempre igual... un sufrimiento sin padre, sin culpable. La soledad, ese estigma del recién nacido, del anciano, se recrea a cada instante, como un espejo en procesos multitudinarios.

Sé, siempre lo he sabido, que como ser humano estoy condenado a la soledad.

Volteaba y miraba detrás de mí y no veía a nadie; me enfrentaba con el encuentro mágico de los desencuentros. De ese nadie, de golpe, surgía algo inesperado: polvo, un acontecimiento. Y entonces daba un paso más y ya un nuevo plano de polvo había cubierto al anterior, y ya tenía que recurrir a la memoria, a ese chipote viscoso que adorna toda cabeza; ese perro de lo indeleble. Aprendí a considerar con gravedad los instantes sorpresivos, lo oculto que me asaltaba. Ese ladrón nunca cotidiano; el violador siempre bienvenido. Y la pasta caliente que

diano; el violador siempre bienvenido. Y la pasta caliente que siempre acompaña la violación. Entonces tomaba un larguísimo spaghetti blanco y lo desenrollaba sobre la mesa, y si la mesa no era suficiente, sobre las sillas, los muebles o el piso. Y si el hogar no era suficiente, sobre el mundo. Y así, este spaghetti infinito me recordaba la existencia: una línea recta, tibia y condimentada, para siempre infinita, siempre el mismo sabor, inmutable. El spaghetti-existencia entonces me resultaba absurdo, ausente, nunca poseído, siempre ajeno a mi voluntad y a mi no-voluntad. Me daba cuenta de que me mentía si decía que la existencia era un laberinto; tenía que aceptar que la vida no era más que ese spaghetti recto, monótono, que tendía hacía lo frío. La vida no es laberinto porque no tiende hacia la pérdida, sino a la posesión rutinaria de las cosas. Por lo tanto, aprendí a buscar salidas, una sola, del spaghetti; un escape eterno. Pero la pastaflora era dura, cruelmente carente de algo, vacía; no tenía aún salidas. El spaghetti me ahorcaba con violencia y entonces yo me dejaba de juegos y me lo tragaba de un bocado. Y entonces me sentía infeliz. La insatisfacción llenaba mi hogar, sus paredes diminutas, mi mundo aún más pequeño, y terminaba ahorcándome en ausencia del spaghetti.

Así descubrí algo importante. Eran pequeñas protuberancias en la pasta recta y dura, ya fría y putrefacta. Era el instante. Una existencia más allá de la vacía palabra existencia. Esta vida superada se componía de una cadena de instantes. Recordé el trauma del nacimiento de mi amigo el señor Sigmund: la huella imborrable dejada por ese segundo en el que todo pasa por primera vez, irrepetible, grandioso pero te-

rrible en su grandeza. Lo vi: la deslumbrante luz vista por un par de ojos eternamente ciegos, el ensordecedor bramido del propio llanto en un par de oídos uteralmente ignorantes. Lo vi: el niño no se explora ni se descubre. El niño se reencuentra, se reconoce.

El niño no se siente por primera vez; experimenta el exquisito placer que proporciona poseer algo de lo que ya se tenía el presentimiento. Algo que le fue robado por esa inconsciencia del ser y que le restituye la existencia, la presencia; el ser en el mundo. El instante.

Para ser transitable, pensé, el spaghetti debe estarse pudriendo.

Tengo que situarme. Me estoy desvaneciendo en la arena. Soy un millar de nada. Sin duda veo, creo que veo; la existencia me está restituyendo mi espíritu. Piso la línea, pero la veo confusa, borrosa, estallando en laberinto. Es embriagante, pero siento miedo. Aún no soy dueño de una voz.

Existencia es una palabra imperfecta. Su escandalosa escritura es burda, chillante, majadera. No alcanza a encerrar ni medio centímetro de un spaghetti desenrollado. Pero existencia existe. Será bueno recordarlo. Sí, existe una forma perfecta de preservar el instante: el recuerdo-chipote pútrido. Pero duele, dolía en aquel enton-

ces, y yo me paraba y salía con la mano izquierda sobre el estómago y encontraba a Sigmund, vestido de rojo, todo él rojo, paradito en el vestíbulo, y yo preguntaba: ¿porqué nos duele recordar? Sigmund sonreía y me decía: piénsalo. Y yo, pendejo, conjeturaba mientras mi mano derecha sustituía a la izquierda. ¿No es eso que recordamos algo hermoso, algo excitante, algo terrible pero trascendente, algo por lo menos importante? Sigmund se vertía como líquido en el rojo de la tarde que entraba por la ventana, y yo regresaba a mi hogar, alternando izquierda y derecha, derecha e izquierda, herido y sin mi respuesta. Me sentaba tras la puerta de madera, y pensaba en mis preguntas, y recordaba al señor Sigmund y me dolía que no estuviera junto a mí para decirme algo. Me sentía aún más herido y me decía: el recuerdo nos duele no por el hecho que recordamos, sino por la ausencia de intensidad. Sufrimos, pensaba, por no poder preservar la sorpresa, la herida abierta y supurante, el cosquilleo en la entrepierna, la fuerza del madrazo del instante. Tomaba un vaso de agua y salía con mi aerosol y pintaba en las puertas de los conventos: "estoy en la mierda por no poder retener lo efímero". Después pintaba en las puertas de la sede de algún partido político de izquierda: "no poseo sentimientos eternos". Entonces salían los amigos de Marx y me correteaban por jodidísimas horas. Me cagaba de risa ver a los rojillos corriendo tras de mí. Me sentía como un amante abandonado; me decía: no reclamo el regreso de mi amante sino el calor, el placer, la protección, todo lo que mi amante me proporcionaba. Me alcanzaba una piedra en el hombro, yo volteaba y les mentaba su madre riéndome. Los amigos de Marx me daban risa porque pensa-

ban que todos somos iguales. Es infantil, y por ello me conmovían. Andy me dijo una vez que todos deberíamos tener las mismas jetas y los mismos nombres. De nada serviría: los hombres no son irrepetibles por sus caras o nombres, ni por sus personalidades, ni siquiera por sus obras; son únicos por sus instantes. He aquí la materia prima del recuerdo, pensaba corriendo: no instantes de una persona irrepetible, sino personas capaces de instantes irrepetibles.

Los tiernos hombres rojillos —no rojos, como Sigmund— quedaban atrás, extenuados, pero yo seguía corriendo por algunas horas más hasta encontrar mi casa.

El viento es la voz. La prostituta de alguna manera grita con la boca inmensa del mar. ¿Qué es lo que hay que olvidar? Todo; no hay recuerdo que no haga daño.

Plantear preguntas. Esconderse. Ocultar. ¿Qué? ¿Qué recordar? Hay cosas especialmente susceptibles al olvido, como lo dicho. Lo dicho es frágil; tan pronto como es expulsado, se desvanece. "¡Regresa temprano a casa!", decía alguien —tal vez Sigmund—. "¿Qué dijiste?", respondía otro. "¡Que no llegues tarde!", afirmaba el primero. Y nunca se daban cuenta de la enorme y sutil distancia que separaba el "¡regresa temprano a casa!" del "¡no llegues tarde!". Yo salía apresuradamente de mi recién hallado hogar y pintaba en sus puertas: "No regreses temprano a tarde".

Los vecinos se quejaban. Me valía madre. Yo sabía que no se trataba de semántica; se trataba de intensidad. Recordaba, ya más tranquilo, las palabras intensas pronunciadas por alguien en el pasado, y era incapaz de recobrar la fuerza que tuvieron en sus momentos. Pasaba la vecina gorda farmacéutica y yo le decía: “¡Drogadicta!”, y se ofendía. Pasaba el vecino borracho y yo le decía: “¡Bálsamo!”, y no me escuchaba. Decepcionado volvía al hogar con sus puertas pintadas y veía a Sigmund y le decía: “¡Rojo!”, y me sonreía. Se quedaba en el vestíbulo, silencioso, y yo recordaba: ¡Rojo!, y entristecía. No era el contenido textual lo irrecuperable, sino su tono, sus pausas, sus acentos. Y entonces rojo dejaba de ser Sigmund y pasaba a ser eso, rojo. Y todo volvía a ser simple. Yo lloraba. Por eso, aún hoy, cuando alguien pronuncia la palabra “abandono”, no puedo dejar de sentir una profunda nostalgia por la voz de mi padre.

3

Yo estudiaba en una escuela de ingleses en la que los maestros eran jamaiquinos, húngaros y eslovacos, el director era checo y sólo el conserje era inglés, flemático hasta para barrer las mierdas de los doce perros que custodiaban la escuela por las noches y que de día se dedicaban a la sana cópula y a retozar en los patios interiores. Era una escuela de vanguardia artística y lo único que aprendí ahí fue inglés. Los perros, por cierto, eran también viejos pastores ingleses. Ahí, en los salones de techos tradicionales, con trabes que con su madera sostenían la cordura, yo guardaba un silencio respetuoso, casi religioso, en todas esas clases en las que analizábamos a Picasso, a Jarms, a Baudelaire, a Vangelis. Era una escuela basura.

Conocí a Udab una tarde en los pasillos de apariencia marmórea de aquel edificio, que yo no supe nunca si era en verdad antiguo o se había convertido en una antigüedad por el paso de tantos hombres en busca de tradición. Ese edificio a cuyas puertas, una madrugada en que vagaba disfrazado de mujer anciana, pinté en letras perfectamente rojas: “La única vanguardia real es el suicidio”. Udab estaba sentado

ahí, dibujando en una vela encendida y blanca, con una navaja, la sombra de una silla contra un muro. Era grácil, delgado; su largo cabello lacio caía como una cascada sobre sus hombros pequeños. Parecía una muchachita, pero las cadenas que adornaban sus muñecas le daban un tinte de violencia. Su nariz se veía aún más afilada, afilada hasta lo indecible, por la luz de la candela. Puedo decir, ahora que ha muerto, que era hermoso y que de inmediato me enamoré de él. No era nada sexual, no me defiendo, pero nunca he sido maricón; su belleza estaba más allá del sexo o de la cachondería: era un espíritu hecho de carne. Sus ojos eran negros pero puedo afirmar que eran claros, con una claridad que no estribaba en su color, sino en su vida. Era un Dios, o más bien una Diosa, una entidad divina y femenina, una virgen. Una virgen no hecha de piedra, sino de la carne de un hombre hermoso.

Yo le vi así, y mi estupor se pudo sentir en todo el corredor, en todo el instituto. Mi entrepierna, mi sexo, se encogió, como si hubiera un frío terrible, conmovido. La única luz era la de esa vela que en las manos finas y pálidas de Udab parecía un falo ígneo. Crucé delante de él, tapando la silla y su sombra, anonadado, sin verlo pero sin dejar de sentirlo ahí, con esa fuerza caliente que despedía. Escuché su voz lejana, seca y profunda.

— Merwin, el plano de los locos.

Reflexioné un segundo, sin entender. Miré hacia él, que no me veía; seguía raspando la candela, con movimientos rápidos y pequeños. Di un pequeño paso dubitativo.

— No te atrevas a moverte.

Me quedé congelado, literalmente. Sentí mi sangre helada en las venas, como un río de muerte. Mis ojos se humedecieron y me herían. Su voz había sido suave, no imperativa, pero aún así no me atreví a dar un paso. Sólo lo miraba; yo y mi Dios. Su mano armada se movía con ligereza sobre la cera, y yo trataba de imaginar qué era lo que tramaba. Sentí miedo. Entonces Udab sopló sobre el fuego y el pasillo quedó sumido en una espantosa oscuridad.

— Isla. ¿Lo has leído?

Tontamente asentí, aún sabiendo que él no podía ver mi gesto. Entonces comprendí: se refería al libro que llevaba en la mano; W. S. Merwin, antología poética.

4

Me preguntaba: ¿Quién narra una historia? Ahora creo que todos narramos todas las historias, desde la del primer hombre hasta la nuestra y la de nuestros contemporáneos. Y, como es obvio, nadie tiene la última palabra aún respecto de su propia historia. Si yo me suicido mañana, puedo estar seguro de que no faltará alguien que me humille con la sentencia de haber muerto por un "desafortunado accidente". Y si muero estúpidamente, por una tontería, no faltará alguien que eleve mi muerte a la categoría de "sacrificio heroico". Por lo tanto, cuando muera, sólo me dedicaré a ello, y me hundiré en la tibia negrura.

¿Porqué yo, injustamente, quiero contar una historia, una que tal ves ni siquiera me pertenece?

Me desabrochaba la bragueta y sacaba frente al espejo mi sexo triste y rendido, oscuro, y le miraba largamente. Su piel suave se veía arrugada, como la de una anciana aficionada a las cremas humectantes. Le miraba y le decía: háblame. Pero el pito seguía ahí, inerte, mudo. Parecía gritar algo, pero yo no tenía oídos para aquel lamento. De cualquier modo, lo que hubiera podido escuchar se habría hecho polvo; la palabra hablada es un monumento quebradizo, una parte traicionera y traicionada del recuerdo. Paseaba con mi verga muda-vociferante por el hogar y sentía el frío penetrar por ella. Mi pito era mi parte vulnerable. El sexo es la parte vulnerable de todo el mundo, como lo dicho es la estatua de sal del recuerdo. Sin embargo, ahora lo sé, hay dos partes de éste en extremo fieles: el sabor y el olor. Ambos estimulan el recuerdo, lo inflaman. No dejan de integrarse al recuerdo, pero primero lo excitan, lo crean. Por eso siempre tuve la intención de aprende yoga, para poder flexionarme como serpiente y sentir el sabor y el olor de ese sexo mío que ahora ya he olvidado.

— ¿Has soñado que mueres?

Me moví nervioso de saber que él se deslizaba hacia mí. Sudaba frío y sentía los labios y la boca secos. Asentí nuevamente en la oscuridad.

— Pues eso es Isla. Es un poema plano de un poeta plano y loco sobre un sueño acerca de la muerte. Créeme, es una bella estupidez plana.

Sentí una repentina furia, que hizo que me sintiera mareado, asqueado. ¿Quién

era ese ser delicado y agreste para decirme que W. S. —mi amigo— era un poeta plano?

— ¿Tú qué sabes? —me atreví a replicar, débilmente.

— ¡Cállate!

Su voz se tornó violenta y sentí miedo.

— Estamos hablando de mí —repuso suavemente—, no de ti.

Escuché una débil risa feminoide que seguramente brotó burlona de sus labios.

No lo sabía, pero en aquel momento descendí a la esfera de los hombres infectos y permanecí ahí hasta que María bajó para rescatarme.

El aroma y el olor son, durante el instante, los que crean bellamente la pasión. Son la garantía de una cercanía. Lo agrio es la carne de Dios. Morder la piel, saborearla, olerla; de eso está hecho lo imperecedero del placer.

El recuerdo, por tanto, es perecedero en sus formas e imperecedero en su naturaleza.

Sentí el húmedo aliento de Udab en mi cuello. Mi sangre hirvió con lívido ardor. Sentí como si todo mi cuerpo fuera un falo en proceso de erección. “Temes, pensé, que su boca te seduzca, que su cercanía te provoque hasta que olvides quién

eres y para qué crees que estás aquí”.

— Soy un terror feroz.

“Temes, pensé, su cercanía. No temes que te toque sino que deje de hacerlo. Temes que un segundo no sea suficiente para guardar la eternidad de su tacto. ¡Puto cobarde! Si lo único que anhelas es un mínimo parpadeo de esta enfermedad. Lo único que esperas es esta locura infame y su desenfreno”. Aspiré profundo, como tratando de absorber el terreno en el que se movía ese dolor, y fue entonces que percibí el aroma: acre y glorioso, como el del cadáver del crucificado. Era un aroma clave, como un mensaje codificado en una esencia. Era un olor desencadenado, cruel, de muerte.

Sentí el frío certero del terror. De pronto sentí que ese ser divino sólo podía ser la muerte, o un muerto en el mejor de los casos. Traté de dar un paso, pero su mano me detuvo firmemente. “¿Qué es esto?”, pensé, “¿qué va a pasar?”. El aroma era persistente, me abrumaba, pero me embriagaba. Era como una paciente navaja que limaba el terror del ser amado en la cera derretida de mis hasta ese momento virginales miedos. Ese aroma era Udab mismo que se desvanecía en el aire como el genio de la lámpara.

En ese momento arrancó el pequeño libro de mis manos, sin apartar un instante su boca de mi cuello. Sentí el fugaz contacto de su mano con la mía como un estallido, un furioso calor de erupción.

— No permitiré que te contamines —dijo.

Su boca se alejó de mí, dejándome frío, como un viento gélido que se inmiscuyera en el verano.

Escuché sus pasos que se alejaban.

Trataba de construir. Tal vez un hogar, pensaba, y entonces decidía entrar a la facultad de arquitectura. Tal vez justicia, me decía, y entonces intentaba en leyes. Tal vez bienestar, y pasaba a medicina. Así, intenté inmiscuirme en la vida de los hombres, en sus estructuras y formas, para ser un hombre célebre, posiblemente de esos que se llaman genios, como Sigmund, o W. S., o Andy, o Jim. Ellos se paseaban por el hogar, viéndose en silencio, siempre lejanos el uno del otro, incomunicados cómodamente. Eran como fantasmas que me atravesaban, me poseían y a veces hasta me fastidiaban. Eran mi amor, y yo no lo sabía.

Así, como siempre, el amor se volvió una querella verdosa, como agua estancada, que parecía ir llenando mis poros como a boquitas sedientas de borrachera. Así viví mi juventud, que pasó de ser divino tesoro a ser divino esperpento. Me salía a la calle, a caminar era el pretexto, cansado de tanto amor enmohecido y perverso, cansado sin duda de tanto pintar puertas de rojo con frases de genio que nadie parecía entender. Salía buscando futuro, ese futuro que se le negaba a mi rostro, marcado todavía con el acné de las transformaciones. Salía para encontrarme solo, ya que el vivir solo me obligaba a acompañarme de genios aparecidos. Mis genios incomuni-

cados. Tomaba un auto —¿sería mejor decir: me lo robaba?—, un auto cualquiera, nada ostentoso, y avanzaba, según yo, hacia el futuro. A veces se terminaba la gasolina, de forma estúpida, y entonces yo salía del vehículo, aún sin encontrar nada, enojado, cansado de esa nada; en ocasiones prendía un cerillo al automóvil y le veía arder hasta consumirse, y en ocasiones simplemente lo abandonaba, como todo un diplomático. Caminaba entonces con simpleza, con belleza delicada, y me perdía, llegado el momento, entre los cientos de miles. Y entonces comenzaba a percibir: una mirada, una joya en el cuello, un manjar, un sonido metálico, una música, un niño con su cereal en la boca, otra música, un anuncio radiofónico, una cartelera callejera y arrugada, más música, una vieja callejera y arrugada, músicas y músicas, un aroma. Y ahí empezaba el problema: ¡un aroma! La cadena del misterio. Mi mente viajaba por medio del olfato hacia instantes-cicatrices en mi memoria; estos instantes provocaban entonces en mi mente, como un cinematógrafo que se encendiera, la imagen de la persona inquilina del recuerdo. Esa era la mecánica de mi archivo; así funcionaban, aún funcionan, mis recuerdos. Era un éxtasis, era el trance de ver lo antes visto: era la videncia del pasado. Pero pasado ese momento, el momento de la añoranza, nacía en mí el más inenarrable de los odios. Odio contra la infame persona que portaba el olor, el perfume sublime. Sentía que eran ladrones, aún peor, usurpadores; sentía que habían robado algo único, algo que sólo podía pertenecer a una persona, a esa de mi visión, a la inquilina. Por eso, en ese momento, trataba de absorber con mi aliento, mi aliento desesperado, todo el aroma del que fuera capaz;

respiraba profundamente y llenaba de ese aroma a esa imagen que vivía en mi mente para que nunca se le acabara; respiraba profundamente, con furia, hasta que me dolía la nariz, y así no olvidaba, no olvido que no olvidaba, así el recuerdo estaría siempre ahí, así el aroma sería, será, siempre, el detonador del sufrimiento.

Respiro profundamente, y así me burlo de ellos.

5

Abrí los ojos tiempo después. Sentí hambre, un hambre colérica e insaciable. Por ello no comí nada; si era insaciable no tenía caso intentarlo. Mi espalda se sentía rígida, tensa por tantas horas de sueño molesto, patético; un sueño que no restituía. Sería tan fácil salir, pensé, y reinventarme toda la historia, pasar de largo ante Udab, no ver, no saber, y simplemente volver a ser yo. Pero Arthur tiene razón: somos otros.

Caminé pesadamente por el hogar, levantando restos de spaghetti del piso, ya verdes y apestados, como vértigos antiguos e iracundos; y todo era Udab. Aquí y allá, por todos lados. Todo yo, era Udab.

Me vestí sucio; disfracé mi suciedad. Al meter mi brazo a la playera sentí el olor agrio de mi sudor de días. Me di asco. Sentía aún el aliento de Udab en mi cuello; sentí ahí su humedad y su vileza.

“Me chupó el vampiro”, pensé.

Udab era, es, un hecho aislado. Udab es mi propia perversión... Nunca he sabi-

do cuánto tiempo duermo. Siempre despierto con la sensación de que lo hago por días, por meses enteros. Salgo a la calle inválido de miedo, miedo a encontrar que el mundo es ya otro, distinto, que el futuro está ya aquí; miedo a ya no ser parte del terrible mundo.

Así me sentí ese día al despertar.

He llegado a ser inhumano por mi afán enfermo de llegar a ser humano. Así me destruyo hasta ya no reconocerme, y hasta reconocerme en la piel de otro.

¿Dónde está el rey perdido? Caminé hasta el colegio inglés con miedo, con la mirada sumida en esa bruma fría propia del sueño, de lo onírico. La calle, la gente, se me daban desfiguradas, deslavadas; caminaba tambaleante, sin saberlo, ebrio de Udab, ebrio de Dios. Caminaba y en mi fiebre veía a Udab en cada esquina, viéndome con ironía, parado en todas las banquetas y en todas las sombras; viéndome con esos ojos de claridad indefinida, como taladros para la caverna y para el alma. Caminé con mi alma en un hilo, tratando de conservar un equilibrio ya perdido, una cordura ya imposible, fuera de lugar. Udab era la voz del infinito, el canto feo de las estrellas en un día de iracundo sol. Llegué al instituto, a la escuelita basurero, y mis pasos se volvieron acolchonados, como en un estupor de hierba. Observé, sin mucha

sorpresa, que mi pinta había sido borrada. Pendejos, pensé, no se les ocurrió otra cosa que borrar mi huella. Nadie nunca nos permitirá hacer historia. Me acerqué con cuidado, mientras otros estudiantes entraban y salían, indiferentes, con prisa. Observé un pequeño trozo de papel, pegado arrebatadamente a la puerta: al acercarme vi que era la pequeña pasta de mi libro de W. S. Fue una sorpresa para mí. La sentí desprotegida, débil, tan fuera de contexto que se veía absurda. Me hubiera gustado arrancarla y darle un beso, por lástima. Pero la dejé ahí, y tontamente, carente de toda imaginación, seguí caminando. Mi mente estaba en el vacío, tan sólo palpitando, como un trozo de corazón a punto de morir, arrebatado de su mundo. El pasillo principal de aquella construcción era largo y recto, como el spaghetti, y tenía el mismo carácter espantoso de éste. Al fondo se veía el patio central, falsamente iluminado por el sol, con su pequeña fuente central y sus corredores viejos de siglos, adoquinados con monería homosexual. Continué avanzando, lentamente, con simple temor. Tenía miedo de todo, y todo era él. Temía encontrarlo en algún sitio, verlo y morir. Tal era el poder que yo sentía en él. Miré, con cierta irritación, que las hojas de mi libro estaban pegadas por todos lados, unas al derecho, otras de cabeza, todas en desorden y la mayoría arrugadas, como si Udab hubiera estado limpiándose el culo con ellas. Toda la poesía de W. S. Merwin yacía, profanada y ahora absurda, por todo ese edificio de mierda. Pero aún así, el orden —o desorden— tenía algo de estético. Algo hermoso brotaba de todo aquello; de aquella violación al universo del poeta estaba brotando una nueva poesía, más terrible y subyugante, más caliente.

Era Udab, el agresivo y delicado poeta, que probablemente sería capaz de llamarle a aquello "su" montaje. Y en realidad lo era. Llegué a mi aula, casi por coincidencia: las coincidencias son las que me hacen volver a la realidad. Entré, y mi temor se transformó en un sentimiento de vehemente terror. Todo el recinto estaba inundado por hojas, hojas por todos lados. Me preguntaba cuántos libros habría tenido Udab que destruir para lograr algo así; era algo increíblemente macabro. Miré hacia el piso; mis pies pisaban las páginas de W. S. Levanté una y otra y otra. Todas eran de W. S. Comencé a llorar.

Pensaba, en mis elucubraciones narrativas, que era difícil, si no imposible, narrar un aroma. Podría intentarse, pensaba, una figura como: su inquietante olor de azahar. O: su ofensivo olor de jazmín. Su irónico aroma de madera. Pero nunca... nunca será posible encerrar en estas palabras lo inquietante del olor de azahar, o lo ofensivo del olor de jazmín, menos aún la ironía del aroma de madera. Preguntaba a Andy: ¿Existen palabras suficientes para un aroma? Andy me miraba, con sus ojos encerrados en sus lentes de aro de carey, sonreía —todos los genios sonríen—, y me decía: Los sentimientos provocados por el aroma son exclusivos de quien, en el instante, lo percibe. Y la ofensa, dulce niño, la inquietud o la ironía, no son cualidades del aroma, sino del instante. Andy, con su andar de terciopelo subterráneo, se iba feliz hacia su fábrica de puertas abiertas, no graffiteadas nunca por mí, ni por nadie,

pues el graffitti de Andy será eternamente invisible, y yo me quedaba ahí, con sus frases venidas a menos, con su palabra ignorada y con mi terror a narrar, solo.

La última palabra del recuerdo está, por hoy, en el aroma de estas calles invadidas de hombres hervidos, de hombres que lo roban todo. Lo único que creía poseído, mi recuerdo, está ahora extraviado. Mi pasado está cambiado por un pasado que me es distante, agresivo hasta los zapatos. Hasta zapatos viste el recuerdo. El aroma me transforma en el ser inverso, en el paralelo. Arthur me advirtió y yo no escuché. Soy otro. Soy y seré ese otro que acabe conmigo. Y acabaré conmigo en un instante de recuerdo. Porque el aroma es el arma que apunta a mi cabeza, el cañón listo a disparar, en todas partes, en la avenida y el café, en la iglesia y en el baño de burdel. El aroma no es como los demás ingredientes del recuerdo: carentes de la intensidad del instante. No, y por eso es peligroso. El aroma llega siempre a nosotros con el mismo fuego, con la misma tenue erupción catastrófica que en su momento. Es un puñal que ya no sale nunca de la espalda, que se pudre dentro del cuerpo e infecta, para siempre, al individuo. Al que recuerda y al recordado. El aroma es individual; caracteriza al ente aislado. Por eso es la prisión en la que se moldean las personalidades. Es la prisión del yo único. Es la disolución perpetua del cuerpo perseguido.

6

Me senté, perdido en mi dolor, en un pequeño e indigno pupitre, solo en aquel mar inmenso de poesía fragmentada, rota y violada bellamente; comencé a odiar a Udab. No comprendía una mente así, no alcanzaba mi pobre pensamiento a encerrar el tamaño de esa perversidad, de esa enfermedad. Lloraba en un intento por lavar toda esa mugre que ya se acumulaba en mí. Lloraba porque aún a pesar de mi indignación me sentía fascinado, enfermo ya de todo aquello. Por vez primera me sentí solo. E irónicamente, sólo lo veía a él como una posibilidad de compañía. Él era el único que podía compartir ese vacío que se expandía en mi corazón.

Algo se movió detrás de mí. Miré, pero sólo vi ese montón de papel que alcanzaba casi el medio metro. Regresé a mi llanto, pero comencé a sentir miedo. Algo estaba en esa habitación, justo atrás de mí, y yo no me atrevía a suponer qué.

— Siento mucho hacerte daño.

Ya no hacía falta suponer nada. Él estaba ahí, a mis espaldas; su voz sonaba hasta cierto punto apenada, pero sin perder su altanería y su cinismo. No me atreví a

voltear.

— Siento mucho que no entiendas.

El llanto volvió a nublar mi vista. Era verdad, yo no estaba entendiendo nada y era él, precisamente él, quien me lo echaba en cara. Un estúpido reproche, que yo no entiendo. Comprendí entonces mi furia: era una furia contra mí, contra mi educación y mi pensamiento alienado, seco y limitado, contra mi visión del respeto al artista, del respeto a cualquier cosa, pues era esa limitante la que me alejaba tanto de ese cínico cabrón. Sentí un odio tremendo contra todo, contra mi desarrollo como ser humano. Sentí el peso de ser yo, otra vez.

— No tenías derecho... eres un hijo de tu puta madre.

Las hojas crujieron detrás de mí. Sentí movimiento, mucho movimiento. El oleaje de las hojas se hizo violento, avasallador. Oí su voz, ahora dulce y hermosa. “Mírame”, dijo, casi en un murmullo. No miré.

— ¡Mírame ahora!

Di la media vuelta, con violencia, dando un brinco al pupitre indigno, tirándolo como un trapo estúpido. Vi el monte de hojas, pero no vi nada más.

— Ahora entiendes, ¿no?

Ubiqué a Udab. Estaba enterrado en el cúmulo de poesía, enterrado, pensé, como deberían enterrarlo cuando muera. Sonreí.

— Entiendo —murmuré.

— Mientes, no entiendes una mierda. Nunca entiendes; te pasas el tiempo in-

tentando entender, por eso nunca lo haces.

Mis manos sudaban, heladas, terriblemente perdidas de mí. Un círculo. Temblaba y de un momento a otro dejaba de temblar. Entonces sucedió.

Udab surgió lentamente, muy lentamente, de entre las hojas. Un Lázaro punky. Primero su cabeza, su rostro perdido entre su pelo lacio que caía cerrado sobre él, su cuerpo, su torso desnudo y frágil, sin la más mínima pelusa, esos dos aretes que herían y adornaban sus tetillas, su cintura, su sexo apenas coronado de vello, ese falo pequeño y delgado, sus piernas flacas y huesudas. Creí que iba a morir, pero sólo acerté a verlo en silencio.

— No trates de entender, sólo hazlo.

La puerta del aula se abrió de golpe. A mis espaldas oí la voz destruida de algún maestro.

— ¿Qué demonios significa esto? —preguntó, con esa voz que era ruinas de glorias pasadas y que viajaba del enojo a la sorpresa.

Miré a Udab a los ojos, ya limpio, ya curado de espanto, y vi que él no hizo el menor intento por cubrir su cuerpo majadero. Entonces realmente comprendí.

— Hemos encontrado, profesor —dije—, la verdadera vanguardia.

Sonreí a Udab, y él hizo otro tanto. Escuché la puerta cerrarse lentamente.

— No mientas —me dijo—; tú piensas que la única vanguardia real es darse con una escopeta en la cabeza.

Corrí a abrazarlo.

Ahora veo que aun estoy aquí y que ya amaneció. Las olas, el oleaje que empaña el alba, rompe furioso en este puerto de arena. Ha pasado toda una vida desde que amamanté al mar con el cuerpo frágil de la prostituta. Lo había olvidado: fue tan sólo anoche. Fue ayer y los muchos ayeres sin lejanía del pecado y sin contrición. Sin Dios viéndome. El mar cree romper contra la playa... en realidad rompe contra mí. Soy un hombre nuevamente libre.

Un hombre pequeño y débil corre por la orilla de la playa, con su torso desnudo y sudado, horrible, y sus piernas cadavéricas y velludas apenas cubiertas por unos pantaloncillos. No falta mucho para que esta pobre frontera de la naturaleza caiga en manos de los estúpidos turistas. Y yo... ¿qué haré? No lo sé, pero en realidad no me preocupa; ya inventaré algo. Siempre tengo una respuesta adecuada porque he aprendido a ser eficiente y productivo. Nunca, nunca dudaré en hacer lo correcto en el momento adecuado. No cabe duda de que soy un perfecto hijo de Dios.

¡Ay, la violencia! ¡Ay de mí, hijo violento de la nada! La violencia se me va y en un parpadeo me regresa, aún más dura, más corroída. La violencia, mi violencia, no tiene nada, no tiene aroma, nada. Sólo tiene sudor, lágrimas, aspectos físicos. Este instante, este amanecer moribundo de abandono, este momento que hoy me envuelve, que desde Berkeley no me deja, es violencia pura y se perderá para siempre. SIEMPRE es el mar que se engulle los cadáveres, los crímenes. SIEMPRE es el olvido; tengo que rescatarme del olvido.

vido; tengo que rescatarme del olvido.

Pensaba que nada, ni el amanecer ni el otoño ni la llamarada que consumió la biblioteca de Alejandría, era casual. El spaghetti no se fragmentaba casualmente, sino por mis dientes que decidían amedrentar al destino. Así, para que un día se produzcan los recuerdos, es necesario interrumpir el instante; es necesario caer en el vacío para algún día ser rescatados. Ya que la vida no importa, ya que la vida no existe, ya que todo es nada, es, sin duda, necesario el abandono. Es necesario destruirlo todo para que el rehacedor siga nuestro modelo.

Para ser eternos tenemos que tentar a nuestra eternidad.

Aquello era vida, vida desbordada y terrible, asquerosamente grande. Amé a Udab ya no en el anonimato de mi fiebre, sino en esa misma fiebre liberada y reconocida. Lo pude amar entero, sin necesidad de más contacto que el de nuestras almas abiertas y complementándose. Éramos dos hombres, más aún, dos niños terribles, enfrentándonos, retándonos, excitándonos. No era sexo; en un entorno tan caliente, el sexo no hubiese sido más que una necia vulgaridad y una estúpida reiteración. No

éramos homosexuales: éramos precisamente dos hombres tan satisfechos con su naturaleza, que aún nos podíamos dar el lujo de amar a otro de nuestro género. Éramos la vanguardia de extraños tiempos que llegarían.

Se sucedieron días terribles, días de enfermedades contagiosas y epidémicas. Udab y yo nos aficionamos a vagar la ciudad, y comencé a darme cuenta de la vaciedad que me envolvía cuando yo sentía a esa ciudad como la cloaca más grande en un mundo de cloacas. Junto a él todo era inmenso y multiforme: todo era infinito. Navegamos, juntos, por el mar infinito de los vicios y las quimeras. Y fue así como redescubrí mis límites y pude ver más allá de ellos; Udab me demostró que, una vez más, Arthur estaba en lo cierto. Me sorprendió sobremanera que él no pudiera ver a mis genios aparecidos, pero ello me dio oportunidad de compartir con él algo que él no tenía; esa videncia imposible de seres magníficos muertos sólo corporalmente, pero vivos y presentes en el aire, en mi aire, presentes a cada paso, mío y suyo, observándonos complacidos y envidiosos. Ellos ya habían dejado sucumbir su carne magnífica, su carne de dioses, y nosotros aún la teníamos para evidenciar nuestros excesos. Era ese nuestro tiempo; eran nuestros días extraños, como un canto de Jim.

La ciudad nos abrió sus piernas sin miramientos, tal vez excitada violentamente, cachondeada hasta lo indecible, por nuestras incursiones nocturnas a sus rincones más inexplorados. Salimos a cazar a la gente, en un safari de nuevo orden: salimos a cazarlos para sentirnos vivos. Los acorralábamos, los asustábamos hasta que ya no tenían escapatoria, y entonces nos acercábamos pausadamente, con crueldad, apun-

tando nuestras armas a sus cabezas, nuestros dedos en el gatillo, y en el último momento les perdonábamos la vida. Esta actividad tan sublime y deportiva nos dejaba exhaustos por varios días. Mientras tanto nuestras presas iban con la policía y ésta comenzó a buscarnos. Creo que no podían lamentarse: eran las primeras personas que después de ser asesinadas podían ir a poner su queja. Un día hasta aparecimos en el periódico; nos acusaban de ser un sector de choque de grupos neofascistas... pero sólo éramos Udab y yo. Por razones dramáticas salíamos siempre disfrazados: un día de ancianas, otro de sacerdotes, otro de rameras; así que nunca nos echaron el guante. También salíamos a robar —ya no hay duda: los robábamos— autos, como siempre nada ostentoso, y los quemábamos cuando por la eterna estupidez se nos terminaba la gasolina. Ya no buscaba el futuro; el futuro lo tenía entre las manos.

Un día en que reposábamos rendidos de nuestras incursiones en la selva, Udab me leyó una nota en el periódico... nunca lo había visto tan sinceramente preocupado. La nota decía que alguna de nuestras presas había declarado que sus agresores vestían como sacerdotes, con alzacuello y ropa negra. En consecuencia, dos seminaristas habían sido brutalmente agredidos por varios policías. Los seminaristas caminaban a altas horas de la noche, rumbo a la casa de una anciana moribunda que esperaba los últimos auxilios espirituales. La autoridad los confundió, y no se dieron cuenta hasta que ya fue, como siempre, demasiado tarde.

Yo sólo acerté a deshacerme de la risa.

Fue en el tiempo de los albergues. Una de las muchachas que nos ayudaban en esa tarea de titanes me trajo a ese hijo de nadie, a ese hijo pequeño y hermoso de la calle, que había encontrado tirado y tiritando de sueño y frío, arropado por esos trapos que sólo creaban una burla de calor y por ese largo cabello lacio que adornaba su cabeza. De inmediato supe que ese niño podía ser mi más grande obra o mi más grande desventura. Me miró con sus dos ojos enormes y bellos, y con su vocecita afectada por el letargo y la enfermedad, me preguntó: "¿Eres niño o eres niña?", observando curioso mi sotana y mi crucifijo pectoral. "Soy niño", respondí. "¿Y porqué te vistes como niña?" Yo sólo lo tomé entre mis brazos y lo acerqué a mi pecho. Entonces lloró todas esas lágrimas que había guardado por la falta de un regazo que las recibiera. Fue el dolor de un primer instante de compasión desconocida.

Lo metimos en brazos al albergue, entre las miradas curiosas de los colaboradores, que nunca habían visto una criatura tan hermosa y perfecta, y de los niños, que nunca habían visto un varón con el cabello tan largo. Caminé sintiendo su peso de gigante en mis tensos músculos, que en aquel entonces sentía duros y firmes, en un alarde presuntuoso de juventud. Su cabello lacio caía sobre mi brazo izquierdo, y sentí su olor agrio de mugre y abandono. Entramos a mi austera oficina, yo vacilando ante su grandeza, y él aún lloriqueando como niña y balbuceando frases sin co-

nexión, palabras de dolor y carencia. Lo deposité suavemente en mi sillón, su cabeza cayó con delicadeza hacia un lado y su cabello le cubrió el rostro. Parecía una muñeca fea y arrumbada; yo lo vi aún más hermoso. Clara, la joven colaboradora que le había encontrado, rompió en llanto.

Todos habíamos encontrado, de pronto, la causa de nuestras vacías búsquedas.

Lentamente alzó la mirada. Clara y yo le veíamos en silencio, sinceramente conmovidos; él nos vio, y en un segundo su mirada perdió la tristeza y recobró su cinismo. Nos sonrió. Se levantó de un salto de mi sillón y caminó hacia mí, con un dejo de crueldad en el caminar.

— ¿Qué sigue ahora? —preguntó.

— Siéntate —le dije, señalando una silla. Caminé y me aposté en mi escritorio, desconcertado por ese cambio repentino, pero decidido a retomar mi papel de jefe. Clara pidió disculpas y se retiró. La política de los albergues era que todos los niños eran iguales, que ninguno gozaba ni gozaría en el futuro de un trato diferente al que recibían todos. Desde la primera mirada que crucé con él, supe que la política se había ido al carajo.

Tomé uno de nuestros anticuados formularios y me dispuse. El niño me miraba detenidamente, escrutándome, con un cinismo de anciano. Me puso nervioso.

— ¿Cuál es tu nombre? —me aventuré. El niño se metió el índice a la nariz y actuó como si yo no estuviera; me sentía realmente confundido, no por la actitud, sino por el profundo deterioro que provocaba esa actitud.

— Hijo-de-la-chingada-virgen-María.

Solté la pluma, de un golpe. Me levanté del sillón y caminé hasta colocarme justo detrás de él. Se movió nervioso en su asiento, pero no volteó a verme; creo que no calculó bien el peso de sus palabras, y jamás esperó esa reacción en mí.

— Ese no me parece un nombre correcto. Yo lo dejaría en hijo de la chingada.

— No es mi nombre —dijo riendo—, es el tuyo.

Udab se convirtió en Dios porque creció en un ambiente en el que el concepto de Dios se utilizaba cotidianamente, con tanta frecuencia que las palabras se volvían vacías, a veces huecas. Esa imagen, la del ser omnipotente y glorioso, nunca pudo colocarla en otro que no fuera él mismo. Y así fue durante toda su vida. Udab fue Dios porque se convirtió en el arquetipo del hombre maduro, ese hombre que no sólo carga una inmensa joroba de responsabilidades, sino que las satisface sin el menor asomo de dolor o esfuerzo. Si esos hombres de faldas largas se arrodillaban ante ese hombre débil y vencido, clavado a una madera pútrida, y le glorificaban, ¡qué no harían otros hombres frente a él, un ser fuerte y hermoso, que jamás sentía el agobio del fracaso o de la duda! Sus necesidades eran de otro orden, de otra naturaleza, tan increíbles y distintas que sólo él podía satisfacerlas, sólo él. Por lo tanto, no sólo no tuvo la necesidad de un Dios, sino que se creo la terrible necesidad de él mismo llegar a ser el Dios vivo en la tierra, y lo logró, hasta que le llegó el tiempo de ser cru-

cificado.

¡Sí, Yavhé, Cristo, Dios, Padre nuestro que estás en el cielo, sí, Cabrón Divino, existe el orden, aunque tú te empeñes en jugar a los dados con mi existencia y la de todo el pinche mundo! Hoy estoy aquí, metido hasta el cuello en mi asunto, en mi crimen de loco desesperado, pisando con mis pies desnudos este último rincón de tu creación esperpéntica, viendo cómo, lenta pero inexorablemente, la arena cae vencida ante los pies leprosos de los turistas, esos imbéciles perversos que no se dan cuenta de que sólo existe esa categoría de hombres: TURISTAS; no ven que tú no creaste al hombre sino al turista, porque eso es el hombre en tu creación, en tu plan, en su vida y en sí mismos, con todo su desarraigo y su insatisfacción pendeja y hambrienta, con sus cumpleaños y sus bodas harapientas, con esa máquina de desastre que es su historia, sus hijos y sus padres y todas las chingadas cosas existentes o por existir.

Yo te entiendo; no importa cuánto te empeñes en negarlo, yo te entiendo. Sé hacia dónde diriges tu mirada. Sé, Dios, que lo conoces todo y por eso no paro, ni pararé, de cagarme en tu mirar omnipresente. Es inútil que lo niegues: te preocupo. Pero, niño Dios, créeme que yo no estoy preocupado por ti; ya no creo en eso de que mandas rayos para castigar a tus enemigos —¿soy yo tu enemigo, lo soy?—; todo eso ya pasó a ser un simple juego imaginativo propio de mis recuerdos sobre mi po-

bre madre loca. A lo más que has llegado es a mandarme una putita insignificante y medianamente inteligente, de la cual, te aviso, ya me deshice. ¿A eso asciende tu furia, buen Dios? ¿Es ese tu peso aplastante?

Aunque parezca, esta no es mi forma de decir adiós. ¡Decirle adiós a Dios! Eso es imposible. Es esto, más aún, mi bienvenida. ¡Eres bienvenido a mi festín! Eres bienvenido a mi mundo, a este cuarto apestoso de hotel, desde donde veo ahora tu maldita y accidentada creación. Pasa, buen amigo, y saca tu arma para matarme, de una buena vez.

"Udab ha muerto", me dice la pálida mujer que se encuentra frente a mí, vestida de nada, horrible y etérea. Percibo su cabello blanco y cristalino que cubre su cuello y sus hombros, en un alarde de sueño-en-technicolor. "Lo sé. Creo que todo este tiempo lo he estado esperando", le contesto. En verdad, siempre veo a Udab muerto; la primera vez que le vi, recuerdo, creí que era la misma muerte. Y su aroma, ese halo de cristal que le cubre, es el de un muerto. "¿Qué sientes?" La mujer se acerca a mí lentamente, y al ver su rostro siento que la he visto antes, en algún lugar. "Nada." Yo te he visto. "¿Tengo que sentir algo?" "Por lo menos, lástima por ti." Siento mi cuerpo tieso, calamitoso, y mi sudor de siglos que me ataca el olfato. "¿Cómo sucedió?" La mujer, bella y distante, como una virgen de lentejuelas, se aleja de pronto, con prisa y preocupada. Me excito. ¿Qué carajos es todo esto? Yo te

he visto; ¿dónde?

"Sucede, niño; siempre sucede."

Un árbol, creo que es un roble, se ve por entre las cortinas. Es grande y sólido, anciano, testigo de quién sabe cuántas aflicciones de niño, escarceos pornográficos y adolescentes, orines de perro... y miradas mías. Estoy preocupado; Udab se encerró hace más de media hora en el cuarto de baño, hace como diez minutos le escuché vomitar, y corrí a ver el periódico que sostenía en sus manos... ahí está: la noticia de los seminaristas. Sólo él sabe. Sonrío; aún me causa gracia todo el asunto, ese absurdo ridículo de dos buenos muchachos confundidos con un par de neonazis trasnochados. Siento en el labio mi habitual dejo de desprecio; ese, mi desprecio por todo lo que se refiera a Dios o a su obra en el mundo. Dios me ha robado mucho, cosas importantes, pero hoy día ya no lo tomo tan a pecho y me limito a despreciarlo. Me parece más sano y mucho menos costoso. En mi despertar adolescente llegué a sentir una gran rabia contra ese Dios, una rabia creativa, que me impulsaba a luchar con mis imberbes armas contra él. Hoy todo eso me parece inocente y febril. Prefiero ignorarlo y de paso, sólo de paso, tirarle mierda. Han pasado ya muchos sueños deshechos sobre la tumba de mi Dios. Brindo por eso. No comprendo cómo aún hoy siguen existiendo hombres dispuestos a dedicar su existencia a ese ser invisible e invencible, invencible por invisible e inservible por invisible. Ese amor me

causa náusea y, a veces, admiración. Cuando miro el spaghetti, y veo lo incrédulo que tiene que ser un hombre para poder pararse ahí y caminar, veo con benevolencia a esos otros que aún creen en Dios, porque al menos ellos siguen teniendo ese bastón para sostenerse con cordura en esa línea de espacios vacíos. Pero cuando veo a este par de niños golpeados por el marro de la autoridad y del miedo, o veo a ese flaquito clavado a una cruz, o a un niño en una silla de ruedas, se me alborota el estómago y me rechinan los dientes y el desprecio. ¿Dónde se esconde este Dios que juega al timbiriche, que se divierte formando cuadritos que son, en la práctica, cementerios? ¿Qué clase de Dios es ése que precisa de los hombres para ejercer su influencia sobre el mundo? Estos dos rostros inflamados a golpes denotan perplejidad: no entienden un pito de lo que los orilló a esa brutal madriza policíaca. Tal vez se pregunten porqué su creador glorioso se desconectó de ellos durante esos instantes trágicos, sangrientos, se preguntarán cómo es que la luna brillante de esa noche fue testigo, y Dios no. Porque él no lo hubiera permitido, es su fe, si hubiese estado ahí. Tal vez, porqué no, la vieja que los esperaba con una mano agarrada de la muerte y la otra suplicando salvación, se haya ido desconcertada porque no le llegó el bálsamo de sus esperanzas. Sin duda este pequeño y a primera vista absurdo evento no es tan casual e intranscendente; tal vez provoque una larga cadena de incertidumbre y rencor. Como mis condenadas pérdidas. Como mi padre que se fue y mi madre que lloraba. Como mi propio rencor.

El roble se agita, doblegado por el viento, inquieto en el medio del atardecer

que se tiñe con delicadeza de rojo. Udab ya casi cumple la hora de encierro en el baño, en su prisión de mármol. Escucho un golpe violento y enfermo en la puerta. Hace tanto tiempo que nadie toca a esa puerta, hace tanto, que había olvidado cómo rayos sonaba una mano contra la madera que divide mi mundo del mundo de los hombres. Suena otro golpe: no es una ilusión; hay alguien tocando a mi puerta.

¡Cuánta violencia encierran hoy las rutinas del ocaso, cuánta vehemente individualidad se me da en estos movimientos enmohecidos y robotizados! Siento el miedo de mi desafío... mi amigo, mi buen amigo del cielo, se lo tomó muy a pecho y está a punto de desenvainar su espada del infinito.

Caminé desconcertado hacia mi puerta, la puerta desconcertada. ¿Qué haré al abrir? Ya he olvidado las reglas de la relación con otros hombres, se me olvidó la cortesía. ¿Debo invitarle a pasar? ¿Y si es un ladrón? ¿Debo invitarle a que se chingue mis libros o mis cuadros, mi máquina o mis fantasmas? Que se lleve la tele, en todo caso. Últimamente sólo la prendo para que haya ruido de fondo, pues mi pinche grabadora se la llevó el carajo. ¿Y si es la muerte que viene por fin por Udab, pues ya no puede vivir sin él? Udab lleva ya una hora en el baño. ¿Me vendrán a cobrar algo? Yo no he comprado nada, pero podría ser que Arthur se haya comprado un

barco o un par de esclavos azules, o Sigmund tal vez encargó un nuevo par de deprimidos para sus experimentos psíquicos. Con Andy no hay bronca, pues él no sólo no compra, sino que se ha aficionado a vender; vende puertas, sobre todo, y finales truculentos y mujeres fatales de su invención. Hace poco inventó una a la que llamó Eddie, que a mí me gustaba mucho, y parece que se le vendió bastante bien. ¿Y si es mi madre? ¿O un vendedor de drogas? Será mejor que abra y salga del paso de una buena vez.

La puerta dio paso a la visión de esa bella mujer, ahí parada y vestida toda de negro. Sus ojos estaban medio inflamados y medio rojos, tan rojos como ese atardecer a medias que allá atrás se comía, devoraba, al roble. Le miré confundido; jamás le había visto antes, y ella me miraba entre apenada y apresurada; su vista iba de mí al interior del departamento, y daba pequeños saltitos sobre sus talones, como un niño que tiene la apremiante necesidad de ir al baño. Lo siento, mi baño está ocupado. Su cabello era corto, apenas arriba de su nuca, coronada con una pequeña gorra tejida que ostentaba los colores rasta. Me veía y me dejaba de ver, en un juego ocular digno de estudio; y yo, lento y aturdido, no era capaz de restarle algo de tensión a toda la escena con un atinado "¿qué deseas?", o un "¿en qué puedo ayudarte?". Cargaba un gigantesco bolso negro, hermético, que se confundía con su también elefantiásica falda tableada. Bajo ésta, asomaban tímidas un par de botas del tipo que usan los soldados o los obreros. No pude menos que pensar que venía a pedir limosna o a repartir propaganda de alguna religión exótica. Alcé la vista de sus botas y le recorrí;

bajo ese cúmulo de ropa pude adivinar un cuerpo delgado y tímido, tal vez esperpéntico; sus manos eran huesudas y daban la impresión de estar sucias y grasosas. ¿Hace cuánto que no veo a una mujer?

— Hola —murmuró, casi para sí misma, con una timidez aplastante y molesta. ¿Hola? ¡Qué bien! Estamos jodidos. ¿Qué he de responder a eso? ¡Hola, cómo estás, pásale y tómate un cafecito! Tal vez al rato podamos echarnos un palito, pero antes deja saco a mi amigo que se fue por la taza del café, quiero decir, por la taza del baño. ¿Un pastelito, una gelatina? ¿Qué se supone que espera el mundo de mí? Un par de estertores sonaron dentro del baño. Santo Dios, una loca parada a mi puerta y otro loco muriéndose en mi baño. La mujer miró nuevamente hacia dentro, y su mirada se suavizó un poco.

— Me dijeron que podría encontrar a Udab aquí... ¿está?

Vacilé un segundo. Udab; todo esto no era más que Udab. Perfecto; ahora puedo tomar las cosas con más cordura. Así que, ¿porqué no?

— Está, puedes pasar.

Después de una semi-brutal paliza que le propiné con mucho gusto y gozo, regresé al niño a su asiento, todo lloroso y definitivamente sorprendido, sorprendido al grado de que nuestra incipiente relación dio un giro de noventa grados y me convertí a partir de entonces, según él me confesó años más tarde, en el único hombre al que

respetó con esa clase de respeto que generalmente se le reserva a la autoridad paterna. Un respeto sazonado con miedo y agradecimiento. Me coloqué nuevamente en mi sillón-de-director-del-orfanato y tomé de nueva cuenta la forma de admisión que había quedado pendiente.

— Bien. Quiero que quede claro, amigo, que gocé profundamente con lo que acabo de hacerte, pero también quiero que quede claro que no quiero que se repita esto nunca más.

Jamás había tenido que llegar al extremo de reprender físicamente a uno de los niños; creía que el amor y la paciencia podían mucho más que cualquier castigo o que cualquier sesión de nalgadas. Pero tampoco nunca había llegado a mí un niño tan deteriorado, tan tragado por el ambiente de la calle, ni tan arrogante. Era un hombre de treinta en un cuerpo de seis. Su cuerpo era el de un niño, un niño hermoso, pero su mirar y su actitud eran los de un hombre herido y lleno de experiencias nítidas y hasta trágicas. Yo no sabía nada acerca de él, nada sobre su desdichada e intensa existencia, pero estoy seguro de que la Divina Providencia me iluminó en ese instante y supe administrarle ese único escarmiento justo en el momento idóneo, con el sorprendente resultado de la cura de una herida supurante y ya pútrida. Le moldeé una parte de su carácter que aún hoy ignoro, pero lo hice en la hora y el lugar adecuados. Creo hoy que esa fue la diferencia entre un futuro criminal y el futuro glorioso que llegó a tener. No creo haber sido yo su salvador, pero no dudo que Dios me usó como instrumento de su designio. Como siempre.

— ¿Cuál es tu nombre?

El niño me miró con sus ojos vidriosos y rojos de llanto, no con rencor pero sí con miedo. Supongo que nunca antes había recibido tamaña humillación, y menos por parte de un hombre vestido como niña. Alzó su breve carita y su cabello se abrió como un telón que ocultara la perfección absoluta. Un aguijonazo de arrepentimiento y pena me llegó al estómago, me asaltaron unas ganas tremendas de llorar, de soltarme como un perro y correr tras el llanto, pero el recuerdo de su altanería me indicó que no debía cederle terreno, pues ese niño era extremadamente sensible a todo lo que fuera debilidad y sabía convertirlo en un arma cuando llegaba el momento. Me miraba en silencio, sus labios se abrieron apenas y murmuraron algo inaudible.

— Disculpa —dije—, pero no te escuché.

El niño se movió nervioso en la silla, frotando su trasero contra el asiento y apretando los puños. Sus ojos bellos se humedecieron de nueva cuenta y una lágrima tímida y apenas visible corrió por su mejilla izquierda. Abrió sus labios y así los mantuvo hasta que la lágrima entró en su boca; entonces habló.

— Yo... no tengo un nombre.

Pensaba: “La diferencia entre un criminal y un Dios es que el criminal mata a alguien y se sume en un abismo de remordimientos y angustias, roba algo y se siente mal, pero sin embargo lo hace, porque cree que es una necesidad, algo primordial.

El Dios mata y roba sin sentimientos de culpa, y lo hace sólo por divertirse." Ese fue, sin duda, el más importante descubrimiento de mi juventud.

Santo Dios, pensé, cuánta amargura y cuánto abandono; cuánta tristeza. ¿De dónde vienes, dulce criatura, de que infernal mundo surgiste, que la gente alrededor tuyo olvidó ponerte siquiera un nombre?

— No te preocupes —dije, tratando con mi sonrisa de suavizar en algo lo terrible de todo aquello— ya inventaremos algo.

Él me sonrió; por primera vez vi esa sonrisa sin malicia, sin pretensión, clara, como debe ser la sonrisa de un niño. Movió su cabeza de un lado a otro, jugueteando y viéndome con una extraña confianza, que tal vez nunca había sentido con nadie.

— Hay... hay un nombre —me dijo, casi en un murmullo, como apenado. Yo me incliné hacia él, como quien está a punto de recibir un secreto valiosísimo.

— Continúa —murmuré.

Él se acercó a mí, siguiendo el juego del secreto, disfrutando realmente de esa complicidad lúdica que yo había empezado.

— Es un nombre que yo... me puse. Y así... así es como me llama la gente que me conoce. Yo... yo lo tomé de una película que me dejó mirar el cojo.

¿El cojo? Vaya; esto es inesperado, pensé; ha establecido por primera vez una relación con alguien. Tal vez esto no vaya a ser tan difícil, después de todo.

— ¿Qué nombre es ese?

Su rostro se puso rojo, y todo él tenso, pero no dejó de sonreír. Creo que tenía miedo de compartir su mente con alguien, de dejar ver que sentía y que percibía. Tomé su hombro con mi mano y le presioné un poco. Mis ojos y los suyos se enfrentaban; yo pensaba: “¡dímelo, dímelo!”, pero no me atreví a formular mi deseo en palabras. Me di cuenta de que su frente estaba llena de pequeñas gotas de sudor y su labio superior temblaba con una suerte de tic nervioso. ¿Qué te pasa, pequeño?, pensé, ¿a qué le temes? Ahora creo que desde esos momentos él comenzó a percibirme de una manera distinta, como nunca había hecho con nadie más. Y su confusión radicaba en que no sabía si eso era bueno o era malo.

Creo que al final decidió que era bueno.

— Udab —dijo lentamente—. El... nombre... es Udab.

Nunca he tenido mucho qué ofrecer. Lo poco que he poseído es este mundo se ha ido perdiendo, se me ha desvanecido como agua entre los dedos. Así que, si algún día llegaba alguien a mi mundo, quedaba sorprendido de lo poco que tenía, de lo poco que podía dar. Pero a mí nadie me ha dado nunca algo; ni una mísera migaja de algo ha llegado a mí por la vía de la caridad o la misericordia. Más aún, esa misma caridad y esa misma misericordia me han arrebatado lo mejor que he tenido: mi padre, mis amigos, mis tesoros, mis amores carcomidos, mi tedio hermoso, todo se

ha ido en pos de esos valores, de esa sucia mueca humanitaria. Udab me dijo, un día en que su partida ya no estaba tan lejana, que eso me pasaba por ser un anacoreta, por pensar como ermitaño, por nunca aferrarme a las pocas cosas que me rodeaban. Pero de eso está hecha la esclavitud, de eso está fabricada la dependencia. Yo no nací para ser esclavo, eso nunca me cansaré de repetirlo. Siempre he luchado con tenacidad de perro contra la rutina y contra la inmovilidad.

Sin darme cuenta, me hice esclavo de mis afanes de cirquero.

La mujer entró con lentitud detectivezca a mi hogar, con esa lentitud de quien espera que le caiga una trampa encima. Yo cerré la puerta y apoyé mi espalda en ella; observé detalladamente a ese tenue ser que me parecía salido de una caravana de gitanos posmodernos. Ahí, donde se aparecían los genios traslúcidos, ella se veía concreta y hermosa. Por cierto, no respondí a mi pregunta: ¿hace cuánto que no veo a una mujer? He visto seres con un par de tetas y un par de nalgas, flácidas o sólidas, de cabellos largos o cortos, de vientres planos o voluminosos, narices pequeñas o grotescas, ojos claros u oscuros, pieles pálidas o bronceadas. Pero esto que está delante de mí no es eso; esto es una mujer.

Ella volteó hacia mí.

— ¿Dónde está él?

Señalé la puerta del baño, donde Udab tal vez agonizaba. Caminó lentamente,

después de dejar su enorme bolso en uno de mis raídos sillones. Colocó suavemente su mano izquierda, grande y grasienta, sobre la puerta, como si ésta fuera un niño vertical y de madera al que fuera a consolar, y murmuró: “Udab, abre, soy yo”. Parecía como si lo supiera todo, como si estuviera enterada de que él había estado ahí más de una hora vomitando. No hubo respuesta; el silencio se hizo patente y doloroso. El roble estaba quieto, estático, y el rojo del ocaso se había diluido en una tenue luz azul que moría a cada instante; cada minuto es una agonía pequeña en el tiempo. Volteó a verme, suplicando una respuesta a una pregunta que aún no se formulaba, una de esas cuestiones que no caben en palabras, y yo me encogí de hombros. “Udab, soy yo, soy yo”. Suplicaba algo que yo no entendía. Me atacó de pronto una duda: ¿y si esta mujer es el amor de Udab? No lo soportaré. No puedo concebirlo amando a esta pequeña, ni caminando a su lado; no podré soportar su falo magnífico y omnipotente penetrando este cuerpo delicado y cristalino. Esa unión, esa cópula brutal de dos seres tan cercanos a lo perfecto, sólo podría volver caldo al universo.

La puerta se abrió y dio paso a Udab que corría desnudo y riendo enloquecido directamente hacia mí, ignorando a la mujer. Me derribó de un golpe directo al mentón. Después, se dirigió a la terraza del roble, tomó su falo entre las manos y comenzó a orinar hacia la calle, riendo, pálido como un cuerpo muerto en refrigeración. Yo me levanté del piso; vi a la mujer, que miraba de Udab a mí con una mano cubriendo su boca, espantada. Udab terminó su sacra evacuación, sacudió su verga infame y volteó a vernos, sonriendo. Entonces cerró los ojos y, como un edificio que cayera,

se desvaneció. Su cuerpo sonó como un costal de fierros al caer.

— ¡Dios mío! —gritó la mujer, corriendo lívida hasta él y tratando de levantarle, con esos sus brazos de indigente—. ¡Ayúdame, con un carajo! —me gritó.

Me acerqué con lentitud; sentía la boca húmeda y adolorida, pero peor aún, sentía el espíritu encogido y un desconocido terror en la mente. Entonces me di cuenta de que Udab podía haber muerto. Me precipité hasta él y lo primero que se me ocurrió fue tomar su pulso. No sólo tenía pulso, sino que éste parecía un tambor en un redoble de guerra. Entonces vi esos pequeños agujeros en su brazo. Era yo, el vicio; el amargo arpón nunca se deja al alcance de los niños.

— ¡Soy un hijo de mi putísima madre —grité—, soy un hijo de mi chingada madre!

La mujer me vio extrañada. Yo la miré también y mis ojos se llenaron de lágrimas. En un instante de titán levanté a Udab en mis brazos, mi hermoso amigo, perdóname, no fue mi maldita intensión, perdóname, lo llevé hasta mi cuarto, perdóname, lo deposité en mi cama y le tapé con las sucias sábanas. Necesito... necesito un diablo. Revolví frenético mi habitación en busca del frasco con el material, chinga, chinga; sacaba cajones y los vaciaba con violencia, chingada madre. Sigmund me paró en seco. “Busca en el baño... recuerda el baño como salvación de tu pobre alma”, me susurró. Corrí hacia allá, pasando junto a la mujer, que me miraba sumida en la confusión. Encontré el frasco junto a las ampolletas con su cristal vacío, burlándose de mí, y las jeringas regadas, regadas como muertos en el piso, regadas co-

mo un cementerio de viciosos junto a la ropa de mi amigo. Regresé junto a él y sin dudarlo rompí la cápsula y le di a aspirar. El plástico se vació, y entonces yo volví al pulso de Udab. Se tranquilizaba. Pude respirar de nuevo. ¿Alguien puede decirme de qué demonios está hecho el consuelo? Dejé el frasco en la mesa y pude llorar... me di tiempo para llorar. Perdóname.

La mujer se acercó a Udab, acarició su frente y el nacimiento de su cabello y murmuró “recupera el color”. Me levanté despacio, le vi, y decidí irme a llorar a mi sillón del siglo luminoso de Carpentier y dejar a esa desconocida, bruja desconocida, perra desconocida, mujer desconocida, con mi Dios sobredosificado.

Es la duda tu espada; me has enterrado medio metro de duda. Yo, el hombre que de duda hacía certeza, caigo ahora como un zorro en la trampa y desfallezco en mi último suspiro como si nunca hubiera tenido la verdad entre mis manos. Olvido que nunca destaqué como filósofo. Nunca destaqué como nada. Soy sólo un asesino. Un asesino que tomó su arma entre las dos manos del designio divino. Chinga tu madre. Tú lo sabías, desde el principio; sabías que la prostituta caería bajo mi furia. ¡Pero mi furia eres tú! Así que, ¿quién jaló el gatillo? Soy sólo el asesino en el nivel de la metáfora; tú eres el único asesino que existe en el universo.

Aún recuerdo Berkeley, ese pedazo de tierra decadente que se tragó a medio mundo, a toda una generación de rebeldes anarquistas. ¿Recuerdas que ahí, en me-

dio de drogadictos y visionarios, nació el primer movimiento religioso contagiado de esa fiebre que llamábamos "cambiar el mundo"? ¡Sí! Caímos en la trampa. Nunca nos avisaste que "cambio" es una buena palabra para la poesía, pero que en la realidad —pero no en el pensamiento: ¡eso todavía no lo tienes, cabrón!— es sólo el excusado del que parte el mundo para hacerlo todo mierda. Yo lo desprecié al principio. Con fuerza y fe... fe en ti. Pero caí. ¡Vaya, vaya, con el padrecito anarquista! ¿Qué chingadera tan estúpida? No, amigo; es una chingadera, pero no es estúpida. Corrí como un loco la carrera del degenerado, sólo que yo llevaba sotana y un crucifijo en el pecho y otro en el corazón. Un Apocalipsis a escala. Todo lo que hice, cada paso, cada palabra que escupí y cada acto impuro que manchó mi vida llevaron el sello del cordero por delante. ¿Y qué me queda? Sólo unos minutos para hundirme en la duda. Todos hemos dudado. ¿Recuerdas a Salvador? Pues él, después de ser para ti un leal servidor, se alejó de ti, y caminó y caminó, y hoy día se hace el que los ovnis le hablan. Todo es duda... mi padre, mi pastor, va a consumar otro de sus crímenes piadosos y santos. Sólo pido un minuto para levantar la voz. Una última pregunta: ¿existe la casualidad? No lo creo; nada es casual, todo lo provocas con tu aliento imparable, tu designio que adoramos. ¡Ah, los designios del buen pastor! He aquí a tu oveja descarriada, ¿vendrás por mí, dejando solo a tu rebaño? Ya has venido, pero no a salvarme, lo sé. Has venido a aniquilarme. He de entrar al círculo otra vez, pero esta ocasión lo haré por la puerta del terror, por un último y larguísimo instante de violencia.

Bien; estoy listo.

Federico, ah, ese buen-hombre-Federico, como le llamaba mi padre, el anciano-Federico, como le llamaba la sábana santa parlante, mi fiel e infiel amigo E. Ese Federico nunca se me apareció, nunca caminó junto a mí, como Sigmund o Andy o Arthur; como incluso Jim llegó a hacerlo. ¡Cómo hubiera disfrutado su compañía, su gran estupidez y sus palabras para zombies! Ese Federico, sin embargo, fue mi voz y fue mi vista, fue mi ceguera y fue mi mudez; fue mi críptico fantasma insospechado. Crecí y me hice viejo con él.

El anciano Federico.

Incomprendido.

Satán viejito.

Abraham no aprendió a caminar sólo. Fue necesario, como es el caso de la mayor parte de los infantes, casi imprescindible, como en su caso particular, que alguien tomara su mano y le empujara a ponerse de pie. Sólo así, una mañana cristalina, logró no marearse ante la visión del suelo lejano. Fue necesario que la mano que le levantó le impulsara a dar el primer paso. En esa cara diminuta que apenas portaba un tímido brote de colmillos de lobo, se dibujó la sonrisa de la felicidad. ¡Cami-

nar! Es el primer escalón en la conquista de lejanos mundos. Así, Abraham tomó conciencia de la distancia en el mundo, del tiempo en el mundo, el mundo de la materia, el mundo ajeno. No hubo reencuentro. No; caminar no entraba en el presentimiento. Sin embargo fue fácil; esto le hizo creer que esta nueva experiencia ya estaba ahí, siempre, de algún modo. Así que no encontró inconveniente y siguió caminando, y el metro se convirtió en kilómetro, la calle en ciudad, el país en mundo. Recuerda, Abraham, le dijeron algunas personas que con el paso del tiempo se desdibujaron, recuerda que sólo los genios aprenden a caminar solos. Así que nuestro joven Abraham caminó y caminó, y todos los niveles del apaciguamiento le fueron revelados de un modo severo. La premisa era aprender, así que él lo hizo con ahínco y registró en su mente mil y una monerías. Sonrió. Su boca fue madurando. También su lengua; se afilaba y se afilaba. La punta de lanza fue que le gustara permanecer callado en el momento exacto; aprendió a juzgar con delicadeza los instantes precisos de silencio. Aprendió, con belleza, a vivir y servir. Aprendió a ser bello.

¿Qué era? ¿Era esa lengua mía, tan acostumbrada al veneno? ¿Eran mis ojos, o mi voz, o mi acento? No lo sé. Ya nunca lo sabré. Lo cierto era que engañaba. Si había algo de dulzura en mi engaño no lo sé, pero eso no le quita lo magnífico ni lo sucio. Engañaba; era un espejismo tan claro que no se notaba, tan elástico que abarcaba hasta el más pequeño rincón de mi presencia. La gente aprendía a amarme, y

eso me convertía en un ser poderoso, e infeliz.

"Como es sabido, somos animales; animales de una estirpe diferente. Somos animales con un cerebro grande y creativo." Abraham recorrió muchas escuelas durante su infancia y su adolescencia, sumido en un suave sopor, en el letargo de la indiferencia. Todo pasaba desapercibido, la matemática y la biología, la física y la química, la literatura y la lingüística. Pero un día abrió los ojos ante dos ciencias, dos partes del conocimiento humano que le asombraron: la historia y la sociología. Le parecieron las únicas ciencias que abarcaban al menos un poco de la grandeza del animal humano. Animal era una palabra facinerosa y estúpida para definir al único animal —mierda— que pensaba, el único ser de la creación que tenía conciencia de lo divino. Según su madre, no había nada más bello e increíblemente importante que Dios. Dios, Dios, Dios, creador y destructor, amor y violencia implacables, Dios siempre y en todo lugar.

Abraham era un hombre, un niño, de mente impresionable y receptiva. Su primer sorpresa fue una mano.

Se sorprendió ante su pulgar, aún siendo un párvulo, cuando aún descansaba en el regazo de su madre y empezaba a balbucear palabras. Ese momento, cuando

descubrió su pulgar, quedó grabado para siempre en su memoria. Su pulgar regresó varios años después, en la escuela.

Le dijeron que su pulgar era la parte más importante de su proceso evolutivo.

Un día, una única vez, Abraham se enamoró. Caminaba por una calle, a los catorce, después de haber completado su jornada vendiendo billetes de lotería, billetes de ilusión como él los llamaba; caminaba con sus pasos grandes y seguros, digno hijo de un alcohólico y de una mujer pequeña y triste que lavaba ropa ajena. Tenía la dignidad de la pobreza. Vio a una niña que caminaba tomada de la mano de su madre, tonta y rubia como sus doce años, tonta y roja como la paleta que devoraban sus pequeños labios. Él la vio fascinado, temeroso y conmovido por lo que a él le parecía el ser más hermoso que jamás hubiese visto, que jamás hubiese creado el cielo. La niña volteó a verlo, y con seguridad aplastante, con el aplomo de una mujer de treinta, le mostró la lengua.

Abraham jamás volvió a amar. El amor se convirtió para él en una historia tonta y mínima, como la de su propio y único amor.

Hubo otro amor, pero fue un amor de cuento. Fue la muerte, y antes, la vida.

7

Udab me contó acerca de Abraham el día que me llevó, en un sobresalto inspirado, a lo que él llamaba "la casa del laberinto". Era una vieja construcción del tiempo de la colonia, en el centro de la ciudad; una casa hermosa pero que de una extraña manera pasaba desapercibida, tal vez por estar rodeada de edificios considerados "monumentos", sólo porque algún hombre héroe ejemplar cimiento de la nación, había puesto sus nalgas en alguno de los rincones de ese lugar. Todos esos edificios con placas doradas que avisaban "aquí estuvo", "aquí nació", "aquí vivió", "aquí murió", escondían con belleza el también hermoso edificio del laberinto. Era una construcción gris, de piedra, de techos gigantes en algunas habitaciones y techos enanos en otras, y más aún, techos medios en otras debidos a la mano de restauradores sin idea. Caminamos por toda la construcción y yo, en mi ignorancia, buscaba sin encontrar un sólo indicio del porqué de aquello de "laberinto". Udab me contó: un niño de seis años había vivido en aquel edificio, cuando éste servía de vecindad para unas setenta familias que habitaban hacinadas en los cuartos de techos psicodé-

licos. El niño no tenía gran cosa qué hacer durante el día, así que dedicaba la mayor parte de su tiempo a recorrer el edificio de arriba abajo, a conocer cada rincón y a cada habitante. Su presencia fue tan habitual para cada persona en aquel lugar que el día que el niño faltó, este hecho no pudo pasar desapercibido. Faltó un día, luego dos, hasta que su madre desesperada pidió ayuda a los vecinos, quienes se dieron a la búsqueda de aquel infante que le daba algo de vida a aquella construcción de piedra húmeda y pútrida. Después de varios días de búsqueda le encontraron en uno de los pasillos del lugar, lleno de un extraño polvo café, transpirando, con una mezcla de miedo y alivio en la mirada. Su madre, después de un par de bofetones y un litro de lágrimas, escuchó la historia del niño: había encontrado un laberinto debajo del edificio, y también un par de osamentas humanas. La aterrorizada madre dio aviso a las autoridades de inmediato. Un par de horas después, el edificio se vio invadido por el honorable personal de la policía y el aún más honorable cuerpo de bomberos. Se le pidió al niño que mostrara lo que había encontrado, entonces él los condujo a través del sótano del edificio hasta una pequeña puerta por donde no cabía más que un perro o un niño. Les indicó que allá, del otro lado, se encontraba lo que buscaban. Los implacables marros del cuerpo de bomberos doblegaron la flácida pared falsa para encontrarse con una suerte de cubo de elevador por el que descendía una escalera. Hacia abajo, sólo se veía la cerrada oscuridad.

El inteligente y valeroso comandante de la policía tuvo la brillante idea de mandar al niño con una lámpara por delante, ya que él estaba “familiarizado con el

terreno". El niño aceptó con gusto, feliz de poder volver a su descubrimiento, y su madre se opuso un instante con un alarido de terror, al que puso fin el comandante con una mirada fría y fulminante. El niño rechazó la lámpara alegando que abajo el laberinto se hallaba perfectamente iluminado, y les advirtió que tuvieran en cuenta que el piso del laberinto desprendía algo que él llamó "niebla café". El niño comenzó a descender, seguido del cuerpo de bomberos; el valerosísimo comandante de la policía decidió quedarse arriba para estar al pendiente de las comunicaciones. Al terminar la escalera, que parecía interminable, los bomberos se encontraron en una plataforma de cemento increíblemente iluminada. ¿Cómo era posible que desde arriba sólo se viera un abismo, y allá abajo hubiese tanta luz? Después de la plataforma había un nuevo abismo de unos quince metros, también iluminado, sobre el cual colgaban extraordinarias varias escaleras de distintos tamaños y formas, de un estilo nunca antes visto, separadas las unas de las otras por blancos de tres a cuatro metros. De la plataforma partían también algunas otras, que se prolongaban sobre el abismo sin ningún sostén visible, como una especie de trampolines escalonados que llegaban hasta la mitad del abismo. Después, la caída. Para pasar de una escalera a otra había que dar un salto de dos a cuatro metros, con el riesgo de caer hacia la muerte. Los tragahumo preguntaron al niño por los cadáveres. Éste caminó hacia las escaleras, levantando una cortina de polvo cobrizo que hería los ojos, y que los hombres identificaron como óxido. Las escaleras, por lo tanto, tenían que ser de herrería, aún cuando su aspecto, de tan viejo, fuera de piedra. Los temerarios hombres dieron un

grito al ver al niño trepar a una escalera y avanzar. Corrieron a alcanzarle, lanzándole una serie de advertencias incoherentes sobre el peligro de que la escalera se venciera, de que no fuera firme, de que algún escalón cediera. Un bombero avanzó con cautela, siguiendo al niño, y pudo percatarse de la increíble solidez de los peldaños, de toda la estructura. La escalera tenía un diseño extraño, unos escalones extravagantes y un barandal pequeñísimo, que obligaba al bombero a avanzar casi sentado. Abajo había dos osamentas, dos montones de huesos vestidos de forma ridícula, con cascos que parecían bacinicas y lanzas que les rebasaban casi medio metro. "Son soldados de la colonia", aseguró el niño, que para ese entonces ya había caído en la fascinación de la historia.

Después de este episodio, el estado mandó limpiar el óxido, mandó investigar los huesos, que efectivamente fueron identificados como soldados de la colonia que habían muerto al caer de alguna de las escaleras, aceptó la entrada de científicos extranjeros que concluyeron que la iluminación se debía a una fabulosa reacción química de la piedra con la luz solar, concluyeron que la aleación de las escaleras y el estilo arquitectónico eran desconocidos, así como la razón de la firmeza de las estructuras sin sostén, y afirmaron que esa construcción ilógica y de broma había sido construida en el período precolombino. El estado, inexplicablemente, mandó reconstruir la pared falsa y selló la puerta pequeña del perro. Asunto concluido. Sin embargo, el niño, loco por aquel lugar, consiguió entrar una y otra vez durante los siguientes nueve años, y se hizo un experto en saltar de una escalera a otra. Ese rincón

de locura se convirtió, para siempre, en su lugar, en su mundo propio. El subconsciente, tal vez, se le hizo similar a ese lugar, con escaleras incompletas donde había que saltar si no querías morir. Sus vecinos no pudieron dejar de notar que el niño ya no deambulaba por el edificio, que llegado de la escuela desaparecía por horas hasta muy entrada la noche; todos concluyeron que Abraham, nuestro niño explorador, se había vuelto loco por la terrible experiencia con los dos cadáveres. Al llegar a los quince años todos parecieron confirmarlo, cuando Abraham pasó a despedirse de todo el edificio porque se iba al seminario.

Abraham dejó la casa paterna a los quince años, cargando a la espalda tan sólo una mochila con unas cuantas ropas de su padre adaptadas para su corta estatura y esquelética complexión, un rosario de sopa, regalo de su madre, tres libros robados de la biblioteca de historia sacra de la iglesia de San Andrés, un par de cuadernos de pasta de piel, regalo del sacerdote al que robó los libros, y una pluma atómica de plástico negro, único regalo y único recuerdo de su padre. No llevó consigo un solo retrato, un solo cabello ni un solo aliento de sus padres; dejaba atrás todas las carencias y todos los dolores que habían sazonado su pequeña historia infantil. “La distancia es el olvido”, decía un bolero que sonaba con frecuencia en esa maravilla del mundo tercero y moderno llamada radio, que no llegó a su casa hasta dos meses antes de su partida, aún cuando ya llevaba muchos años adornando aparadores y hoga-

res pudientes. Sí, iba a haber distancia, pero el olvido nunca llegaría; todas esas madrugadas recorriendo calles, mañanas pregonando billetes de lotería, medios días boleando zapatos de oficinistas, tardes recogiendo a su padre borracho y ayudando a su madre con los quehaceres que da la ropa de rico, y anocheceres recorriendo el laberinto, jamás se borrarían de su mente y su memoria. Algo así como el pulgar.

Su buena madre, esa mujer de cabellos prematuramente blancos y de manos corroídas por siglos de detergente para ropa, compró dos boletos de camión con el fin de que su hijo viajara con comodidad ese largo camino hasta el norte del país, donde tomaría un tren que lo abandonaría en un país ajeno y terriblemente lejano. Así que nuestro joven amigo decidió gastar algo del poco dinero que llevaba en unas cuantas bolsas de golosinas y una cajetilla de cigarros. Nunca había fumado, pero para su ojo observador no pasaba desapercibida la seguridad que emanaba de todos los fumadores al sostener un cigarro, y eso era lo que él necesitaba entonces: algo, aunque fuera un poco, de seguridad.

He salido de un mar, un mar de espuma, tiempo en la piedra, un mar de libaciones prohibidas, para entrar al amor implacable de mi Dios. ¿Cómo he podido? Nunca debió suceder; fui débil. Tengo sólo quince años formando quimeras, y éstas se han derrumbado de un solo golpe. He pecado, padre, he sucumbido a ese sabor dulce que deja la culpa en la boca. Soy un chamaco de cartón al que le han prendido

un cerillo. ¿Qué tanto caeré? ¿Tendré ganas de salir algún día de este abismo? Perdóname padre, tengo quince años y al diablo entre las piernas.

El camino hacia el norte es un largo laberinto que recorre todas las geografías, que captura todos los rostros y todas las fisonomías. El padre Cano, de la iglesia de San Andrés, le dijo a Abraham: "el viaje hacia el norte es el viaje más alucinante, es el viaje entre los viajes, hijo mío". Abraham llevaba ya varias horas de camino, entre braceros, pobladores de las ciudades de la frontera y campesinos con la cabeza llena de esperanzas y el bolsillo lleno de migajas. Estaba usando sus dos asientos a manera de cama, pero el ruido persistente del motor y de algunos niños sin sueño le impedía dormir. Se preguntaba cómo el padre Cano podía llamar "viaje alucinante" a toda esa negrura allá afuera. Todo lo que él había visto eran esos grupos de luces acercándose y alejándose, esos pueblos que parecía que el camión iba a cruzar y nunca lo hacía. El viaje entre los viajes se estaba convirtiendo para él en el abismo entre los abismos. Su país se estaba convirtiendo en un mapa de negrura. Aún así, ya entrada la noche, el camión entró a un pueblo, y el conductor anunció una parada de cinco minutos.

Madre: gracias por tus ocho rosarios de sopa que enviaste. Me pregunto si pen-

sarás que podré venderlos entre mis compañeros de turno. Ignoro cuál será el objetivo de estos regalos, o si en tu locura mordaz estos delgados hilos y estas sopas diminutas tendrán algún significado. Sé que amas a Dios y con eso basta. No te preguntaré por mi padre ni por su estado; sé que él sólo sabe estar ebrio. Te diré que en este país hemos tenido un principio de año nevado, blanco, como nunca será esta ciudad demente. Los drogadictos y los bohemios se reúnen aquí, a las puertas de mi nuevo hogar, y escuchan su música rara y se acercan a Dios con un cigarrillo de esa misma hierba que tú usabas para tus terribles dolores reumáticos. Creo que estos locos piensan que nosotros, del otro lado de la puerta, con nuestros cantos y rezos, podemos acercarlos un centímetro más a Él. Están equivocados. Aquí vivimos algunos de los más confusos servidores del régimen divino. Muchos tenemos miedo. Claro, nunca escribiré en esta carta sobre mis angustias y temores. Jamás sabrás que tu dulce consideración de comprar dos boletos para mí, me llevó a una locura diabólica y asqueante. No te contaré de la parada en un pueblo de casas miserables y cobrizas. No oirás sobre la extraña y hermosa mujer que subió al camión lleno y se dispuso a viajar sentada en el piso. No te diré que le ofrecí el asiento que sobraba, que su cercanía me ahogaba, que sus manos tintineaban por sus pulseras cada vez que acomodaba su cabello, que era bella y morena y su piel era tersa y sin manchas, sus senos grandes y su boca suave y jugosa, que le ofrecí un dulce y un cigarrillo, que aceptó con una sonrisa tenue y apenada, que conversamos sobre su vida y sobre la mía, que decía que era feliz y que tenía veinticinco años viva y cincuenta en el corazón, que

había viajado por diez países, sola con su alma y con su cuerpo, que murmuraba: "¿porqué eres bueno conmigo?" y yo respondía "no sé" como un idiota, porque sí sabía, quería tenerla cerca y oler su aroma a cansancio y a carretera, sentir su latir y su respirar, conocerla en esas palabras que decía bajito, muy bajito, cómo te llamas, cuántos años tienes, eres joven, eres bonito, tu nombre es de la biblia, a dónde vas, de dónde vienes. Nunca, jamás, sabrás que me tocó el pelo, que la gente alrededor nuestro dormía, que por fin los niños se habían callado, que yo tenía miedo, que ella me besó en la boca y murmuraba bonito, niño bonito, no sabes nada, cómo iba yo a saber si este tipo de cosas nunca pasaban en el laberinto ni en los libros de historia sacra, niño lindo, y me tocaba mis piernas y mi sexo, tú has sido bueno, yo voy a ser buena, y que sacó mi sexo ahí, eso no te lo voy a decir, que se agachó y lo metió a su boca, eso no, que yo temblaba y no sabía qué pensar, no pensaba, que su lengua era dócil y suave, que yo hundía mis manos en su pelo negro y ensortijado, que no sabía, que sólo sentía su boca y mi sexo, que exploté ahí, ahí dentro, y al instante me quedé dormido.

Eso, madre mía, eso nunca lo sabrás.

Abraham lo contará a Cano, el pequeño y calvo sacerdote de San Andrés, cuando vuelva a la ciudad algunos años después: que el autobús, que el pueblo, que la mujer. El padre, ya viejo, sólo murmurará: después de todo, tuve razón.

Veo a la mujer. Despierta, de una manera distinta; luce aún más bella que anoche. Me dice que bajará al llegar a la frontera; me dice obsérvame, nunca olvides mi rostro y mi sonrisa, lo dice con sus manos en mi mentón, su sonrisa clara y mía, sólo mía, y yo no tengo palabras para decirle nada. Sólo muevo la cabeza, asintiendo. La gente se mueve, hace ruido, pero a mí sólo me interesa ella; para mí ella es el único ser que existe. Amanece. Pasan horas y yo no puedo hablar, y ella me cuenta, dice que nació en un país pobre, o que a mí me suena a país pobre, dice que su vida es austera desde siempre, dice pero soy feliz, vivo con libertad, qué miedo, iré a otro país y a otro y a otro, hasta que olvide dónde nací y cuál es mi nombre, entonces me casaré y tendré hijos y seguiré siendo feliz, pero en un solo lugar. Yo digo sí con la cabeza, sí, eres feliz. ¿Y yo? Te amo y te amaré siempre, pero nunca podré decirlo, voy al seminario, voy a ser sacerdote y siempre llevaré en mi espalda el peso de este amor por ti que me agobia, que me ensucia, y me pregunto porqué tiene que ser así. Pasa el tiempo, pasa como un relámpago, siempre es así cuando no quieres que pase, pasa como la carretera bajo el camión, como si el asfalto fuera el tiempo y el camión se lo tragara. Con rapidez llegamos a nuestro destino. Bajamos, y el dolor ya no me cabe en el pecho, pero si yo no puedo amar, el amor no existe para mí, eso es para otros, yo me negué al amor desde hace un año en una calle de la ciudad, la pendeja escuincla me enseñó la lengua, entonces qué es lo que me crea este vacío en el pe-

cho, esta impotencia y esta rabia, qué es lo que me impulsa a llorar. Ella dice adiós, nunca seas malo, tienes que ser feliz. Yo no puedo hablar, parece que enmudecí de pena, no te vayas quiero gritar, pero no me sale, y ella me toca el rostro y me dice adiós y se da la vuelta y carga su maleta, tremenda maleta, y yo me muero, se me sale la vida por los lagrimales, y por fin el gran Dios me suelta la lengua y yo le digo "me voy a ir al infierno" y ella voltea y sonríe y me dice "no te preocupes, niño bonito; el infierno es el mundo de los hombres".

Tengo unas horas en Berkeley. Llegué al amanecer, a la estación carmesí de trenes, despoblada y triste. Así estoy yo. Berkeley es un poblado que no tiene la pequeñez de una provincia ni la gran extensión de una ciudad. Sus calles estaban vacías, ya que había azotado una gran ventisca y todo estaba nevado, blanco y frío. Llegué al seminario sin novedad, sólo un poco sorprendido por la belleza del horizonte y de los estorbos. Una belleza festiva y extravagante. Tal vez un nuevo laberinto. Ahora me lavo, lavo todo lo que es lavable en mí, mi boca y mis manos, mi cuerpo, todo. Pero la suciedad primordial está ahí. Amo y odio. Y todo esto me enciende como una hoguera, como a un calentador de inmundicias y parcialidades. Me siento como un látigo, como una afilada navaja que corta el aire y el agua y la vida. Soy el verdugo de lo que apenas nace. Mi sexo palpita. Podría decir que me duele. Sé que debo morir, morir un minuto, y después volver a nacer; salvarme a mí y a mi mundo.

Amor es una mierda dulce. ¿Cómo salvarme, oh Dios? Estoy en un vértigo de carne y vísceras, soy un hombre libre asustado de su libertad. Soy un preso en Berkeley, soy un preso en mi vocación y en mi iglesia. Soy Abraham, el recién inaugurado hombre; soy un aparatoso hombre de quince años en el encierro.

— Perdóneme padre, porque he pecado.

Siempre un cubito de madera; un cajón para muertos de acústica privilegiada. Éste, en especial, era frío. La madera es caliente en la hoguera pero fría en la confesión. Del otro lado, una voz desconocida y afectada por el idioma local, podría decirse que pálida, pálida de costumbre ante las aberraciones del espíritu. Era Abraham, de rodillas, queriendo hacerse un exorcismo inútil y poco probable. El tiempo era lento, cada segundo de silencio era la rúbrica para inenarrables suplicios. Esos del alma joven y ávida de aprender. Es frío; toda la escena es fría; es invierno y es el infierno en esa catedral en miniatura: la capilla del seminario de Berkeley. Abraham se enjuga el sudor de sus manos en su sotana, su primer disfraz de padrecito, y se siente ínfimo, pequeño, no tiene palabras, no las tenía y nunca las tuvo; cruza una pierna sobre la otra, no hay nada qué decir, es sólo el silencio, fue silencio. Recordar no ayudaba, era el dolor, un dolor en el placer del recuerdo, de un aroma a dulce y combustible , aquel de carretera, aquel de siempre. Se preguntaba de qué estaba arrepentido. ¿De cuánto tedio o cuántas lágrimas, de cuántos relatos de amor incon-

cluso? Se dijo: yo no soy éste. Soy nada. Ya no hay vida y nunca la hubo. Soy relativo. Algo nació ahí, en el confesionario, en el malestar del pecado. Algo surgió, como lava de la tierra, una explosión inversa, una cicatriz. Ahí fue donde se presentó por primera vez la duda.

Abraham, de quince años, quince para siempre, corrió abandonando el confesionario, y lo único que quedó ahí fueron sus pasos, el eco de sus tacones angustiados en la terrible vaciedad de la capilla de altos techos

Altos techos, diremos, y una corona de oro para Dios.

8

Soy una nube... y cristalizo. Algún día, será una mañana de invierno, extrañarás la lluvia y en un hostil sobresalto te preguntarás quién es responsable, y me señalarás culpable... el año será aún joven y tendrás nuevas expectativas... tan grandes como un lugar, uno al sudeste de tu patria... tendrás tiempo de imaginar tu obra, de dibujarla en la tenue escarcha que aún quedará, como un recordatorio de pasados fríos, fríos que congelaban y te hacían pensar en el miedo... era enero, y tú no sabías para qué... y yo pasaré sobre ti, sin siquiera verte.

... Y te seguiré, sin que tú lo sepas, hasta el poco bosque que te quede, compraremos juntos un periódico y leeremos en él... pero cuando sepas de las malas nuevas voltearás y sabrás que te persigo, y correrás para alcanzarme... no podrás.

... Y mezclaré tus lágrimas, esas que vertiste cuando dijiste adiós a tu padre... cuando la plegaria estuvo dicha... y cuando la canción estuvo cantada... intentaré convencerte de que llorar como un niño está bien, si es que en verdad buscas la lluvia... será entonces junio y entenderás porqué... por primera vez.

... Pero no me pidas, nunca, que justifique los ríos o los mares, porque ahí tengo tanto que ver, que yo solo me echaría la soga al cuello... me condenarían, más de lo que tú lo has hecho.

... Piensa, imagina, buen niño sin santaclós y sin oro-incienso-mirra, piensa que yo sólo fabrico el arco iris.

Yo no tuve arco iris. La lluvia sólo significaba para mí un húmedo atardecer con dolores en las piernas, el viejo precio por crecer, y la fascista prohibición de salir a jugar. Ya era adulto, y las rutinas de la lluvia se seguían cumpliendo en mi vida, aunque ya no me hacía falta salir a patear el balón; mis amigos venían a casa, y pateábamos juntos el gran balón de la dialéctica y desmadrosamente lo reventábamos. Arthur, Sigmund, W.S. —a veces—, Andy y Jim, sobre todo Jim, venían a mi poco mundo y conversábamos alegremente sobre el espíritu humano, siglos antes de Udab. Por supuesto, no había nada alegre en nuestro tema, pero después de unas cuantas cervezas y pastillas, yo, y unos vasos muy saludables de ensueño y resurrección dietéticas, ellos, podíamos ver con cierto humor toda aquella vileza. Éramos felices, pero al revés; una especie de felicidad fundamentada en la miseria. Sin embargo, había algo único: yo los complementaba a ellos, y mi ego se concretaba en el suyo; algo así como un perro bicéfalo que se encuentra con una perra de dos culos. Jim, mejor conocido como David, pedía siempre con insistencia mis cassettes de los

contemporáneos, esos niños maléficos, decía, vamos a ver que nos dan el día de hoy. Yo corría a mi habitación y regresaba con mi grabadora, que todavía existía —y la existencia, como se ha dicho en otros lados, es un eco en mi mente—, y mis cintas. Escuchábamos; Jim murmuraba vaya, vaya, y sonreía con su tan homenajeada sonrisa de niño. Danzábamos en un aquelarre de síntomas patéticos. Todos, excepto Andy; él nos veía y tomaba apuntes para un nuevo cuadro de nenúfares. Ninfas y sólo ninfas; así nos veía el pintor. Sigmund, el valiente, tomaba viejas fotos de monumentos griegos y gritaba a voz en cuello y totalmente poseído: ¡mirad, viles espíritus, mirad a la mujer, mirad la muerte, mirad el reinventado placer del sinsentido! Temed a la mujer, nos decía, que ella ha venido al mundo a destruíros. Jim y yo, yo y Jim, corríamos a la habitación y nos despojábamos de nuestros disfraces, y así, desnudos de invención, nos contemplábamos. Jim me decía nunca, promete que nunca te enamorarás, yo te amo a ti replicaba, dime que nunca lo harás. Nunca, Jim, nunca.

Después nos mirábamos en un espejo, y veíamos con profunda tristeza que no éramos tan parecidos.

Era Pachelbel. Sí, era esa música única y celeste, ese Canon brutal, el que me extasiaba. Ese pequeño instante representado por el ritmo y el sonido del maestro, terrible, horroroso y lento, como una crucifixión, o como un naufragio. Y después,

el segundo movimiento, la danza festiva, el aquelarre de los demonios que han concluido su labor destructora.

En ese tiempo, mi padre me compró el CD y algunos libros sobre Pachelbel; claro signo de que me encontraba en esos bellos y desgastados años formativos. Un día vi que en un absurdo comercial de autos del año se utilizaba el Canon como música de fondo, y entonces comprendí a mi padre; supe lo que había estado tratando de enseñarme. Sentí unas profundas ganas de matar, pero nunca supe a quién. Si lo hubiera averiguado, seguramente lo habría hecho.

Por alguna razón que desconozco, que me está velada, esta obra digna de muertes y de honores, me recordaba a mi país.

He tenido miedo de no ser nada. Estoy aquí, en un país que de barras y estrellas se hace añicos, que de cambios hace tiendas de disfraces. Y yo, ¿de dónde soy? Estos rasgos de mi cara, este color de mi piel, ¿pertenecen a una raza decadente o a un pueblo dominante? El suelo que piso es igual al de casa, pero se extiende hacia la vaciedad en un viaje de varios días, y se vuelve sólo bruma. Éste es un país de necios. Aquí, la juventud se va a luchar una guerra que sólo conquista la locura, o se queda a vagar en la calle y a drogarse por cualquier motivo. No sabría decir qué es más digno. Después de todo, ¿qué buscan? Creo que nadie lo sabe. Todos buscan algo, sentido, pero no existe una causa común. De tanta revolución, y protesta, y

manifestaciones bajo un sol que no para todos es el mismo, se han ido rezagando en el entendimiento y en el ejercicio de su mente abierta. Gritan y practican el amor, pero de amor sólo saben que huele a flores y a sudoraciones postreras. Anhelan paz, pero se revuelcan en una guerra y en violencia financiada y aprobada por sus padres. Es una guerra entre adultos de televisión y adolescentes de marihuana. Y esa guerra nadie la va a ganar, porque nadie la está luchando en realidad. Los malos, todos, van a la universidad para ser algún día como esos buenos contra los que ahora vociferan; lo malo no es ir a la universidad sino ir por las razones equivocadas —tan malo como ir a la guerra por ideologías prestadas o por razones aparentemente comunes. Los buenos amonestan a los malos como van al baño: por una mera urgencia orgánica. Los amonestan porque es necesario, es su deber, pero lo hacen convencidos de que al final el rebaño volverá al redil. La única consecuencia real serán unos cuantos dólares dentro de algunos años en la cuenta bancaria del psicoanalista. Se libran las batallas en el campo siempre neutral del hogar o de la escuela, y cada contendiente enarbola banderas que por sus colores parecen invencibles; filosofías y retóricas luchan y luchan para llegar a nada. Al final nadie ganará. El aparente triunfo del orden establecido no es real; aún el más fanático reaccionario sabe que hay un hueco, una insatisfacción. Nada queda después de eso. Es una guerra circular, y eso es todo.

No lo entiendo. Tengo veinte años, como la mayoría de ellos, pero no los entiendo. De este lado de la barda, entre Dios y su palabra, todo parece una sutil cadena que une a los muertos con los vivos; el orden divino. Hemos de honrar a nuestros

padres, a nuestros captores, cayendo en un abismo que ellos ya probaron que es insalvable; una burda imitación. Pero, ¿cuál es el precio? Los veo desnudos, y ellos sienten que han ganado un poder cósmico, pero no ven que así lucen más débiles, más desprotegidos. Los oigo decirse hermanos; parece que no saben que la lejanía más grande está hecha de tener la misma sangre. Dicen habla, yo comprenderé, entiendo las filosofías y las cosmogonías, sé quién hizo el plano del universo, pero no saben que la vida no es el pensamiento, sino la muerte del pensamiento. Hablan de voluntad, voluntad hasta la muerte, pero no saben que ya están muertos.

Pero veo a esos otros, a los locos silenciosos, esos ebrios de su propia sangre envenenada, que se arrojan sin miedo hacia la nada; aquellos que se inyectan hasta morir, que brincan de edificios, que piensan y destruyen al pensar, que desafían aún a esa mano que se tiende para ayudarles; a esos los veo y sonrío. Ahí está la verdad; ahí está la locura de quien llora por ver que golpean a un caballo. Eso es la naturaleza divina. Eso es, por Dios, estar vivo.

Sin embargo, yo no soy de esos. Yo no estoy vivo.

Aquí estoy, en un país de novela, de confines insospechados; solo, sin saber a dónde voy pero, peor aún, sin saber de dónde salió mi preciado primer suspiro.

Alguien ya me había hablado de este sentimiento, antes.

En fin, soy una criatura tuya, Señor.

Pasaban horas. La lluvia ya había concluido, pero yo, aún inmerso en el suplicio del dolor de piernas, no podía salir y contemplar el arco iris.

Tic-Toc. Es tan parecido al mar. Tic-Toc. Cae el agua, y en un estruendo se levanta otra vez. Han pasado diez años, y esta clepsidra sigue y sigue, igual, navegando el tiempo, tiempo y tiempo, sin parar; Tic-Toc. Hace unas horas, minutos quizá, cumplí veinticinco años. Mañana todo esto será recuerdo: el mar embotellado, el escritorio de madera, los rosarios de sopa, los ayes del rector ante mis preguntas atrevidas, que él llama "torturadas", los mil enfines que he pronunciado ante la falta de una respuesta total a la pregunta total, la virgen blanca, el penacho de Moctezuma; todo, todo será recuerdo. Pero llevo en el brazo el regalo más hermoso, el arma por excelencia. Soy feliz. Ya no hay duda; tengo que ser feliz. Tic-Toc. Me he hecho viejo; me pregunto si mi madre sabrá reconocerme. No lo dudo, ella sabrá hacerlo mejor que yo. ¿Era yo aquel niño que criticaba la revolución tan fehacientemente? ¿Era yo aquel muchachito amedrentado por las fugas de los anarquistas? Sí, Abraham, eras tú. Y ahora, vaya, vaya, llevas la revolución como un estigma en la frente. Sin duda alguna me he comprometido. El hermoso seminario mayor de Berkeley será el que transforme la iglesia y el ministerio. Tenemos el poder de Dios y la determinación del revolucionario. Es hermoso ver cómo, sin abandonar ni un segundo a nuestro pastor —la clepsidra es testigo—, nos hemos acercado a la fiebre por el

cambio. Sé que es necesaria la evolución y sé que Él, en silencio, lo pide a gritos. Tenemos que dejar de dormir, y salir a la calle y tomarla en el nombre de Cristo. Tic-Toc. Se acaba el tiempo. Ya no hay tiempo. Tic-Toc. La clepsidra es ahora un mar atormentado. Tic-Toc.

La playa. Ya todo es recuerdo; este momento es el último, la nívea noche de la prostituta, poco antes del amanecer. El mar brama y se agita con violencia. Pero hay un vacío, un hueco, y él se pregunta porqué. Todo es, ahí en su mente de moribundo, una imagen borrosa de una construcción gigante y café, situada en un valle sitiado por imponentes cordilleras, cadenas de montañas que se alargaban con crueldad hasta perderse en la lejanía y que en invierno, siempre en invierno, se llenaban de juegos de luz y de sombras como cristales rotos. El viento da en su cara, y le enfría. Tiembla. El mar calla y en segundos vuelve a rugir. Él confunde los sonidos, y escucha a la mujer llorar. Un llanto suave, como brisa. A través de la bruma logra recordar el sentimiento, la creencia, de que esas interminables filas de titanes, montañas terribles, seguían y seguían, por meses, por años, hasta llegar a casa, hacia el sur. Pero ahí, recuerda, hasta donde alcanzaba a ver, seguían siendo ajenas, pertenecían a ese país nevado, frío, si es que eso existe; ese país que le había regalado su amor a Dios.

A veces parece que el mar le llama por su nombre.

Tic-Toc. Este país me ha regalado mi amor a Dios. Ya no puedo, ni debo, pedir más. Ya no puede haber mayor plenitud. Tic-Toc-Tic-Toc-Tic-Toc-Tic-Toc. ¿O acaso debo decir: me enseñaron mi amor a Dios? Tic-Toc.

Hoy es mañana. Todos los mañanas, son hoy; es catorce de mayo de 1964. Aquí está Dios; lo tengo sentado a mi lado... es una visión pero es a la vez mi destino. Todo es miedo y vulgar terror. Vértigo, no tan vulgar. Una muerte. Un terrible temor que me invade.

Cierro los ojos, como si quisiera ignorar todo lo que me rodea, este vacío. Quiero negar este momento: es el horror. Siento, cuánto siento, esos surcos de sudor patético que se forman en mi frente; siento mi sangre agitada, hierve dentro de mi cuerpo y me provoca un leve y sutil temblor en mi mejilla y en mis manos. Todo esto no tiene sentido. Nada lo tiene; no aquí, en este segundo. Percibo un leve olor a incienso. Místico perfume. Mis labios tocan el piso; saco la lengua y toco el frío, helado mármol en el que estoy depositado, como un muerto, con estos brazos abiertos, míos, en cruz, como...

Pasa el mundo por mis heridos ojos. El hombre parado justo delante de mí, me resulta... desconocido unos segundos. Soy, o soy y dejo de ser, o soy en el vacío.

Recuerdo: sé dónde estoy. El hombre lee algo que yo no alcanzo a escuchar; el conjuro es lento y tiene cierto ritmo de canto monótono, pero yo no oigo, no, mis oídos son torturados por un agudo y largo zumbido. Al fondo, detrás de este tipo desconocido, está el de los brazos de poder abiertos, viéndome fijamente. También le desconozco por un instante, hasta que me hago consciente —¡Dios!— del dolor que transmiten sus ojos; mucho, mucho. Diríase que cada uno de esos ojos es el centro del dolor del mundo. Tiene en la cabeza —¿porqué, para qué?— una corona de espinas, y está bañado en sangre.

Sangre. Era eso; era la muerte. Ahora lo entiendo, buen Dios, era la muerte, todo el tiempo. Me consagré a ti sin saber que eras la muerte... ¿puedo decir, Dios mío, que encontré tu juego? ¿Puedo ya vanagloriarme de ello?

Si camino con cuidado, Sylvia... por las tres planicies del mundo... la orilla del abismo, esa donde está el final del universo del hombre primitivo, se hará infinita y entonces yo podré escribir con veracidad, con voz firme y propia, sobre los festines del orgullo, de la drogadicción, de la vena expandida, del oprobio divino. No sobre una fiesta de universitarios en la que juntos vomitamos, pero sí sobre fiestas del diablo y de criminales. Sabremos las cosas importantes: una caída desde una es-

calera hasta el final del edificio, o esos hombres que sonríen como gatos de Baudelaire; como putas de un poema lejano y nuestro. Y entonces Dios ya no ocupará ningún espacio; ya no seremos los últimos... Ya no serás una muñeca inflable que se me pierda en cada frontera, en cada estación ferroviaria, y de la que sólo guarde un dientazo en la verga. Seremos juntos, seremos unidos, seremos el matrimonio del amor siniestro. Como dos seres ungidos para el resucitante shock, la pila cargada que viaja las sienes hasta el conocimiento. Seremos como una visión; sí, seremos, pero primero hay que encontrarnos, antes de morir, y encontrar juntos ese último lugar, el abismo, como primitivos errantes de un mundo virgen.

Me he mostrado muy receptivo para el abandono, para el desarraigo, y es por eso por lo que me han herido, como a una explosiva ramera del dolor. ¡Ay!, es como grito, y de tantos ayes he forjado mi armadura. Soy inmortal como lo son los perros... soy inmortal porque soy reemplazable, y porque el sujeto del reemplazo será idéntico a mí... nadie notará la diferencia.

Ya ha sucedido.

Sucederá.

¿Acaso dije: aquellos locos silenciosos? Sería mejor decir: aquel silencio locuaz. Cuando no se escucha algo, se habla de silencio. Yo hablo de silencio cuando escucho todo, a un tiempo, en el mismo espacio de sonido. Clap, representa aplauso:

clap, clap, clap, la multitud aplaude. Bang, es disparo. Bang, bang, bang, la balacera, y alguien muere. Así, de ese modo, se escucha en el momento de la salida, la muerte, el adiós para siempre. Es horrible. Todo el universo sónico como salido de un audífono en mi oído. No existe una grafía para tal alarido, el estruendo total. Es horrible porque esa es, precisamente, la nada del ruido. Nada, silencio, un único e infinito zumbido, si es que ésta palabra, zumbido, es suficiente para describirlo.

Es como un ruido; río. Sangre; la bendita sangre que cae. Un mar de olas sangrientas: siempre, el mar. El grito; el mal, el mar, rugen en ese universal ruido; río. Ahí está: el camino de sangre, la vereda del horror. El cuerpo, delgado y pobre, marcado por el suplicio que navega. Siento en mis ojos cómo palpita la herida del costado; su cuerpo tímido castigado por los clavos en sus manos y pies. Es un nuevo carácter, un nuevo nivel de sufrimiento divino. La sangre... viva, con ojos y oídos, con voz, abriéndose paso por el horizonte doloroso de su piel. ¡La muerte! Parten las veredas fétidas de su tenue cabeza, recorren su cara, el rostro divino, esa cara que es valuarte de todas las caras que en el mundo han sufrido, y mojan sus labios y mitigan su sed de vinagre. Sed; sed de enfermedad. Cae la neblina enrojecida por su tronco y sus piernas, como una cascada de sufrires y gritos, gritos de la causa primera y última, el grito, como sal, como sabor, como motivo. Cae, cae, y es un vértigo, para mí y para el mundo, cae y humedece el madero, le fertiliza, cae y llega al piso, y se queda ahí, inmóvil, como si no pudiera caer más, como el más certero testimonio del horror.

Estoy aquí, ahí, en todos lados, siempre, porque hoy es el futuro. Hoy se nubla mi vista, todo se distorsiona, todo, hoy, catorce de marzo, en un año del señor, seis y cuatro. Es la niebla rojiza, amarga, de ese, ahí, el único Dios minúsculo, amorfo y distante. Cierro los ojos, los puños, trato de aferrarme a algo, algo que se ha ido, que ya no existe; sólo siento la humedad, el sudor, la angustia que moja mis secas y antiguas manos.

Hoy... un espacio negro, allanado de pánico... soy y seré. ¿Quién soy, a partir de hoy? Llanamente: ha muerto el amigo Abraham, el niño del laberinto, el pequeño billetero, el hijo del infernal borracho... se murió el niño, hoy, hoy; el futuro ha llegado en términos de guerra. El niño se ha hecho distancia. He aquí al nuevo hombre: éste, el de este momento, éste que siente veinticinco años en la espalda, éste que está a punto de volverse idiota. Abraham, el grande, el que sólo puede cerrar los ojos para perder esa visión, esa que se hace más clara en su mente de escapista, esa que aumenta sus dimensiones, que se vuelve todo, y que hace que el miedo se trabaje por mucho a sí mismo y llegue al pánico.

Pánico... desde algún lugar, al fondo, o arriba, o abajo, una campana arroja su lamento; su talento. Tan-tan-tan. Llaman a muerto, llaman a muerto. Tan-tan-tan... tiempo pasa.

Alguien ha muerto. Alguien me ha dicho que ya soy sacerdote...

Abraham. Alguien llama. Alguien ha abierto los ojos al espanto. Abraham, ya no hay tiempo. Acudo.

Udab guardó silencio; un silencio que yo conocía: plagado de respeto conmovedor. El aire del laberinto era gélido, corría de un lado a otro como un espíritu enloquecido. Una bella historia, pero una historia inacabada; yo sabía que aún faltaban cosas, piezas, más horrores y vértigos. Me fascinaba; ese Abraham, fuera quien fuera, debía ser como una bola de energía y fuerza descomunal y hecha hombre. La gran fuerza de ese enorme miedo. Yo me mecía en el borde de la gran plataforma de concreto, imaginando que era ésta la orilla del abismo que buscaba Abraham; imaginando que me estaba haciendo el arrullo perfecto, el arrullo de la muerte.

— Esto es para volverse loco —afirmé con voz gutural y asustada. Udab rió quedo, y caminó hasta la orilla de la escalera-trampolín que se ubicaba exactamente a la mitad de la plataforma. Parecía un clavadista preparándose para su salto mortal, para la medalla. Le observé detenidamente; de una manera extraña él parecía encajar perfectamente con todo, con la locura o el absurdo de aquel lugar, con el desequilibrio, con la agonía que reinaba ahí. Sonreía, feliz de estar ahí, en el borde del mismísimo abismo, jugando a hacer equilibrio en una pierna, luego la otra. Y soltaba risitas estúpidas y nerviosas; estaba asustado, no sólo por él, sino por todo, por el momento. Yo también lo estaba; en ese instante creía entender el cimiento de ese dragón demoníaco de nombre Udab: la locura. El abismo parecía ser su cuna; el vientre de su madre.

— ¿Dónde habrán estado los soldados? —pregunté, por decir algo.

— Ahí.

El dedo maldito de Udab señaló la esquina oscura y vacía, a su izquierda, con la seguridad de quien conoce toda la historia al dedillo. Después dio media vuelta y retornó a la seguridad de la plataforma. Pude ver pequeñas gotitas de sudor en su amplia frente; gotitas de miedo, de un minuto de flaqueza. ¿Udab con miedo? En todo caso, todos los hijos temen a su madre. Bajé la mirada, volviendo al abismo; un Udab con miedo era lo único en este mundo que me negaba a ver. ¿Porqué? Yo también sudaba; me frotaba las manos en un continuo negar mi miedo y el sudor que surcaba mis palmas. Fui una suerte de hipócrita de serie de televisión: esos médicos o abogados o ingenieros que prefieren un martini a un tequila; fui un ser temeroso de su temor. El círculo vicioso perfecto. Quiero salir de aquí, pensé, quiero volver a ser la basura de antes, la chingadera o lo que sea que haya sido antes de pisar este lugar. ¿Cuál era la poesía surgida de aquel infierno? Toda. Sin excepción. Toda enfermedad brotaba de ahí y se propagaba, como un remolino, por el mundo. Sentí la necesidad imperante de pasar de largo ante mí, y ante mi terror, para seguir percibiendo con veracidad el mundo. Y pude sentir la razón de mi congoja: imaginé a un niño sentado en el último peldaño de una de las escaleras, leyendo de un grande y grueso libro de historia sacra. Algo se perdía ahí, en el laberinto. Quien entraba ahí dejaba algo.

Udab puso su mano sobre mi hombro.

— No es para volverse loco, amigo. Sólo entra aquí quien ya lo está. Esto es la mente de todos los enfermos, de todos los poseídos —dijo. Su voz era suave y rítmica, como la de quien explica a un niño que su padre ha muerto.

De un tirón arranqué el crucifijo que colgaba de mi cuello y lo arrojé hacia el abismo. Escuché cómo sonó al caer: como suenan disparos en la guerra.

— Aquí convergen todos los ojos y todas las visiones que hacen lo patético y lo infernal —continuó—; así que no trates de descifrarlo. Sólo disfrútalo.

Hoy sé lo que hay que disfrutar: el amor eterno, la flagrante humanidad, el pie en brazas ardientes, la soga al cuello, la corta-barbas en la muñeca, el cañón en la boca; eso es lo que hace el disfrute. Ese círculo del gran pánico, como escaleras incompletas; esa explosiva voluntad es la que sostiene la cordura, no vigas de madera. No pasión, sino desventura; pasión por la desventura. ¿Qué es el espíritu? Es la explosión; el hombre pequeño y desarmado que se funde y muta en hombre social, en esa camaradería estúpida y asfixiante, en esa carroña de hombres que comen hombres, padres que comen hijos y maestros que comen alumnos. El espíritu humano se desarrolló como el humor: primero fue ingenuo y simple, un regalo hermoso para la felicidad y el olvido, pero con el tiempo se fue haciendo rudo, crítico, violento, complicado y grotesco, provocando divisiones donde antes sólo había sonrisas sin mayor trascendencia. Así, el espíritu se transformó de un bien a un mal, de un instrumento para la comunicación con lo divino a uno de tortura, de autoflagelación. Y he aquí lo hermoso: todos aquellos espíritus sanos y limpios fueron siendo mino-

ría, hasta que los ejércitos de espíritus malignos les condenaron al asilo, al encierro, y les llamaron locos. LOCOS: esos espíritus servidores del miedo, del caos, del cosmos diminuto; esos son los más hermosos, los más sanos —los más limpios. En el pánico, en la paranoia, yo me río.

El dolor: algo muere, algo cae, algo deja de ser. Un hombre, una cosa, un pensamiento; un pensar. Es la muerte un segundo: un instante. Cae el régimen y entonces mueren realmente todos los hombres que lo construyeron. Cae el ídolo, y entonces mueren quienes lo idolatraban.

— ¿Quién habrá hecho este lugar? —me preguntó Udab. Yo me puse de pie, sin siquiera sentir un leve vértigo por el vacío que se abría a mis pies.

— Tú... yo. Todos hemos puesto nuestro ladrillo en este lugar —respondí.

Udab rió.

— No todos. Tú, yo, y Abraham. Sólo nosotros. Créeme que no hay colectividad en la locura... tan sólo puede haber una leve afinidad.

Ciertamente. La locura es la soledad más acabada, más perfecta. ¿Con quién compartir un delirio incomprensible, un delirio que no puede caber en palabras o estructurarse como un relato? ¿Con quién hablar de la nada o de la totalidad del conocimiento? ¿Con quién? Dije antes: como ser humano sé que estoy condenado a la soledad. Mentí. Estoy condenado no por ser humano, sino por ser exactamente lo contrario. Por ser enfermo, por ser el loco de la historia, por ser la mierda del mundo de la lógica. He de hablar de las tres planicies del mundo, esas de Abraham, pero,

¿con quién? En última instancia, en esta soledad, ¿para qué hablar? Todo rebotará, como en paredes desnudas, como el eco en el laberinto. Todo será inútil porque en la mente del enfermo todo es útil, por ello nada es útil o todo es inútil. ¿Para quién hablar? ¿Porqué? ¿Para qué? Callaré todo, no por gusto, sino porque eso es exactamente lo que no se debe hacer. Lo hace el profeta y no es correcto. Lo hace el dictador y no es bueno. Será esta vez, la primera, la única, en que será bueno, y útil, y correcto. Pasa de largo, pasa el bosque, cruza el océano, y llegarás a tierras donde tu nombre será raro y extranjero, tierras donde tu rostro y tus maneras serán desconocidos. Sólo así estarás a salvo, de la gente, del gobierno, de la extraña naturaleza social. Ya no se te darán las gentes incompletas: entre desconocidos todo es sinceridad. Ya no se te ocultarán las razones ni los porqués: porqué es lo que menos importa.

— ¿Porqué siento que he perdido algo?

Udab sudó. Udab tuvo miedo; Udab también: no fui el único. Lo sabía; algo se quedaba ahí, tal vez como un precio de entrada, el costo del boleto a la tierra del loco. Y el buen satanás-en-miniatura-Udab lo sintió. Ya no había remedio. Lo dije, aún sintiendo que decía lo más obvio que jamás mi boca hubiera pronunciado.

— Estamos perdiendo la juventud... ya no somos jóvenes.

Un segundo de silencio fue suficiente. En el adiós sólo hay frases, palabras, lamentos y gemidos que no son pronunciados. Udab también lo entendió.

— Tienes razón. A este lugar se viene a dejar de ser niño.

Nunca imaginé que fuera así. El adiós a la infancia. Creo que nunca fui niño. Hoy lo sé y no tengo palabras suficientes para lamentarlo. Creo que es una soberana chingadera. Claro que sí; yo no escogí la maleta ni el contenido. Yo no pedí que se me embarcara en este viaje.

Acaso es que soy muy rápido.

¿Acaso será un privilegio estar enfermo?

Ese año no hubo jicotes. Era imposible no notarlo; no después de la gran matanza del año pasado. En situación normal, esos animales se metían por todos lados, como una infernal plaga; en la cama, en la ropa, en la comida —si uno no ponía atención al comer un plato de frijoles, era seguro que uno o más pasaran a formar parte del cuadro alimenticio— en el cabello, entre los libros, por todas partes. Y su molesto zumbido tampoco podía pasar desapercibido; zum, zum, zum, sobre todo después de llover. En los parques se formaban pequeños montículos de un incierto color café; cientos de jicotes hacinados el uno sobre el otro, en una orgía húmeda y descomunal. Zum. Siempre en el tiempo de lluvias. Ese año llovió, pero no se vio un solo jicote.

Sylvia sentía una extraña y fuerte afinidad con los pequeños animales voladores. Sentía algo inexplicable, tal vez nostalgia, al verlos ahí, volando en medio de un cielo todavía húmedo, chocando con todo en su ceguera; a merced de los niños crue-

les y enfermos que se acercaban con lentitud y aplastaban cientos con sus pies. Durante dos años había sacado su silla al portal de su casa, durante las lluvias, y los veía en silencio, sola, a veces soltando un leve soplido cuando un niño apachurraba una colonia, o una breve risita cuando a otro se le metía uno en la boca, hasta el cogote. Sólo intervenía si era testigo de lo que a ella le parecía un acto de crueldad inadmisible: a veces los niños amarraban un hilo a las patas de los animales y los traían volando en círculos, como aviones a control remoto, para después azotarlos en el piso. Entonces sí, Sylvia les gritaba mil y una majaderías recolectadas en sus innumerables viajes por el jodido mundo, y los corría del frente de su casa. Pinches mocosos sádicos, pensaba, hace falta ser un cabrón para tener semejante iniciativa. Para los niños no era más que la vieja loca del vecindario —todos los vecindarios tienen su vieja loca—, la mujer madura que actuaba como anciana y que se vestía como tal, y que gritaba en una extraña mezcla de español, francés, inglés e italiano. La solitaria mujer que todas las tardes apostaba su silla en el estratégico lugar y pasaba ahí la tarde en actitud contemplativa. Cuando no había lluvia ni jicotes, Sylvia escribía en letras pequeñas ricos poemas, poemas de lirio acuático, y poemas, y poemas. El idioma escogido era el español, su lengua materna —y ella sí justificaba esa clasificación, pues su padre era un desconocido que partió después de embarazar a su madre y del cual jamás quiso saber nada, ni siquiera si había tenido lengua. La gente decía por lo bajo que era una suerte de adivina y que ese método, la pluma y el papel, era el que usaba para comunicarse con los espíritus. Sylvia cultivaba la libre

asociación de ideas —surrealismo, le gustaba de todo corazón decir—; dejaba que su mano y la pluma libraran su batalla mientras ella contemplaba el atardecer y los niños y la gente que pasaba de largo ante ella y su casa, sabiendo que le temían por su supuesta locura, sus dones adivinatorios y su brujería inventada. Sylvia había sido una mujer locuaz y conversadora cuando era joven, pero a esas alturas ya no tenía confianza, se le antojaba absurdo el intentar un acercamiento a esa gente tonta, incoherente. Gente, gente; una burla la gente. Aún así, conservaba una increíble facilidad para la sonrisa; le sonreía a los jicotes y a los niños y a los poemas y a la puerta y a la silla. "Ríe porque habla con los espíritus de sus amantes", murmuraban las viejas del pueblo. Circulaba de boca en boca la historia escalofriante, así la calificaba la gente, de que Sylvia había estrangulado a varios hombres que poseídos por su belleza extraña le habían amado, y que ella, después de cometidos los crímenes y ya desquiciada, había ido a parar a ese país, huyendo de la justicia.

"¡Ay, mis amantes!
Mis amantes son los insectos,
las historias de fantasmas
y el recolector de las cinco."

Había algo de cierto: el espíritu, el aparecido, la invocación, son el recurso último de la poesía; del tiempo que es poesía. Para Sylvia la poesía automática era el método con el cual dejaba hablar a sus recuerdos y a los espíritus que los poblaban. No era la sublimación del recuerdo, era el recuerdo hablándole de tú a tú, imprecándole, gritando en el idioma imperfecto de las palabras. Sylvia había vagado

dole, gritando en el idioma imperfecto de las palabras. Sylvia había vagado por el mundo, en toda la extensión de las palabras, y tenía muchos fantasmas que le reclamaban un poco de expresión. Vivir es un crimen; en eso también tenían razón. Todos hemos matado al vivir, y ella no era la excepción. En eso, Artaud y Sylvia coincidían sin duda.

Sylvia era una criminal, pero que había cometido pequeños crímenes en miniatura. Ella no sabía de empuñar un arma, pero había aprendido ciertamente a usar el suave cuchillo del abandono; filoso y cruel, el arma más sutil y perfecta. Había perdido un sueño, y no se encontraba dispuesta a ser el instrumento del sueño de otros. Se cansó en un segundo de viajar en pos de un anhelo que hacía años había perdido, así que un día bajó de un viejo camión de fletes y dijo hasta aquí llegué. Un pequeño jicote se estrelló contra su frente, ella rió y avanzó con sus maletas de trotamundos y sus tres muebles de madera hacia una vida sedentaria que se le antojaba a tiempo; desconocida, tal vez horrible, pero muy a tiempo. Así, se dedicó a contemplar ciertos aspectos del vivir que en sus interminables viajes le habían pasado desapercibidos; en especial, el de ver caer la tarde lluviosa e infestada de insectos sentada en el umbral de un lugar al que podía llamarle hogar; escribir recuerdos viendo a los niños pasar frente a ella, sin la preocupación de que el avión parte a las siete. Con pasión renovada cultivó la tranquilidad en un espíritu acostumbrado al movimiento y la premura. Un día, después de un año de inmovilidad, llegó la pregunta a su papel, esa que había estado esperando todo ese tiempo.

“Yo no pregunto si existo.

Yo pregunto si hay país

que me reclame;

pregunto si nací

y si es que existe el nacimiento.”

Sylvia entonces sonrió. Su mano se agitó liviana, recorriendo el camino que separaba un dedo de su vulva. La falda se alzó y el dedo tocó con precaución el pequeño botón de la humedad. Pensaba al menos eso conservo, al menos ese sueño no lo he perdido. Se masturbó para colaborar con el placer de cumplir un sueño: placer sin conjeturas. ¡Victoria! Victoria sobre el abandono, sobre el adiós. La masturbación es un acto de libertad. Y, para ella, el orgasmo era el amor hecho momento, hecho líquido, salado y tangible. Un Don, el orgasmo. Ese era el regalo que había hecho a los innumerables hombres que habían pasado por su vida: el jugo de la victoria. Era por eso que ella aseguraba haber salido invicta de todas sus relaciones; el orgasmo por delante. Nadie sale perdiendo en el amor, le gustaba decir. ¿Manos vacías?; nunca, decía. Todos se llevan algo; dolor, odio, nostalgia, miedo, lo que sea. Siempre hay ganancia.

Después de una semana del arribo de Sylvia, en los bares lugareños, los esposos y los abuelos, los padres y los hijos, los amigos y los enemigos, ya murmuraban sobre la extraña mujer, “esa gitana llena de baratijas”, tan bella, tan etérea y misteriosa, tan callada. Las siempre devotas mujeres del lugar decidieron que, si había

llegado un nuevo enemigo —"una mujer sola, ¡será posible!"—, lo mejor era conocerle bien, así que se formó una comitiva de arpías de iglesia con la misión de fingir una bienvenida y averiguar cuál era el asunto. La gitana llena de baratijas no tuvo más remedio que recibirlas, ya que se encontraba sentada por vez primera en el portal contemplando a los jicotes, sintiendo esa inusual nostalgia, insectos cegatones, y ahora estas gordas qué querrán. Cinco bellas y rozagantes madres de familia invadieron el descuidado patio y le saludaron con inusual cortesía —Sylvia conocía bien a los nativos amedrentados por un extranjero. Ella las saludó apenas con un gesto y una tímida sonrisa. Después de estúpidas preguntas sobre su procedencia, que Sylvia no se molestó en contestar, y locos monólogos de bienvenida —una rolliza mujer vestida con un sucio delantal hasta le ofreció mandarle a su jardinero para que se encargara de la mala hierba que crecía en su jardín—, la comitiva le habló de las ventajas de unirse a la comunidad-casi-sociedad-secreta de la iglesia. Ella siempre había respetado todo lo que se refiriera a creencias religiosas, aún cuando se tratara de un mero acto social, como era el caso; pero no pudo soportar cierta insinuación acerca de encontrar "un buen hombre que la quiera", de parte de una de las gorditas. Ahí sí se le acabó la paciencia y en contra de todos sus principios de respeto pronunció esas palabras que tal vez nunca había pronunciado para referirse a las creencias de alguien, al menos en voz alta.

— Pinches viejas locas.

Las respetables mujeres quedaron con la boca abierta y abrieron los ojos como

sapos en brama, y ella esbozó una clara y limpia sonrisa. La comitiva salió sin decir una sola palabra, casi con miedo de darle la espalda, como a una reina, con pasos pequeños y lentos, y abandonaron la propiedad. Ya se encontraban bastante lejos cuando surgieron las exclamaciones: "¡es inconcebible!", "esa mujer tiene al demonio dentro", "¡Dios nos pone a prueba!", "¿qué quiere decir pinches?", "esa pobre debe ser muuuy infeliz". Las gordas trataban de entender qué rayos significaba todo aquello y, como resulta claro, no lo lograron. Así que concluyeron que el asunto era que la nueva residente de su pueblo estaba loca.

Un jicote se posó, pequeño y café, en el regazo de Sylvia. Ella lo vio, todavía con su sonrisa cínica y pura en los labios, y le confesó:

— Amigo, acabo de terminar con mi vida social aquí.

Los maridos de las hijas de María pusieron cara de asombro y de sincera preocupación al enterarse, pero dentro de ellos sintieron un palpitante regocijo por el ridículo que sus viejas esposas habían hecho, y en la cantina y el tugurio lo rieron a carcajadas. Era un sentimiento común; todos, viejos y jóvenes, sentían esa fascinación por la mujer extraña, la del desafío, esa que ofrecía más, mucho más que sus flácidas esposas, mujeres que ya habían consumido las pétreas mechas de su pasión y de su encanto en reuniones bíblicas y de juegos de mesa y té. Las matronas imaginaban un monstruo; los hombres lo veían real, ¡muy real! Por mucho rato ese fue el tema en boca de todo el mundo, hasta que cierto tiempo después llegó otro súcubo que esta vez hasta a los hombres les hizo poner el grito en el cielo.

Un día en que los hombres en edad bebían cerveza y conversaban, agobiados por el intenso calor, dentro de uno de los bares más céntricos del poblado, hubo una extraña aparición; terriblemente extraña. Ahí estaba; una bellísima y fina mujer entró a la taberna, con sus indefinibles ojos azules y su cabello más negro que cualquier cielo nocturno, con paso lento y despreocupado, como si no hubiera estado en la puerta el claro letrero que rezaba "prohibida la entrada a mujeres y uniformados". Se acercó a la barra y pidió, en un acento irreconocible, algo que sonó a "whisky". El cantinero, desconcertado, sirvió la bebida y añadió un par de cubos de hielo, considerando el calor parecía lo más adecuado, aunque la dama no los hubiera pedido. El silencio parecía inescrutable, y la mujer también; parecía ignorar al mundo por completo. Bebió su alcohol de un brinco, depositó en la barra un billete nacional que excedía casi por dos veces el costo del trago, dio media vuelta y salió con paso firme sin siquiera ver a todos esos hombres que no apartaban su vista de ella. Esta ocasión los maridos fueron quienes corrieron a casa a contar a sus mujeres lo ocurrido, y ellas, siempre un paso adelante en esa clase de menesteres, les informaron a su vez lo que sabían. Era una mujer inglesa —otra extranjera, murmuró la mayoría— que acababa de llegar a esa tierra por un oscuro motivo: era divorciada. Al menos así lo aseguraba aquel que le había vendido la casa, que por cierto se hallaba ubicada a unos cuantos pasos de la que ocupaba la gitana, que era por aquel entonces el sobrenombre con el que se referían a Sylvia. Esta vez las conspiradoras de Cristo ni siquiera intentaron un acercamiento táctico; simplemente optaron por el

aislamiento total. Nadie en la calle le dirigía la palabra —aún cuando ignoraban que la inglesa desconocía por completo el idioma y en el remoto caso de que alguien le hubiese hablado no hubiera entendido un pito. Aún los hombres se unieron a la nueva y estúpida actitud; se habían sentido amenazados por esa dama que se atrevía a desafiar tan flagrantemente la intimidad de su escondite. ¡Santo Dios, podía convertirse en un mal ejemplo! Y eso sí que era inadmisible; estaba mal para el sistema de "dominio" masculino que imperaba en aquella sana sociedad. Los caballeros necesitaban conservar su inmunidad dentro de esos casi crípticos recintos que eran los tugurios y tabernas del pueblo. "Las mujeres no toman whisky sino té", afirmaban los más viejos. Las bebedoras de té sentían más una especie de preocupación moral: esa mujer había roto con la familia, con el matrimonio, con un sacramento y un lazo divino, aún teniendo la tremenda responsabilidad de su pequeña hija —no cabía duda, tenía que ser su hija; ese parecido no dejaba lugar a conjeturas—; para las esposas y madres se había convertido en un signo de amoralidad y decadencia que, peor aún, luchaba contra el orden establecido por ellas, y por las madres de ellas, y por las madres de las madres de ellas. Y eso en Limón ya era suficiente crimen como para ser totalmente segregado. "Una mujer permanece con su hombre hasta la muerte". Al hombre se le hacía creer que era por el subyugante poder que ejercía sobre su cónyuge; las mujeres sabían bien que era lo más conveniente; lo más inteligente y cómodo. Así que la inglesa se convertía en una estúpida mujer que no había sabido aprovechar la seguridad de tener un proveedor en casa y, peor aún, se había lanzado

a la vida sola con el paquete de una hija en edad escolar. Un muy mal ejemplo para las hijas jóvenes de Limón. Y seguramente, decían las comadronas, también para las inglesas; no por nada había emigrado a ese recóndito rincón de la América caribeña.

Sylvia se enteró gracias a que aún contaba con la simpatía de ciertos hombres y ciertas mujeres con ideas más avanzadas o simplemente menos idiotas que las del promedio, como cierta maestra que impartía sus peroratas en la pequeña escuela primaria que estaba junto al templo y que debajo de su cándida y conformista apariencia albergaba toda una tormenta de ideales socialistas. Sylvia gustaba de hacer largas caminatas en las hermosas playas del Caribe, leyendo lo propio o lo ajeno, para sentir esa brisa en el rostro tan distinta a la de otros mares. Por ahí se encontraba con esas personas que todavía se atrevían a sonreírle, arriesgándose a ser vistas por alguna de las gordis. Los más temerarios, con la maestra socialista, cuya casa estaba frente a la playa, o el marinero que se ufanaba de tener hasta los huevos tatuados con la historia de las cincuenta y tres barcas que le habían zozobrado en su agitada vida marina, además de la de las dos sirenas que lo habían violado “aquí mismo, sí señor, en la mismita punta de la playa”, le hablaban y conversaban con ella unos cuantos minutos. “¿Cómo se encuentra, doña Sylvia?” “Muy bien, maestra.” “Qué bueno. Discúlpeme, tengo que ir a casa porque dejé agua hirviendo en la lumbre.” “Adelante maestra, hasta luego.” Algo así eran las grandes conversaciones que Sylvia había sostenido durante su estancia en ese pequeño pueblo. No es que le teman a las putas del lecho divino, pensaba Sylvia, sino que ellos tampoco pueden

dejar del todo sus prejuicios de nativos. En fin. Estar mudo no es gran problema cuando se tiene poco qué decir, y ellos tienen muy poco qué decirme. Cuando estos locos me aíslan, ¿quién se aísla en realidad? Están encerrados en su mundo, por un lado el mar y por el otro montañas; ¿para qué ver más allá? Bien, pues así están bien. Bien por el bien... aunque de alguna manera yo también estoy encerrada en mi mundo, sólo que éste es un poco más grande que el de ellos; eso no me hace más justa. Probablemente ellos tienen razón: estoy loca. Sylvia acostumbraba sentarse a leer algún tiempo en la punta de la playa —y siempre se distraía pensando en el asunto sobrenatural de dos sirenas violando a un marinero completamente tatuado—; un lugar por el que pasaba la gente pero que siempre conservaba un extraño silencio. Un hombre fuerte, moreno y viejo, que vendía aguas frescas, siempre llegaba hasta ahí y le ofrecía un vaso, que ella siempre aceptaba; de alguna manera había detectado cierta simpatía en la mirada del hombre, arrugado y con el cabello blanco como la nieve, y ese vaso de líquido endulzado y gratuito era su forma de decirle "hola" o "¿qué tal?" o lo que fuera que pasara por su delicada, pequeña y blanca cabecita, siempre cubierta por un sombrero tejido de palma, que sólo se quitaba cuando extendía el vaso hacia ella. Nunca una sonrisa o una palabra; el hombre entregaba su cortés regalo y se retiraba de inmediato y en silencio, sin siquiera esperar a recibir las gracias. Pero ese día no. Ese día se quedó ahí parado junto a ella, con las manos firmemente cerradas sobre el manubrio del carrito en que siempre llevaba sus mercancías líquidas, y con los ojos clavados en el mar y el oleaje. Sylvia depositó su

libro sobre su regazo y bebió su agua, mirando a ratos al hombre, a hurtadillas, tímida y extrañada. La brisa era suave, y el olor dulce del agua de piña fermentada se mezclaba con el indefinible aroma propio del salado mar y de la naturaleza que se aproxima a él. El hombre colocó su sombrero sobre su cano cabello y respiró profundamente; su cara, curtida y ennegrecida por el sol, se tornó dura y tensa. Sylvia pensó "es hermoso; es un viejo lleno de pasión y de ternura. Un hombre atento hasta con una emisaria de Satán; un hombre que sabe que hasta las brujas merecen un poco de respeto". Sonrió; poco a poco se fue sintiendo más cerca del hombre, más capaz de entender toda su situación, su vida incomunicada y egoísta, y sobre todo, más capaz de reconocer que extrañaba poder hablar con alguien. Entonces el hombre, con tiento y voz pausada, habló.

— Ha llegado una mujer nueva al pueblo.

Sylvia le miró, extrañada. "Una mujer nueva"; ¿qué quería decir con eso? ¿Había nacido, llegaba a vivir ahí o qué ? Sin embargo, presintió que no hablaba de un nacimiento.

— Una mujer... como tú —continuó—. Una mujer venida de lejos.

El hombre hablaba bajo, en un tono oscuro y casi místico que le cautivó. Vaya, otra extranjera, pensó. Por lo menos no dijo "otra mujer venida a menos". Este buen viejo viene a avisarme que ya no seré la única pendeja rara que deambule por este sitio. Bien, por lo menos habrá más variedad. El viejo comenzó a empujar el carrito con paso lento y cansado, alejándose de ella.

— ¡Espere! —el hombre volteó y por vez primera sus miradas se cruzaron—. ¿Porqué me lo dice?

El hombre sonrió. Sylvia sintió que la sangre le subía a la cara. Debía ser algo muy obvio que ella no había podido o no había querido ver; esa pregunta de pronto le pareció absurda y propia de una niña que no entiende un sencillo y tonto problema de aritmética. ¿Acaso me estoy volviendo idiota?, pensó. Pero al ver el rostro pintado de años del anciano moreno y al ver sus ojos y su sonrisa con esa claridad y brillantez de quien posee una verdad tan inexorable como propia, olvidó su reflexión. No, Sylvia, sólo eres todavía muy joven. En ese momento su sonrisa se fue a estrellar contra la del hombre, toda seca y desdentada.

— Tú, mujer, todavía no debes entender de soledad.

El viejo se alejó lentamente, como un caballo tronado que en vez de jalar empuja su carreta. Aquí tenemos a una nueva Celestina, una que se ha puesto en guerra contra la falta de voz. Este viejito grita contra la falta de eco; este sí tiene mucho qué decir, y lo ha dicho en pocas palabras. Un Satán de la soledad: Sylvia pensaba que Dios, Cristo, el bueno de siempre, nos quiere solos; Satán no. Satán habla por la boca de los hombres, le gustaba decir. Y esa es la voz que escuchamos: millones de bocas que expresan el sentimiento y las reglas del diablo. Cada hombre es un demonio, cada hombre ha sido expulsado del cielo. El mal está siempre; el bien hay que construirlo. “Algún día”, escribió Sylvia en la última página de su libro, “se levantarán huestes de jóvenes, enardecidos por el imposible, contra todo lo que caiga y en

un segundo se levante, contra el diamante infame que corona la testa de su madre, y contra el conventual gozo de la represión, que se derretirá como candela.”

Sylvia comprendió: estoy sola. Alguien me ha engañado. Ellos. Me han hecho creer que yo los abandonaba; ellos me han abandonado. Santo Dios; ¿cómo revelarse contra eso? ¿Cómo he de gritar hoy, alegando mi infortunio? Soy Prometeo, y el águila hiere mis ojos. Estoy ciega y no veo; no es lo mismo. Yo, que calé todas las razas y creí ver en horizontes distintos siempre el mismo sol, he sido engañada. Si digo que hoy, frente a este mar Caribe, he escuchado el canto de las sirenas violadoras, ¿estoy siendo escapista, falto a mi dogma anárquico —¡dogma anárquico!—, o tengo algún problema de ubicación geográfica? Estoy siendo víctima de algo que yo misma construí. Siempre me voy. Siempre he dicho adiós, ahí te vez, a chingar a su madre. Me quedé sola; sin darme cuenta me dediqué a pasar inadvertida. ¿Cuántos llorarán a mi tumba, cuando muera? Si es que no me pudro y desaparezco en la cama misma donde exhale lo último, ¿quién se encargará de mi memoria? He sido extranjera, extranjera siempre. ¿Y eso qué chingados significa? Esta pobre gente no sabe que su patria es únicamente la diferencia entre un pie firme y un pie luchando contra las olas. Yo llevo en el estómago el semen de mil razas; mi aliento es una fétida mezcolanza impura. ¿Llorarán en todos los países a la infeliz mamavergas, a la puta de la boca suave? ¿Cuántos penes rociarán mi sepulcro? Me han engañado: estoy sola.

Sylvia caminó por horas. La arena estorbaba; el Caribe se convirtió en un su-

til estorbo. Limón se perdió, pasando a ser sólo un símbolo de naturaleza humana, de geografía humana. Un error, como todas las ciudades, como todo lo humano; un error que ahogaba cualquier intento de huida. Ella comprendió que a pesar de la terrible mascarada carnavalesca con la que había disfrazado su soledad, ésta había continuado ahí, inmutable, no únicamente en ese momento de su vida sino a través de toda ella. Era difícil saber en qué momento había comenzado: ella nunca tomaba en cuenta los signos de premonición ni las advertencias sutiles del tiempo. ¡Qué humano!, pensó, ¡qué patético y burdo es todo! El viento y la brisa se volvieron en su contra. ¿Qué preguntaban? Nada. Todo era sólo un recordatorio... nadie puede jugar a no vivir su vida. Sylvia ya no recordaba nada, ni en dónde había nacido, ni en dónde había perdido su identidad o su vileza. ¿Quién soy?, se preguntaba. Pero ya Limón y el mar Caribe estaban muy lejos para ofrecerle una respuesta. Algo era inevitable: había que empezar a ser adulto. ¿Cómo? ¿Cómo se hace eso?

Por vez primera sintió frío el portal de su casa. El viento soplaba con tranquila pereza, pero a su alrededor todo se enfriaba, como si fuera ella una cajita frágil que encerrara el invierno, un poder que doblegaba el verano eterno de ese puerto. Tocó su rostro y los montes aún maduros de sus senos; fríos, fríos como los de un muerto. Buscó afanosa su capa de anciana, la super anciana, decía. Ya no había nada de esa mítica abuela, ese personaje novelesco que se había dedicado a cultivar en su ignorada soledad. El viejo chimuelo me dio un buen revés. La anciana tenía que levantarse, pero no había algún bastón a la vista. Perdí esta batalla, se dijo, dejándose

caer pesada y violenta sobre la silla. Maldita sea, ¿dónde estarán los jicotes cuando se les necesita? Su pregunta tuvo una rápida y divina respuesta... comenzó a llover, con fuerza, como si un Júpiter de barbas al viento le hubiese escuchado. La lluvia fue implacable y certera; no hubo rincón de color que no la recibiera. Sylvia la vio feliz y sorprendida, con la certeza de que algo estaba a punto de salirle bien.

Cosas importantes se suscitaban en lo alto del rascacielos cósmico. Importantes. La lluvia aún caía, aunque más tímida, sobre el suelo tibio de Limón. Gris, el cielo, por las nubes que descargaban sus últimas gotitas de temporada; algo era contemplado con interés. En la torre de la iglesia, más allá de la línea de casa blancas frente a ella, aparecieron los primeros jicotes, volando alto, inusualmente alto. Qué curioso, esa altura. Arriba, un trueno, como casual, un grito de quién sabe qué apasionada tormenta. Inmadura voz desde lo alto. Y un zumbido familiar, que brotaba aún puro y tímido, imponiéndose al goteo ya moribundo de la lluvia. Surgieron los jicotes; primero uno, dos, como si la gran manada hubiese de pronto desconocido el terreno y hubiese mandado vuelos de reconocimiento. Luego, la horda; más que nunca antes. Una guerra había sido declarada; violencia en el vuelo, violenta la ceguera. Miles, realmente miles de jicotes se dejaron caer sobre el pequeño pueblo, mil veces más pequeño ante esa inesperada invasión de café zumbante. El sonido se tornó insoportable, como una orquesta que afina en mortal encabronamiento; el cielo gris se oscureció totalmente, y un negro augurio sustituyó en Sylvia el presentimiento de algo bueno. Todo infestado, todo lleno de insectos, como en esas películas se-

tenteras de pésimos directores bien clavados con las marabuntas. Imposible ver algo, oír algo; Sylvia escuchaba a lo lejos ruidos inciertos que parecían gritos, gente gritando. Todas las fortalezas habían sido tomadas por sorpresa, y ya no había un solo cuarto de doncella o cocina de esposa que no estuviera ocupado por los jicotes insurrectos. Sólo una casa había sido respetada; una justo detrás de Sylvia.

Ella escuchó un grito más cercano; extraño. Tal vez no, tal vez confundía el infernal caos de sonidos. Una vez más. Allá, sí, a la izquierda. Un par de siluetas. Un par de sombras que luchaban, gritando, por abrirse paso entre la gruesa cortina de animales. Sollozos. Invocaciones a algún Dios. Pero no en español; Sylvia reconoció la lengua que adornaba los lamentos. Una inglesa mayor, y tal vez una niña. La mujer venida de lejos, como tú.

Se levantó indecisa, tratando de ver entre la barbarie, tratando de distinguir. Una mujer que se aproximaba peligrosamente a su edad, tomada de la mano de una pequeña niña, rebotaba sin sentido por la pequeña calle. Imposible reconocer la propia morada; nada podía ser visto con familiaridad. Sylvia sintió de pronto una tímida alegría en el centro de su estómago: algo o alguien estaba recibiendo su merecido. La campana de la iglesia sonando sin armonía, sin cadencia, sin llamar a nadie. Una llamada a muerto, tal vez, pero no ahí, no en ese pueblo. Tal vez mañana. La niña tropezó y cayó, llevándose en el peso y el asombro de su caída a varios jicotes. La mujer gritó; nada normal, nada que fuera descifrable. Un grito sobre la naturaleza de los gritos. La mano de la anciana se cerró con fuerza, con desesperación, sobre el

respaldo de la silla; tiene que haber una forma. El rugido, el grito de guerra, en momentos se desvanecía, pero pasado un instante volvía con más fuerza, como una majadería que el coro más grande del planeta gritara en su octava más alta. Iba y venía, como el mar, un poco más allá de la torre del campanario. Una voz casi profética; un augurio. El grito; otro. Los pasos que se escuchaban sumidos en la más terrible de las dudas. Zumbido; el zumbido. Grande; sin descripción posible. Los jicotes no sabían a quién maltrataban; a quién mataban. No había intención. Los brazos extendidos hacia la nada, la completa ceguera y el grito, continuo; nada, nada podía ser visto, de ninguna manera. La niña intentaba pararse, inútilmente; los jicotes daban en su cara, como pedradas en tierra de leprosos. Y la madre, buscando sin encontrar, buscando en la más cerrada de las oscuridades, sin la paciencia necesaria, sin la calma imposible. Sylvia corrió hacia ellas; el afán siempre lleno de santidad, ese afán en todo el cuerpo, la intención de ayudar. Por vez primera un compromiso. Los jicotes se abrían a su paso, como un milagro, como el mar ante el paso de la tribu de Moisés. Desconocido respeto; amistad.

Las viejas calles de Limón, a la usanza de la vieja Europa, se encontraban desde hacía siglos adornadas con rojos adoquines, separados imperceptiblemente los unos de los otros. Las casas, sin embargo, no habían perdido su cálido color blanco, nunca, ni su perezosa construcción de ladrillos de lodo, propia de los pueblos pesqueros; todas las casas respiraban el mismo ambiente, salvo el palacio de gobierno, construido en un inusual estilo barroco, con sus labrados surgiendo altivos hacia el

pobre aire provinciano, y la iglesia, de un estilo gótico aún más grave e inusual, que la gente nativa llamaba afectadamente "rococó", en un alarde de educación y conocimientos inexistentes. De hecho, la cultura de Limón, su folklore, se limitaba a una serie de artesanías domésticas con un "cachet" muy dudoso, y las bellas y en definitiva superiores barcas de pesca. Además de eso, carecía del todo de algo que pudiera llamarse carisma propio. Nada de leyendas fantasmales o de costumbres coloridas. Y un férreo tradicionalismo, definitivamente, pero uno que podía encontrarse en cualquier otro lugar, lejos o cerca, con fórmulas tan usadas como muertas. Siempre el mismo ambiente. Cómo, pensaba Sylvia, saber si uno existe, si uno es individual, en este infierno de vidas tan iguales, tan parecidas. Cada casa igual; cada ladrillo con el mismo peso. En eso parece que están cimentadas las convenciones sociales; en el supuesto de que todos vivimos la misma vida y tenemos, casi orgánicamente, las mismas necesidades y premisas. Y no hay nada más mierda que semejante suposición. El palacio de gobierno y la iglesia al fondo parecían ser los únicos que sustentaban una cierta individualidad, pero no pertenecían a nadie. No cambiaban nada. Bastaba con dar una vuelta por la casa parroquial o por la residencia del municipal para percatarse de ello. ¿Qué tan evasivas pueden ser un par de columnas góticas o un campanario que se remontan hacia el cielo? Tanto como una mirada con ojo de crítica arquitectónica en medio de una hecatombe; una de café.

Sylvia respiraba hondo; un claro viento, casi fresco y nuevo, se movía a su alrededor. Veía a la niña tirada en el piso, tapizada de jicotes, con la claridad de quien

ve a través de las paredes con sus lentes de supermán. El cabello negro de la niña tapizado de animales. Una corona. La madre, por ahí, perdida, perseguida en su ceguera. Las patitas delicadas de los insectos se veían torpes caminando en las mejillas húmedas de la infeliz inglesita; tirada y moviendo los brazos, como quien nada con un supremo e inesperado esfuerzo. El viento de pronto se movió con furia y arrastró el grueso telón zumbante; sólo un poco, pero lo suficiente. La niña alzó la vista y vio a Sylvia, que se acercaba con paso decidido hacia ella. Una aparición, una virgen al rescate. El brazo se dirigió suplicante: una mano, por ahí, si no es mucho pedir. La mano, siempre a tiempo, apretó firme. El abrazo fuerte y decidido. Una renovada fuerza surgió en sus piernas, y caminó sintiendo el peso de la niña como el de una pequeña y confortable almohada de pluma. La madre se movía aún, cerca, blasfemando en su lengua pervertida, sin el más pequeño asomo de elegancia —¿puede pedirse elegancia?—, revolcándose contra los jicotes, luchando inútil y decidida, siempre con la voz en un grito; la voz ya lastimada, corroída por un lamento que parecía haber durado un siglo. La niña, envuelta en el abrazo, murmuraba "madre, madre"; una letanía ya sabida, mecánica y sin fuerza, tranquila en el conocimiento del rescate casi consumado.

Sylvia depositó a la pequeña náufraga en el islote seco de su hogar, y volvió a internarse en la tormenta. Los animalitos parecían animarle. Adelante, siempre adelante; ya no es tiempo de detenerse. Caminó con paso nuevamente decidido y firme hacia la madre; esa blanca dolorosa que se perdía entre la incertidumbre y la azotaina en el viento. La espalda curvada, hacia atrás, como a punto de caer, como

na en el viento. La espalda curvada, hacia atrás, como a punto de caer, como buscando el consuelo fácil de la rendición; las rodillas flaqueando, flaqueando. Los brazos fuertes de Sylvia le envolvieron; el empuje fue sutil pero sin concesiones. Hacia allá; no me niegues ese último esfuerzo de tus zapatos. Una leve resistencia; la vocesita de Sylvia murmuró "la niña está a salvo", en un inglés perfecto pero un poco pálido por la falta de uso. Entonces la inglesa se dejó guiar hacia la salvación. Un breve impulso de maternidad sublimada. Los hijos, salvo los de Dios, mueren a pesar de sus padres; lo creo con firmeza. En un ladrillo, en una pared inmensa, volveré, no te imaginas cuántas veces.

El cuerpo grande y casi perfecto de la inglesa se depositó ligero sobre el pequeño de la niña. Festín de ballenas que han huido de la cacería. Se murmuraban cosas que no correspondían a idioma alguno, cosas que la gran solterona Sylvia no podía entender. Qué pequeño, un vientre sometido a un horario de aeropuerto. Levantó lenta y delicadamente sus ojos, negando la visión, pero sintiendo ese vacío inexplicable brotando de su mente. Hay cosas de las que uno crece alejado; una lejanía insalvable, provocada por años y años de indiferencia. ¿Cómo explicarse a sí misma, como a una niña pequeña, el porqué se había negado esa oportunidad, a primera vista tan insignificante y natural? Una hija, un hijo, una obra que vista con ojos claros podría parecer hasta antideportiva. Y en esos deportes, los del desarraigo y el abandono y la falta de compromisos, ella era una veterana. Alzó la vista buscando el horizonte; no lo había. La niebla cobriza continuaba ahí, luchando su batalla inex-

plicable. Escuchó a lo lejos las voces asustadas y enfurecidas de algunas mujeres que gritaban ¡Ox!, ¡Ox!, como si hubieran estado espantando gallinas. Imaginó a las imperturbables gorditas sudando y sudando, afligidas y temerosas, sin saber cómo ganar esa guerra nunca antes vista. Los niños llorando, los maridos pidiendo calma, y el zum-zum infernal taladrando oídos por todos lados; un ruido total, como el de la lluvia cayendo en un techo de lámina. Sylvia recordó una rara y divertida tonada escuchada en México.

El piojo y la pulga...

Qué absurdo. A ratos los jicotes se abrían, dejando breves huecos por los cuales se podía ver el caótico espectáculo: cómo corrían las gordas y caían con suaves movimientos, cómo los niños llevaban las bocas repletas de animales, todos babeados y algunos ya muertos por la acción de la guillotina dental. Las artesanías caseras, las cazuelas y peroles, los zapatos, volaban buscando un blanco tan fácil que parecían nunca acertar; evidentemente lo hacían. Sylvia notó que un aire suave comenzó a soplar, en dirección al mar. Suave, muy suave. Tal vez el buen cura ya está diciendo algún conjuro y Dios lo está escuchando, pensó. Escucha eso, escucha eso, se ha encendido un fuego. Algunos hombres, los maduros en edad para embriagarse, aparecieron por todos lados sosteniendo antorchas como espadas, blandiéndolas contra los jicotes, con sus fuertes brazos de pescadores, soltando golpes tan certeros como su terror, agresivos y resueltos. Los animales se abrían ante el paso del fuego, que se avivaba por el suave viento que soplaba. Algunos caían muertos, quemados,

al piso. Un cuadro con cierto aire del medioevo; una vil y violenta cacería de pequeñuelas brujas con bordados cafés que, por cierto, no precisaban de escoba para volar.

... se van a casar...

A los pies de Sylvia continuaban madre e hija, como en un sueño. Su respirar entrecortado, sus sollozos pequeños, se escuchaban sin razón, a pesar del fortísimo zumbido. Desvió su mirada un segundo de la matanza, y la posó en las dos inglesas. El parecido era inconcebible; bellamente inconcebible. El cabello azul de tan negro, largo y lacio casi hasta las nalgas. Las piernas largas y perfectas, esculpidas con una piel blanca como mármol. Arriba ese cabello, enmarcando una tez nívea también, pero tan radiante y viva como la más morena de las pieles. Los ojos azules, casi púrpura, grandes y redondos, como de caricatura japonesa. Naricitas respingadas; si se pudiese hablar de una nariz bella, esas dos tan iguales podrían haber sido un muy convincente ejemplo. Las bocas carnosas y secas, grandes, eran según Sylvia el único desperfecto. Un desierto de boca. Cualquier hombre hubiese estado en contra del veredicto. Sylvia conoció un día a cierta mujer suiza que aseguraba que la boca era el centro del rostro femenino, porque era la garantía y el instrumento del beso, y el beso es, según Kierkegaard, el arma única y sublime de la femineidad. A la mujer le fue dado el beso, al hombre la palabra. Muy de Kierkegaard; sin embargo esas bocas, grandes y secas, le seguían pareciendo a ella un leve desajuste en el estético cuadro de las dos inglesas. Eso sí, muy leve, imperceptible; esas dos serían para cualquier hombre —la madre en el presente, la niña en un futuro ya no muy leja-

no— una importante causa de erección. Los hombres son presa demasiado fácil para ese tipo de encantos. Hubo uno en México que probó las delicias de su boca; uno en un tiempo ya perdido.

... y no se han casado...

La balanza se había inclinado ya en favor de Limón. Los jicotes ya no parecían tantos; el viento había aumentado su intensidad y parecía arrastrarlos hacia el mar. Parecían irse. Sylvia pensó: se alejan a ritmo de jazz. Algunas antorchas cedían ante el paso del viento, pero otras se avivaban aún más y pasaban por el aire quemando horriblemente montones de animales, que caían como estrellas encendidas y se arrojaban a la muerte en silencio contra el piso. Sylvia contemplaba el patético cuadro con un vacío que crecía en su estómago; sentía crecer dentro de su mente el deseo de hacer algo por los jicotes, sus amigos y amantes animales cegatones, pero presintió que si se ponía de su lado a ella también la quemarían. Después de todo, pensó, no perdería demasiado: su vida se había ido convirtiendo en un vacío hinchable, al que se le soplaba con los labios descarnados de la soledad. ¿No lo había dicho el viejo en la playa? "Todavía no debes entender de soledad". Por Dios, llevaba toda la vida aprendiendo de soledad; ya era tiempo de entenderlo, pero sobre todo, era tiempo de hacer algo sobre ello. Ese sentimiento de bienestar que la había invadido en sus primeros años en Limón estaba desapareciendo a pasos agigantados. Sí, tenía un hogar, pero un hogar sin hoguera, sin nadie que le diera calor o que hiciera un poco de ruido crepitante. Su juego absurdo de la superanciana le había apagado la luz de los

ojos y le había secado la leche de los pechos. Ya ni siquiera sentía el ansia de libar sexos erectos en los labios. Una anciana fría, eso era. ¿Porqué entonces no morir por alguien, como un último acto de amor, aunque fuese por esos jicotes locos que jamás se habían tomado la molestia de dirigirle la palabra? Su padre la había abandonado sin siquiera conocerle; por él no movería un dedo. ¿Y su madre? Una mujer débil que añoraba al infeliz rubio de ojos claros que le había dejado una niña en el vientre, como si dejara una vieja muñeca en los brazos de una pequeña; por ella movería uno, pero con pereza infinita. ¿Por quién, entonces? ¿Por quién mover toda la mano o el cuerpo entero?

... por falta de máiz...

¿Y todos esos hombres que se habían venido en su boca? Por ellos lo hubiera sacrificado todo, hasta su independencia, pero sólo en ese momento, en ese instante; pasado el clímax no pasaban de ser unos payasos con sus pititos flácidos y vencidos entre las piernas. Todos, menos uno, aquel de México, un muchachito lleno de miedo y vida; ese le había dejado en los labios y la lengua algo más, mucho más, que simple semen. Le había dejado la impresión de que ella sería siempre la única, no sólo por ser la primera, sino por ser esa la última y única oportunidad. Ese le había dicho un infinito con un puño de dulces y un par de cigarrillos; algo también con su voz suave y avejentada y con sus ojos abiertos y expectantes. Pero se había ido, lo había perdido en la frontera. ¿Qué había quedado después de eso? Nada; una nada perfecta y cerrada. El recuerdo era irrecuperable; miles de años habían pasado sobre

esa insana y orgásmica aventura, y el recuerdo era tan brumoso que no parecía llenar ni siquiera un poco esa nada destructiva.

El viento aumentó su furia. Los jicotes eran arrastrados con violencia hacia el mar; ellos no hacían nada por evitarlo, no volaban en contra o algo parecido. Parecían aceptar el designio; parecían ir gustosos hacia el abismo. Van a morir, pensó Sylvia, irremediablemente. Ya no hay caso ni ocasión para un sacrificio; sería lo más inútil que hubiese hecho en mi vida. La campana de la iglesia sonaba levemente, con insistencia; eran los jicotes que se estrellaban contra ella. Diminutas estrellas. En la calle, abajo, mujeres y hombres aplastaban y quemaban a los rezagados, descargando su furia y su saña mal contenidas, ya no contenidas. Los niños también lo hacían, pero sólo por imitar. Los niños panzones y harapientos, aplastando jicotes sólo por aplastarlos, con las bocas cafés por tanto animal tragado, eran un espectáculo horripilante. Sylvia pensó que esos niños se estaban condenando; serán los asesinos, los dictadores, los adultos de maldición del mañana. Es injusto, inaceptable, que sirvan al orden adulto desde ahora; el simple acto de aplastar un insecto encierra un significado atroz para el futuro de esos niños: deberían inculcarles, con fuerza, el respeto a cualquier forma de vida, desde ahora. Pero no; en el orden imperante, cualquier forma de vida que no conviniera o que atentara contra cualquier interés establecido, era eliminada. Tal vez por eso en esa parte del mundo se sufrían tantas dictaduras. Era común que corriera la sangre; hacia el norte, la de los animales sacrificados, hacia el sur, la de los opositores y la de hombres señalados con el dedo de la resistencia

tencia anárquica. Por lo menos la balanza estaría siempre equilibrada; por cada tirano asesino siempre habría un ser humano dispuesto a combatirlo. Por cada hombre justo asesinado, siempre habría otro dispuesto a suplir la labor constructora del primero. Pero Sylvia pensaba que esto no constituía una esperanza: la historia era una interminable carrera de asesinos contra justos, sólo que los primeros siempre parecían llevar un paso de ventaja. A ella le gustaba decir: "la dictadura ya no se sirve de mercenarios color olivo, sino de mercenarios en technicolor". Ahora las armas eran de otra índole y parecían por mucho inaccesibles para los hombres justos en lucha. Las armas contra el espíritu. Ella tenía conocimiento de terribles acciones represivas en distintos países, ya que durante sus incontables visitas a países de migajón las había presenciado con sus propios ojos. Muertos, muertos por todos lados. Pero encima de los muertos ditirámbicos y malolientes estaba lo peor: los medios hacían creer a la gente común y corriente que en esos países no pasaba nada, que todo era color de rosa y bello. Por ello eran armas contra el espíritu; lo achicaban hasta hacerlo idiota o inválido, y en los peores casos lo eliminaban. Otra forma de asesinato. Todo aquello que viva, pensaba Sylvia, debe ser respetado; de cualquier forma y con todos los medios posibles. Ella no caía en los excesos de los vegetarianos y demás idioteces, pero consideraba a los seres vivos, a todos, como los vecinos de su mundo. Y uno no va y mata a su cabrón vecino por tener el radio a todo volumen o por tirar su basura en la acera. ¿Y qué hay más vivo que el espíritu, la voluntad o la razón humanas?, pensaba. Algo creía ella recordar de sus ávidas lecturas de Bakunin:

algo sobre cómo el espíritu acostumbrado a la tiranía acaba perdiendo el impulso a revelarse. Mueren el alma y la libertad en su naturaleza de instintos inaplazables. Ella consideraba que sólo había una oportunidad para la rebelión; pasada ésta, ya no existía la motivación. Acudió a su mente un recuerdo, una imagen: ella misma, parada junto a su madre en un gran patio, en algún lugar que ella no alcanzaba a ubicar. Sus ojos siguiendo una abeja grande y de colores exaltados que volaba libre en ese cielo algo gris, como el de Limón, lleno de presagios. El pequeño animal que se posaba cerca de ella, dando pequeños saltitos de vez en vez. Su mano que se acercaba con tiento pero sin el miedo suficiente, llena de curiosidad por la vida. Y la abrupta caída del zapato de su madre matando a la abeja, haciéndola mierda, y ella enfurecida y gritando y golpeando a su madre, gritando no, no lo hagas, y su mente de niña preguntándose porqué, porqué. Tal vez ahora, ya grande y con mil pelusas en la entrepierna, debería entender el acto de su madre; el rubio de los ojos azules había sido entomólogo y ella tenía una cierta imagen no muy favorable de los insectos. Pero ese odio tan infantil surgido de una mujer que había demostrado con creces su puerilidad, no justificaba un acto así, en lo más mínimo. Durante toda su infancia y adolescencia se había pasado mucho tiempo encerrada en su cuarto, o en el baño, o donde fuera, tratando de justificar esos actos de su madre que la hacían ponerse roja de vergüenza, como si ella misma los cometiera. Había ciertas actitudes, pero sobre todo ciertas frases, que la hacían sentirse enferma desde niña, aún cuando no sabía explicarse muy bien porqué. Cierta ocasión, mientras su madre hablaba con una

amiga suya algunos años mayor, una gorda calva y bigotona, había dicho algo así como "ese gran hombre, bello y fuerte, que fue el padre de la niña". Mil veces la oyó hablar de ese sujeto con un cariño y una admiración inusitados, como si él no les hubiera dejado el hueco miserable de su ausencia. Sylvia, ya adolescente, pensó con una sonrisa de oreja a oreja, un día en que mamá había declarado que aún después de todo ese tiempo nunca había dejado de esperar el retorno del rubito, que su madre adoraba a ese "gran hombre", a ese payaso imbécil, como una muchachita que adora a su actor favorito de Hollywood; que sueña con el príncipe azul subido en el pinche corcel blanco. Sólo que este príncipe en especial le había dejado una niña en lugar de un "y vivieron felices para siempre". Su madre jamás le había dicho una sola palabra que hablase mal de su padre, pero ella se había enterado por medio de sus abuelos de la triste y hasta cierto punto común historia. El infeliz era un extranjero venido a menos que, sin embargo, no había perdido nunca su natural encanto y esos dos hoyuelos que ornamentaban su etérea sonrisa, amén de sus ojos azules como el cielo y grandes como el infierno. Al ver a la pequeña y rentable niña bien que era su madre, hija como era de uno de los hombres con mejor posición de su país —¿cuál?—, y bella de carnes y de inocente espíritu, comprendió que era una de las pocas puertas que le quedaban para salir con bien de su profundo infortunio financiero. Planeó todo con perniciosa precisión y la cortejó en la más perfecta tradición principeazulesca, con promesas y regalos simbólicos y detalles color qué bonito. Se ganó a sus suegros con inventadas historias de ancestros nobles y defensores

del orden y la paz. Todo iba por el buen camino cuya meta era casarse con la doncella, hacerle el amor, un par de hijos, transformarle en buena ama de casa y mujer de sociedad, madre cariñosa y amante dedicada, y sobre todo vivir de su dote y de sus rentas. Pero un mal día en que los dos paseaban por insospechados parajes de aquel país de clima caluroso y húmedo, ella pronunció esas dulcísimas palabras que no alcanzaría a lamentar en toda su anhelante existencia: "mira las abejas, dulces y bellas como su propia miel". El hombre abrió sus gigantescos y azules ojos y la miró por vez primera con pasión; le había tocado su fibra más sensible: los insectos. La tomó en sus extranjeros brazos y la besó limpiamente en los labios; lucharon las lenguas, ambos rodaron en el piso y se hicieron el amor entre las abejas y las flores, con pequeños grititos y sangre de virgen que brotaba mojando aquella fértil tierra. Días después se suscitó la cadena de consecuencias propias de aquel bonito arrebato de película; la regla ausente y el vientre creciendo. El rubio comprendió que sus planes se habían ido al carajo y huyó con facilidad de aquel nuevo fracaso. El abuelo de Sylvia lo buscó sin encontrarlo; así se cerró para siempre el recuerdo infame de aquel gratuito amor estúpido. Sylvia nació con el estigma del hijo bastardo, el cual supo llevar muy bien hasta que oyó a su madre decir todas aquellas frases de alabanza para ese padre que ella en secreto odiaba. Nunca dijo nada hasta que en su tiempo de mutaciones llegó a la teoría del actor de cine; entonces sintió un asco indescriptible por todo aquello y se atrevió a preguntar el porqué. "Por amor", fue la respuesta. Entonces ella lanzó una nueva pregunta: ¿es eso el amor?, a lo que su madre contes-

tó con la cabeza, afirmativamente. Entonces ella gritó con todo su odio y rencor acumulados "¡me cago en el amor!"; su madre ya estaba muy lejos, en un rincón de la selva, viendo pasar abejas sobre su cabeza y sintiendo un duro sexo en sus entrañas, y no la pudo escuchar. Una semana después, exactamente, decidió que ella no quería tener nada con ese imbécil designio, y que tenía que huir. Tres años después, recién alcanzada la mayoría de edad, abordó un tren con la firme convicción de nunca volver a pisar su tierra natal, y nunca volver a ver a su madre. Nunca volvió. Después de todo ese tiempo volvía ese recuerdo horrible a posarse en su mente; veía a los pequeños barrigones matando insectos y se preguntaba si algún día serían capaces de librarse de esa cadena de odio adulto a la que en ese momento se estaban amarrando.

Sylvia sintió su anterior duda como un trapo lleno de excremento que apenas le había rozado. ¿Acaso había sentido que había llegado el tiempo de ser adulto? Mierda, se dijo, si eso es precisamente lo que no hay que llegar a ser. Volteó con una sonrisa dibujada hermosa en su rostro; las dos inglesas le miraban, ya repuestas del horror por el que habían pasado, abrazadas y con su claros ojos bien abiertos. Aún sin observarla con mucho detenimiento, metida a la fuerza en el cuadro parco de Limón, Sylvia era definitivamente diferente a todas las personas que ellas habían podido ver en el lugar. Su esqueleto pequeño pero firme y poderoso, sus formas grandes y bellas, casi perfectas, su sonrisa y sus ojos sin engaño, le hacían sobresalir de inmediato y creaban a primera vista la certeza de que ella no pertenecía a esas

tierras. Y sus atavíos de europea existencialista, sus faldas largas y tiesas por el uso, sus pulseras tintineantes y su largo cabello negro, coronando un cuello de cisne orgulloso lleno de collares y baratijas, pero sobre todo la gallardía y la altiva seguridad con que portaba todo eso, le hacían parecer instruida, con una larga carrera de saberes e ignorancias superadas, y con un profundo conocimiento de su propia naturaleza y la de muchos otros. Sus ojos brillaban con la seguridad de quien tiene su vida entre las manos desde hace mucho tiempo.

Sylvia se acercó a ellas, y su mano grande y caliente se posó con delicadeza en el hombro cuadrado y perfecto de la inglesa.

— Sería un honor que entraran un momento a mi casa —dijo, con su inglés enfermizo. Su mano se acercó lentamente al cabello negro, lacio como una cascada de petróleo, y le acarició levemente. La inglesa sonrió; espontáneo retorno de la lucidez. Se incorporó con lentitud, ayudando a la pequeña; parecía cansada, como un deportista después de haber competido por su vida. Parecía como si Sylvia les ayudara a levantarse, pero no lo hacía; en realidad sus dedos apenas rozaban los vestidos, con una timidez que de pronto no pudo reconocer. Sintió que las dos inglesas se podían quebrar a la primer brusquedad, y esa sensación ya no la abandonó por mucho tiempo.

Las mujeres avanzaron el trecho desde el portal hasta la puerta, un corto recorrido —estrechamente juntas; si alguien les hubiera visto, hubiese corrido de boca en boca la historia de que iban tomadas de la mano; no iban tomadas de la mano, y na-

die pudo verlas. Sylvia empujó un poco la puerta y permitió la entrada de las dos inglesas, viéndolas con una sonrisa e invitándoles con la mano. Vino a su mente un poema, al principio no identificable; una oscuridad en los ojos, y el aliento saliendo frío e inexplicable: "¿Porqué no morí al salir del seno y no expiré cuando salía del vientre? ¿Porqué hubo dos rodillas para acogerme y dos pechos para darme de mamar?" ¿Porqué; tantos porqués, porqué? La pequeña inglesa le miraba desde su puesto de vigía, con una sonrisa más clara que la de su madre y aún que la de ella, entrando a su hogar con más soltura y naturalidad de la que podía recordar en cualquier otro ser humano. ¿Cuál era el temor? La inglesita le miraba —"¿Para qué dar a luz a un desdichado, la vida a los que tienen amargada el alma, a los que desean la muerte que no llega y la buscan más que un tesoro; a los que saltan de júbilo ante el sepulcro y se alegran cuando llegan a la tumba?"— y caminaba entrando a su hogar, y Sylvia trataba de ubicar el poema en su privilegiado archivo, pero sin resultado, y la inglesita entraba y entraba, en un instante que parecía infinito. Sylvia alzó su mirada y vio el cielo; no se veía un solo jicote en todo el firmamento ni abajo, y parecía que todo el anterior cataclismo hubiese sido inventado por su mente imaginativa y exaltada, como un pretexto. "¿Para qué dar la vida a un hombre que no encontrará su camino, ya que Dios lo tiene encerrado?" Ha terminado, murmuró, ha concluido sin que yo me percatara. Seguramente, pensó, el día de mañana diré que todo está superado, que ni jicotes quemados ni abejas aplastadas existieron algún día. Era Job, y ella lo recordó en ese instante.

Sylvia cerró con un leve empujón la puerta, y apoyó sus nalgas y su cabeza en ella, arqueando la espalda, tensando esos músculos que parecían reclamarle el esfuerzo. Esa voz: ha terminado, ha concluido, parecía no darle tregua a su torturada cabeza. ¿Qué decir de un dolor de cabeza? Ya: pinche. Pinche dolor de cabeza. Ese adjetivo, pinche, era una de su herencias mexicanas. ¿Cuánto tiempo había permanecido en México? Cinco, tal vez seis meses. Entonces, ¿porqué ese país, desde hacía algunos días, se había convertido en el centro de sus reflexiones? No, no era verdad, eran horas tal vez; tal vez ni siquiera existían esa reflexiones. En verdad, no era México. Era algo que había sucedido en México, era eso, el asunto del muchachito en el camión. Pero eso había sucedido... mucho, muchísimo tiempo atrás. ¿Quince, catorce años tal vez? El muchachito ahora debía ser un hombre, y ya no tan joven. Pinche dolor de cabeza. Sylvia abrió los ojos y pudo ver su hogar limpio como siempre, con ese vago aroma a incienso y a libros viejos, con sus paredes desnudas y los tres muebles de madera que hacía tres años había adquirido por la módica cantidad de una mamada de verga al dependiente de la tienda, en Tegucigalpa, tres días después de haber bajado del avión y cuatro antes de partir hacia Limón, en aquel viejo camión de fletes que le había costado un dolor de cabeza, casi tan pinche como el que ahora tenía, conseguir. Los volúmenes adquiridos en las tiendas de viejo de Limón, con sus pastas duras color rata y sus títulos grabados en imitación oro, como recuerdos de un pasado glorioso, que se apilaban en el piso a falta de un librero. Y, vaya, vaya, las dos inglesas que la veían con una casi eterna sonrisa. ¡Oh, sí,

las inglesas!; lo había casi olvidado. Sylvia avanzó hacia ellas, sintiendo la espalda levemente aliviada. La pequeña ya se había colocado en uno de los sillones de madera, con las piernitas bien abiertas y el calzoncito blanco asomando con desparpajo bajo la falda sucia, llena de lodo y de manchitas cafés; su madre la miraba mientras Sylvia se acercaba a ellas, y le lanzaba casi inaudibles "Issy, please". Sylvia cayó de rodillas frente a la niña, le tomó su carita cruzada por chorretes de lodo y lágrimas, y le tocó el cabello enmarañado y medio húmedo.

— Así que te llamas Isabel —le dijo.

La niña se movió en su asiento y cerró un poco las piernas. Podía sentir el aliento de Sylvia acariciando su cara, fresco y limpio como el de un anuncio de enjuague bucal. Sonrió asintiendo. La inglesa mayor caminó hasta Sylvia y la niña y se sentó, con delicadeza, las piernas muy juntas, en el sillón; pasó la mano por el cabello de Isabel y se topó con la de Sylvia. También la acarició. "No sabes cuánto te debo", murmuró. "Ni lo menciones", fue la respuesta. Había un poco de rabia en la voz de Sylvia.

— Hablas muy bien el inglés —apuntó la inglesa con una sonrisa llena de lágrimas; los ojos como negando el torrente que ya surgía de ellos, sin remedio. Sylvia se apartó de ellas y caminó hacia su pequeña cocina, donde cogió un par de vasos de vidrio que llenó con agua. Durante su recorrido de regreso contestó que había vivido un año y medio en Inglaterra y algún tiempo en los States, y que conocía la lengua perfectamente. Extendió los vasos hacia las mujeres y, de pronto, le vino a la mente

el anciano de las aguas en la playa. “Tú, mujer, todavía no debes entender de soledad”. Ay Dios, la soledad. De pronto sintió que las inglesas eran un cuadro desusual y casi críptico en el interior de su casa, ahí sentadas, bebiendo agua en sus vasos, y en una situación de familiaridad que ella, dos días antes, no hubiera imaginado. Se sintió invadida de una tenue tristeza. ¿Qué decir, qué hacer? ¿No lo estaré inventando?, pensó. Santo Dios, ya no tengo la excusa de que mi avión me deja o de que tengo que empacar. Entonces recordó una pinta vista en las paredes de Montparnasse:

“Como Elías, yo subiré a Dios en un carro de fuego.”

y recordó al viejo del agua endulzada, otra vez. Eso. El carrito destartalado de las aguas era probablemente un carro flamígero muy bien camuflado, y, tal vez, cuando ella le dio la espalda y comenzó a caminar hacia su hogar sumida en sus metáforas prometéicas, el vejete se quitó la máscara, subió al carromato atómico y se elevó hacia el cielo. Aunque, claro, en París no era “carro de fuego” tan literalmente; los drogadictos le llamaban así a los cigarrillos y preparados de hachís, a los cuales ella, por cierto, era más que aficionada. De cualquier manera, la metáfora era bella; tal vez algún día podría utilizarla en algún poema dedicado al viejito celestino. Por cierto, ahora que ya estaba en presencia de sus melibeas, ¿de qué iba a hablar? Las dos le miraban nuevamente sonrientes, con los labios frescos por efecto del agua, y con los ojos llenos de nueva cuenta con esa curiosidad semipatética que a Sylvia se le antojaba muy apropiada en los ojos de Isabel, pero no en los de la madre. La peque-

ña parecía verle con una mezcla de admiración y agradecimiento muy justificables, pero su madre parecía más bien desconcertada por las largas ausencias y los inescrutables silencios. Por favor, pensó Sylvia, no olvides que es una inglesa, acabada. Recordó a cierto amante inglés, aquel que nunca tomaba sus whiskies aún cuando siempre los pedía. Estos muchachitos nunca están dispuestos a dar el primer paso. ¿Porqué? Por respeto, parecía ser la respuesta. La mano llena de anillos buscó el cabello de la inglesa, y le acarició por unos instantes. La niña les veía con una sonrisa que casi parecía de burla. Parecía reírse de esa dificultad de las dos mujeres para encontrar las palabras que, de un golpe certero, romperían esa tensión.

— Eres muy hermosa —le dijo Sylvia a la inglesa, sin dejar de acariciarla. La niña dejó el vaso sobre la casi negra madera de la mesa de centro, y caminó lentamente hasta la ventana, por donde entraban levemente los ruidos de la calle, que ya se hallaba invadida de gente escrutando el cielo con temor y buscando el presagio de una nueva ofensiva de jicotes. De nuevo, los ojos de la inglesa se llenaron de lágrimas, y su mirada se perdía en la contemplación de esa su niña, ahí parada en la ventana, mugrosa y ajada, pero viva, viva gracias a esa mujer de apariencia gitana que les había rescatado, tal vez no de la muerte, pero sí del terror, que para ella era peor que la muerte. "No sabes cuánto te debo", murmuró, otra vez, ahora con la voz más oscura, quebrantada y casi tímida. Sylvia, sin dejar de tocarla suavemente, se arrodilló a sus pies y depositó su mentón en las rodillas, que ella mantenía bien cerradas; muy juntas—. Eres muy hermosa, mucho —repitió Sylvia, y su mano se depositó en

uno de los grandes y poderosos muslos de la mujer. "Si me quieres, puedes encontrarme a la izquierda del centro, esperando por ti"; así decía Suzanne en cierta canción que a Sylvia le cautivaba cuando, por un mero capricho del dependiente, se la ponían cada vez que ella entraba al bar "Como Siempre", en Londres, para encontrarse con el amante de los whiskies. La mano de la inglesa, inesperada, se depositó en el cuello de Sylvia y empujó levemente, acercando a la gitana a su rostro. El olor aún fresco de la mujer llegó hasta la nariz de Sylvia, y le hizo sentir una brevísima pero intensa descarga eléctrica en la espalda. La inglesa depositó su rostro contra el de Sylvia, mejilla contra mejilla; los brazos de la gitana se apoderaron de la espalda fuerte de la otra, apretándole con pasión. Sus manos se abrieron y pudo sentir la textura de cada músculo en esa espalda que parecía deshacerse entre sus dedos.

"Me llamo Sylvia", se escuchó en todo el hogar, aún cuando sólo había sido un murmullo ahogado en la garganta, ahogado por ese contacto tan pleno y asfixiante. "Cantrell", murmuró la niña desde la ventana, viéndolas fijamente, caso sintiendo el abrazo ardiente de su madre y la bonita gitana en sus propios brazos; "mi madre se llama Cantrell". Las dos mujeres rieron por lo bajo; ambas habían olvidado la presencia de la niña durante ese momento. Se separaron lentamente, con la despedida siempre pausada del que no se quiere ir, sintiendo cómo sus dedos recorrían las geografías largas de sus brazos hasta llegar a las puntas de los dedos, que no sacaron chispas por algún error en los cálculos del deseo.

Una distancia ya había sido recorrida, sin remedio.

Sylvia se levantó del piso, sintiendo sus mejillas húmedas por las lágrimas de Cantrell. Caminó hasta la ventana y pudo ver a las gordas caminando frente a su casa, viendo hacia dentro, con la curiosidad enferma del chismorreo agitándose en sus ojos, algunas murmurando ya, seguramente extrañadas de que la casa no presentaba huella alguna del paso de los jicotes y de la presencia inquietante de esa niña de cabellos negros junto a ella en la ventana. Sylvia sintió a Cantrell junto a ella, y escuchó su voz que le murmuraba al oído “esta gente no es buena”. Las gordas se alejaron con la curiosidad satisfecha y el chisme a flor de lengua. Sylvia cerró la ventana y condujo a las inglesas de regreso a sus asientos.

— Son xenófobos por tradición —dijo Sylvia, sentándose lejos de Cantrell y preguntándose porqué lo hacía, si lo que más deseaba en ese momento era estar cerca de ella.

— No es eso —murmuró Cantrell, abrazando a Isabel—; yo creo que envidian, simplemente, a la gente que parece más viva que ellos.

Sylvia sonrió, asintiendo. Era como el amante de los whiskies. Siempre el trago ahí, inmaculado; en espera de un estímulo que nunca llegaría. El amante en la cama, viéndola desnudarse casi con miedo, y ella aguardando ese momento anhelado en el que él jugaría con los cordones de sus zapatos y con los cordones de sus pantalones y con los cordones de su alma y aparecería desnudo y con la descomunal erección para sus labios. Sí; envidia hacia aquel que siempre da el primer paso, envidia para aquel que se toma primero la copa o para aquel que se desnuda primero y

sin duda envidia para aquel que habla primero a ciertas personas a las cuales nadie hablaba. Una eternidad de envidias. Sin duda, el inglés pedía el whisky esperando que Sylvia extendiera el brazo, lo tomara con su mano delicada y se lo empinara. Casi como la misma Cantrell segundos antes: si a Sylvia no se le hubiera ocurrido acercarse tal vez ella seguiría en su pedestal de diosa muda, sólo murmurando el tamaño de la deuda. Sin embargo Cantrell también había tomado su iniciativa; ese aroma que le había hecho oler, ese rostro cerca que la humedecía de lágrimas y la secaba de espanto, y ese vacío que ahora sentía en las manos, nostálgicas ya de todo eso; todo eso se lo debía a la iniciativa de Cantrell. Tal vez la inglesa no estaba dispuesta a quedarse un paso atrás.

Cantrell se puso de pie, soltando a la pequeña Isabel y caminando por todo el hogar, observando con sus dos ojos azules que iban de la incredulidad a la sorpresa. Parecía desconcertada por el terrible vacío en las paredes, por la humedad en el techo, por la escasez de muebles. Sus manos de dedos largos, como pequeñas velas apagadas, se posaron en una carpeta que coronaba una columna de libros, revistas y periódicos viejos, periódicos amarillentos de todos los países existentes, con noticias extrañas y lejanas de años que parecían nunca haber existido. Los ojos de Cantrell saltaron de los periódicos a la carpeta: indudablemente poemas, pero incomprensibles para ella, por el abismo del idioma. Aún cuando Cantrell había decidido vivir en la lejana América, en Latinoamérica para ser exactos, nunca se había preocupado por aprender español. Sentía que era una lengua bárbara; eso le había hecho creer su

marido, el inglés imperfecto, padre de Isabel. Él decía que sólo había dos lenguas, además de su inglés, que valía la pena cultivar: el francés —idioma de poetas—, y el alemán —idioma de guerreros. Cuando le conoció en la universidad, donde él daba cátedra sobre poetas franceses y ella era su alumna, hablaron largamente sobre las limitaciones del español como idioma culto, y también hablaron sobre el universo como inspiración y de la poesía simbolista y de los ojos de Cantrell y de casarse y tener cientos de herederos. Él era escritor, de muy altos vuelos, con el ego exaltado por pertenecer a la generación más reciente de poetas ingleses, por hablarles de tú a gentes como Stephen Spender y T. S. Elliot y W. H. Auden y por frecuentar las tertulias más eruditas en toda Inglaterra. Claro, nunca mencionó que, además de esos orgullos, le pertenecía el de ser el profesor más sexualmente solicitado de toda la universidad de Cambridge; no sólo por las maestras y las alumnas, sino por las madres y las hermanas de éstas. Y tampoco se preocupó de aclarar este punto cuando ya llevaban dos años de matrimonio y esperaban la llegada de su primer hijo. Estuvo seriamente tentado a confesar sus excesos cuando, por una caída, Cantrell estuvo a punto de perder la vida y perdió, de hecho, la de su hijo. Pero T., que era su nombre, supo callar, aún cuando cierta parodia de remordimientos le atacó cuando el médico les comunicó que Cantrell había perdido uno de sus dos ovarios y que tendría serios problemas para quedar nuevamente embarazada. T. tapó con cuidados llenos de empalago su incierta culpa; le hizo el amor a Cantrell con frecuencia y con una disciplina de deportista, hasta que se aseguró de que estaba nueva y definitivamente en

cinta. Entonces se suscitó la cadena de acontecimientos que llevarían a ese matrimonio cimentado en mentiras adolescentes a la ruina. T. comenzó a tener nombre y presencia en el círculo literario inglés, publicó sus poemas sobre iglesias en la misma editorial en la que publicaban esos a los que podía hablar de tú, ganó el dinero suficiente para darle a Cantrell y a su nuevo heredero en proceso una casa en el campo y cerca de la playa, con un cuarto completo lleno de motivos infantiles y de utensilios y muebles en rosa —pues Cantrell aseguraba que sería una hermosa niña que tendría los mismos ojos y estatura que su padre—, y en general un mundo del mismo color para que Cantrell siguiera pensando que todo era perfecto. Ahí fueron depositadas Cantrell y su enorme barriga. Mientras tanto, en Londres, T. continuaba con su triunfo literario y con su mundo, muy lejano al rosa de Cantrell, de agentes con cerebro de computadora y bustos de silicona. Cantrell, al principio, no se animaba a acercarse al mar, por temor a que el agua salada y las temperaturas marinas hicieran daño a su criatura; pero pasado un tiempo se internaba en el cálido arrullo de las olas y se abandonaba a esa sensación de eternidad. Después caminaba hasta su casa perfecta, se daba un baño y dormía por horas. A veces viraba el camino y llegaba hasta el río Tamar, parándose sobre uno de los viejos puentes a observar el paso del agua bajo sus pies. Y era ahí, como le contó a Sylvia, cuando se daba cuenta de que su vida a veces no le gustaba. Se imaginaba a T. en Londres, rodeado de bellas e inteligentes mujeres que podían hablarle de cosas que a él le interesaban, mientras ella se echaba en la cama como elefante y con el vientre reventando en venas congestiona-

das, a miles de kilómetros de distancia. Y, ciertamente, en Londres T. se entretenía paseando sus dedos por los senos de varias agentes literarios y de admiradoras de sus encendidos versos, y pensaba muy de vez en cuando en Cantrell y su cama rosa. No es una guerra justa, se decía Cantrell; ni siquiera conozco a mis enemigos. En Devon pasaba el tiempo con belleza inusitada y eso comenzó a perturbarla; comenzó a pensar que la vida no era tan perfecta y rosa como ella había pensado desde niña, rodeada de la suave opulencia de la casa paterna. Así que cuando Isabel llegó al mundo —después de un laberinto de nombres, desde Fedra hasta la inesperada extravagancia de Nirvana, que concluyó en su nombre definitivo, en honor a la reina—, Cantrell cerró la casa en Devon con todo y su cuarto de fantasía y le comunicó a T. que viviría con él en Londres. Un año después estaban divorciados, y Cantrell huía con su hija hacia Plymouth. Entonces consideró que, puestos en una balanza, pesaba más la distancia que la barbarie de un idioma, y decidió irse a Latinoamérica. No pudo hacerlo sino hasta cinco años después.

Sylvia quitó suavemente la carpeta de manos de Cantrell y la sostuvo en las suyas, viendo el poema que la inglesa había mirado. Sonrió levemente; no cabía duda de que la poesía no sólo encerraba el universo en toda su belleza, sino que también estaba llena de presagios. La voz de Sylvia surgió conmovida; había algo de Cantrell en el poema. Una sombra. Tradujo para Cantrell:

“Las mujeres casadas son

el hermafrodita.

Construyen amor

donde se agitan cenizas.

Sin embargo, a pesar

de todo el trabajo,

las madres no existen."

y sentía cómo en su lengua se agitaba el nombre, Cantrell, como una cantinela prohibida. Una tormenta en la lengua.

"Las mujeres casadas son el hermafrodita", repitió Cantrell. Ella se acercó a Sylvia, posando sus ojos nuevamente en el manuscrito, escrutándolo de una nueva manera y murmurando "es hermoso", con un tono de voz que delataba su genuina sorpresa. Si era cierto que el español era una lengua de bárbaros, entonces debía haberlos con un impresionante potencial para la poesía, pensó la inglesa. Abrazó a Sylvia con un breve movimiento, y tal vez ni siquiera se percató del temblor de ésta ni de la nerviosa sonrisa que se posó en sus labios; el impulso había sido sencillo y difícil, como todo aquello que pretende ser natural. Y ella misma sentía algo extraño en su mano, una leve pero nítida explosión que surgía del contacto con aquella pequeña belleza, aquella pequeña de cabellos ensortijados. Isabel se unió a aquel estrecho círculo, abrazando a Sylvia por las rodillas.

Un año después, Sylvia se hallaba en su portal, en espera de los jicotes, con su carpeta de poesía apoyada en las rodillas, rememorando aquellos instantes en que había surgido de su entrepierna la primera pasión genuina que ella podía recordar en

mucho tiempo, a excepción, claro, del muchachito en México. Había aprendido a amar de una manera distinta, y había logrado, a través de esa pasión enfermiza, reconciliarse con todas las imágenes femeninas que se paseaban por su mente, en especial con la de su madre, a la que había llamado "estúpida" y "mujer sin juicio" innumerables veces en presencia de Cantrell. Había amado también, aunque de otra manera, a la pequeña Isabel, que le había convertido en su segunda madre, sin ella quererlo; se había comprometido de alguna manera con ella, tratando de rescatarla, siempre que era posible, del asfixiante ambiente de Limón, intentando que su pequeña mente de niña no olvidara quién era y no dejara de preguntarse cuál era el motivo de su estancia en el mundo. Por primera vez Sylvia se había entregado a dos amores sin premura, sin evasión. Y en esa plenitud de su espíritu, un día se preguntó qué significaba el niño de México, y concluyó que él era el único por el cual dejaría de respirar y, sin duda, movería todo el cuerpo. Y así, Sylvia esperaba a los jicotes para contarles de las nuevas fronteras de su alma.

Pero ese año no hubo jicotes. Y era imposible no notarlo: un año antes, exactamente, se había desatado su furia o la furia de algún creador enardecido, y las hordas habían azotado a Limón; y Limón había azotado a las hordas. Sylvia esperó varios días, sentada ahí, en su silla de anciana, con los ojos envejecidos por la incertidumbre, y el pulso con un temblor que hacía imposible cualquier intento de comunicación con los espíritus del pasado por medio de la poesía automática.

Entonces Sylvia, viendo hacia su hogar, con la cabeza llena de inglesas y de

hombres que venden agua en la playa, de maestras inseguras y comunistas, de gordas católicas y con lenguas viperinas y de hombres en edad para embriagarse, pero sobre todo llena de jicotes, comprendió que había llegado el momento de irse, una vez más.

Recuerda, niño, que las nubes se irán, se perderá la vista y la tormenta huirá hacia el horizonte.

¿Me acusarás?

Ya no tendrás mucho qué decirme.

9

Él escucha el lejano rumiar de bestias amarradas, y el mar parece calmar un poco su silabeo perturbado; de pronto le parece que la piel de la prostituta no era tan suave ni tan salada como él creyó algún día que era. Piensa: no existió tal prostituta. Todo parece ser como esa niebla que se extiende sobre las olas: Berkeley, el tren, los años en el albergue, los mil inicios; todo parece desaparecer gentilmente. Yo no he matado a nadie, murmura. Si existiera la posibilidad de hacer una síntesis de sus años, la iniciaría en aquel perdido, en el último de Berkeley, aquel en el cual le pareció perderse en la locura y caminar por una orilla abismal de piedra. Borraría todo lo anterior e iniciaría su historia en ese momento. Y terminaría, sin duda, en la noche de la prostituta, en ese mismo instante que él está viviendo. La noche también se pierde; amanece, una luz tenue, un brote tímido de azul en el cielo... el aviso de la muerte.

El año es 1964. Sin embargo, en su mente se mezclan años y acontecimientos en un desorden pálido que parece corresponder al terrible vacío en el mar. Parece

que el acto de la noche anterior, el arrojar el cuerpo inerte para que se disolviera en el agua y la sal, nunca ha sucedido; ese mar despoblado parece confirmarlo. Su voz arroja la sentencia: no hay recuerdos. ¿Porqué? Porque es el tiempo de la bruma, el tiempo de negar todo y dar marcha atrás para acudir a esa cita que él, en ese instante, apenas presiente. Dios espera en el cuarto 204 del hotel. El año no acude; ése, ése en especial, parece carecer de un número que lo identifique. Lo hubieras visto, dice él a nadie; fue como un año de bonanza en una granja; en la granja gigante de Berkeley los animales cambiaron sus pieles por vistosos ropajes de escrito surrealista y se lanzaron a una fiesta descomunal por las calles y los barrios pudientes y los suburbios de artistas; todo era un carnaval, y todos estuvimos a punto de morir.

La sonrisa, un gesto casi olvidado durante los dos meses de estar sonriendo en ese puerto olvidado, se le dibujó clara en el rostro. Su mano, con una lentitud casi enfermiza, se posó en la arena. Un dedo, largo como un látigo, se extendió: 1964, dibujó en la arena. Qué mano tan pálida.

Entonces pudo recordar.

Las venas azules y duras cruzan la mano de Abraham. Se encuentra sentado en la oficina, en el orfanato, viendo por la ventana que da hacia el patio central, donde los niños juegan después de sus arduas clases de matemáticas y español. Sabe que dentro de treinta minutos tendrá que pararse e ir él mismo a dar su clase de historia,

esa clase que le cuesta tanto trabajo; a veces su espíritu se exalta demasiado y es difícil contenerse. En esta ocasión les hablará sobre las horrorosas funciones que cumplía la inquisición en el medioevo. Sabe que los niños no van a comprender en toda su magnitud el terror y la podredumbre de ese triste período de la historia religiosa. Sabe que es muy pronto para hablarles de eso, pero no puede evitarlo. A la edad en que la mayoría de los niños oyen hablar a sus maestros sobre próceres y gloriosas batallas, los suyos le escuchan y tiemblan ante los más oscuros pasajes del camino humano. Pero él piensa que eso es la verdadera historia, y todo lo demás es puro cuento. ¿De qué sirve divulgar los logros, si no se hace hincapié en los errores? No sirve, piensa, para un maldito carajo. Los historiadores se quejan continuamente de la ciclicidad de la historia, pero no parecen hacer nada para remediarlo. Muchos hasta parecen fomentar el olvido. Pero Abraham, en ese pequeño círculo de infantes que le ha sido encomendado, no dejará que éste florezca.

Los ojos del buen maestro se cruzan con la imagen amada de ese niño larguirucho y greñudo, parado en el medio del patio, rodeado de niños ruidosos pero a la vez con el firme estigma del aislamiento. Parece estar completamente solo, absolutamente inmerso en sus pensamientos, mirando el sol allá arriba con una mano sobre los ojos hermosos y el cuello tenso por la posición, como si mirara un eclipse. Ha crecido, observa Abraham, y se da cuenta de que ahora parece mucho más arrogante y bello que la primera vez que lo vio, todo sucio y desgreñado, con aquel olor a mugre, acre, que nunca le pudieron quitar. También luce muy distinto a todos esos ni-

ños que le rodean sin verlo, acostumbrados ya a la indiferencia que él les obsequia; sigue pareciendo un viejo metido a la fuerza en el cuerpo de un niño, piensa Abraham. Entonces hace la cuenta y se percata de que el niño lleva ya nueve años en el albergue y también de que ya no es un niño; debe contar ya los quince años. Pero su cuerpo sigue siendo tan delicado y larguirucho como el de una muchachita, su rostro sigue siendo tan hermoso que parece increíble que sea cierto y su actitud sigue siendo la de un gandalla. Y se da cuenta de que tampoco son niños los que le rodean: todo el mundo ha crecido. Abraham dirige su mirada a su mano, pálida y cruzada por esas venas que sin duda también han crecido, y piensa: estoy volviéndome viejo.

Abraham entonces sonríe y piensa que la verdad es que se le está secando la mano por haber dado una paliza a ese Adonis, nueve años antes.

Corro, levantándome de la cama, a revisar mis maletas. Partiré dentro de una semana. El equipaje lleva cuatro días listo, pero diario, al despertar, voy y reviso que todo esté en su lugar; tengo a diario la sensación de que algo se me está olvidando. Pero sería peor sentir que algo me sobra; sería como aceptar que he cambiado. Creo que la terrible sensación que me invadió hace unos meses, durante la ordenación, ha pasado; pero cierto rescoldo me está afectando y no me deja actuar normalmente. A veces me siento observado. A veces alguien me mira a través de las cortinas y de la cerradura de mi puerta. Tengo sueños horribles... mi cama amanece húmeda, de su-

dor y... cosas indecibles. Me levanto con la boca llena de saliva y esos estertores en el estómago que me invitan a vomitar. Escupo y escupo; durante todos estos meses, plagados de horas y horas de ocio —que he llenado con lecturas indiferentes de mis libros de teología y filosofía, de griego y latín, de dogma y pastoral, libros ya viejos y con las páginas sueltas, que seguramente abandonaré en un rincón de esta habitación, pues no es cosa de aumentar el peso ya descomunal de mis maletas con esos tomos que sé con certeza que encontraré en el lugar al que voy, en mi próxima e inevitable parada—, durante estos meses, decía, el bote de basura, junto a mi cama, se ha saturado de escupitajos y parece un tinaco de porquería. Hay un olor nauseabundo que llena mi habitación. Ocasionalmente salgo de aquí y voy a los comedores del seminario, o a las bibliotecas, o salgo a vagar por las calles enfermas de Berkeley, pero el olor me acompaña a todos lados; parece surgir no del ambiente sino de mi estómago, parece estar en mi nariz y no en el aire. Tengo el presentimiento de que este olor ya no me abandonará, nunca. A veces siento que los animales callejeros me persiguen, en pos del rastro fétido que voy dejando.

Aquí, en mi habitación, sólo quedan unas cuantas ropas para su uso durante esta semana que aún me resta, la clepsidra, para no perder la noción del tiempo, los libros que abandonaré y unas cuantas cartas —que no he leído— donde mi familia seguramente me manda sus felicitaciones y recuerdos por mi ordenación, y donde mi madre me ha mandado, lo sé con la certeza que me da el conocimiento de que no ha habido ocasión en que no lo haga, una docena de rosarios de sopa. En mis cartas

a casa he omitido deliberadamente el hecho de que encontré una tienda de artesanías latinoamericanas en Berkeley y de que ahí me compran a dos dólares por pieza los rosarios, dinero que aprovecho para comprar ciertos utensilios menores que me son indispensables: un rastrillo, espuma para afeitar, pasta dental y cosas de esas. No lo veo como un negocio, aún cuando sé que la tienda los revende a cuatro dólares y que se venden muy bien. Pero el hecho de no mencionarlo no ha disminuido la intensidad de los envíos; yo me imaginaba que mi madre perdería ese simbólico entusiasmo con el tiempo pero, por el contrario, ha ido adquiriendo un verdadero oficio, introduciendo cada vez elementos nuevos, como piedras o sopas pintadas, o hilos de distintos grosores y largos, e incluso simbolismos que rayan en lo pagano. Creo que se ha alegrado por el hecho de descubrir que sus manos sirven para algo más que lavar las inmundicias de los ricos.

Cierro la maleta. Todo lo que debería estar ahí, está. Sin embargo, siento que he olvidado algo.

El lápiz, amarillo y largo, lucha incansable contra el papel. Rayones inconclusos: el inicio de un camino, un árbol, una mujer de largos cabellos que se erizan con el viento; ninguna proporción, ninguna relación. Abajo, en letras de inspiración gótica: "Aún hay cuentas no saldadas", y un rayón aún más ilógico bajo las palabras; una línea que parece subrayarlas. El papel, sobre el que se descargará la furia del

que dibuja, terminará dentro del cesto de basura, entre un mar de saliva, rastrillos usados, otros papeles, y condones que alguien ha usado para masturbarse.

La playa se encuentra desierta. En la punta, la sirena se muestra altiva y desafiante, mientras las olas rompen contra la plataforma de cemento que la sostiene. Apenas hay luz natural; las luces de un auto cruzan el horizonte despoblado y agitan a las aves marinas, que huyen despavoridas por el cielo. El auto policíaco se detiene abruptamente junto a la pequeña barda que divide el concreto de la plácida arena. Un hombre pequeño y regordete baja con pereza y se estira; "te espera una gran sorpresa", decía su horóscopo en la revista de ayer, pero esto, en definitiva, no era lo que él esperaba. Un segundo hombre, vestido con pantalones azul cielo completamente raídos por el tiempo y las continuas lavadas, se une a él y juntos emprenden la caminata que los llevará a la estatua.

El amanecer parece detenerse, sin avanzar más allá de ese tímido e insignificante brote de luz en la lejanía. Hace frío; el comandante lo nota porque su compañero de pantalones azules se frota continuamente las manos mientras camina dando pequeños saltos. Sálvenme, dice el pelícano, sálvenme o lamentarán mi muerte.

Entonces el regordete comandante puede verlo: un mechón de cabellos negros agitado por el oleaje, a los pies de la sirena. Sus pasos se dirigen hacia la derecha, buscando evitar el agua y la arena humedecida. Sí; hay ahí un cadáver. Una mujer,

sin duda; desde la distancia se puede ver que lleva ya algunos días de muerta y que estuvo algún tiempo en alta mar: algunas partes de sus brazos descubiertos se observan medio comidos por los peces. “Mierda”, piensa.

— Ahí —señala.

El otro camina hasta donde está el comandante y mira en la dirección indicada. El oleaje de pronto parece ceder y retraerse; entonces el cadáver se da la vuelta y mira a los dos hombres con las cuencas de los ojos vacías, como dos abismos. El rostro también está a medio comer y muestra un claro orificio circular en la frente. “Con una chingada”, murmura el oficial de pantalones azules. El comandante le ordena ir a sacar el cuerpo del agua, a lo que el otro responde con un soplido y con los ojos bien abiertos y llenos de espanto y repugnancia. Camina entonces, y siente los pies pesados, pesados, y el agua empieza a subir por sus piernas hasta llegar a su entrepierna, lo que en otras circunstancias le hubiera provocado una erección pero que ahora le hace dar un respingo. “Con una chingada”, repite, subiendo por las rocas hasta llegar a la base de cemento, donde la muerta a dado la vuelta de nuevo. “¿Cómo llegaste hasta aquí, cariño?”, pregunta el oficial. El cadáver da vuelta una vez más y le mira con esos ojos sin ojos, con ese vacío, con esa masa viscosa que ocupa el lugar donde, sin duda, hubo algún día mirada. El hombre siente un escalofrío en todo el cuerpo y una terrible necesidad de vaciar el estómago. Caminando, pendejo, responde la mujer. Las toscas manos del oficial se apoderan de las axilas y arrastran el cuerpo por las piedras, hacia el agua, que se apodera de nueva cuenta de

la entrepierna del hombre y hace flotar a la mujer, como un trapo.

El comandante los mira luchar contra el oleaje.

No parece simplemente una lucha hombre-naturaleza, sino una guerra de voluntades. Parece una disputa por el cuerpo; el mar no quiere perder tan preciado alimento. Claro, esto no lo piensa el comandante, sino un anciano gris y anónimo que contempla la escena desde cierta ventana, en algún cuarto cerca de ahí. Piensa también en que su perro lleva varios días sin volver a casa. Mientras tanto, el comandante piensa en su horóscopo y en la gran estafa que le parece esta sorpresa, mientras el hombre de pantalones azules deposita el cuerpo a sus pies. “Ve y avisa al forense”, pide el comandante.

Algunas horas después, durante el desayuno en casa, la esposa del pequeño comandante anunciará que está de nuevo embarazada, y él, entonces, decidirá que puede seguir confiando en las estrellas, cuyos designios lee en una revista de nota roja.

Afuera, del otro lado de la barda, sonaban los alaridos y los rítmicos devenires del carnaval. El día era soleado y caliente y el laberinto de mil colores de la alegría popular le daba el aspecto de un horno encendido. Más parecía una fiesta en Latinoamérica que una en esa comúnmente fría ciudad. Había algo, un aroma, carbón, que ya no estaba tan lejos. El infierno.

Sus pasos lentos le llevaron hacia el inmenso jardín interior. Depositó las vali-

jas en el piso y levantó el rostro, para llenarse la vista y la memoria con esa imagen mil veces amada; sus ojos parecían brincar de alegría y temor, parecían tocar esa nívea superficie. La virgen blanca, la virgen de mármol. Era el momento del abandono; afuera el carnaval, adentro alguien murmuraba adiós. Afuera se escuchaban gritos y músicas infames; una decía en su canto: "Quiero que vuelvas otra vez, quiero tu amor otra vez, sé que encuentras difícil razonar conmigo, pero esta vez es distinto; cariño, ya verás: tienes que decirme que vas a volver conmigo", y a él le pareció que era muy estúpido el mensaje. Un alma sombría, llena de pasión por un pedazo de piedra que parecía encendido en llamas y que le deslumbraba con su luminosidad venida del cielo. Por Dios, esos greñudos allá fuera muy poco podían saber del verdadero cielo y la real elevación, por mucho que se drogaran u oyeran grupos de seudo-anarquistas ingleses. Ninguno de ellos sabía que detrás de esa barda se ocultaba un verdadero radio de comunicación con lo divino.

La virgen blanca, la dueña de años de silencio. Reinando sobre el seminario de Berkeley y acompañando infinitas soledades. Cuando todo parecía estallar en su mente, él había aprendido a amar ese lugar; la imagen dominando el centro del jardín cuadrangular. Plantas verdes por el fuego del verano, árboles frondosos, y el calor que apagaba todo aroma y dejaba mudo al mundo, sin presencia. Lo único que en realidad existía ahí era la virgen fría. Era la virgen de los dolores; el rostro triste y con los ojos fijos en el suelo, como si viera una llama que se apagara. El rostro era una llama. Despedía calor y una grandiosa brillantez. Podía decirse que la tristeza

era la causa de su belleza. La luz del sol en el cenit, reflejada en el pulcro y pulido mármol, le daba el aspecto de una aparición, como si hubiese estado viva; como si hubiese sentido. Él sentía miedo, a veces, al pasar junto a ella, o al sentarse a contemplarla; a veces se preguntaba si no sería ella la que se agazapaba entre las cortinas de su habitación o la que observaba a través de la mirilla de su puerta. Le tenía miedo, como le temía a todas las cosas impregnadas, aunque fuera un poco, de divinidad.

El calendario decía que el día era el quince de junio de 1964. Aparentemente pasaron tres meses desde la ordenación. Él sentía que habían pasado muchos más.

Ahí, frente a la virgen, parecían acumularse cientos de palabras no pronunciadas, palabras no pensadas, y él entonces percibió que se estaba despidiendo. Jamás había pronunciado palabra en presencia de la virgen blanca. Una larga despedida. Pero él creía que era lo correcto, y él hacía siempre lo correcto: pensaba que la más alta cualidad de un ser humano era precisamente la de saber guardar silencio en el momento justo, cuando un torrente de angustia parecía querer estallar en palabras. Además, sentía que sobraban las palabras frente a aquel cúmulo de piedra que penetraba en su mente y que casi seguramente le conocía hasta el más ínfimo rincón del pensamiento. Por eso, lo único que existía entre él y ese ser divino era un infinito silencio.

Jaime entraba corriendo por la puerta de la oficina por tercera ocasión en esa semana; eran las cinco de la mañana y Abraham se encontraba disponiendo todo para iniciar un día más en el orfanato. Sabía muy bien cuál era la razón de la premura de Jaime: Udab seguramente había tenido una de sus noches malas. Durante los últimos tres días había sido igual, y Abraham estaba pensando muy en serio mandar al niño con el psicólogo que los ayudaba en esos trances, o ponerlo en manos de Clara para que ella viera si podía hacer algo con él. "No hay nada de qué preocuparse", había dicho ella; "es lógico que tenga esos sueños recurrentes después de saber de la muerte de su madre." Sin embargo él no estaba muy seguro de que esa fuera la causa de la angustia del niño. En realidad, todo en Udab parecía carecer de un motivo, en franco desafío a la ley de causa y efecto. Clara salió al paso, mientras él seguía los pasos apurados del joven Jaime.

— ¿Otra vez? —preguntó la mujer. Abraham asintió. Otra vez; sólo han sido tres días seguidos, pensó él, y esta madre ardiente ya siente que lleva un año sufriendo su pequeño. Clara arrastró su tímida humanidad detrás de Abraham y Jaime, pensando en remedios fabricados con hierbas de su pueblo para curar el espanto, para inducir el sueño o para provocar el vómito, pobre lindo, a ver si se le sale lo que le está pudriendo el subconsciente. Pero entonces recordó que tenía una licenciatura en pedagogía y que estaba luchando por un doctorado en psicología infantil y que se había largado de su pueblo diciendo que era imposible respirar normalmente en medio de tanta superchería e ignorancia. Abraham impulsó su fuerte y larga ma-

no y sorprendió a Jaime abriendo la puerta antes que él. El niño vaciló un momento y el paso implacable de los gigantescos pies de Abraham le hizo caer al suelo. Clara, desconcertada, le ayudó a incorporarse; Abraham ya estaba en la cama de Udab, abrazando el cuerpo sudoroso y desnudo, con los cabellos sobre el hombro y el lamento brotando de los labios y lágrimas que caían desprendiéndose de los ojitos que se cerraban con fuerza. La ropa yacía hecha jirones a los pies de Clara y Jaime. Agg, agg, se escuchaba; en todo el dormitorio se encerraba un calor sofocante, húmedo, y una atmósfera de terror. Clara vio nítidos los rasguños en el pecho de Udab, largas líneas rojas dibujadas como rastros de las uñas implacables que habían rasgado la ropa de dormir y la piel, en la desesperación y la angustia. Se oían los murmullos del niño y de Abraham, incomprensibles; Clara sintió de pronto que la relación ente esos dos hombres había cambiado mucho durante esos cuatro años: aún podía ver en su memoria, con claridad, el día dichoso en el que ella había visto a ese niño tirado en una banqueta, junto a los borrachos que no habían alcanzado a completar su salida de la cantina, buscando el calor en esos cuerpos que olían a mugre y alcohol, acurrucándose en esos brazos que ni siquiera se percataban de su presencia. Recordaba la actitud de Abraham, tan parecida a la suya, como si no hubiera sido un niño indigente sino el mismo Cristo niño que les estaba siendo encomendado. Pero ahora parecían, más que nunca, padre e hijo. Y ella, pensó, representaba el papel de la madre preocupada, empalagosa y metiche. Era una representación necesaria, no concertada. En realidad, se habían ido acostumbrando a jugar de esa manera porque Udab lo

quería así: él necesitaba un padre y no un sacerdote director del asilo, y una madre y no una pedagoga preocupada por él. Un teatro a la medida del genio que les había tocado en suerte educar.

Clara se acercó a ellos, dejando a Jaime que contemplaba la escena como un mueble, completamente ajeno a ese cerrado teatro. Al llegar a la cama, Clara escuchó en labios de Udab esas palabras que años después calificaría como las más terribles que jamás hubiera escuchado:

— Entonces, padre, aprenderé a sonreír ante la visita de Satán —dijo Udab, con una sonrisa tímida, limpiando las lágrimas de sus mejillas.

Udab tenía entonces diez miserables años.

El reloj en la blanca pared de la sala de espera marca las once con siete. Faltan veintitrés minutos para que parta el tren; se supone que yo debería estar ya a bordo, pero hay algo que no me deja tranquilo: tengo la sensación de que algo se me olvida. Hay una rubia tetona sentada en el piso del pasillo que va al andén, y me mira con insistencia. Es una hippie: sus ropas más parecen las de un payaso que las de una universitaria. ¿Cómo sé que es una universitaria? Algo en su actitud me lo dice: es sólo un presentimiento, una conjetura; tal vez en verdad trabaja en un circo. Toda esta pinche ciudad es un circo.

Pero hoy me largo; ya no hay tiempo para hacer una buena apología de esta

ciudad. Nada de álbumes fotográficos o souvenirs de hule. La chica me mira continuamente; ni siquiera desvía la mirada cuando yo poso mis ojos sobre ella. Tal vez también está conjeturando acerca de si yo seré un sacerdote o no. Visto como tal. Por lo tanto debo serlo. Nuestros ojos se encuentran y ella me sonríe. Yo asiento, como si ella me hubiera preguntado algo con su sonrisa. Sí; estoy a punto de comenzar, y me siento ya tan viejo. Tengo mucho miedo. Es fácil irse de un lugar. No hace falta más que cerrar la puerta y todo el pasado parece terminar y disolverse. Este lugar ha sido mi refugio; la demencia de esta ciudad se adueñó de un buen puñado de mis años. Allá en el seminario fui dueño de muchos rincones que nadie más parecía conocer; fui el depositario de innumerables secretos que no existían. Hoy, después de tanto tiempo, iniciaré el camino helado del hombre solo. La chica parece entenderlo: tal vez por eso no se me acerca y se limita a sonreírme. Sé que dentro de algún tiempo esta chica de colores se me aparecerá como símbolo, pues ahora trato de capturar este lugar y este momento para guardarlo en mí, para que sea importante en mi vida, para que pueda contarlo algún día a quien quiera escucharlo, para que cuando sea necesario pueda recuperarlo tal y como lo veo ahora: intacto. Tan intacto como anhelo que sea mi vida, tan intacto como debería ser el mundo; en una plenitud muy alejada del recuerdo. El recuerdo tiende a ser mentiroso. Lo quiero intacto, como las pirámides del viejo Egipto, y así de completo; tan completo como mi búsqueda.

Arrastro mi maleta hasta el pasillo donde está la hippie y me siento a escasos

metros de ella. Continúa mirándome; parece que no parpadea, parece que se le están secando los ojos. Tengo los boletos en la mano y me percato de que ella también, aunque los suyos son de otro color, seguramente para otro tren o para otro vagón. Deposito mi reloj en el piso. Al fondo del pasillo se divisa el día claro y soleado, el andén y el pozo de las vías. A veces pienso que mi búsqueda se parece a esas vías, largas y extendiéndose hacia la nada y con la apariencia de que nunca acabarán. Mi búsqueda es mi sombra: hoy me voy y la siento acabada, pero es probable que sea sólo un espejismo. De algo estoy seguro: he encontrado. Me encuentro disuelto en el encuentro. Me pregunto cuántos seres humanos pueden sentir la plenitud del encuentro. No es fácil encontrar: requiere de muchos años de esfuerzo y ciega dedicación. Y una vez que se ha hallado ese algo que nos posee, viene las parte más hermosa y difícil: volverse uno con el otro encontrado. Eso es el amor; un continuo ser en el alma del otro. Pasión y arrebato. Y, claro, este otro que yo he encontrado es tan absoluto, tan total, que jamás podrá divorciarse de mí, jamás podrá irse de mí porque yo jamás podré irme de él. Mi destino es ir tras él de la forma más hermosa. Buscándolo en los demás.

La chica me sonríe otra vez y yo me pregunto: ¿hay otra forma más completa de pasión?

Pero hay que tener cuidado; la pasión puede convertirse en una plácida y hermosa forma de escape. Puede llegar a ser un pretexto, y en este mundo parece que han surgido nuevas razas de hombres enfermos de pretexto. Fanáticos, les dicen.

¿Seré un fanático? No lo creo. A veces tengo mis dudas. Tal parece que después de vivir en esta ciudad camaleónica, me he vuelto un poco escéptico. Pero mañana ya no estaré aquí; a cada momento me lo repite mi reloj. De todo lo que han capturado mis ojos, echaré de menos primordialmente a la virgen de mármol. Pero no me preocupa. Podré extrañar esta ciudad, podré decir que he perdido mucho y que hasta la más mínima referencia a este período que hoy concluye me causa nostalgia. Eso no tiene importancia: es más lo que he ganado. He ganado lo divino; y lo divino no se extraña, no se echa de menos. Se extraña lo que no se tiene; lo divino se tiene siempre. Se lleva adentro, y afuera. Hasta podría decir que esta chichona pecosa me recuerda lo divino. Ese, el Dios, es mi pensamiento, pero también es mi estandarte. Nunca lo he dicho, tal vez nunca lo diré, pero en cierto papel que acabó en mi tinaco de porquería escribí: Dios es mi chingada madre. Es mi amor: un amor que llama a la guerra. ¿Es mi Dios un tirano? La tiranía se llama amor. El más grande y perfecto amor. Dios, como dice el título de cierto vals, nunca muere.

Y aquí estoy, echado en el pasillo de la roja estación de trenes de Berkeley, frente a una güereja que me está usando para quién sabe qué desconocido juego de seducción, con los boletos del tren evaporándose en mis manos y sintiéndome el hombre más cabrón y poderoso por la calidad de mis aliados. Todos mis cálculos serían inútiles: nunca abarcaré la circunferencia completa del poder que me cubre. No alcanza mi pequeña y casi prematuramente calva cabeza para imaginarlo. Dentro de unos minutos el cuchillo implacable de las vías del tren partirá mi vida en dos:

antes de Berkeley, después de Berkeley. Seré llevado a ese rincón del mundo que casi había olvidado; ese que será mi destino, el campo de batalla en el que libraré esa batalla a la que me manda mi rey: esa conquista inaplazable. ¿Y qué mejor lugar para entregar al imperio que mi tierra misma? Aquí voy, a conquistar a mis hermanos mal nacidos y a mis padres culpables con la única arma que se me otorga: la palabra. Y ese amor que siento por ellos. En todos y cada uno veo a ese amor que me destroza.

Todos los amores me han destrozado. Hace mil años amé, y hace mil años también viví, pero se me atravesó algo tan parecido a la muerte que desde entonces creo estar muerto. Ahora estoy a punto de dar el primer paso de una nueva vida, de una nueva oportunidad, un renacimiento. Tengo miedo; un miedo extraño. Tal vez nunca regrese aquí, ni al jardín en el seminario ni a la virgen blanca; lo sé. Tal vez ya nunca esté encerrado. Pienso ahora en mí; ¿será correcto? Pisaré mi tierra; ¿será mi pie lo suficiente implacable? Es probable que no reconozca mi propio espacio. Ese que se supone es mi espacio. Tal vez no reconozca su cielo surcado de edificios. Es inevitable; volveré. Algún día, recuerdo, pensé: ¿volveré a ver este cielo siniestro? Mañana lo veré. El cielo siniestro de la llamada ciudad más grande del mundo. La ciudad más pequeña, me parece.

Y ahora me doy cuenta, cuando la chica deja de verme y se explora las puntas del hirsuto cabello: ¿volveré a quedar sin vista ante el brillo divino de la virgen de mármol? Tal vez, en unos años, deba decir: mañana volveré. No puedo creerlo. ¿Se-

rá que todo está destinado —o condenado— a repetirse? ¿Será el retorno, ese retorno que mi Dios niega, el destino inexorable de la existencia? No; estoy mintiendo. Miento. No debo permitir que mi miedo pendejo perturbe lo absoluto. No es correcto. Debo situarme: qué carajos es esta duda. A veces parezco un pinche escuincle jugando a la filosofía. Mañana —ese mañana casi eterno que desde hace mucho tiempo espero— ya no estaré aquí porque es mi amor lo que me lleva de regreso; y si él, alguna vez, decide que regrese a este lugar, será su amor lo que así decida y yo, con amor, así lo haré. Hoy me voy: me cago en Berkeley.

Suena el timbre que me avisa que debo abordar si no quiero quedarme con mi cara de pendejo. Me levanto; la chica no se mueve y un leve ataque de desilusión me nubla la vista. Arrastro mi maleta por el pasillo hasta el andén, y a los pocos pasos escucho la voz de la chica, casi la de un hombre, que me llama.

— ¡Padre!

Volteo; camina hacia mí, sonriéndome. Me acerco unos pasos.

— Olvidaba usted esto.

La clepsidra. Ya no la necesito.

— Puedes conservarla, niña linda de colores.

Ella me enseña sus dientes parejos en una más amplia sonrisa. Sus vestidos me recuerdan a alguien.

— Entonces usted conserve esto.

Me extiende un pequeño papel doblado. Yo le hago una leve reverencia con la

cabeza y tomo el papel. Le digo adiós apenas en un murmullo. Al caminar, me siento como desnudo bajo su mirada. Adentro del tren desdoblo el papelito y lo miro:

"Padre: ¿existe Dios? ¿Existe el amor universal? Si existiera, ¿no sería el más frágil, el más quebradizo? Dígame, ¿cómo amar a esa multitud que nos ahoga, que nos roba, que nos aplasta y desvanece nuestra existencia? No se preocupe padre: yo ya tengo mi respuesta. Pero hágame un favor: respóndalo para usted mismo."

Mierda.

10

Un foquito rojo ilumina débilmente el cuarto. Afuera, el sol todavía parece que va a tardar un rato en iluminar el mundo.

— Udab diez:... Ha pasado el tiempo; generalmente el tiempo cambia muchas cosas. Llevo diez sesiones con Udab y a veces dudo que la iniciativa de Abraham nos lleve a algún lado. En ocasiones siento que Abraham es un maldito egoísta que lo único que quiere es poseer los más escondidos resquicios de la mente del niño, porque lo ama demasiado; pero lo ama, creo, de una forma mórbida: a veces creo que ya se tragó el cuento de que Udab es Dios. El niño me ha hablado de eso: creo que él lo ve como un juego, como una simple imaginería. Abraham, sin embargo, parece que ya se lo tomó en serio. Y puede dañar al niño. Pero que conmigo no cuente; a mí no me va a sacar una palabra sobre el análisis que yo haga de él. Creo que el que necesita con urgencia mi ayuda es él, Abraham, y no Udab. Bien; hoy el niño me habló del mismo sueño que está en el registro nueve. Lleva ya seis meses ininterrumpidos soñando lo mismo, un verdadero fenómeno de los sueños recurren-

tes; las variantes en el sueño son mínimas y creo que no tiene caso apuntarlas aquí. Pero hubo algo, ciertas palabras cuando hablamos sobre su más remota infancia, que no me deja tranquila. Hubo ciertas referencias a su madre que me dejaron ver que esta imagen en él tiene un sentido muy turbio. Apliqué hoy, después de esta plática, nuevamente, la Rorschach: las respuestas variaron más de lo que yo esperaba. Hay algo tan terrible ahí dentro, en esa cabecita que amo tanto, que me da miedo continuar —el dedo gordo de Clara para la grabadora, dejando en el aire un sonido apenas perceptible. Su mano corre en pos de la cajetilla de cigarros light. Enciende uno, lo saborea un poco y suelta la pausa—. Todo parece centrarse en la figura materna; ya comprobé que la única imagen que tiene de padre es Abraham. Y eso me defrauda un poco: realmente me hubiera gustado corroborar que soy yo su figura materna, pero no es así. Tal vez sea mejor: esa figura encierra algo muy feo. Muy feo. Es algo inimaginable. Horrible —Clara para definitivamente la grabadora. El foquito rojo parpadea y se pierde, dejando la habitación sumida en la oscuridad, a excepción del puntito rojo del cigarro, que ilumina mucho menos.

Durante las interminables, intermitentes e infames ausencias de Udab, que se daban bajo el eterno pretexto de terminar un cuadro, darle el toque final a un montaje o volarle la imperfecta nariz a una escultura, yo volvía a mi críptica costumbre de extender el spaghetti por el piso —y el spaghetti parecía ser siempre el mismo— y

sumirme en su contemplación. En ocasiones intentaba escribir reflexiones sobre el asunto, para algún día confeccionar un bello volumen, que seguramente ninguna casa editorial se molestaría en publicar; pero siempre que buscaba borradores o algo anterior que me diera un punto de partida, me encontraba con que nunca había escrito algo al respecto, y así se cerraba un molesto círculo vicioso que me hacía preguntarme sobre la veracidad de mi talento escribano. Entonces me decía a mí mismo estar cansado de esa perenne rutina y estar en la línea que separa el ya qué del me lleva la rechingada. Exploraba con cierto desencanto las frecuencias punkies de medianoche que adornaban la malograda radiodifusión nacional: nada, nada. En un rincón se apilaban los libros que Udab había tenido a bien abandonar en el hogar; la mayoría eran tratados medievales de brujería y satanismo, dificilísimos de conseguir, y volúmenes repetidos de las obras del bienaventurado Pepe Agustín, que yo miraba sin verlos, sumido en una apatía que hubiera preocupado a cualquiera si hubiera habido un cualquiera cerca para preocuparse. También había una edición empastada en piel de las campanas de Hemingway, que Udab confesaba haber robado a su querido hermano Jaime. Pero no había nadie, y los genios, siempre que yo estaba en esa clase de abismo, parecían no verme y corrían a la sala a sentarse y a verse, sin decir nunca ni media palabra. Y una edición made in USA, ilustrada con fotografías de personas reales —o al menos eso parecían— recreando ciertas situaciones referidas en el relato, del Dolmancé del cachondérrimo Marqués. Sentía que había perdido mi capacidad para vivir sin él; cuando él no estaba por ahí compor-

tándose como un loco, yo me sentía vacío por completo: volvía como un idiota a mis días de tristeza y confusa disertación. Y un volumen que rezaba: Arthur Rimbaud, Obras Completas, y que en ocasiones Arthur tomaba en sus manos con una terrible nostalgia y que inspiraba a Andy para decir que sería suficiente lanzarlo por la terraza del roble para arrancarle a cualquier peatón su perdida y descorazonada vida.

“Tienes espacio suficiente para hacerte toda la cúpula de la capilla sixtina en la frente”, había bromeado ella con el hombre, en una de las innumerables noches que habían pasado juntos. En ocasiones no fornicaban; paseaban tomados de la mano, como novios estúpidos, por la playa, sosteniendo con la mano libre sus zapatos para evitar la entrada siempre molesta de la arena. Entonces ella olvidaba realmente quién era, olvidaba su ruin destino y lo único que ocupaba su mente era ese cielo estrellado arriba y ese hombre gentil y encantador junto a ella. Esa noche ella le mostró el pequeño murciélago que llevaba tatuado en el vientre, cargado hacia la izquierda, y bromeó sobre las dimensiones de su frente. El sonrió y le dijo “sí, la capilla sixtina y tal vez la ciudad vaticana completa”; su sonrisa se desvanecía muy rápido, siempre, y eso a ella le mantenía a la expectativa, buscando en sus ojos una tristeza que sabía que jamás sería confesada por sus labios. Llevaban dos meses de verse casi a diario y a ella le parecía que ese hombre barbado y de mirada profunda era siempre distinto, radicalmente, como si cada día jugara a ser el hermano de la

persona que había sido el día anterior, en una cadena que parecía no terminar nunca y que le llevaba a cometer actos extraños, como el de mostrar un tatuaje que él había visto todas las veces que la había penetrado en su cuarto de hotel y que conocía a la perfección, ya que le gustaba pasear su lengua sobre él antes de atacar las humedades de su entrepierna. Su mirada parecía seguir el mismo juego, a veces perdida en insondables abismos y otras tantas con un brillo estúpido y vacío, como si nunca hubiera visto nada. Y en la cama habitualmente se mostraba imaginativo y poderoso, capaz de innumerables juegos que casi caían en lo perverso, pero había ocasiones en que parecía apagado a pesar de su inmutable erección, y había llorado un par de veces. En esos momentos, cuando él se mostraba débil hasta para pasar su lengua por las puertas marinas de su sexo, ella se preguntaba si no estaría loco; sentía una leve punzada de temor. Cuando se había atrevido a contarle a Evangelina, una puta veterana, sobre sus impresiones y temores, ella sólo le había dicho un terminante "aléjate, rápido". Era cierto que era preocupante; ella pensaba continuamente en esas raras caras, como máscaras, en las veces que él había despertado gritando como animal, en las majaderías que gritaba, en que de pronto la desconocía. Pero no creía que fuera para alejarse: cuando estaba bien era un tipo formidable, tan extraño, tan gentil, que la hacía olvidar, olvidar, y eso ella lo agradecía mucho. Nunca, en esos dos meses que llevaban durmiendo juntos, habían peleado o discutido; él discutía, pero con alguien que ella no veía, cuando despertaba con pequeñas gotas de sudor en la frente, en un idioma extraño que ella no entendía. Ese alguien, tan odiado, era llamado

Deus, o algo más o menos así. ¡Deus, Deus!, gritaba a veces.

Todo eso recordaba ella mientras esperaba desnuda en la cama del cuarto 204. Él se había vestido después del primer asalto y había dicho que iría por un par de cervezas, pues ya no soportaba la sed. Ya llevaba varias horas ausente y ella comenzaba a pensar en su puta madre, pero un cierto sentimiento de bienestar le impedía moverse. Veía el techo rugoso y blanco, las cortinas pálidas justo detrás de ella, la lámpara encendida que parecía no alumbrar nada, el tapiz de florecitas cafés que ya tendían a la palidez reinante. Los veía y pensaba que su vida había cambiado, que su forma de ver el mundo y sus quehaceres había cambiado también y que le gustaba que así fuera. Dos meses antes no era más que una mujerzuela de tantas que deambulaban las calles céntricas de ese puerto bajo las miradas cómplices de la policía, buscando algún turista caliente o algún adolescente nativo al cual darle las nalgas por el respectivo y módico precio. Pero un día se había aparecido ese hombre de estampa quijotesca y voz aterciopelada, que después de la primera vez la llamó continuamente y que le pagaba hasta para caminar en la playa y hablar; a veces pagaba hasta por su silencio. Así que pasado un mes ella había decidido no volver a aceptar un centavo de él y aumentar sus visitas; ya no era una sencilla simpatía, sino un fuerte sobresalto espiritual que por falta de imaginación ella no llamaba amor. Y todo ese torrente de desconocidos sentimientos le tenían amarrada y dependiente del hombre. De puta a compañera no era un mal ascenso. Para comer continuaba con sus antiguas rutinas, pero una nueva imagen se posaba en su mente mientras los tu-

ristas y jóvenes afiebrados navegaban su humanidad. Una nueva y coquetona sonrisita se le dibujaba en los labios secos de calor. Empezaba a verse a sí misma como mujer, y no como el amor sucio de su padre y de sus tíos y de los hombres en turno.

Unos pesados pasos se escucharon en el pasillo, al otro lado de la puerta, y ella supo que él ya estaba ahí. Escuchó el vidrioso ruido de una botella chocando levemente contra otra, al tiempo que la chapa anunciaba la entrada implacable de la llave con sonidos un poco más intensos. Él entró viendo el piso, con pequeños pasitos, como si su vejiga hubiera estado presionada con efluvios sorpresivos; su pelo estaba alborotado y su frente parecía una superficie sobre la que se ha esparcido grasa y luego se le ha echado agua. Gotitas como de fiebre. Ella había considerado la posibilidad de un reclamo, pero al verlo se había olvidado de ello; conocía muy bien los síntomas. Él depositó las dos botellas de whisky en el piso; ella pudo notar que una estaba prácticamente vacía, llena de masas viscosas que ella podía identificar como escupitajos. La puerta se cerró sin intervención de fuerza alguna; un ruido como de barcos en el naufragio. Los ojos de él, entonces, se encontraron con los suyos; él se despojó de la camisa, luego tomó la botella y bebió sendos tragos mientras con la mano libre soltaba el cinturón y los botones del pantalón vaquero. Al terminarse el contenido de la botella, arrojó ésta sobre la cama y golpeó levemente la rodilla desnuda de la mujer. Ella se movió imperceptiblemente y él volvió a mirarla. Un vacío, esos ojos.

— Lárgate —murmuró él.

Pero ella parecía no escuchar. Más aún, tiempo después, recordando el episodio, ella continuaba obstinada en el hecho de no haber escuchado esa palabra, lárgate, nunca en labios de él. Pero ella lo recordaba en la cálida planicie de los espíritus, ya libre de todo peso corporal, cuando su cuerpo había sido devorado irremediablemente por esos lindos pececillos brillantes, y en medio de toda esa ligereza su recuerdo carecía de importancia. En ese momento ella tomó brevemente la botella y la alejó de su pierna; le daba frío. Sentía que la voz de él le llegaba con eco, como dentro de un barril de metal; una voz perdida, inhumana.

— Lárgate —otra vez.

Ella seguía sorda para esa palabra. Una sordera sin remedio.

En un instante todo es violencia. La violencia se acumula sutil, con particular calma, y el sujeto no se percata de que está lleno hasta el tope de violencia sino cuando ésta ya no cabe y se desborda. Y este proceso de violencia que crece se acentúa sobremanera en aquellos individuos que, por diversas circunstancias, se sienten o son servidores del amor, de la paciencia, de la tolerancia. Y entonces el padre amoroso toma un arma y masacra a sus hijos y a su mujer, el sacerdote mata a un desamparado, el patriota se vuelve ultranacionalista, y el hippie se vuelve Charles Manson. Porque todos somos forjadores de nuestro odio y nos sentimos responsables de él; y sabemos muy bien cómo utilizarlo. El odio se acumula a la par de la violencia y

ambos se juntan en un magnífico momento y lo destruyen todo. El odio y la violencia estallan como estrellas fugaces y efímeras; pero en ese momento no hay fuerza o razón capaces de detenerles. Por desgracia el impulso dura muy poco, y se va apagando como los despojos de un incendio. Pero nunca se consume. Siempre habrá mierda suficiente para mantenerlo a la espera de una nueva saturación, y así se cumple el maravilloso ciclo de las guerras, de los crímenes, del hombre contra el hombre. Y el hombre espera temeroso; sabe que los otros hombres son capaces de odio y de violencia, pero generalmente intenta pasar por alto su propia tendencia agresiva y se evade de ella. Si el hombre fuera consciente de su propia violencia no existiría el miedo, porque en la agresión no hay concesiones. Pero el hombre ignora que toda su historia ha sido un infinito instante de violencia, e ignora que el odio es la fuerza que hace que él se mueva, como conviene, hacia el futuro.

Sí, ella está sorda. No sólo para "lárgate", sino para todo lo que dice él. Pero él no dice nada más que eso. Lárgate, lárgate; una exigencia sin fuerza, apenas un murmullo. Diríase que es un lamento; el lamento de un animal que lucha contra las vicisitudes de la existencia animal. Precisamente eso es él, pero ella es demasiado sorda y no se da cuenta de ello.

— ¡Dios! —dice ella, levantándose de la cama, desnuda y bellísima. La palabra ha sido dicha con un violento acento, que le despoja del sentido que habitual-

mente le da la gente. Ahora no parece una evocación al creador, sino un implacable me vale madres. Y es que ella, a pesar de no tener un pasado extraordinario, se aleja por mucho del común de la gente. Su mente parece sensible —una sensibilidad desperdiciada— y receptiva, y sus conceptos no son producto de la alienación sino de su reflexión y experiencia. Evangelina se regocija en repetirle "eres diferente", y ella lo cree en realidad. Soy diferente, se repite dieciocho veces al día.

El hombre se ha depositado en la cama, sin camisa y con la pelambre dura de la entrepierna asomándose por el pantalón desabrochado. Ella piensa que es un hombre hermoso, pero cuando él arroja la botella vacía y le golpea de nueva cuenta la pierna, su desconcierto estalla y dice no entenderlo. Dice qué carajos nos está ocurriendo. Entonces ella recuerda que él le ha dicho innumerables veces que su piel es salada; es el mar, ella usualmente contesta. El hombre sonríe; pequeñitos dientes asoman, blancos y parejos a pesar del paso del tiempo, que ha sido implacable en su rostro. Ella siente cómo los pezones se le ponen duros y altivos, y ella quiere atribuirlo al frío, pero en esa habitación no hay frío. Recuerda la piel salada, mira la botella en el piso y dice quieres ver mi sangre, quieres arañar mi espalda para que brote la sangre y mi piel deje de ser salada. Pero sabe que no es cierto, sabe que el hombre no está realmente preocupado por los sabores de su cuerpo, sabe que todo es mentira y lo sabe porque el hombre ha ampliado el arco de su sonrisa y los dientes asoman más y más. La risa será para ella, siempre, el signo infalible de la mentira. Como si el mentir fuera cuestión de risa y ellos dos fueran expertos en reír.

Repite ¡Dios! Mas esta vez lo dice con la plena intención de darle el sentido común, el de la gente, como queriendo que Dios baje del imperio celestial y contemple toda la ridícula escena. Siente un cosquilleo en la espalda que le susurra que tiene ganas de reír. Y abre los ojos desmesuradamente y heroicamente resiste. Dice ¿de qué te ríes? Pero sabe que lo dice más para ella que para él. Él ha dejado de sonreír y la observa con seriedad, mientras ella siente que la sonrisa se le pudre en el interior. Ella pregunta si le divierte verla así, vistiéndose encabronada y a punto de abandonarlo. En verdad eres un pendejo, dice. Yo que imaginé ternuras contigo, y tú portándote siempre como un perro. El hombre está ausente, perdido, hundido en las viscosidades de su mente. Ella lo sabe, pues conoce esa mirada, lo conoce completo. Lo conoce demasiado y eso le da rabia. De pronto se encuentra gritando a voz en cuello que le gustaría pensar que todos los hombres son iguales, pero no,

— tú eres el peor,

dice, pero se arrepiente y calla abruptamente. Se da cuenta de que ha caído en el error táctico de otorgarle un lugar especial y se dice pendeja por haberlo hecho. Ella quisiera que ya no fuera especial, quisiera de una vez por todas que dejara de ser el diferente de su vida, tanto como ella de vez en cuando quisiera dejar de ser la diferente en la vida de Evangelina o de cualquiera. Entonces ella arremete diciendo que es sumamente humano y que en eso consiste su defecto. Dice yo no necesito humanos, necesito a Dios. Él abre los ojos, como espantado, y ella cree que ha tocado un punto débil y continua diciendo que necesita ser amada por un Dios y no por algo

como él. Y es que él acariciando su rostro, viéndola directo a los ojos o lamiendo su sexo, es tan pequeño, tan absurdo. Repite qué carajos nos está ocurriendo. Asegura odiarlo. Sí, a ti, a quién prometí en silencio amar dispuesta a la muerte. A quien ofrecí el alma y todo aquello que por idiota ignorante nunca aprendí a ofrecer. Anuncia que se va, poniendo los tacones de aguja en su lugar, en sus pies horribles y que ella siente fríos al tocarlos. Él sonríe otra vez. Ella siente al mismo tiempo, una vez más, el cosquilleo ebrio de la risa. Dice ¿qué sabes tú en realidad de irse —ella escapa de su risa—, qué sabes de abandonar, que sabes de ti o de la piel salada? ¿Qué sabes de la verdadera piel salada? Dice todo lo ves con los ojos. Asegura que él jamás entenderá el infinito, el universo que para ella representa cada cosa, cada traición, cada vivir, cada existencia. Ella dice que ve con...

— ... con... ¿De qué te ríes?

y sale finalmente de la habitación, azota la puerta y azota los tacones de aguja contra el piso. Piensa que va furiosa, pero al instante se percata de que no es cierto, de que es mentira, y lo sabe por la amplia sonrisa que ahora, afuera y lejos del hombre, ya no se ha preocupado en retener.

Sabe que le hubiera gustado muchísimo quedarse a reír con el hombre, a cagarse de la risa noches enteras. Lo que no sabe es que el hombre, durante todo este pequeño abono al eterno instante de violencia, sonrió porque, extrañamente, recordó el momento en el que en California, en 1964, mientras veía a una rubia tetona que lo miraba con insistencia, sonó el timbre que anunciaba la salida del último tren hacia

la frontera.

Y si ese tren hubiera partido sin él, nunca hubiera podido comprobar que las cordilleras, los gigantes cristalinos del invierno, le habían unido siempre con su hogar. Y tal vez nunca le habría conocido. Y todo eso le parecía a él muy divertido. Un verdadero mar de posibilidades. Posibilidades muertas.

El segundo antes de optar por una posibilidad, y no por otra, es el momento más importante después del nacimiento. Es como si a cada instante naciéramos otra vez, así y así, hasta el infinito. Existe la posibilidad de mover el brazo izquierdo en lugar del derecho, existe la posibilidad de virar en una calle y no en la siguiente, existe la posibilidad de abordar un tren o quedarse en un lugar para siempre. Entrar o no entrar. Morir o no morir.

Ella sale con la sonrisa aún en la boca, con un leve sudor en los sobacos y el vestido entallado embarrándose en las curvas casi perfectas pero del todo incitantes, y se para frente al edificio gris, sobre la banqueta y bajo las luces que anuncian "Hotel Mirador". Esa noche, al entrar, se preguntó cuántos hoteles mirador existirían en el país, en el mundo, y cuántas historias como la suya se estarían viviendo en ellos. Ella sabe con certeza que arriba, en la habitación pálida, acostadote y sonrien-

do en la cama, está el hombre. Piensa y se da cuenta de que no es cierto que lo conoce por completo; sólo conoce su temperamento, sus reacciones, pero ignora de dónde viene, porqué está ahí, para qué y de qué vive, porqué habla solo. Ella mira la calle: parece dibujada, como de caricatura; está sucia, húmeda y gris. Esa noche todo parece formar parte de una película en blanco y negro; mala película, lenta y con un argumento muy aburrido.

Da unos pasos; bajo su pie hay una lata de víveres vacía que suena al contacto con el tacón. Parece haber sufrido ya innumerables accidentes en su férrea existencia: está toda deforme, abollada, despintada. El susurro en la espalda, una línea de hormigas. Mueve con duda su pie, deforme por el tacón. No se decide. Sonríe al llegar a la conclusión de que la duda es una cualidad en ella; nunca estará segura de sus acciones y ese es un abismo que la separa del hombre allá arriba. Ella ha notado, en la gentileza, en la voz, pero sobre todo en los silencios, que él intenta hacer siempre lo correcto. Ella se dice fue hace dos meses, cuando nos revolcábamos en las sábanas por tercera vez; yo lo sentía siempre seguro, fuerte y vital, sobre todo vital. Me decía cosas que yo no sabía que existieran. Ese día él tomó su rostro y dijo es tiempo de irnos. ¿A dónde? A donde sea. Él dijo que irían juntos a donde deseara. Ella nunca había pensado en salir de ese puerto, donde había nacido y donde pensaba morir, y la posibilidad de largarse le pareció horrenda. Sintió miedo. Dijo no, tengo mucho por lo cual vivir aquí. Y al mismo tiempo pensaba tengo mucho por lo cual morir, también. Nunca se puso a reflexionar sobre el absurdo de que ese hombre al que

apenas conocía por una mera transacción comercial le pidiera que se fuera con él. Si lo hubiera hecho, se habría dado cuenta de que no se lo decía a ella. Recuerda que fue la primera vez que lo vio sonreír y que ella sonrió para él. Piensa fue muy hermoso, de pronto dejé de sentir miedo, y si él hubiera insistido yo hubiera dicho sí, vámonos de aquí ahora mismo, llévame donde nunca hayas ido. Pero él ya no insistió.

— Sí... sí... sí... ¡Sí!

La espalda y su cosquilleo estallan abruptamente. El pie se mueve con fuerza y la lata sale volando por el aire. Junto a la lata, el zapato y su tacón. Estalla la carcajada, violenta; ella se pregunta cuál es la diferencia entre una risa y un llanto: siente que son lo mismo. Se toca el estómago, el vientre plano, que se contraen por la fuerza del reír. La vista se nubla, nubes le entran por los ojos. El pie que aún está calzado repite el movimiento y el otro zapato cae cerca de la lata y de su compañero. Siente que las nubes que entraron por sus ojos comienzan su acción y lágrimas brotan implacables. Camina por la calle húmeda, desierta, y chapotea con sus horribles y descalzos pies en lo charcos, saltando en el agua, salpicando, y se pierde. Sus zapatos han quedado abandonados sobre el pavimento gris.

Esas lágrimas en los ojos le dicen lloras por furia, por rabia, pero ella lo niega. No hay rabia, amigo, no hay dolor, pendejo. Ahora sabe, sin remedio, que lo único que la une al tipo ese del hotel mirador es la risa. Se dice lloro de risa. Lloro de risa. Pero algo le dice que esta es la última noche que ríe.

En un mundo en el que todos ríen estentóreamente aún cuando se les esté pudriendo el alma, en un mundo en el que todos llevan un Garrik en el espíritu, son excepcionales aquellos seres que nunca sonríen, que no expresan su felicidad aún cuando ésta les oprima el pecho con su fuerza infame. Ella lo sabe, porque ha observado esas huecas máscaras en los rostros de la gente, ha visto esa muecas salidas de la nada, gratuitas, y que a veces expresan más dolor que el llanto o que los gritos. Ella se siente excepcional entonces; comprende que Evangelina lo ha visto y que por ello la considera diferente: ella nunca sonreía, pero, por supuesto, sabía divertirse y ser feliz. Sólo la invadía, en esos momentos que ella nombraba "felices", el hormigueo en la espalda. Y ella sabe que ha sido la única persona en el mundo, en la historia entera de la humanidad, que ha conocido la verdadera risa.

Ella, durante toda su vida, se había carcajeado con la espalda. Y esa espalda que reía era la única expresión en su cuerpo que le decía que en realidad estaba vivita y coleando.

La mano se cierra sobre el pequeño trozo de papel, haciéndolo trizas, y entonces el tren comienza a moverse. Se acabó, piensa él, mientras la estación roja de ladrillos se mueve hacia atrás, como huyendo del ruidoso avance del tren, lento, dolo-

roso, como el avance de un gusano gigante y pesado que se mueve queriendo quedarse. Los campos universitarios se van quedando atrás, las casas, la gente, con una lentitud etérea, como de película vieja.

"¿Existe Dios?", recuerda. Qué pregunta tan estúpida, piensa; por supuesto que existe Dios, sería inútil negarlo. A veces él quisiera vestirse de nada, ser insignificante, como una hormiga, vestir el disfraz de cualquier otro, del obrero o del matón o del presidente, pero no el suyo; ser incógnito... pero sabe que es inútil, sabe que no puede esconderse ni huir. No ser visto por Dios; pero ese Dios no otorga lugar de escape. De la guerra con ese Dios no queda nunca tierra neutral. Recuerda que cuando salió por la puerta principal del seminario de Berkeley, sintió insoportable el peso de sus valijas, como si ahí llevara ese poder inmenso llamado divinidad, como si llevara la nada de su años, que él creía tan pesada. El peso ha aumentado, se dice; ¿existe Dios? Si no existiera, no sería tan pesado. Quizá sus fuerzas han ido cayéndose por la calle en Berkeley, en la estación, en el camino al tren, en el mismo asiento en el que va; tal vez está perdiendo su dureza por la cercanía inexorable de su tierra, que cada hora, cada minuto, avanza hacia él. ¿No es él el que avanza hacia ella? Su tierra es la tierra marchita de los débiles. Un desierto en el desierto. La tierra donde los arquitectos han construido la débil estructura del sueño del tercer mundo. La tierra donde las buenas madres lavan ropa de rico. Cosecha de miserias. Y en sus maletas él guarda el bálsamo que aliviará los sufrires de los hambrientos, la mierda de los indiferentes, la impaciencia de los oprimidos. La promesa de la vida eterna;

esa palabra, ese amor que cabe en cualquier rincón y en cualquier bolsillo. Pero ese amor es una grave carga, pesa el infinito, como si de pronto el amor no fuera un acto sino un monolito, sólido y largo como una maldita muralla. Largo como esas vías de acero y madera que le conducen a la guerra.

¡Amarás, amarás, amarás!, alguien grita en su oído. Sin duda amarás agotado a todo aquel que pueda cortar una rebanada al pastel de tu amor. ¿Pero cuánto te durará, si a diario dilapidas ese pan precioso? ¿Cuánto tiempo serás capaz de mantener a flote esa latita de conservas amorosas y divinas? ¿Existe el amor universal?, había preguntado la tetona rubia. ¿No es éste frágil? Bastará un leve soplo y las velas del pastel se apagarán y entre el aroma de cera y de humo se elevará otro, más certero: el de la furia, el de la violencia.

El último tren a la frontera va tomando fuerza en sus movimientos. Se torna un gusano agresivo; las cordilleras tristes retroceden a ese avance decidido y violento, se vuelven gigantes con la mano extendida, imponentes, y parecen gritar un aviso, una advertencia, quieren decir que el pasado será irrecuperable, que el pasado no regresa, que el pasado se aleja a velocidades angustiantes, que el pasado vale madre, que el pasado es arrinconado en las distancias más remotas del recuerdo, y se pierde.

Sus ojos se cierran y se abren; el cansancio se asoma y lo cachondea, y él piensa otra vez que se está volviendo viejo. Sabe que aún quedan muchas desventuras y batallas por enfrentar y esta hueva le preocupa. Finalmente bajará del tren en la frontera, y tomará otro que le llevará a la ciudad de los palacios y de los laberintos, don-

de le espera su pasado remoto y un ejército de cabrones a los cuales tendrá que doblegar con un libro de libros y un crucifijo pectoral. No reconocerá nada, ahora lo presiente; el monstruo ha crecido desmesuradamente y sus cristales reflejan la más grande de las angustias, y eso él no lo vio en el pasado. En ese monstruo, cuando su pie pise esa tierra hasta ayer conocida, no quedará nada del poder encerrado en sus valijas. Nada será familiar pues esa ciudad es el infierno de los desconocidos, es una ciudad de peligros, de enemigos; una ciudad que no reconoce a su hijos. La gigantesca estación gris tendrá el olor amargo de las bienvenidas, y ese olor se le impregnará en el disfraz y le hará sentirse pequeño, pequeñito. Se dará cuenta de que le engañaron. Pensará ¿es esta la tierra que conquistaría sin pelea, sin exceso de sangre, sin gota de sudor? Se olvidará de que él era el conquistador. De que libraría una batalla en el nombre bendito de... ¿su amor?

Este presentimiento le agobia. Sus ojos se cierran cada vez con más insistencia. Se pregunta ¿ es que el amor se ha perdido; se me revolvió la maleta del poder con la del fracaso? Suspira; qué cansancio. Sabe que aún está muy lejos la primera batalla. Así que sus piernas se vuelven líquidas, su cuerpo sigue a este torrente hacia aguas más tranquilas, hacia lugares menos extraños. Decide que ya no pensará nunca en pasados remotos o en aflicciones de posguerra; decide dejar que sus ojos se cierren, para olvidar.

Abraham, recuerda niño mío; recuerda que todos los niños buenos oran antes de acostarse.

SEGUNDO ENCUENTRO

UNIR ESCALERAS

Sólo la desgracia hace compañía

y suple vagamente una idea divina.

Francisco Umbral.

1

A mi generación le tocó el mal de la desilusión. Simple y llana. Será porque somos el producto de otra generación a la que le tocó desilusionarse, y sentarse a llorar su derrota. Porque los derrotaron, y no hubo suficientes árboles para sentarse a parir lamentos en tantas noches tristes. Muchos decidieron engañarnos y decir que no había derrota, que la revolución estaba hecha y que nosotros, los hijos de los vencidos, íbamos a vivir en un mundo que disfrutaría de las delicias del nuevo orden revolucionario... Mienten; nos han mentido en todo. Los aplastaron: los tanques pasaron sobre ellos, en París, en el México iluminado de farsas olímpicas, pero sobre todo en sus corazones. Les pegó la bala certera de la desilusión, del se murió la utopía. Cobardes: se cagaron en la memoria de todos aquellos que se llevó la chingada, de los que no se abrieron al paso del tanque y de la bayoneta, de los que murieron con las chanclas puestas y la greña teñida de mierda militar bien afianzada en la cabeza. Les prometieron un lugarcito, un asiento en el tren de los cerdos en engorda, y ellos aceptaron... Dirán no había salida, dirán era lo mejor. Traición, no hay otra pa-

labra para tal porquería. No sólo vendieron a sus hermanos y a sus amigos por las treinta monedas de la sana vida de clase media; nos vendieron a nosotros, a sus hijos. Y muchos de nosotros, si es que todavía existe el "nosotros", les estamos siguiendo el juego; ese sucio juego. Jim dice que la misión de la anterior revolución era desplazar a los adultos de los sillones del poder, y dice que parece que la actual revuelta tiene como objetivo desplazarlos de las sillas de oficina. Yo lo creo también así. Los cerditos no ven que los están engordando de anhelos profesionales para reventarlos y comérselos, y no ven que quien los enmaiza es el lobo paternal contra el que creen estar luchando. Estamos derrotándonos a nosotros mismos, sólo que nosotros ni siquiera nos tomamos la molestia de proclamar nuestra revuelta. Luchamos una revolución de cinco minutos y anónima por completo. Nos desilusionamos antes de tener una ilusión. Ellos siquiera la tuvieron.

Los más sinceros dicen que fue la misma lucha la que los descorazonó. Dicen no sólo de pan vive el hombre, sino también de sus derrotas. Pero aún en esa sinceridad hay una mentira: las ideas no mienten ni traicionan; son los hombres, los sujetos, los que las transforman en mentiras y traiciones. Siempre hace falta un idiota para que las cosas salgan mal. Nos dicen era una revolución inútil, íbamos hacia la nada; dicen que nos evitarán retomar la idea porque ellos ya saben que no conduce a ningún lado. Creo que al principio tuvieron miedo de que nosotros sí lleváramos a cabo la onda, porque ellos serían ahora los removidos; ahora parece que ya se dieron cuenta de nuestra tierna disponibilidad para el fracaso, ya se dieron cuenta de que

tenemos cierta tendencia, gracias a esa su desilusión que supieron inculcarnos y revolvernos en la mamila, a hundir la cara libremente en la mierda. Tal vez nosotros nacimos ya sin corazón.

Sí, a mi generación le tocó el mal de la desilusión. Vimos cómo caían muros y comunismos y vemos a diario cómo se cae nuestra propia vida, cómo se caen nuestras propias fortificaciones, y cómo se cae, finalmente, el mundo. Y todo esto lo hemos asimilado de muy diversas maneras. Maneras perfumadas —Andy dice que entre mejor aroma tiene una cosa más cerca está de la mierda—; podemos irnos de compras con la tarjeta de crédito del idiota de nuestro padre a esas tiendas luminosas que son el cachito que nos toca del sueño del primer mundo. O maneras trabajadoras; podemos ir a la universidad y después trabajar como hormiguitas durante ocho horas diarias en un bonito cuchitril de espejos en Polanco. O maneras temerarias; podemos fumarnos un churrísimo de mota o poner una roca en una pipa y después ir por el mundo diciendo que somos muy valientes. O maneras escapistas; muchos ya nos hicimos a la idea de que no queda nada por hacer, y decidimos volvernos locos; también podemos hacernos los marginales y poner nuestro tendido en la banqueta y vender panfletos a dos centavos de dólar la pieza. De cualquier forma estamos bien jodiditos. Podríamos tatuarnos todo el cuerpo con los relatos revolucionarios o con las ideologías, pero nunca ganaríamos un lugar en la historia humana, en esa historia de hombres que se mueven para llegar a algún lado, y no en círculos, como parece que lo estamos haciendo nosotros. Dando vueltas al cementerio; sin comunismo, sin

Walt Disney, sin amor y paz, sin anarquismo, sin sueños; ciegos, y llenos hasta el tope de un prístino terror.

La desilusión. A la generación anterior la hirieron; pero mi generación es la que siente la herida.

Mi generación se está desangrando.

Abrí los ojos con un terrible sobresalto. Había soñado que alguien me perseguía por una calle llena de charcos y de manchas de aceite, una calle que parecía larguísima y que estaba limitada por gigantescas bardas de ladrillo que se alargaban tanto que mi vista tenía la certeza de que las nubes las tocaban allá arriba, en ese final que yo sólo imaginaba. Corría y corría; el sudor de mi frente me inundaba los ojos y me ardía y gritaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro y tallaba con mis manos esa tortura. Cuando mi vista reaparecía y el mundo se me revelaba, volteaba la cabeza y no veía a nadie, y pensaba sólo en correr y correr; y correr se convertía en lo único que yo sabía hacer con inusual maestría. Arriba, allá muy arriba, sonaba esa voz que llamaba "bichito, bichito", y yo continuaba mi carrera como un bruto. Veía una avenida al frente, ya no muy lejana, y entonces me abalanzaba sobre ella, pero apenas me acercaba las gigantescas murallas avanzaban surgiendo de la nada y esa salida desaparecía, y arriba "bichito, bichito". El sudor atacaba de nuevo mis ojos y yo alargaba la mano y me secaba, y gritaba por ese ardor tan nítido, tan per-

fecto. Mi voz era de hombre. Mis ojos veían con claridad, veían la falta de salidas y veían mis pensamientos que sonaban en ese infierno de ladrillos con eco privilegiado, que sonaban en imagen, en un encabronado imposible. Mis oídos descubrían ese "bichito" a cada paso, mis labios se secaban de tanto correr sin moverme. Pero mis manos... mis manos era peludas y con garras que brillaban como saetas diamantinas. "¡Bichitooo!".

Las cortinas se movían por el paso del viento, y el roble se arrullaba y parecía irse durmiendo, poco a poco y con dolor. Las puertas de la terraza, abiertas de par en par, dejaban entrar la noche, que parecía estar ya bien sentada en su trono de estrellas. Me ardían los ojos; aún podía sentir esas lágrimas que habían brotado de ellos, podía sentir el surco salado que me habían dejado en las mejillas al secarse. Moví mis piernas, que yacían entumidas y encogidas en el pequeño espacio que ofrecía el sillón del siglo de los cien watts, y pensé que ese sillón no estaba hecho para esos menesteres, sino para otros trances más erguidos. Escuché un lento tintinear de vidrio y hielos a mis espaldas, pero no le puse mayor atención, hasta que sentí una mano grasosa que me tocaba el cabello, alborotándolo, y vi cruzar a corta distancia de mis ojos un pequeño vaso con hielos derritiéndose en aguas de borrachera; otra mano grasosa se cerraba fuerte sobre el vaso. Mi vaso. Alcé la vista y vi a la desconocida sobre mi cabeza, viéndome con una sonrisa de bienvenida y con los labios húmedos de mi elíxir. Cerré los ojos otra vez. Me pareció que a su mano le costaba trabajo alejarse de mi pelo; su voz apareció cuando ya estaba lejos de mí.

— Te agandallé un poco de tequila —dijo—; espero que no me mates.

— Todavía no —dije, y sonreí. Abrí los ojos y pude ver que ella sonreía también. Sus dientes eran blancos y ligeramente chuecos, grandes como de ratón de caricatura; sus labios, húmedos de Jalisco, se veían calientes, cachondos. Mi entrepierna sintió un leve sobresalto al pensar en esos labios y en ciertas situaciones en las que hubieran podido participar. Noté que ya no llevaba su gorrita rasta y que su cabello de niño se veía como despeinado, como confuso. Caminó hacia mí, con el vaso y los hielos que chocaban, y con su falda grandísima que se movía con una gracia inusitada; esa falda parecía haber nacido para moverse con ella, y entonces supe porqué se vestía así, con esa ropa que parecía hecha para una venus más frondosa y que a pesar de todo parecía ser la única posibilidad para ella: se vestía así para aparentar la muerte, para parecer un fantasma. Cierto, esas ropas se alejaban mucho del viejo cliché del fantasma de vaporosos y transparentes y blancos ropajes; sin embargo pensé en ese momento que esa era la imagen real de los espíritus: colores más bien oscuros, como el rojo sangre de Sigmund o el negro azuloso de Andy o el azul casi morado de Jim. Colores de luto: pensé que el luto no era en realidad la representación física y social del dolor de quien pierde a un ser amado, sino un intento por alcanzar el mismo nivel espiritual de ese ser que se ha ido. Colores de luto, como el color de la luz de la noche, que parece estar siempre lamentando a sus muertos. Colores que no puedan ser vistos ni escuchados: colores silenciosos.

— ¿Me oyes, maestro?

El destartalado affiche de Marlon que colgaba en la pared se movió, y entonces noté que se había soltado una de sus esquinas. Malditas grapas, pensé. Me puse de pie y avancé hacia la pared del affiche, tomé la esquina suelta y lo arranqué de un golpe. Brando como que quiso protestar, pero yo hice bola el papel y lo arrojé por la puerta de la terraza. Al carajo.

— ¿Podrías cerrar esa puerta, por favor?

— ¿La terraza? —preguntó ella.

Asentí. Caminé hacia el librero que se ubicaba junto a la puerta del baño y tomé la botella de tequila que acostumbraba guardar justo entre “En el camino” de Jack y la trilogía “La crucifixión rosa” de Henry. Escuché los vidrios de la puerta que se estremecían al cerrarse ésta. En el piso ya no había nada, ni la ropa de Udab ni las jeringas ni las ampolletas burlonas. Gracias al leve hilo de luz que se colaba de la sala, pude notar que hasta el vómito que se había escurrido por el bordo de la taza había desaparecido. Una punzada de alivio me atacó: seguro que no habría soportado esa visión otra vez... el aviso del grave juego de la muerte. Las cosas cambian, sin duda, gracias a que los vestigios desaparecen: si yo hubiera visto el desperfecto horrendo de las jeringas y las ampolletas y las ropas de Udab en el piso del baño, mi aflicción habría vuelto con fuerza y habría corrido donde él, con mis remordimientos a flor de piel y con mis excusas; pero ante la ausencia de ruinas que testificaran la mierda, yo pensé que Udab estaba finalmente bien, después de todo. La botella de tequila presentaba un considerable bajón en sus reservas, circunstancia que me hizo

pensar en que tal vez sí mataría de inmediato a la bruja desconocida.

— Gracias por la limpiada —dije, volviéndome hacia ella, que murmuró "no hay de qué, maestro" viendo hacia mí con un claro desconcierto en la mirada. Oh, vamos, pensé, ¿en serio hay cosas dignas de mirarse con extrañeza en mi conducta? El señor psiquiatra con el que mi padre tuvo a bien llevarme en mi infancia, dictaminó que yo poseía una personalidad esquizoide con ciertas tendencias autodestructivas, pero yo no creía haber desarrollado una enfermedad mental en mi cuerpo tímido y esquelético coronado por mi conflictiva cabecita. Recordaba que Sigmund decía, alarmado: "¿en serio decía eso?", y que ante mi afirmación él sólo musitaba "vaya tipo".

— ¿Decías algo sobre un perdón hace un momento? —dije, caminando hacia el sillón del siglo eléctricoprogresivo con mi tequila embotellado en una mano y los huevos entumidos en la otra—. La verdad es que no te escuché muy bien.

Cada vez que ella llevaba el vaso a sus labios y bebía, quedaba en éstos una humedad tormentosa, orgásmica, plácida y cálida, que me hacía imaginar una corriente eléctrica que entraba por mis ojos y que paraba finalmente en el punto más agudo de mi sexo. Y cuando hablaba, esos labios se separaban y se juntaban con movimientos casi perfectos, como una obra de arte donde cada célula de esas carnosidades incitantes era una cúspide estética. Una boca así, pensé, no debería usarse para hablar, para mentir; debe existir algún destino más noble para tanta belleza.

— Decía que siento haberte gritado hace un rato.

— No sé a qué te refieras —y en verdad, no sabía.

— Quiero decir, cuando Udab...

— Oh; te refieres a cuando cayó la Roma invencible.

Me senté en el sillón mientras ella soltaba una breve risotada. ¿Qué había gritado? ¿"Ayúdame cabrón", "ayúdame, con un carajo"? Sí, eso era. Había gritado; pero era completamente comprensible. Volvió a mi mente esa duda: ¿cuál sería el nexo entre Udab y la perra desconocida? Ese arrebato de enojo ante mi lentitud, sólo podía ser un acto de amor; pero, ¿de qué clase de amor? Su mano huesuda y grasosa acariciando el nacimiento inmaculado del greñero de Udab, me había parecido casi la de una madre que verifica si su hijo pródigo tiene fiebre. Pero la caricia a la puerta del baño, recién había entrado al hogar, y esa súplica que yo no había comprendido, eran más bien las de una amante angustiada y venida a menos. En el tiempo negro que llevaba soportando y disfrutando a Udab, nunca se había mencionado a una mujer o a una perrita, ni a una tercera persona. ¿Qué demonios era esto, entonces? ¿Porqué hablaba yo con esta mujer, sin saber quién era ni a qué había venido? Creo que estaba siendo presa de un ataque de celos que aún hoy me espanta. Sí, lo deseaba sólo para mí, deseaba que sus ojos sólo se encontraran con los míos, deseaba que él no tuviera pasado anterior a mí, así como yo sentía haber nacido en el instante mismo en el que me había cruzado con él en el pasillo del malogrado instituto inglés. Así, esa mujer se convertía en una amenaza para mí, en una posibilidad de perder en un instante ese infinito que yo había conseguido. Mierda; en ese momento la

odié: implacable mi odio.

— Sí —contestó ella—, a eso me refiero. No quiero... no quiero que pienses mal. Supongo que no todos tenemos las misma capacidad de reacción... Yo sólo estoy apenada —y agachó su cabeza de hombrecito, triste de pronto. Ahora parecía una hermana menor justificando un arrebato sufrido durante un ataque epiléptico de su carnal el loco. Mi odio se fue diluyendo ante esa apenada actitud, ante sus manos que se movían nerviosas sobre el vaso, ante sus ojos que buscaban un poco de alivio en mi alfombra percudida. Pobrecita, pensé. ¿Habría podido pensar mal de ella, de la única mujer de verdad que se me había cruzado en milenios, de la única mujer que se había dignado agandallarme un tanto de mi agua mística? Volví a verla como hombre, y no como un casi-maricón atolondrado.

— Vamos —le dije, sonriendo y depositando la botella en el piso alfombrado—, no es tan grave. Es más, prefiero perdonarte por el asunto del tequila.

— ¿Y eso —me dijo sonriendo— sí es grave?

— No importa la gravedad —repuse—, lo que importa es el perdón.

En realidad la estaba perdonando por estar ahí, por irrumpir en mi universo hasta ese momento ocupado sólo por Udab; la perdonaba por ser real en mis visiones irreales y por clavarse tan agresivamente en mi viejo mundo oxidado.

Salimos por la puerta frontal del edificio del laberinto, bajo la mirada suspicaz

del guardia de gorrita azul, cuando comenzaba a oscurecer y las campanas de San Andrés llamaban a misa de siete. Al llegar le había tenido que dar al monigote mis últimos diez pesos, para que nos dejara entrar, pues el edificio se hallaba bajo ese terrible estado de la materia que se denomina "expropiación". O sea, que ni es de alguien ni es de todos. El atardecer se veía invadido por un aire suave y cálido, y Udab sonreía mientras caminábamos sobre la estrecha banqueta, muy cerca el uno del otro. Su cabello se movía cadenciosamente, y su rostro bello se asomaba y se ocultaba, una y otra vez, y a mí me parecía la niña más varonil de la comarca. Él caminaba con pasos largos y apurados, y a mí me costaba un terrible esfuerzo seguirle, como me convenía, por esa calles grises y llenas de olores colectivos y desagradables, esas vías perdidas y llenas de fantasmas que era las calles del centro de la ciudad. Sólo me quedaba una opción: seguirle como perro faldero, si no quería quedar atrapado en esos vericuetos urbanos que yo desconocía. Udab, de pronto, se detuvo frente a un negocio de comida cuyas paredes aparecían pintadas de verde, me vio con una sonrisa que me dio miedo, y entró. Cuando me sentaba en la mesa que él había escogido, cerca de la entrada, me pregunté cómo era posible que alguien pudiera gozar de sus alimentos en un lugar cuyas paredes parecían una remembranza surrealista del vómito. Udab llamó al mesero y pidió un par de comidas completas.

— Udab —murmuré—, no tenemos dinero.

— El dinero y su puta madre me tienen sin cuidado —me contestó, sonriendo nuevamente con esa diabólica mueca que yo siempre temía que asomara por sus la-

bios.

Comimos lentamente y en silencio. Yo pensaba en que después de todo en el hogar ya no quedaba ni una migaja de alimento y que optaría por disfrutar esa comida que quién sabía cómo Udab pensaba pagar. Y pensaba también en esa visión que se había producido en el laberinto, ese Udab temeroso y nervioso, sudoroso y desconcertado. Parece, pensé, que no duró mucho. Ahora Udab se veía nuevamente entero, desafiante, con ese humor agrio en los ojos y en la voz que de normal tenía. Tenía frente a mí, otra vez, a Udab-el-buen-Dios; comiendo frijoles refritos y carne encebollada. Él me veía y sonreía, tomaba agua de limón agrio, se sacaba un trozo de carne masticada y lo arrojaba a mi plato. En otras ocasiones yo pensaba que él se comportaba como un patán, y me preguntaba cómo un patán podía aspirar a ser un Dios. Pero en ese momento pensé sí, Dios es un patán, y tomé el trozo infecto de carne y me lo comí. Él murmuró: correcto. Terminamos nuestro ritual alimenticio y encendimos un par de cigarrillos; el mesero avanzó hacia nosotros y depositó la cuenta sobre una charolita que contenía pastillas de menta y dulces de colores. Qué pinches mamadas, pensé, y miré a Udab, que veía la cuenta absorto, como si hubiera pensado pagarla.

— Vámonos —me dijo, y se puso de pie. Yo lo seguí hasta la caja registradora, donde cortésmente entregó el papel a la cajera y se llevó las manos a la bolsa. La mujer se puso a teclear en el tablero y él volteó a verme, con un labio metido entre los dientes. La mujer murmuró: “son cincuenta pesos”, y le sonrió medio cachonda a

Udab.

— Pinche mercenaria —le dijo él, al tiempo que le ponía su arma en el medio de la frente.

Instintivamente saqué mi arma y apunté hacia la gente que comía, pero noté que, por algún extraño maleficio, nadie veía hacia nosotros. Sentí cómo mis resquicios, todos, se llenaban de un frío sudor, y cómo mis dientes comenzaban a pelear entre sí. La cajera nos veía a ambos, con los ojos bien abiertos y la boca indecisa, como si hubiera querido decir algo. Udab bajó el arma, se montó en el mostrador y le pasó la lengua a la boca dubitativa de ella, mientras yo le apuntaba con mi arma y no dejaba de voltear a ver a los comensales, que seguía sumidos en sus platos y no veían, no veían. Udab se separó de ella y pude ver que la chica sonreía y que todo su rostro era una masa enrojecida y caliente. Bajé mi arma y el demonio puso su mano sobre mí y me empujó hasta la calle.

— ¡Vámonos de aquí, rápido! —le rogué, mirando hacia el restaurante y dando brinquitos de miedo.

— No hace falta —me dijo, tan tranquilo. Después, eructó.

Continuamos nuestro andar, él completo y relajado, y yo con un miedo que sólo podía expresar en mi caminar cortito y en mis sudoraciones angustiadas. Él me miraba a ratos, midiéndome, riéndose por lo bajo. Mi cabeza estaba llena por el episodio, y por otros tantos que a través de nuestra amistad Udab me había obligado a presenciar: le gustaba verme asustado, dudando. Le gustaba presionarme, impulsar-

me a actuar estúpidamente, provocar en mi frente esa gotitas febriles y, sobre todo, le gustaba estar ahí para tranquilizarme. Le gustaba jugar al ángel redentor. "¿Porqué tan nervioso?", escuché que me decía. Después, dio vuelta en una esquina, caminó unos pasos y se metió en una iglesia.

— ¡Maldita sea! —gritó Udab al entrar, con fuerza, provocando un eco sin eco, una profundidad en el sonido, como suele suceder en las iglesias—. ¡Maldita sea! —gritó de nuevo.

Yo lo seguía unos pasos atrás, escuchándolo sin sorpresa, pues sabía bien lo que buscaba. La iglesia estaba sola, las largas bancas estáticas y vacías, tal vez tan sólo llenas del vacío de la casa del señor, de ese vacío inexplicable que sufren los templos, tan llenos de adornitos y milagros de oro y plata, llenos de santitos de bulto y de recipientes para la limosna, llenos de ese continuo olor a miseria y a mugre de devoto; llenos de nada. Nadie salió a reclamarle a Udab, que continuaba gritando sus maldiciones a voz en cuello. Sonrió ante la buena nueva de que el templo estaba a nuestra disposición. "Es día de safari", me dijo. Entonces arrimó uno de los recipientes de madera que sirven para comprar la gracia divina, se trepó en él y subió al retablo donde se encontraba una imagen de Cristo en pleno viacrucis, toda llena de pintura de agua roja que simulaba sangre, con un vestido púrpura con cinto dorado que se arrastraba a sus pies, con sandalias de cuero casi históricas, con una cruz desproporcionada reposando sobre su hombro y una peluca de cabellos de muerto sobre su cabeza. Udab se paró frente a él y se midió: casi exacto. Al verlo ahí, delante del Dios débil y madreado, tuve un presentimiento: Dios o no, él

Dios débil y madreado, tuve un presentimiento: Dios o no, él también habría de padecer, porque la pasión es el precio de la vida y sólo quien vive padece, y Udab, mi dulce amigo, vivía tal vez más de lo necesario, vivía con un pie siempre delante del otro, estaba loco por vivir; en ese momento supe, tanto como lo sé ahora, que cuando él muriera sería como la muerte del mundo, como esa agonía que me provocaba escuchar el Canon de Pachelbel: una agonía universal. Udab comenzó a encuerar a Cristo, que por fortuna llevaba ropa de yeso bajo la de tela, seguramente en prevención de este tipo de vicisitudes sacrílegas. Lo vi desnudar a esa mole de yeso y lo vi hacerlo con un cuidado extremo, con un respeto sin miedo: estaba agandallándole su ropa a la imagen de un igual, así que se limitó a hacerlo con el mismo cuidado y respeto con los que se desnudaba a sí mismo cada noche. Levantó la cruz para quitar la túnica, y lo hizo con cuidado, como si hubiera sido un Simón de Cirene que relevara a Dios de la terrible carga; después depositó la cruz a un lado y , no sé si por olvido o por lo simbólico que le gustaba ser, ya no la volvió a poner.

— ¿Qué esperas, huevón? —me dijo.

Entonces reaccioné y también escogí un bulto de yeso y lo desnudé, aunque sin tanta ceremonia. Mi santo era un don nadie con el greñero de muerto aún más largo que el de Udab, y con un bastón de pastor en su mano derecha, con ojos azules y un gran parecido a Robert Redford. Carajo, pensé, los buenos hombres de la santa madre iglesia ya no roban deidades paganas sino deidades, ¿cómo llamarlas?... hollywoodenses. Udab descendió del retablo de un brinco y procedió a vestirse con la

túnica y a ponerse la peluca de Cristo sobre su cabellera de cascada. Mientras él amarraba el cinto a sus caderas femeninas, yo rompía accidentalmente la mano del santo pastorcillo, en mi afán por arrebatarle el bastón. Tuve que golpear el yeso contra una de las bancas para que finalmente la alargada pieza de madera con laca dorada quedara en mi poder. Debo reconocer que me sentí como Moisés con su vara, presto a sacar agua de las piedras. Una vez que estuvimos listos, todos empelucados y con la firme convicción de ser hijos privilegiados de Dios vivitos y coleando, y no bultos de retablo, nos contemplamos, el uno al otro, largo rato.

— No sabía que te hubieras habituado a cargar tu arma —dijo él, viéndome con su sonrisita diabólica que chocaba fatalmente con su ahora divina apariencia.

— Yo tampoco lo sabía, Udab —contesté, con ironía.

— Comienzas a caer, amigo mío —dijo, y desvió la mirada—, en el bellísimo laberinto del miedo.

Ese día reclutamos once apóstoles para la religión del terror y la incertidumbre, y Cristo y yo volvimos al hogar para relatarnos las caras de odio y miedo que habíamos visto, el agotamiento de los músculos de las presas y los olores del safari. Para darnos cuenta de que éramos un poquito dioses.

Nunca supe hasta hoy, que encontré una imagen parecida en la vieja iglesia de San Andrés, que mi disfraz era de San Judas Tadeo, el más parecido a Cristo.

Udab no estaba desilusionado. Creo que Udab era, más aún, en sí mismo, una ilusión. Ilusión, en el sentido más terrible de la palabra: era lo más hermoso y perfecto que yo conocía, lo mejor, pero era irreal. Udab no era cierto; era puro cuento. Hace seis meses recibí la última carta de Udab, fechada en Phoenix, Arizona. Seis semanas después recibí el telegrama que me avisaba de su muerte. Y ahora que ha dejado de respirar me pregunto si algún día respiró. Me pregunto si las estrellas fugaces realmente existen y no son la invención de alguna mente enamorada de la noche y de los cuentos de hadas. Yo sólo he visto una estrella fugaz cruzar la noche de este mundo, y esa estrella fue Udab. Esa ilusoria luz que vieron mis ojos fue mi mejor amigo, el único que he tenido, el único que tendré. Esa pequeña explosión de vida, tan perfecta, tan plena, tan plagada de indiferencia ante la muerte, esa pequeña flama que provocó el incendio de mi alma y de otras tantas que le conocieron, esa fue Udab. Esa flama que se consumió en un incendio, tan metafóricamente como yo presentí que sucedería en aquella aula donde lo vi cubierto de poesía, esa fue Udab.

Udab murió como vivió; como príncipe de cuento; como Dios. Como mueren las ilusiones en la mente de un niño: quemadas.

2

Pachelbel. Sí. El Canon de Pachelbel. Sí (no digas sí, di oui). En este pequeño terreno flácido, de tierra que se pega a los zapatos como insectos a la melcochez, veo que el mundo amanece, exacto, a los quince minutos antes de las seis. Veo que es él, Pachelbel, quien estentóreamente me indica que al sol y su sistema sólo les quedan unas cuántas horas cósmicas para perecer, para irse a la verga. Y, junto a él, la vida y la conciencia de los dioses, la conciencia de cada una de las mentes que inventan el cielo. Todos los hombres morirán, víctimas de ese deleite de desierto que es la vida. Todos, en un instante, y entonces sólo quedarán lo bello y lo siniestro, el bien y el mal, Dios y yo, flotando en el negro y el blanco, en el extremo de la soga que pendía sobre el suicida mundo.

¿Está el hombre equivocado? Mi padre pensaba que sí: el hombre no vino a este mundo a cuestionar a Dios, sino a destruirse a sí mismo para llegar completo y puro a Él. Vino a sacrificar en esta tierra fangosa lo poco que le fue otorgado, para llegar ante la divinidad con lo único que no poseía: la conciencia de que existe. El

regalito precioso que Sigmund llama Ego.

Padre mío, padre amado, no son los hombres los que están en un error. Ellos han ido cumpliendo con su encargo con perfecta sabiduría. Padre, el único aquí que se equivoca soy yo: yo, egoísta, con fuerza, quiero salvarme. Salvarme, padre, del Spaghetti.

3

Los tanques y camiones militares llegaron a Limón cuatro días después. A las seis de la mañana, la pequeña plaza frente al palacio municipal se vio invadida por los hombres rapados como esclavos y vestidos con ropa de campaña. Sylvia despertó con sobresalto, al escuchar el ruidoso paso de las orugas metálicas y de las pesadas botas de los soldados sobre los adoquines europeos. Aventó lejos de su cuerpo desnudo las sábanas blancas, se puso de pie y caminó por la pequeña habitación, nerviosa, apesadumbrada, mirando a ratos por entre las cortinas de la ventana, cuya transparencia dejaba entrar las imágenes de la calle estrecha invadida por esos hombres fuertes y toscos, con sus armas en las manos, con sus gritos ininteligibles y sus órdenes violentas. “Un golpe de estado”, pensó, y entonces corrió hasta la sala y hurgó entre su columna de periódicos viejos hasta encontrar su pasaporte y los papeles que la acreditaban como residente del país. Después corrió de nueva cuenta a la habitación, se vistió con la misma ropa que recordaba haber llevado el día en que tramitó su documento y, frente al espejo, se maquilló mirando la fotografía oficial,

imitando los trazos con cuidado. Amarró su cabello a su nuca con una cinta que Isabel había olvidado en su recámara el día anterior, cuando juntas habían leído algunos cuentos bobos que Sylvia había escrito para ella en un lapso de tres días. Sylvia fue otra vez hasta la sala, tomó su carpeta de poemas, tocándola con lenta reverencia al recordar a Cantrell, y caminó hasta la cocina, donde la escondió detrás del frigorífico. Había leído sobre la suerte que corrían los artistas bajo la estupidez de la pequeña mente militar, y sintió miedo. Entonces alguien golpeó a su puerta.

Los niños no saben de miedo. Son violentos en su inocencia e ignorancia. Son gandallas, porque para ellos el mundo aún ofrece posibilidades nuevas y ellos se obstinan en robarlas. Tal vez el único miedo que conocen es el miedo al madrazo adulto, el miedo a que los adultos que dominan el mundo que ellos apenas descubren, se impacienten ante la lentitud con que ellos se refinan la realidad. Los niños a veces sienten miedo ante el error, miedo a equivocarse. Pero Udab no era así; Udab se equivocaba a propósito, sabiendo que sus errores, en el mejor de los casos, desconcertaban a quienes lo rodeaban. Sabía que junto a él se encimaba gente empeñada en llamarlo genio. Era un niño que se fugaba de su niñez, pero también era un fugitivo, siempre lo fue, del orden adulto. Creo que Udab entró en el círculo de los enfermos geniales, en esa enfermedad llamada eterna adolescencia. Era irreverente; lo fue desde niño. Abraham procuraba no meterse con él en cuestiones de espiritua-

lidad, aunque fuera apenas un escuincle de siete años. Abraham sabía que el pequeño greñudo comprendía los problemas espirituales con la sencillez de tres palabras, con la simpleza de quien entiende cómo funciona el agua en los grifos o la muerte en los ancianos.

— Diosito tiene tos —había dicho Udab cierto día, respondiendo a la pregunta de un niño amigo suyo; el niño había preguntado porqué Dios había permitido la muerte de sus padres en un terrible accidente, del cual sólo él había sobrevivido. Udab continuó así—: Tiene una terrible gripe, ¿entiendes? Y en lo que escupe sus flemas y se suena la nariz, pasan terribles tragedias, como la tuya. Así que no tengas rencor y mejor reza para que surjan las aspirinas eternas, porque si no, tú y yo algún día sufriremos las consecuencias del catarro divino.

Y las monjas que cuidaban a los niños corrían donde Abraham y relataban a su manera lo acontecido, las palabras salidas de la boca del perverso Udab. Abraham las despedía prometiendo hablar con el niño, prometiendo hasta un par de nalgadas, pero nunca hacía nada: pensaba que, ciertamente, Udab tenía la extraña facultad de poner en palabras de niño, sin enroscamientos ni mentiras disfrazadas, dudas que incluso él sentía, dudas y cuestiones que no dejaban de pasar por la mente de los hombres dotados de cabecita

Pero existía el otro Udab, el Udab herético y con lengua de demonio, que se burlaba injustificadamente, que le gritaba a Abraham "¡maricón!" cuando lo veía arrodillado en la capilla del orfanato, ese Udab que dejaba estallar eructos después

de tomar la comunión y que era capaz de justificarse diciendo que era lógico sentirse satisfecho después de comerse a Dios. Ese Udab, ese que se equivocaba para herir y desconcertar, era el que Abraham odiaba a veces, al que le gustaba golpear en sueños sin atreverse a hacerlo en verdad, al que le hubiera gustado moler a golpes aquel día en que había dicho "fornificarás las fiestas" en lugar de "santificarás". Le hubiera gustado golpearlo no por lo que había dicho, sino por el conocimiento de que el niño, de siete años, por Dios, sabía perfectamente lo que significaba fornicar, y porque se revolcaba literalmente en la satisfacción de saberlo.

Udab fue claro en su infancia. Udab no tuvo miedo al contar a Clara, ni al sugerirle a Abraham, que tenía conocimientos plenos y experiencias profundas de las inmundicias de este mundo. Udab no se detuvo a pensar en que Clara se consumía llorando y en que Abraham no podía dormir. Udab no tuvo miedo al error, ni a la mala interpretación; fue certero. Así, Clara y Abraham supieron que Udab había vendido sexo a los seis años, para comer, mientras dormía en la calle huyendo de una madre, la suya, que le había robado su inocencia.

— Bien, entonces prometo comprarte una botella de tequila para la próxima vez.

¿La próxima? Vaya, yo no pensaba verte otra vez. Pensaba que yo no existía para nadie, mucho menos para ti. ¿Porqué una mujer como tú posaría sus ojos en la

penosa imagen de un escritor famélico que ve visiones, de un tísico con pretensiones de narrador, como yo? La próxima vez tal vez te reciba a palos, maldiciendo tu presencia, tu perfume limpio que desinfecta mi aire, tu boca en toda su perfección y en todo su desperfecto. Tal vez le pediré a Jim que te arroje por la terraza del roble. Todo eso podría hacerte, bruja. Todo; si existiera la posibilidad de que te fueras hoy y regresaras mañana. Pero hoy ya no dejaré que te vayas. Me vale madre. Te amarraré a una silla con las greñas de Udab, te drogaré con mezclas atrevidas, te violaré en el sillón del siglo brillosote, te mataré a hachazos y guardaré tus pedazos en el refrigerador y usaré tus cachondos labios de llavero; no sé qué haré, pero no te dejaré cruzar esa puerta.

— ¿Nunca dejas descansar tus nalguitas? —te pregunto, y tú me sonríes con una inocencia de niña, miras el sillón con tus ojos rellenos de mar, como si verificaras la poca dignidad del terrible estampado, y con el vaso en tus manos de mecánico te sientas, lento el movimiento, frente a mí. Tus ropas de alma en pena se desparraman y parecen aliviar milagrosamente la fealdad del asiento; tu piel blanca parece un abierto desafío a la negrura del cielo allá afuera y de tu ropa aquí dentro. Aún cuando mis ojos parecen perdidos en la mugre mundana de tus botas, te miro: ¿acaso no es correcto desviar la mirada ante una perfección que no entendemos? ¿No quedaban ciegos los santos ante la visita de los ángeles? Sin embargo yo te veo; soy afortunado. Tú pareces seguir buscando el hilo negro de nuestro inusual encuentro en la alfombra que pisas, en mis libreros, en el hueco que dejó el affiche de Marlon

en la pared. Pero sabes tan bien como yo que la causa del enredo en nuestras vidas está allá atrás, en mi habitación, desquitando con sueño la sobredosis de ácido. Sabes bien que en cuanto él abra los ojos y nos juegue la broma de entrar con sus pasos de gigante en esta jaula que nos encierra como dos bestias que se desconocen, ya no tendremos oportunidad de seguirnos haciendo pendejos, como hasta ahora. Tal vez es por eso que ahora hablas.

— Tienes la mejilla inflamada —dices, como casualmente, como si me dijeras qué feo estás o cómo carajos te llamas.

— El maldito es fuerte.

Ríes. Por primera vez eres sincera; tus dientes medio chuecos asoman y tu cabeza se desliza hacia atrás, revelando un cuello musculoso, pleno de poder, lleno de nervios tensos y desvergonzados. Es el tipo de cuello que al criminal le gusta degollar, estrangular. Tal vez es la única parte de ti que se puede comparar con tus labios: un cuello perfecto, también. ¿Nunca has sentido miedo de tu cuello?

— ¿Porqué lo llamas maldito? —dices viéndome, y continúas riendo.

— Porque eso que está acostado en mi cama, no es un hombre: es el diablo. Es Satán.

Palideces. Tu sonrisa se desvanece y tu boca se torna una mueca amarga; tu cara se vuelve como de cartón. Presiento que he de librarme de ti. Creo que te ha dolido el hecho de que yo soy lo suficientemente honesto como para reconocer que amo a Satán, y que lo amo sin medida. Porque amamos al mismo Dios, querida perra,

sólo que este Dios que nos alimenta es el del mal, el del oprobio, el de la vergüenza, el de la desfachatez, el del exceso. Porque todo en él es chueco, desviado; todo en él está plagado de inmundicias. No puedo creer que no lo veas. Sé que no estás ciega; sé que ves con claridad. Ahora, ante tu palidez y tu reacción visceral ante mis blasfemias, sé con certeza que lo amas. Y sé que crees en lo que digo. Sabes, y lo sabes muy bien. No puedo asegurar en qué forma, pero tú padeces a Udab tanto como yo: te inflama, ¿no?; te llena de un fuego corrosivo y eterno, como a mí. Te habita. Y lo hace porque, ¡ah!, porque es el mismísimo chamuco.

¿Eso en tu ojo es una lágrima?

Dios mío: sabes que lo amé. Sabes que respiraba para poder olerlo, sabes que sólo habría los ojos para llenarlos con su imagen. Sabes que dejé de ser tu siervo para convertirme en el suyo: pusiste a esa criatura hermosa frente a mí, como una dura prueba, y perdí. Dejé de adorarte para adorarlo a él. ¿O acaso eras tú? ¿Eras tú en aquel niño, en aquel jovencito afeminado? No tuve la voluntad de escapar ante tan perversa pasión. Confusión. ¿Qué hemos aprendido? ¿Has aprendido algo de mí, como lo has hecho de las guerras o de las violencias acumuladas? ¿Qué hemos aprendido de las mentiras? Hemos aprendido a vivir. La vida es una mentira. Una mentada de madre.

Sabes que, viéndome en tu espejo, la seguridad se transformó en inseguridad.

Como el telón se descorre para dejar ver la fantasía, así se me descorrió el velo de los ojos y pude ver todo lo horrible; pude ver tu maldición. De nada servía cerrar los ojos: la maldición vivía y respiraba junto a mí. Yo eduqué a la maldición. Me mandaste a educar al demonio, y a educarlo en tu doctrina. ¿Te gustan los enemigos poderosos?

Si viéndote y sintiendo tu presencia es como vive el hombre en este mundo, entonces yo estoy muerto desde hace mucho tiempo. Me abandonaste: te burlabas de lejos, de mi amor, de mis erecciones, de mis actos y omisiones. ¿Debo entonces, al sentir tu ausencia, gritar como el crucificado al que llamabas tu hijo: Dios mío, Dios mío, porqué me has abandonado?

Peligro. Soldados se movían afuera. La puerta anunciaba que alguien, del otro lado, quería entrar. Toc-toc. Sylvia temía la brutal acción militar: ¿Abrir o no abrir? Abrir. Isabel, pequeña e inofensiva, paradita en el portal, también temerosa; y el ruido de tanques y botas que sólo sabían invadir. El sol ardía como en el punto más alto del mediodía; podían verse las frentes de los soldados derritiéndose, sus axilas humedeciendo el olivo, sus manos calientes aferradas al fusil. "Madre tiene miedo". Sylvia cerró la puerta, con su espalda acostumbrada, con sus nalgas hechas para cerrarlo todo. Caminó hasta Isabel, que miraba por la ventana, buscando con ojitos desconcertados su casa, su madre en la ventana, su madre temerosa escondida entre

las cortinas. Sylvia pudo verla: esos ojos, la nariz, un poco de la boca defectuosa, una mano aferrada a las flores bordadas. Cantrell. Un espíritu que se escondía de las realidades de los hombres; esa, allá en la calle, desconcertaba hasta al más indiferente. Aparece la autoridad, solía decir Sylvia, y el más honrado hace examen de conciencia. Será que todos tenemos nuestro crimen bajo el colchón.

"No hay nada qué temer", murmuró Sylvia. No lo creía en realidad. Se hizo consciente del peso del pasaporte en el bolsillo de su falda, del maquillaje en su rostro. Tienes miedo. Tú también. ¿Y porqué no tenerlo? ¿No teme el cordero al lobo, aunque el lobo esté ahí por razones que no atañen al cordero? Es humillante, pero perfectamente natural. El proceso de la aversión. Es como estos pobres nativos que te temen, Sylvia; para ellos eres el lobo —la bruja—, y si no has venido aquí a hacerles daño no es ese su problema. Aunque, claro, el miedo ante los militares responde a elementos menos ruines que el miedo al extranjero: es más real, una aversión más justificada. Es como tenerle miedo a un hombre ciego que camina por la calle con una pistola lista a disparar; como temerle a un idiota incendiario.

Sylvia reabrió la puerta. Balas cruzan el firmamento. Algunas personas habían salido del refugio de sus hogares, dispuestas a enfrentar cualquier cosa que significara la presencia de los soldados. Sylvia decidió seguir el ejemplo: la única manera de enfrentar la rabia de un perro es contagiándose de rabia. Cantrell, frente a ella, la veía con temor. Isabel corrió hacia la ventana, llamándola. El municipal hablaba en voz baja con los militares, señalando en ocasiones hacia la playa con su mano llena

de anillos de oro. Cantrell salió por su puerta de madera, y caminó hacia donde Sylvia. El pequeño militar moreno que parecía ser el más importante no pudo dejar de ver el paso increíble de la inglesa, ignorando al municipal. Sus ojos recorrieron impúdicamente las nalgas y las piernas firmes, los pechos y la cascada petrolífera del cabello. Sylvia notó cómo su expresión se dulcificó por un momento, cómo sus ojos secos brillaron como los de un animal enfebrecido y cómo su boca sonrió con anhelo. Sintió celos. Maldito militar de mierda, sólo piensa en fornicar cuando ve mujeres menos feas que su madre.

— ¡Ellas, ahí! —gritaba una de las gordas hijas de María, caminando con paso firme hacia ellas, señalándolas con su dedo acusador. Sylvia sintió un leve vacío en el estómago. Algunos militares caminaron junto a la gorda, incluido el importante, más por curiosidad que por otra cosa—. ¡Ellas, con sus artes de hechicería, con sus endemoniadas prácticas, provocaron esta desgracia!

Algunos militares sonrieron ante tan curiosa afirmación. El importante caminó hacia Sylvia, mientras Cantrell tomaba a Isabel de la mano y la acercaba a su falda, con los dientes casi temblándole y las manos sudando ríos. Sylvia decidió que era indigno tenerle miedo a ese perro rapado, y se animó a alzar su vista hasta los ojos temidos. ¡Con un carajo!: veía a Cantrell, aunque le estaba hablando a ella.

— Señora, siento molestarla, pero me veo en la necesidad de solicitarle su identificación.

Vete a la chingada con tu cortesía.

— La “señora”, caballero, no habla español —indicó sardónicamente Sylvia. Así que métete tu sonrisa colgate por el culo, mentecato.

— Le hablaba a usted —dijo el militar, y apenas la miró.

¿Y porqué no me miras? ¿Crees en el cuento de la brujería, ignorante?

Sylvia sacó el pasaporte y el documento de residencia de su bolsillo. Un gran peso. Cantrell comprendió y sacó de entre sus faldas lo propio; ambas se miraron con complicidad. El militar las miró con la poca suspicacia de la que era capaz, y depositó los ojos en los documentos, escrutándolos severamente, viéndolas de reojo, tal vez comparando a la bella Cantrell de marfil del pasaporte con la Cantrell más real de la calle adoquinada; sorprendido por lo poco que Sylvia había cambiado en tanto tiempo. Ambas maduras, ambas destilando pasión como esencia de flores. Cayéndose del árbol. Devolvió a Cantrell la carterita con los documentos y continuó mirando un poco el de Sylvia. Sus ojos se posaron en cierta línea.

— Aquí dice que es usted escritora, señora.

Frío. ¿Porqué el miedo es frío? ¿Porqué no se pueden omitir los defectos en la ley de los hombres?

— Interesante... muy interesante —dijo él, devolviendo el pasaporte y rozando levemente la mano de Sylvia; ella sintió cómo el frío se escapaba por esa partícula de piel, por esa exactamente.

Hijo de puta.

Con una sonrisa el importante dio media vuelta y caminó donde sus subordina-

dos, quienes a una leve señal suya corrieron hasta sus vehículos y procedieron a bajar un ejército de palas y herramientas, y recipientes cilíndricos. El municipal se colocó frente a ellos y quiso intervenir diciendo: “no creo que sea posible enterrarlos”. El importante volteó a verlo, con una sonrisita incrédula, e ignorándolo gritó a sus hombres que se apuraran. Caminaron en fila india, sin el paso marcial que Sylvia pensó que adoptarían; el importante iba al frente, viendo hacia arriba, como esperando que alguna nube inexistente tapara el sol que caía vertical sobre él y sus hombres. El municipal iba junto a él; Sylvia, Cantrell, Isabel y algunas otras personas del pueblo —incluyendo al sacerdote, que a Sylvia le pareció inusualmente bien parecido— caminaban detrás de ellos, camino a la playa. El importante secaba con sus manazas el sudor de su frente. La costa se abrió frente a ellos; el mar Caribe imponente. Como la boca del infierno. El importante volteó hacia la punta de la playa: sus ojos crecieron hasta alcanzar el tamaño de dos faroles.

El impresionante cerro de jicotes parecía surgir de la arena misma, tapando el horizonte. El municipal sonrió levemente ante la sorpresa del militar. Éste avanzó con cautela hacia los jicotes, como si hubiese pensado que no estaban bien muertos y que en cualquier momento se le irían encima. El batallón rodeó el gran montículo de insectos, mirándolo incrédulos, mirándolo como si fuera el testimonio del paso del diablo por ese pequeño pueblo olvidado. El militar se quitó su gorrita, y los lentes para el sol que llevaba sobrepuestos en ella cayeron en la arena, desapareciendo.

— Con un carajo —murmuró.

El municipal caminó hasta él, se inclinó y recogió los lentes, limpiándolos de la arena con el puño de su camisa.

— Nos llevó dos días traerlos hasta aquí —informó—; además, todos estos días no han dejado de aparecer más animalitos que arroja la marea. Y... —dijo, titubeando un poco y acercándose para entregar los lentes—... me gustaría hablar con usted de otro asunto, a solas, si es posible.

Ambos caminaron, alejándose de la gente y de los otros militares, hasta que sus botas casi tocaban la espuma abandonada por el mar en su vaivén. Sylvia los observó detenidamente; parecían el amo y su esclavo: el municipal casi recogía las huellas que el militar dejaba en la arena. Un lambiscón, pensó Sylvia. Él también les tiene miedo. El militar se sobó la entrepierna mientras el otro le hablaba, cabizbajo.

"Es sabio hablar
con la voz en la tierra
a aquellos que nos mandan.
Si descubren en los ojos
de la guerra el desafío
primero burla, después te matan."

— ¿Será posible, quiero decir, será mejor que los quememos? —murmuró el empequeñecido municipal.

— Hombre —contestó el militar, sobándose de nueva cuenta los huevos—, no va usted a decirme cómo he de hacer mi trabajo.

El pequeño hombrecito, en otras ocasiones casi todopoderoso, se movía ahora nervioso.

— ... Es que mire, mi comandante —dijo, y se sobaba las manos—, sucedió que tuvimos un muertito. Un loquito que deambulaba por aquí, un huérfano, mi comandante. Epiléptico. Y pues resulta que el doctor Quiroga, nuestro único médico, dice que se envenenó por tragar cantidad de animalitos. Y pues el muchacho no tiene nomás nadie en este mundo. Y yo ando pues re' colgado con el bendito presupuesto. Y no hay para un sepelio, mi comandante. Así que el señor Quiroga y yo, pues decidimos depositarlo entre la masa de animalitos, pues para que se fuera quemadito, ora sí que derechito al cielo. Teníamos fe en que ustedes pues vinieran a quemar el monte éste. Imposible enterrarlos; sería trabajo de varios días. Además, si se nos descubre el cadáver, ora sí que el muertito, pues imagínese el desprestigio para mí y para el doctorcito. Yo sé que usted comprenderá, mi comandante. Todo está bien derechito; actas y papeleo, señor. Pero pues se nos ocurrió hacerlo sin comunicar el más pequeño detalle aquí a los vecinos, señor, y ya se imaginará la reacción de la gente si se nos despelota el trabajito. Ándele, no sea malo, mi comandante; total, sólo serían unos cuantos galones de nafta y algunos maderos. Yo ya tengo todo dispuesto. Pues que lo hagan sus hombres para que la gente vea que pues no vinieron en balde, señor.

El militar terminó de jugar con sus pelotas y con una sonrisa golpeó amistosamente el hombro del municipal. Le murmuró hombre, si sólo era eso; nosotros lo

andamos haciendo a cada rato. ¡Jé! No se me inquiete, señor. Después caminó de vuelta donde sus hombres y les gritó que olvidaran las palas y los picos y que dispusieran de la nafta que cargaban en los recipientes cilíndricos. Algunos militares acarrearon maderas de un depósito de botes pesqueros muertos; grandes palos que enterraron con mínimo esfuerzo en el cerro de jicotes. Sylvia contemplaba la escena, incrédula. Los van a quemar, pensó, como si quisieran quemar el hecho; borrarlo de su historia y de sus recuerdos. Malditos. En serio creen que fue un castigo del cielo, creen que su Dios de ciegos les mandó este suplicio por la gran mierda de sus pecados. Cantrell la veía fijamente; ella le sonrió. Hay tanto que quisiera hacer: no importa cuánto los nieguen, amigos; su memoria quedará indeleble durante las generaciones venideras. Isabel tomó la mano de Sylvia. Toda la gente guardo silencio cuando la hoguera comenzó a arder. Una gigantesca columna de humo y llamas se levantó hacia el firmamento, surcándolo, dividiéndolo. Sylvia vio cruzar al viejo chimuelo de las aguas frescas, y le oyó murmurar eso no está bien, eso no está bien, y le vio alejarse, negando con la cabeza, reprochando la insensatez. Es una pira funeraria, le murmuró Sylvia a Cantrell. Sí, la pira funeraria, contestó la inglesa. En ese momento, una extremidad humana asomó entre las llamas.

Hay fisuras. Por una se me escapa lo cotidiano, la rutina, y por la otra entra en escena la mano de un muerto, que espanta a medio mundo. Cuando la señora Sylvia

me relató la historia, no pude dejar de sonreír y de comparar esa mano fría con mi propia experiencia: también fue la mano de un muerto la que me regresó a la vida, en aquel pasillo del instituto inglés. La mano que dibujaba en la vela. Udab. A veces son los muertos los que provocan la casualidad y nos devuelven al plano real de las cosas; al plano de la cotidianidad. Pero, ¿qué es el hoy? ¿Qué delimita lo cotidiano de mis palabras? ¿Las fisuras, las goteras en el pensamiento, las grietas? Si me siento en una esquina de la habitación, sin ojos; ¿qué me dirá que el instante ha acabado?

Jim, la lagartija; o ese Andy de ojos saltones y cabello de palmera; Sigmund, barbón y siempre con sombrero... y tantos otros. Y sus colores de luto. He sido afortunado al contar con tantos muertos siempre alerta, siempre dispuestos a regresarme del laberinto de mi cabeza. Sin ellos, no me cabe la menor duda, ya me habría perdido irremediablemente. Porque, como ahora, a veces, pienso, abro los ojos, guardo silencio, cierro los ojos, pienso, estiro un brazo, tomo un vaso, retraigo el brazo, bebo, soy consciente de que bebo, pienso, soy consciente de que pienso, dejo el vaso vacío sobre la mesa vacía que ha dejado de estar vacía y sólo lo estuvo por un instante, pienso que pienso.

Porque, a veces, soy consciente de que sólo pienso que pienso.

A veces, el pensamiento se transforma en otra extremidad humana.

4

Es una luz crepuscular la que ilumina la terraza, la que hace que las ramas del roble se asemejen a submarinos avanzando en el mar mediterráneo. El crepúsculo lunar: ¿será posible? ¿No hubo ya un crepúsculo de los ídolos, aquel del anciano Federico? Sí. Oui. No sé porqué, pero ahora imagino que tienes sida. Caminas, delgada como humo de candela, por la alfombra milenaria de mi sala; tus huesos asoman por las puertas anchas de tu vestimenta de fantasma, y parecen los del judío de Auschwitz que vive pegado a la cabecera de mi cama. ¿Estarás enferma? Te ves débil: aún más que yo. Mueves los brazos, y parecen ramas secas de un espantapájaros disfrazado de médico negro. Tus ojos se enmarcan con profundas ojeras. Probablemente es tu enojo. No es grave. Caminas y tus pasos son fuertes: mañana recibiré quejas del vecino de abajo. Y gritas; ¿porqué?

— ¿Qué demonios sabes tú de Udab? —yo nada; ¿y tú?— ¿Con qué derecho te expresas así de él?

— No hablemos del derecho a hablar de él; en caso dado: ¿quién carajos eres

tú? —contesto, lentamente.

¿Preguntas qué se yo de Udab? Sé que en su vida anterior fue un piojo. Lo sé por Jim. Fue un piojo de la cabellera del David vestido de cuero. Sé que le gusta cantar a voz en cuello canciones del Rockdrigo, cuando va sentado en uno de los vagones del gusano de la línea uno, y sé que se pone a llorar cuando llega a la estación de Balderas. Sé que dice que el pinche palacio de Bellas Artes le queda chico a su angelical presencia. Sé que todo lo que dice es puritito cuento, que vive de mentiras. Sé que Udab no es su verdadero nombre, sé que debe llamarse Alfonso o Roberto o Miguel o Romualdo o Daniel o de cualquier otra manera. Sé que su cuerpo le queda chico al gigante monstruoso de su espíritu. Sé que le es difícil existir porque quiere ser Jesucristo. Sé que le crece el pelo por un milagro, ya que sus ancestros fueron puros poetas malditos que tendían a la calvicie. Sé que es el rey de la aquiescencia: sé que no sabe decir no. Sé que no es cierto. Sé que no existe. Claro. Ningún Udab existe, porque Udab nunca vive, no conoce lo que es limitarse a vivir: Udab, me parece, no es un nombre. ¿Nada de esto lo sabías tú? Será porque no lo ves, porque nunca estás con él. Es importante pensar más sobre esto.

Tu piel sidosa se transforma en el cristal de una pecera. Puedo ver los pecesillos caleidoscópicos que forman tu pensamiento, perrita. Eres sincera hasta los zapatos. ¿Debería sentirme halagado? Tu sinceridad me sirve para una madre. Es cierto que ahora puedo darme cuenta de que te importa; puedo ver que ese Udab, que mi cama de tubos carga sin problema, a ti te pesa el infinito. Cierto: tal vez tú lo conoz-

cas mejor. Pero, si se te para el infierno justo a la mitad de tu casa, ¿debes preguntar cuál es la onda del infierno? Yo sé lo que es necesario saber. Sé que Adolfo mataba judíos y polacos y franceses; sé que el ácido me gusta para acabar conmigo. Sé que Udab está loco, maravilla de locura: el demonio del arte vive en su cráneo de diamante. Con una chingada: Udab es el pubis del arte. Sí. Oui. La parte más sensible del dragón.

Mucho antes de nacer, un genio se orinó en su boca; así diría Henry sobre él.

— Lo siento, lo siento mucho —dices, y te secas las lágrimas con la punta inmunda de tus dedos, te enmugras la cara con tus aguas dolorosas y tu grasa manual—. Estoy muy exaltada. No suelo actuar así. Nunca —sonríes, y presiento que puedo conservarte un poco más—. Ya no te pediré que me perdones... Ya sé tu respuesta.

¿En serio?

Escupí con fuerza, y el tremendo gargajo ha ido a dar en la caja de la máquina de escribir. A partir de hoy, con un poco de suerte, la infeliz caja olerá a los diez mil demonios. No mido la fuerza de mis escupitajos: lo mismo me ocurre con las palabras. A veces escribo fuertes campanazos de catedral; a veces construyo sabiamente la campana pero se me olvida el badajo. Campanazos inquisitoriales. Ya no tengo fuerza para sentarme frente a la máquina y teclear un gran libro; será por eso que

prefiero hacerlo a mano. Ni hablar del procesador. Ni siquiera poseo uno.

Me gustan mis manos. Me gusta lo que me dicen: hablan, no son mudas como mi sexo. Me gusta explorar la textura de las paredes, la acidez de mis cortinas, la pasión verde de las hojas del roble. Aprecio la peluda sensación de un coño. La erección de un pezón. Me gusta mi verga cuando me masturbo. Amo la contemplación de Dios amaneciendo, amo esa perfección que día a día me da la oportunidad de una nueva batalla. Así, de gustos y disgustos —odio una pinche hoja en blanco, por ejemplo—, voy forjando una coraza intelectual. Construyo poderosas fortificaciones. Defiendo mi idiotez. No pienso que soy un escritor. ¡Qué pretencioso sería eso! No: soy un escribidor. Un escribano. Me encanta el abyecto pensamiento de escribir con el extremo fétido de mi colon; escribir con el ano. Soy un escatólogo en el mejor sentido de la palabra: no escribo mierda —aún cuando esto también suene pretencioso—; escribo partiendo de la mierda. Y de Dios, por supuesto. Me gusta Dios porque se sitúa a dos centímetros de la caca fresca. Como dijo la sábana santa parada, mi amigo E.: Dios es mi obsesión. Me gusta.

Abraham le dijo a Udab: "el hombre ha vencido virtualmente todos los abismos: ha conquistado el cielo y el océano, ha penetrado en las profundidades de la psique y en las de la lógica —sólo en teoría, diría yo—; hasta le ha ganado la partida al pasado. Pero el conocimiento humano tiene aún grandes huecos. El hombre ha fallado ante la muerte, y ante el origen del universo. Ante la verdad el hombre aún no tiene nada qué decir. La muerte y el origen: tal vez ambos sean la misma cosa."

Lo dijo ebrio de pena y de vino, la noche en que Udab dejó el orfanato. Lo tomó en sus brazos, sintiendo el poder de sus dieciocho años, el poder de su humanidad adolescente, y le besó la frente. Udab le preguntó: "¿entonces es imposible conocer la verdad?" Abraham retrocedió, dio tres pasos y cayó al piso; tres borbotones de vómito surgieron de sus labios entrecerrados. Udab limpió la inmundicia de la sotana de su padre, armado con un trapo negro y con un asco como de cristal. "La verdad, Udab, la verdad no existe, porque está en todas partes." Udab sonrió. "La verdad es lo más ojete que puede poseer el hombre, niño pendejo, no te rías. Si los hombres pudieran alcanzar la verdad, sus cabezas quedarían huecas como las calabazas de día de muertos, y sólo una velita les alumbraría su estupidez."

"La verdad cosecha hombres suicidas".

Abraham era un hombre escéptico. Creo que a él también le gustaba Dios; más aún, amaba a Dios, con una fuerza digna de los príncipes de la iglesia, con la fuerza de un santo. Su amor era una fuerte muralla, indestructible, grande como la de China, inexpugnable. Pero un día preguntó. Y obtuvo su respuesta. Se vio dentro de la muralla, preso, injustamente privado de su libertad. Como un niño de Berlín. Y esa muralla que tan bien había construido, que había hecho del amor más sólido, se convirtió en su prisión.

Y tal vez por eso, no lo sé, se convirtió en un asesino.

Abraham llegó a la conclusión más terrible.

No existes, porque existes siempre. Como la verdad. Eso pensaba el sabio Abraham de Dios. Los pienso yo, ahora, y siento frío.

¿Frío?

— ¿Qué te imaginas que diré? —dije, desconcertado—. ¿Crees que te voy a justificar? ¿Acaso piensas que diré: amas a Udab, te sientes mal por lo que has presenciado y por lo que he dicho de él, y te entiendo? ¿Quién soy yo para justificarte? Ni siquiera sé tu nombre.

Ella caminó pausadamente hasta las puertas de la terraza, abrió un poco las cortinas y vio hacia fuera. Suspiró. Era un aliento fuerte y lleno de vigor: nada de arrepentimiento. Calla niño: aún creía que yo no sabía lo suficiente como para tener una visión más o menos veraz de Udab.

— ¿Sabías... —murmuró—, sabías tú que su madre, la muy hija de puta, le obligaba a practicarle el sexo oral cuando apenas tenía cinco malditos años? No, no lo sabías. Él no habla mucho de eso. Sabes que investiga afanosamente los orígenes de la brujería, ¿no? Pero, ¿sabes porqué lo hace? Porque, cuando era niño, el sacerdote que dirigía el orfanato donde creció —Abraham, has oído de él, ¿no?—, le dijo que su madre seguramente había sido una bruja, en un intento por justificar tanta maldad. Y a Udab se le quedó la idea bien clavada en la cabeza. ¿Te sientes culpable porque usó tu porquería para drogarse? ¡Já! Udab es un adicto, maestro. Desde hace

mucho. Lo era aún antes de salir del orfanato. Se mete de todo: estoy segura de que no contaste las ampolletas que se metió. Bien, pues fueron cinco mil microgramos. Tú, estoy segura, no aguantas más de los quinientos. ¿Sabías que Udab le chupaba la verga a los borrachos con los que vivía, a cambio de techo y comida, cuando tenía seis años? ¿Sabías que huyó de su casa porque su madre lo libaba a él también, y porque al ver que no sufría erecciones lo golpeaba con una cadena para perro? ¿Sabías que vivió con un hombre manco que lo penetraba por el trasero y que le pagaba, según él, dejándolo ver películas para adultos? ¿Sabías tú que aún hoy llama a ese hombre su amigo? ¿Lo sabías? Ni madres, maestro. No me molesta que lo llames Satán; lo que me encabrona es que lo llames así sin saber de qué infierno ha salido. Me molesta que creas haber descubierto el báratro cuando es él quien te ha descubierto a ti. ¿Y me preguntas quién soy yo? Soy su hermana, su madre, su hija. Soy su sangre. Soy su familia. No me limito a preocuparme por él; vivo con él, vivo de él. Lo conozco como nadie puede hacerlo: ni siquiera tú. ¿No lo crees? ¿Sabías tú algo de mí? ¿Alguna vez te habló de mí, siquiera me mencionó por accidente? No. Claro que no. Y yo, maestro, sé todo de ti; el escritor amigo de Udab. El que leía al estúpido W.S. Merwin, hasta que conoció a un poeta verdadero. El que lloró cuando Udab malo le rompió su librito. El que se suicidará a los treinta porque lo considera vanguardista. ¿O acaso miento? ¿No eres tú ese tonto al que Satán —como tú lo llamas— ama tanto? ¿No eres tú al que mi hermano llama su mejor amigo? ¿No es aquí a donde viene a dormir cuando a mí me abandona en su estudio? Nunca has ido

al estudio; nunca te he visto ahí. No has visto sus esculturas ni sus pinturas íntimas, no sabes que tú mismo estás ahí, parado junto a mí, junto a Abraham, junto al manco, junto a Clara, junto a Jaime; no sabes que vives en otro lado, hecho de yeso. ¿Que cómo me llamo? Llámame Sangre, Puta, Mierda, como desees. Me importa poco cómo me llames. Lo cierto es, querido amigo, que si quieres poseer a Udab, tendrás que poseerme a mí primero. Lo más gracioso de esto es que me gustas, me impresionas. Y me duele, no sé porqué, hablarte así. Te vi dormir hace rato, y no pude dejar de imaginar lo que sería dormir contigo. Bebí tu tequila mientras leía el manuscrito que tienes en la mesa. Me gustó. Lo leí y me imaginé lo que podrías escribir sobre mí. Tal vez te preguntes cómo, viviendo con Udab, puedo excitarme contigo. Esa es precisamente la diferencia entre los demás y yo. Yo nunca lo he visto como el hombre-sexo, como el adonis. Para mí, tocarlo sería incesto. Creo que la única persona que lo ha podido ver igual es Clara. Y no es que no me atraiga el incesto. Soy lesbiana, ¿sabes? Bisexual, para ser exactos. Lo he imaginado, y siempre que lo hago termino confesándole mi dolor a la taza del baño. No soporto la idea. Y la primera persona a la que amé sexualmente fue a mi hermana. ¿Porqué entonces no puedo hacer lo mismo con Udab? No lo sé. He posado desnuda para él, y sus ojos me han acariciado solemnemente, con la ternura de un buen padre, con la reverencia de un hijo. Y lo mismo pasa cuando lo desnudo en esas noches en que llega cayéndose de droga o alcohol. Sé que es perfecto, como un ángel. Pero no hay sexo. No lo hay. El sexo lo prefiero con gente como tú, como mi hermana. Me gustas para

hacerte daño y para que me dañes; tú y yo podríamos hacernos pedazos. Pero a él no podría lastimarlo, nunca, ni él lo podría hacer conmigo. Es un amor puro, maestro, como nunca has visto uno. ¿Qué decía tu manuscrito? "Al ver a mi padre fornicando con mi madre, creo que nunca ha habido pureza en este mundo." La hay, amigo. No tienes más que vernos a Udab y a mí. De nuestro amor salimos siempre incólumes. Lo amo, sí; pero no como podría amarte a ti.

¿Qué esperaba esa mujer de mí? ¿Creía acaso que yo iba a correr hasta sus pies y que le iba a ver los calzones mientras le rogaba que me amara? No necesitaba amor, mierda. Nunca lo he necesitado. Ella respiró profundamente el tenue aire que se colaba por la herrería putrefacta de la terraza, y soltó las cortinas. Después volteó a verme, y me sonrió. ¡Dios! Estuve a punto de correr a sus pies a rogarle que me amara.

— ¿A mí? —murmuré, sorprendido. ¿Amar al más pequeño de los escritores, al más estúpido e imperfecto de los hombres? Eso no puede ser. Yo necesito un pared, el patíbulo. No una madre que me dé a beber de sus pequeños pechos de niña.

— Es hipotético —me dijo, desviando la mirada—. A ti, o a cualquiera que me excite... como tú lo haces.

¡Já, já! Muy bien. Amour. Derroche. Jaurías de lobos que piden un cordero. Débauche. Orgía de brujas en pueblo costero. Espíritus álgidos que se enrollan a la colmena. Sí señor. Una nueva ebriedad surcaba mis venas, mientras la perrita me tiraba la onda, mientras sostenía en mi mano la botella de tequila que nada tenía que

ver con la fiebre que nos brotaba. Estaba desconcertado, cierto. Lo que me había dicho de Udab era que, en verdad, no le conocía. No había querido ver en él esos aspectos tan borrascosos. Había negado la existencia de una madre, creía que había bajado de las nubes, de un ovni, por lo menos. Creía que su sangre era puro libertinaje verdoso. Imaginaba que estaba loco por puras ganas de estarlo. Cambios de piel, como piojo camaleónico. Pero no: había una mujer enferma que decía ser madre; enferma de su cosita, tal vez enferma por la visita del ángel, enferma por la cercanía asfixiante del erótico niño de cinco años. Excitada por los labios del niño en el pezón de su ubre. Había un manco al que él le decía cojo, un manco sodomita que le había regalado un nombre de película. Había, había, había. Udab estaba lleno de cochinada efervescente y yo no lo había supuesto, hasta que la bruja me lo echó en cara. Tuve que enfrentarme con una nueva visión del Dios-greñudo. Una nueva cara del Jesucristo psicópata del primer cuadro. ¡Bravo! Y ahí estaba esa mujer que a partir de ese día se llamaría Sangre, Puta, Mierda, Perra, Perrita, Bruja, Loca, Pus Híbrida Que Se Expulsa Por El Ano, Sífilis Fantasmagórica, Sida Enlutado. Ahí estaba diciéndome que como hipótesis de amorío yo le resultaba de lo más práctico. Diciéndome que Udab estaba bien, pero que necesitaba un látigo, como diría el buen hombre Federico. Alguien que le hiciera daño. Hacernos pedazos. ¡Qué idea tan buena y encantadora! ¿No es a eso a lo que venimos a este mundo, querido padre? ¿A hacernos pedazos para llegar al Dios con la única cosa que etcétera? Se me estaba ofreciendo el boleto. El coño-túnel hacia la salvación. El spaghetti se estaba es-

condiendo por ahí, anhelando que yo aceptara en esos términos. Ella me sonreía. Ella me veía como si se divirtiera, como si mis pensamientos se le dieran como show televisivo. Entonces mis ideas dieron un vuelco y la vi al revés. Pensé que sí, me salvaría, pero de un modo muy distinto a las elucubraciones paternas. No me llevaría al cielo, a la presencia del Dios: ella pertenecía al infierno, tanto como Udab. ¡Perfecto! Ahí es a donde quiero ir. El spaghetti se deshizo, hirviendo en su propio caldo de orines.

Sólo el diablo puede ver a través de los ojos.

— ¿De qué te ríes? —pregunté, mientras ella caminaba hasta mi grabadora y pretendía colocar una cinta que contenía las delicias caricaturescas de Primus por un lado, y por el otro las imprecaciones sesenteras de los Rolling Stones. Me reí para mis adentros. Un solo ruido no saldría de la estúpida máquina: estaba jodida. Bien jodida.

— Pensaba —me dijo, soltando la grabadora y avanzando hacia mí— en lo que dijiste. Me preguntaste si yo deseaba que me justificaras. Hay un poco de eso, ¿sabes? Me gustaría que me ayudaras a dejar de justificarme. No hago nada más que eso: justificarme ante mis padres, ante Udab, ante Clara, ante ti. Y no sé porqué, pero cuando me preguntan siempre digo la verdad. Si me preguntaras qué día me baja, te diría que del quince al diecisiete, exactamente, cada mes. Si quisieras saber qué hay entre mi sexo y mi dedo, te diría que se ven casi a diario. Tal vez algún día te cuente varias cosas de mí, para que puedas escribirme un libro. Y así pueda dejar de

decir siempre el mismo cuento de la verdad: podré decir "puedes leerlo, está en el libro."

En ese momento, estentóreamente, surgió la primera nota marchita de Primus en las bocinas. ¡Milagro!

Sí, aquel día Cristo y yo reclutamos nuevos adeptos a la persecución. Pero, por primera y única vez, se nos atravesó a nosotros la sorpresa, en la forma de un borracho y su vihuela. En medio del safari, un beodo que no sabía de penitencia. Ahí estaba, casi ciego por la bebida, casi muerto por el frío negro de la noche, que caía sobre él como la leche de la sabiduría; casi sufriendo por la abstinencia cruel de dos horas. Nos acercamos a él, con cuidado para no despertarlo; Udab quería dejarle algunos billetes, que habíamos confiscado a una presa que vestía corbata, en la horrible chaqueta que lo cobijaba. Abrió los ojos y nos miró con espanto, retrocediendo, arrastrándose por el piso como un gusano a punto de llorar, con las lágrimas centelleando en el cristal de su borrachera. "¡No me lleves, señor, por piedad, por misericordia!", alcanzó a articular. Udab volteó a verme, con una mezcla de fastidio y complacencia en sus ojos.

— No he venido a llevarte. Vine a dejarte esto, para que comas —dijo, y le mostró los billetes que llevaba en la mano. El hombre arrebató el dinero de las garras de Udab y se arrojó a sus pies.

— ¡No soy digno de tu ayuda, padre! ¿Cómo puedo pagarte, Dios mío? Dime, ¿hay algo que este indigno hijo tuyo pueda hacer por ti?

Udab, viendo la guitarra, sonrió.

— Canta algo para mí, hijo.

El atolondrado y ciego a medias tomó el instrumento entre sus manos y metió los billetes en el hueco de la caja. Sonaron como bombas, o pedos en la ópera. Después rasgó lentamente las cuerdas y, para nuestra desilusión, comenzó a cantar la popular y extraña creación del tal José Alfredo que se titula “Ella”.

— Hijo mío —susurró Udab, inclinándose hacia él—, si continúas con eso, temo que decidiré llevarte conmigo.

— ¡No, no señor! —gritó el hombre, dejando de tocar súbitamente y viendo hacia Udab con sus ojos llenos de nubes— Dime, dime padre bueno, ¿qué es lo que te gustaría escuchar?

Udab sonrió.

— Algo más actual, hijo. ¿No te sabes algo de los Stones?

— ¡Ay señor! —exclamó el hombre, sonrojándose— Sí, me sé algunas, padre mío. Pero nunca imaginé...

— ¿Te gustaría enseñarme a tocar alguna?

De pronto, el hombre sonrió. Tentando la pared, con sus manos de carnicero, se puso de pie. Tambaleándose, como Arthur cuando bajaba de su barco. Se rascó la barba de seis días y, alargando su mano, tocó el hombro de Udab.

— ¡Ay Jesús! Pensarás que soy un mal agradecido, pero me encuentro en un dilema. ¿Cómo tocar esas canciones ante ti, señor, sin ofenderte? ¿Cómo, señor, cómo enseñarte a ti, que todo lo sabes, a tocar una canción?

— Hijo mío —dijo Udab, tocándolo en la mano con que sostenía la guitarra—: dale a Mick Jagger lo que sea de Mick Jagger, y dale a Dios lo que es de Dios.

— Una última cosa, señor —continuó el borracho, acercando su rostro hasta que su boca rozó la nariz de Udab—. Dirás que abuso de tu misericordia, pero, mira, quiero decirte esto: yo te enseño Jack el saltarín, si tú me invitas unas caguamas.

Y le compramos sus caguamas; él se quedó durmiendo la nueva cuenta de cebada, mientras Cristo y yo le robamos su guitarra, después de dejar los billetes en su chaqueta, y recorrimos el zócalo, el templo mayor y todas las cuentas vencidas de ese infierno, cantando:

"Jumpin' Jack Flash, is a gas, gas, gas."

Aún hoy me pregunto quién se burló de quién.

— ¡Es un jicote gigante!

No. No. Era un muerto. Sylvia soltó la carcajada. ¿Un jicote gigante? No. Ahí estaba: no era un muerto cualquiera. Era Juan Gregorio, el muchacho síndrome que hacía de mandadero de todo mundo. Aquel que cierto día se paró delante de la casa de la gitana y gritó ¡vete bruja!, una y otra vez. Ella había caminado hasta él y le

había tocado suavemente la hirsuta cabellera. Le había invitado un par de vasos de leche y galletas de vainilla. Había leído para él un poema de abejas. Los ojos del jovenzuelo se habían abierto más allá de lo posible y había exclamado ¡abejas! Sí, ahora estaba enterrado en medio de los jicotes, quemándose con ellos, compartiendo en silencio ese destino glorioso; brujas en el medioevo. Sylvia sabía que era él por la forma del brazo y de la mano, llenas de carne, gordas, como de recién nacido. No sintió tristeza; sintió alivio, alegría. Por fin mueres, niño eternamente sonriente: te comiste los jicotes como si fueran galletas de vainilla. Se te olvidó la leche. ¡Adiós, Juan, adiós! Nada más. Te llevas un poema mío al cielo de los insectos. Saludos a las abejas. Ya nadie te mandará a la verdulería, ya no servirás a estos cerdos que huevoneaban mientras tú les traías sus viandas bañadas en mierda. ¡Adiós Juan, adiós! Nada más.

Nadie gritó. Nadie puso en palabras el espanto. El municipal palideció hasta que su piel tomó el color de la arena a sus pies. El importante prendió un cigarrillo y caminó hasta uno de sus subordinados, que le entregó un pañuelo, con el que secó su sudor. Algunas señoras invocaron silenciosamente al buen Dios para que algo sucediera, pero nada pasó. Con pasos lentos y amedrentados, el sacerdote —que a Sylvia continuaba pareciéndole muy bien estructurado— se acercó a las llamas y con voz fuerte pronunció algunas exequias en latín, hasta que el brazo se desprendió del resto del cuerpo y se volvió cenizas.

Las llamas continuaron durante todo el día y toda la noche. El infierno se cerró

sobre los jicotes, sobre Juan Gregorio, sobre todo Limón. Todos se llevaron una pequeña llama carcomiéndoles el corazón, como intentando justificar su indiferencia. A partir de ese día, la playa se llamó jicote Gregorio. Nadie durmió bien esa noche. El demonio paseaba por los adoquines, por las calles cenicientas, por la punta de la playa. Nadie durmió. Sylvia y Cantrell, esa noche, se amaron por primera vez, y el demonio no se detuvo a verlas.

Piénsalo: tal vez tampoco tú dormiste bien aquella noche.

Estoy listo. ¿Algo te detiene? No; no lo creo. Estás prolongando mi agonía como el trapecista que prolonga la espera antes del triple salto mortal. Estás poniéndome una red llena de agujeros, descosida, y me invitas a que salte por mi propia voluntad. Olvídalo, amigo; no lo haré. Que te cueste un poco de trabajo, mierda. Demuestra que no tienes el carácter pusilánime que mi niño demoníaco decía que tenías. Extiende tu dedo y dame el último empujón. Caeré bien, de cualquier manera: de cabeza, de nalgas, riendo como un payaso. ¿Alguna vez has visto tu creación como un circo? Yo la veo ahora de ese modo. Payasos filosofando, trapecistas jugando a que gobiernan, elefantes agarrados de la colita inventando economías, leones rugiendo por libertad y domadores callándolos con su látigo autoritario, jovencitas bellísimas en trajes de luces equilibrándose sobre un caballo llamado muerte —¿quién tocaba esa canción, amigo?—; pero sobre todo, lo más importante, un maes-

tro de ceremonias con su sombrero de copa, su traje de pingüino y las marcas de la cruz en sus palmas que aplauden y que invitan a presenciar el siguiente acto. Sí, señor, me divertí como enano en este mundo. Pero ahora me vale un pito tu muda tierra, tu tierra que grita. Se quemó el circo, se escaparon los animales. La vida es para mí ya una idea abstracta —de cualquier manera la vida es una idea abstracta. ¿Vida? Lo único que me queda de la horrible vida es una punzada asquerosa y lúbrica en el centro del cráneo, manchas de pólvora y remordimientos de asesino consumado. Ganas de orinar.

Dios... a veces vienes demasiado fuerte. En ocasiones haces mucho ruido. Cantidad de ruido. Pero hoy vienes de incógnito: traes gafas negras y disfraz de enano. ¿Porqué no te me revelas, por esta vez? Vamos, no pensarás que me quiero volver santo a estas alturas. Nadie se va a preocupar por revelarle al mundo el prodigio. Déjame verte, permite que mis ojos se enteren de cómo eres en realidad. Si lo deseas, puedes burlarte de mí; puedes aparecerte aquí y decirme "ya ves, idiota, no era lo que tú creías; estabas lejos de mí en este juego de frío y caliente." Porque es cierto: creí algún día que te conocía, que estaba lleno de tu gracia. Está surgiendo la luz allá fuera. Sí, creía vivir en tu gracia. Graciosa majestad. Pero, ¿qué es la luz, Dios mío? ¿Qué es eso a lo que otros llaman gracia, y que yo sólo acierto a imaginar como algo ajeno, que me tortura en su ausencia? Dímelo; no permitiré que te vayas sin contestarme. No permitiré que te vayas, nunca, maldito seas, nunca te librarás de mí, te casaste conmigo, me robaste el amor que era capaz de otorgar, te zampaste mis años y mis insomnios, mis cavilaciones, mis ciento veinte vidas de gato, mi

años y mis insomnios, mis cavilaciones, mis ciento veinte vidas de gato, mi existencia, te la metiste a la bolsa. ¿Qué he recibido a cambio? Un cuarto de hotel, una vida de puta madre y una muerte de perro. He recibido un hueso y dientes para roerlo. Y la gracia, la gracia: no esa que se supone te rodea en tu cielo de querubines y niñitas encueradas que te alaban con sus cabecitas aladas, no esa, sino la del comediante, la del bufón. Yo fui el patiño en tu rutina cómica; el patiño de tu circo. ¿Lo ves? ¿No he de recibir nada a cambio? Deberías, por lo menos, levantarme un monumento; quitar la sirena de la playa y ponerme a mí en pelotas. ¿Ni siquiera he de conocerte? Tocarte no; eso no. Se me caerían los calzones. Al menos termina pronto, por piedad, porque esta punzada en mi cabeza me hace olvidar hasta mi nombre. ¡Mi nombre! Te burlaste de mí hasta con mi nombre. El mismo que el patriarca: eres un cabrón. ¿Tú pusiste esa idea en la cabeza amada de la buena de mi madre? No pudo ser de otra manera. Ella en realidad no tenía mucho tiempo para estar elucubrando esas sutilezas. ¿Me consideras un nuevo patriarca? ¿Acaso mi descendencia será también incontable como las estrellas? Si es así, cuídate. Porque aventaré al mundo huestes de vampiros que se dedicarán a chuparle la sangre a tus enviados, a tus hijos, a todos los que tengan algo que ver contigo. Sí, los buenos y los malos competirán por la conciencia de la gente, como bosques compitiendo por el agua. Se arrebatarán a los humanos como los lobos se arrebatan los restos de su presa. Tal vez te cause risa semejante afirmación: sabes que hace noches maté la única posibilidad de tener un ejército de herederos. ¡No! Te equivocas esta vez, Dios; sé que vendrán otros atrás

de mí. No te vamos a dejar solo, mi lindo amigo; no. Sacerdotes que fornican, sacerdotes que te venden, monjas con la cosita empapada de ansiedad, Papas mafiosos, Papas narcotraficantes, financieros vaticanos, católicos usureros, católicos racistas; somos un chingo, señor, un verdadero ejército en tu contra. Somos los peores, porque amándote es como te combatimos. ¡Agg! Los peores. Termina ya... termina ya. No te ensañes conmigo: después de todo, nos amamos. Yo te amo, como el cerillo ama el aliento que lo apaga para siempre. Apágame, pronto; si te dilatas, tendré que apagarme yo mismo.

No prendas la luz: respétame. ¡Con un carajo, respétame! Me mostrarás el mundo por última vez, para que vea lo que he perdido. ¿No? ¿No es eso? ¡Já! Vete a la verga. No pierdo nada: pierdo la casa de los locos, el excusado, la cloaca. Pierdo el paraíso de los animales ciegos, pierdo el paraíso negro de las paredes en blanco, de las hojas en blanco, de las obras de arte en blanco. Cúmulo de estrellas apagadas y reptando en el fangoso silencio. Eso es lo que dejo. Los porqués, las elucubraciones, las noches supuestas, eso es puro juego de niños. Los nombres, las cosas, el para qué y el cuándo y el cómo, inventos de enanos para entretener lisiados. Europa-Asia-América. ¡América! Déjame decirte algo acerca de América: ¡América vale pura madre! América es un gusano que se deshace en la pus pasmosa de su propia inconsciencia. América se fragmenta en el caleidoscopio de mil y una naciones que se desconocen y se alaban mutuamente. Todo en América es halago, todo es mero lisonjeo de prostituta a meretriz, de EUA a México, de mierda a mierda. América no

funciona más que como cementerio de animales. ¿Qué se suponía que sería América? La segunda Europa; sólo que una Europa cimentada en el cadáver de una cultura más celeste que la suya, estaba irremediablemente condenada a desaparecer. Europa sólo puede existir en el terreno marchito que ocupa, sólo puede salir a flote por la acción de los huesos de sus propios ancestros. Cada cultura tiene la necesidad de escupirle el huevo a sus muertos. Escupir en la muerte para poder gritar "¡EXISTIMOS!"; señalan la gran planicie del cementerio como testimonio de que la vida es cierta. ¡Estúpidos! ¡Mil veces maldita sea la mente que imagina la presencia como garantía de necesidad, de devenir, de existir! Pura mierda salida del trasero leproso de la cultura occidental. Mentiras de tu doctrina, señor; el peso de los mil novecientos noventa y cuatro años de cristianismo. Oscurecer es la respuesta. Matar, matar, matar, y después morir. ¿Amar, respetar, reproducirse? Mentira; eso lo hacen las pulgas todo el tiempo. ¡Demonios! Termina ya... terminar es la respuesta. ¿Hacia dónde va ahora tu amor por mí? Hacia la muerte. Ya no hay tiempo. Has terminado de prender la luminaria universal. Iluminas el recorrido mortuorio del payaso. ¡Apaga, apaga! ¡Que nadie sepa que he existido! Porque he existido, padre; yo más que nadie. Me he revelado ante los hombres con elocuencia, con la sabiduría cristalina de quien sale del averno para predicar sobre el averno. ¡Celebremos la locura de ser tinieblas, de ser oscuros, oh buen Dios! ¡Brindemos por la insania! ¡Levantemos la copa con tu sangre, en este último amanecer del mundo! Que ya mañana, en la noche, bajo el concierto luminoso de las estrellas, brincaremos de alegría ante la mor-

taja.

Hay gente tocando a la puerta. Gente tocando a todas las puertas, impidiendo la muerte, chocando con el cuadro suntuoso de la soledad. ¿Porqué no nos dejan disfrutar toda esta muerte sin decirnos “estás vivo”? ¿Porqué no nos dejan a todos ser esclavos en este valle de lágrimas, sin ese sentimiento, sin ese presentimiento de la ausencia de la libertad? Nadie está dispuesto a dejarte solo, nadie se calla sus blasfemias lastimeras cuando estás desangrándote de miedo, cuando no tienes ningún lugar a dónde ir porque no hay lugares en este mundo; cuando estás solo, siempre llegará alguien a decir: ¡Lázaro, levántate y camina! Pero, ¿saben porqué vivir? ¿Saben qué es la soledad? ¿Saben lo que es ser libre? No. No saben que vivir es ver gusanos que revientan de poder, como granadas de mano. No saben que la soledad es estar rodeado de amigos, de gentes que “te aman”, “te entienden”, “se preocupan por ti”, “te extrañan”, y te exprimen hasta dejarte en huesos. No saben que ser libre es comenzar a ver cuán esclavo eres, y cuán esclavo serás toda la vida.

¡Alguien quiere entrar! ¡Apresúrate, Dios, apresúrate! Descarga tu furia sobre este enemigo tuyo.: el mejor, el mejor. Sería gracioso que esos hombres de allá fuera entraran ahora y te detuvieran. No lo harías delante de ellos; eso no. La furia es un movimiento solitario. Una revolución de intimidad; amarga, porque suelta al hermano contra el hermano, al amigo contra el amigo. ¡Mátame, amigo! No sabes cuánto lo deseo. Llevo muriendo muchos años, abrasado en tu furia. Mentiría si dijera que hoy comenzó la furia; siempre ha estado ahí, dolorosa, maloliente, llena de boquitas

sifilíticas, como un espectador dispuesto y listo a intervenir en el espectáculo. Listo para parar la oreja y amargar de un soplo la miel de la existencia. Sea pues, venga sobre mí esa furia: castígame por la estupidez de amarte, de pretender conocerte. Soy Abraham, ¿te acuerdas? Déjame ir, de una vez por todas, por piedad. Jesús furioso, mátame. Ahórcame con tus manos del norte y con las del sur. No es verdad que tengas nombre. La furia es anónima. Tú eres furia y eso es lo único que eres. Eres todo. Hay furia en cada paso, en cada palabra, en todos los instantes que como cerillos se encienden y después tienen que ser apagados para no carbonizar la mano, en todos los silencios que omiten algo, esos silencios de traidor, en todos esos silencios que son más delatores que un beso en la mejilla. Déjame ir ahora; de cualquier manera nunca te librarás de mí.

Aún cuando deseo que te largues lejos y me abandones, aún cuando deseo tu abandono, te quedarás aquí, preso y torturando a tu captor, para siempre; porque tú eres Dios, y yo, el esposo de Dios. ¡Já!

Afuera crepitaban las llamas, ardía el infierno, el círculo se cerraba sobre una historia de apenas veinte páginas, una historia consumida como las llamaradas luminosas en la playa. Apenas un rincón en la crónica de los incendios. Eso era lo mejor que había pasado en ese pueblo; un pueblo, como tantos otros, en el que no pasaba nada. Sólo pasaban el tedio y la indiferencia tocando sus campanitas, como una ca-

ravana de vacas de cinco siglos. Las llamas sonaban esa noche como los tambores de un ejército listo para pasar a la historia. La noche se humedecía de cenizas.

Isabel dormitaba en el sillón de madera, tapada por la capa de la superanciana. Su respiración tranquila inundaba las desnudas paredes y cobijaba la negrura. La única conciencia dormida esa noche. En la cocina, iluminada por inciertos rayos de luna, Sylvia y Cantrell discutían acerca de Goethe, con apasionadas palabras. Para la inglesa, la cultura alemana en general era una burla machista cuyas cúspides eran el Fausto y todos los escritos del repunte de las leyendas teutonas, desde Nietzsche hasta Hitler, pasando por Wagner et. al. Sylvia defendía que, aún a pesar del fuerte contenido misógino de los escritos alemanes que discutían, todos esos grandes tipejos no habían podido pasar por alto a la mujer. Incluso, en sus vidas tortuosas, habían dependido fuertemente del poderío femenino: Nietzsche, por ejemplo, había muerto en brazos de su madre y su hermana; al Fausto lo salvaba no su poder y resolución masculinos, sino el amor por el eterno femenino, que es el amor mismo: el amor por el amor, el amor representado por Elena que se disuelve en su patria que, al final, será siempre un símbolo femenino y materno.

— De cualquier manera —aseguró Cantrell—, los hombres sirven lo mismo que una cucaracha.

Sylvia sonrió. Sí, los hombres eran insectos, pequeños niños eternamente buscando a su madre, una madre, un refugio, siempre buscando cuatro paredes para llamarles hogar. Pero ella los consideraba poco menos que imprescindibles. Imagi-

nar la vida sin ellos sería muy aburrido, aseguró; imagina nuestro camino sin esos bichitos que completan tan bien el bienaventurado ciclo alimenticio.

— ¿Ciclo alimenticio? —preguntó Cantrell.

Sylvia se sonrojó. Caminó hasta la inglesa y acercó su rostro al oído oculto por la cabellera libre, inmaculada.

— ¿Sabes? —continuó Sylvia—. Yo me he alimentado de ellos. Llámalo perversión, llámalo enfermedad, pero me encanta, me llena de vida, el que ellos eyaculen en mi boca. Es... como un proceso de continuidad. Continuidad de la vida. La vida alimentando mi vida.

Cantrell alargó la mano blanca y tocó la mejilla gitana, con suavidad de virgen, con reverencia.

— ¿Y sólo eso significan para ti?

La mirada de Sylvia buscó el piso, pero se encontró con los dos firmes pechos de la inglesa. Calor. Se alejó de un salto, rápido; no comprendía esa sensación de calor que le brotaba de la cara interna de los muslos y le subía hasta el paladar, inundándolo de anhelos.

— ¿Y qué otra cosa podrían significar, Cantrell? ¿Tuve un padre? No, no lo tuve. Tú amaste a tu padre. Lo amaste porque te metió en un bello nido de niña y porque te preparó sabiamente para llegar a ser una buena esposa y mujer. ¿Y el mío? Nada, absolutamente nada. Para ti un hombre puede significar protección, para mí sólo abandono. Y mi pobre madre —Sylvia se sentó en el piso, cuidando que su fal-

da cubriera la exquisitez de sus piernas—, mi pobre idiota madre, tuvo que ocultar su pena en un mar de fantasías indignas. ¿O no te parece indigno lo que hizo? Sublimó un pedazo de mierda. ¡Amor! ¿Te parece que eso es amor, Cantrell? ¿No es más bien como el mórbido arrastrar de la panza de un gusano?

— ¿No crees en el amor? —Cantrell parecía desilusionada.

— Claro que creo. Pero no me parece que un espíritu humillado sea capaz de una migaja de amor. El amor es cuestión de ángeles, no de serpientes. Mi madre, mi dulce madre, era una serpiente con cierto despojo angelical. No tenía argumentos, ni para su amor ni para nada. Era un asco escucharla hablar. No titubeaba en absoluto, pero uno podía sentir su estupidez en frases como: “pasa una cosa...”, o “es lo que yo digo...”, o “yo siento que es eso...” Un completo vacío, Cantrell. Porque pasaban cosas, decía cosas, sentía cosas, pero parecía una maldita coladera rota que deja escurrir todo el néctar de lo que pasa, de lo que se dice, de lo que se siente. Siempre se quedaba vacía, inocente, como una niña. La inocencia no es un chiste cuando significa ignorancia.

— Pero tú y yo somos inocentes —repuso Cantrell, sentándose junto a ella, en el piso. La mano de la inglesa se posó sobre la de Sylvia.

— Sí, lo somos. La perversidad de la inocencia, ¿no? —dijo sonriendo, y apretó su mano para sentir aún más esos dedos que la agobiaban—. Pero es distinto, Cantrell. Tú y yo lo somos porque conocemos el infierno, el infierno de no tener nada, de ser despojadas de nuestros sueños. Y hemos salido de eso. Más aún, ino-

cencia no es la palabra... somos puras, más bien. Pureza, como el ave fénix. Conocemos los extremos, y por ello estamos incólumes, por eso nos cierran las heridas sin problema. No tenemos necesidad de esconder nuestra miseria. ¿Pero qué mérito ves en el auto engaño, en estarte sobando el lomo a ti mismo con el cuento del amor? Es horrible, un asco. Sabes muy bien que el amor se acaba sólo cuando está basado en mentiras. T. te mintió; fue falso contigo. Dime, ¿qué te dejó T., después de todo?

— Nada más que un regalo, Sylvia —dijo Cantrell, señalando hacia la sala—. Un regalo hermoso.

— Claro —afirmó Sylvia, separando su mano. ¿Cómo hablarle de miseria a alguien que tal vez, a pesar de todo, era feliz?

— Y odio —continuó Cantrell—. Odio hacia lo que soy, hacia el lugar del que vengo y del que me fue tan difícil salir. Me mantuve encerrada toda la vida. Nací en Ventnor, en la isla de Wight. ¿Sabes cuál es uno de mis recuerdos más preciados? Un concierto de The Doors; el último. Vi cómo se cerró una parte de la historia; vi cómo moría un Dios. Yo era una adolescente pecosa y tonta, y le gritaba a Morrison para que volteara a verme. Pero cuando terminó su espectáculo, me sentí triste. Sentí la muerte en los ojos de ese hombre. ¿Sabes?, cuando vi a T., en Cambridge, sentí lo mismo. Hubiera deseado que ese Morrison Dios no muriera, y no estaba dispuesta a dejar morir a T. Pero era puro disfraz de poeta, y yo no supe verlo. Ahora te veo a ti y sé lo que es un poeta. T. lo era también, pero era un miserable. Tal vez tanto como

yo. Miserable en mi jaula. Devon, Plymouth, Cambridge, Londres... nunca me alejé lo suficiente del canal de la mancha. Y lo odio, tanto como a T., a Inglaterra, a mí misma. Todo el mundo hermoso que se me ofreció cuando niña no era más que un mundo de insectos. El mundo me hace recordar a veces esa visión que tenía Burroughs acerca de las mujeres, todo ese cuento de que las mujeres veníamos de otro planeta para desayunarnos a los varones —Sylvia sonrió—. Ojalá fuera cierto. Porque me encantaría vengarme. Tal vez el estar aquí, arrinconada en este país, sea una forma de venganza. No sabes cuánto me costó dejar atrás el canal, subir a un avión, y decir adiós Inglaterra. Ya no soy más inglesa. Quién sabe qué sea ahora. Todo es incierto, Sylvia. Yo creía realmente en la belleza del mundo, creía en lo que mis padres me decían sobre el futuro, creí en las bellas palabras de T., en sus orgasmos que me encendían como hoguera, en sus caricias, y creí aún en el suave engaño de esa casa en Devon que apestaba a bienestar. Y todo eso se convirtió en nada, en un sepulcro. Lo único que me quedó fue Isabel. No me estoy vengando por ella ni por mí; me vengo por todos los años de ciega creencia.

— Es fácil creer, Cantrell —dijo Sylvia, sonriendo—. Lo difícil es cuestionar la creencia. Te admiro por eso. Tuviste una seria determinación, creíste en ti cuándo decidiste abordar ese avión, y no dudaste en hacerlo. Una excitante determinación —Sylvia retomó la mano de Cantrell, y la acarició un poco—. ¿Sabes? Creo que yo odio a mi madre... la odio por haberme robado la ilusión de ser como ella. Todos buscamos un ejemplo en nuestros padres, ¿no? Y ella era lo único para mí. Piénsalo;

tú eres lo único para Isabel. Y, créeme, serás un bello ejemplo para ella. Serás... un signo de libertad. Sí... ¡al carajo con los hombres!

Cantrell soltó una breve risotada. Con pequeños movimientos, apoyó su tenue cabeza en el hombro de Sylvia. Se sentía protegida por ese calor y ese halo de sabiduría que emanaban de la gitana poeta. Se parece a mi madre, pensó. Tan firme como un monolito, tan lúcida en sus preguntas y en sus respuestas. Parecía entender el mundo con tan poco esfuerzo. Cantrell vio la austera decoración de la cocina, sus dos sillas viejas y la mesa de madera, sin mantel, el fregadero que parecía estar ahí sólo porque era inevitable, la estufa sucia, el frigorífico que no parecía exceder por mucho la estatura de Isabel. Es que el mundo es tan poco, en realidad. Entonces vio la carpeta de poesía escondida detrás del pequeño refrigerador.

— ¿Qué significa eso ahí? —preguntó, señalando la carpeta.

Sylvia rió.

— Eso, querida mía, significa miedo.

Cantrell separó su cabeza del hombro ardiente de Sylvia, y le vio a los ojos.

— ¿A qué le temes?

Al verano, a la invasión estival del calor en la entrepierna, a la mala interacción entre los humanos, a la guerra, a la paz, a la sífilis, al mes de noviembre, a los martinis servidos en vasos de cartón en un bar de París a media tarde, a las preguntas sin

respuesta, a las respuestas sin pregunta, a los soldados trasnochados y violadores, a la segunda venida de Cristo —¿te imaginas a Cristo viniéndose?—, a la santa madre Iglesia, a los falsos profetas, a los ancianos que se duermen a cada rato para no ver que el mundo es eternamente joven, a los eufemismos pronunciados a las cuatro de la tarde en el centro mismo del mundo, a los carros, a la alta velocidad, a la cesárea, a los libros de pasta blanda, a la censura, a los ventanales en un vigésimo octavo piso en Nueva York, a Adolfo Hitler, a los policías de barba cerrada, a las puertas de madera, a los aviones con asientos de colores encendidos, a las pirámides cristalinas de Louvre, a las putas de la rambla barcelonesa, al acero galvanizado, al deseo, a la constelación de Capricornio, a las tres gracias, a la oscuridad, a Jean-Paul Sartre, a las puertas luminosas del infierno de Berlín, al plástico no reciclable, a la falacia preconcebida del surrealismo, al par de muertes que cuelgan de tus pechos, al cuerpo, al cuerpo, al cuerpo, a Dios, al reposo enfermo de los amantes, a Jesús crucificado, a la anarquía, a Kafka, a la mamá de Kafka, pero sobre todo, Cantrell, sobre todo a ti.

Recuerdo que los sonidos del tráfico habían callado. “Es tarde”, pensé. Mi vasija china, comprada en un Samborn’s del zócalo, me miraba desde la mesa que sostenía la grabadora, algunos libros sin lugar en el gran librero, y varios cassettes dispersos. Recuerdo que la vasija inspiró un cuento relativamente bueno acerca de las

ventajas de la memoria, del testimonio histórico; un cuento mío. Cualquier cuento. Mi padre me preguntaba porqué escribía; invariable era mi respuesta: porque no sé dibujar. Si existiera firmeza en mis trazos pictóricos, sería un buen dibujante de vasijas chinas. Tendría un taller, un peón que trabajaría el barro, otro el horno, y yo, con mi pincel, la laca. Esquivaría ciertamente todo ese viejo cuento de los dragones: los dragones son lo único que los occidentales nos atrevemos a ver de la cultura milenaria china. Me dedicaría a esos trazos de aqueronte, de arrugas en la cultura, de serenidad precedida de tormenta. ¡China, cuna del vejete sabio! Sí; una separación, un adiós, una muralla. Y un río; un río que se puede caminar, correr, contemplar, pero nunca navegar. Los sonidos del tráfico ya no se oían y yo pensaba que era tarde, como decía, pero no podría precisar que hora era. La perra se deslizaba de aquí para allá, registrando los lomos de mis libros, las portadas de mis discos, los affiches, todo aquello que pudiera indicarle porqué se sentía atraída hacia mí. Y yo, con cierto ahogo sentimental, veía mi grabadora y me sentía burlado, como si el aparato fuera una mujer infiel que me demostrara que sólo mis dedos eran incapaces de encenderla. Primus nos contaba que Jerry era un piloto de autos de carreras. La bruja me preguntó: ¿ese grupo está cantando en francés? Yo reí. Por supuesto que no; es inglés. ¿Es un grupo inglés? No, el idioma es inglés. Entonces es un grupo francés que canta en inglés. No, carajo, es un grupo norteamericano, un grupo putañero, que canta en inglés, y canta en inglés porque en el mundo hay cientos de países que sufren la desventura de hablar ese idioma, y entre esos países están los malditos états

unis. ¡Oh, estadounidenses!, exclamó ella; es increíble, realmente. ¿Qué es increíble?, pregunté yo. Que en Estados Unidos existan grupos que canten en inglés con acento francés... ¡vaya, mira esto!, exclamó. Yo volteé y pude ver que sostenía un libro entre sus manos. ¿Qué? Es que este libro lo leí yo también. Vamos, contesté, la mayoría de los libros que están aquí los ha leído otra persona, muchas personas, y no tiene nada de extraordinario. Es que son los diarios íntimos de Baudelaire. ¿Y qué con eso? Que tú y yo hemos leído los diarios íntimos de Baudelaire y... y es bueno, ¿no? Buenísimo; más que bueno, ¿y qué? Es que los hemos leído tú y yo, ¿no entiendes? No entendía un carajo. No entendía cómo esa niña hija de su puta madre infernal de pronto parecía una idiota y de pronto una maldita y de pronto una santa y de pronto un cero a la izquierda y de pronto cincuenta ceros a la derecha. Lo cierto es que a mí también me excitaba. Me excitaba su voz y ese acento sin duda debido al abuso de sustancias. Pero lo que más me excitaba era el conocimiento de que yo la excitaba. Me gustaba como materia prima para ejercitarme en las artes sublimes del retozo carnal, de la fornicación. Me gustaba para pintarla de semen, como vasija china.

— Udab —murmuró ella, y su voz flaqueó, como un árbol que cayera bajo el impulso destructor de un rayo a mitad de una tormenta.

Era Udab, parado en la puerta de la recámara, vistiendo un pantalón mío, una camisa mía, con sus largas piernas como columnas de monumento griego, la greña navegando en un grito, y los ojos como olas rompiendo en una playa de venas congestionadas. Qué ojos. Nos miraban desde el fondo de un sueño, desde la

gestionadas. Qué ojos. Nos miraban desde el fondo de un sueño, desde la sorpresa de un despertar abrupto; nos escrutaban como si les fuera difícil reconocernos. Sacaba el pecho, y tenía los puños cerrados con fuerza. No parecía agresividad; parecía más bien un intento por conservar el equilibrio. Los músculos del cuello estaban tensos y la quijada se apretaba, se revelaba con fuerza. Había algo en él que desconocía, pero que a la vez me gustaba. Esa palidez en el rostro y esa postura lánguida y nerviosa le hacía parecer vulnerable, vulnerable por primera vez. Ese desconcierto en la mirada le hacía como un hombre ciego que pide a gritos un lazarillo. Pero no se veía humano por ello: parecía un ángel que, de alguna manera, ha perdido sus alas y no encuentra cómo volar otra vez. Entonces recordé que había conocido a Udab en un período especialmente receptivo de mi vida, cuando Jim y Andy y Sigmund y W.S. me visitaban con más intensidad —¿frecuencia?—, y que ese período no parecía dispuesto a terminar, por el momento. En ese momento me sentía como un receptor del desvarío de Udab, como si su angustiante desequilibrio fuera una suerte de señal televisiva y yo una antena privilegiada. Dudé; ¿sería verdad lo que había dicho la perrita, eso de que Udab era adicto y bla-bla-bla? A mí me parecía un primerizo bajando de su mal viaje inaugural. Aunque, claro, por la cantidad de marcas de aguja que había podido ver en el brazo del muerto en la terraza, no era de dudarse que hubiera cometido el atropello de atascarse cinco mil microgramos de una sentada.

La bruja flaca dejó el volumen de Baudelaire sobre el librero, y, bajando la mi-

rada, avanzó hacia Udab. ¿Porqué el miedo?, pensé.

— Lavaré tu ropa —dijo, e intentó esquivarlo. Él la tomó del brazo y, de un empujón, la hizo parar frente a él. En el impulso ambos casi caen al suelo.

— ¿Qué carajos haces tú aquí? —dijo Udab. La perrita esquivaba su mirada; parecía avergonzada, extrañada, como si de pronto hubiera olvidado porqué se hallaba en mi casa, como si no recordara que Udab era la causa primigenia de todo el evento. Se soltó del brazo del ángel y, pausadamente, volvió su rostro hacia mí. Yo los veía con mis ojos bien abiertos, capturándolos en esa escena absurda que parecían estar representando para mí. Ella me miró, y recordé esa mirada interrogante que hacía apenas unas horas había cruzado conmigo, aquella que me hizo preguntarme cuál sería su relación con Udab. Una vez más, la pregunta no había sido formulada, y yo carecía de una respuesta. No había respuesta. La bruja avanzó hacia mí, y yo bajé la mirada para encontrar el botón que apagaría a Primus y daría paso al silencio que la escena necesitaba. Presioné, presioné, pero el maldito aparato no dejó de funcionar.

— Vine a buscarte, Udab —dijo ella—; hace cuatro días que no vas al estudio y esos mismos cuatro días llevo buscándote.

Las últimas palabras habían tenido un dejo de rencor. Udab dejó caer su cabeza en el pecho y avanzó hacia nosotros. Yo les daba la espalda, pero pude escuchar la protesta de los resortes del sillón del siglo de los ilustradores ante el peso de mi amigo. La perrita estaba a un metro o algo así de mí. Ambos estábamos nerviosos, lo

sé. Yo no me atrevía a voltear. Pero, por alguna razón que tenía que ver indudablemente con la experiencia literaria, me divertía.

— ¿Y has venido, linda —preguntó Udab—, a recriminarme?

¿Linda? ¿Le había llamado linda? Cuando tenía cinco años le regalé una rosa a mi madre, y le llamé "mamá linda". ¿Y eso qué? No lo sé. Mi madre adornó con la rosa un florero que puso, en un altar, frente a un crucifijo. Y a mí me dio mucho coraje. Nunca volví a regalar nada a mamá.

— ¿A recriminarte? —preguntó ella—. Con un carajo, Udab. Si esto no es nuevo para mí. ¿Cuándo te he recriminado algo? A veces siento como si el estudio fuera la casa de una estrella de rock, y yo la veladora.

— No me refería a eso —dijo él—. Yo creí que venías por... por la noticia del periódico.

Había algo desconectado en esa conversación. Yo tomaba nota mentalmente, fascinado. Parecía un diálogo de JARMS.

— ¿Qué periódico? No Udab —negó la perra—. Vine por Abraham.

— Abraham no está aquí.

¡Por Dios! Di la media vuelta y encaré la escena. Udab parecía no querer darse cuenta de lo que la maldita bruja le quería decir. Ellos estaban emplazados en las mismas posiciones que minutos antes guardáramos la perra y yo. Udab en el sillón del siglo de las luciérnagas, y ella frente a él, de espaldas a la terraza. El viento movía ligeramente el roble dormido. La pata desnuda de Udab rozaba peligrosamente

mi botella de tequila. Quería decirle cuidado maestro, no me regalan los brebajes, pero me sentí ridículo. De cierta forma yo ya estaba fuera de ese teatro y tenía que limitarme a mi posición de espectador. Me sentía incómodo.

— ¡Ay, Udab! —exclamó ella—; cuando te haces pendejo no hay quién te gane.

Udab sonrió.

— Gracias —dijo.

De eso no cabía la menor duda; cuando Udab se hacía pendejo, era un divino pendejo. Pero en esta ocasión había algo más: tenía miedo. Se sentía culpable por algo que tenía que ver con el periódico, con la noticia de los seminaristas y con los safaris, y la perra era alguien, ese alguien, ante el cual sentirse culpable. Yo podía percibir ese temor a llegar a algo.

— Pero yo no he venido aquí a escuchar pendejadas —dijo ella—. Han pasado cosas graves que tienes que saber, porque tú tienes responsabilidades para con tus amigos, Udab; hay gente que te ama y que está pasándolo mal. Y vengo aquí y te encuentro en tu fase estúpida, sobredosificado, orinando por la terraza y burlándote de mí. ¡Carajo, Udab! Me das asco, a veces.

Udab sonrió. Se alisó la cabellera con la mano, y su torso desnudo asomó por la camisa abierta. Los aretes en sus tetillas hicieron que sintiera un leve escalofrío. Recordé aquel día en el colegio inglés, cuando surgió resucitado del sepulcro de poesía de W.S. Había pasado mucho tiempo, y yo no terminaba de explorarlo como

me había propuesto. Siempre pensé que Udab no era inagotable, pero cada vez que sentía que ya no había nada más que el Dios homosexual pudiera ofrecerme, saltaba algo nuevo, algo inesperado. Y ahí estaba esa caja de pandora enseñando sus tetillas heridas y haciéndose el indiferente, sonriendo por nada, y yo descubría en él el miedo y la vergüenza.

— Me estás recriminando —dijo él.

La perra se paró, sonriendo y golpeando sus manos contra la falda descomunal. Me miró; había tristeza en sus ojos. No la tristeza de la decepción, sino la de la certeza. Sabía que era imposible entender a ese tipo, sabía que no se podía reducir su pensamiento a una idea, como se puede hacer con la gran mayoría de las personas. Caminó hacia la terraza y miró distraída el roble. En verdad no era difícil llamarla linda. Perra linda.

— ¿Qué hay con Abraham?

Los ojos de ella se humedecieron. Sus manos apenas alcanzaron la herrería de las puertas de la terraza, cuando su voz estalló en un grito.

— ¡Se fue! ¡Se fue, maldita sea!

El hombre salió del hotel mirador, caminando lentamente, abrochándose la bragueta y cargando su botella sobreviviente de whisky. Miró al cielo, y supo que todo había acabado. Ya no hay tiempo, se dijo. Instintivamente miró su muñeca,

buscando un reloj. No había reloj. Nunca había habido reloj. El único reloj que había poseído en toda su vida lo había regalado a una chica tetona en una estación de trenes. Una clepsidra. Sí. De cualquier manera ya no hay tiempo. Las multitudes desvanecen nuestra existencia, se dijo. Nunca he tenido un reloj en mi muñeca. Pero he visto este movimiento durante toda mi vida, y ahora lo repito, como esos simios de zoológico que comienzan a imitar todo lo que ven en los humanos. Como el simio de Kafka. ¡Já! Tal vez mi domador se sienta orgulloso. La cabeza le pesaba, mucho. El whisky le pesaba en la cabeza. No pudo seguir viendo hacia el cielo. Los charcos, la calle húmeda; brillaba el piso, con destellos de estrella. La tetona tenía razón. Sintió en la parte superior de las nalgas el frío del metal. Dirigió su mano hasta ahí y sintió el instrumento. Ahí estaba. Bien... En la calle, en medio de los resplandores de lluvia y de cielo, estaban los tacones de la mujer. Él volteó, buscándola. No estaba. Sólo los tacones de aguja, nada más. Avanzó lentamente hacia ellos, mirándolos. Qué rojos son. Los tomó lentamente: estaban húmedos. Los acercó a su nariz. Eran de ella, no había duda. Olían a piel salada. Olían a ella.

Entonces vio la noche frente a sus ojos, la playa que allá lejos se abría como un infinito. Avanzó hacia allá. Una mano armada con el whisky, otra con los tacones. El hotel mirador fue quedando atrás, y el cuarto 204, y un incierto amigo que silencioso lo esperaba, sentado en un rincón, aguardando para la cita final, para lo impostergable. Pero antes, él tenía una cita en la punta de la playa, con la sirena.

5

Todo lo que muere merece morir. ¿Es todo lo que vas a decir, maldito asesino? Si tú aún estás aquí, es que mereces estar. ¿Y quién dice eso? Lo dice el orden natural de las cosas. Eerf Elbirret I llegó de Inglaterra en un avión, en mil novecientos cincuenta y cinco. Tenía entonces veinticuatro años y una jugosa herencia que invertiría en la comercialización de artesanías mexicanas. Su tío iba a ayudarle. Es un maldito loco, mi doc, no hay nada qué decir. ¿Y el comandante está de acuerdo en que se le dé a la prensa ese dictamen?... No lo sé, doc; la pinche prensa siempre nos mete en pedos. ¿Dónde está el comandante? Interrogando a la muchachita; ¿la ha visto, doc?, está rebuena. Su tío no había emigrado a Inglaterra; siempre prefirió el conflicto en Palestina. Se auto nombraba radical. Pero su amor por el comercio le hizo ver hacia América Latina; vendió todo lo que tenía y viajó en barco hasta México, donde se dedicó, fructíferamente, al comercio de curiosidades artesanales. Una vez instalado, buscó afanosamente una sana mujer mexicana que le pudiera dar un heredero. Después de cinco años, el médico dictaminó que el tío era estéril. ¿Qué

ves? Es un dragón, de siete cabezas. ¿Qué ves? Un feto humano partido a la mitad, con las vísceras de fuera; apestoso y repugnante. ¿Qué ves? Sangre en la pared de un baño público; tal vez sangre vaginal o tal vez sangre de alguna otra parte. Su único consuelo era escribir a Inglaterra, a ese sobrino que hacía años que no veía. Se sentía orgulloso de él; un vástago hermoso, de buen porte, a punto de graduarse en Cambridge, con honores. Eerf no tenía padre: los judíos le habían asesinado. Él ya estaba en Inglaterra; años antes había repudiado la formación del estado judío, frente a sus compañeros. Era un estudiante distinguido, y su opinión contaba. Los directivos de la universidad lo llamaron al orden. Los alumnos judíos lo miraban con recelo. Al inicio del cincuenta recibió el telegrama del tío: papá muerto. Enfrentamiento con judíos. Lo siento. Urge autorización para arreglo asunto herencia. Respuesta pronto. Dígamelo sinceramente, doc. Está loco. ¿Y ya? Técnicamente es un paranoico; pero creo que su problema es más psicológico que psiquiátrico. ¿A qué se refiere? A que actuó por resentimiento, por odio, por algo que pasó en su infancia o algo así. ¿O algo así?; doc, tengo en el teléfono a los padres de la chica que destazó... judíos poderosos, doc. No puedo elaborar un diagnóstico en tan poco tiempo. Estos judíos quieren castrarlo, doc; y si no nos apuramos, nos castrarán a nosotros también. ¿Y la chica? La chica es una pendeja enamorada, doc; ve mucho cine. Debo verla. Adelante, doc; pídale a Ramírez que lo lleve con ella. Bien. ¡Y, doc!... no olvide, esto urge. ¿Y qué es lo que quiere, comandante? No me pregunte eso, doc; yo quiero saber la verdad... aunque me encantarían dos loquitos. Eerf corrió al dormitorio de los judíos

y pintó una svástica en la puerta; abajo pintó: cerdos. Sus ojos se anegaban de lágrimas. Mi padre, mi padre, murmuraba. Algunos de sus compañeros celebraron su osadía; entonces él levantó la frente y se sintió orgulloso. Lo llamaron a un consejo estudiantil. Pidió disculpas, se justificó con la muerte del padre, y el consejo decidió darle una segunda oportunidad. Pero cada vez que veía a un judío, escupía el piso. Cerdos. ¿Qué ves? Un judío partido a la mitad. ¿Qué ves? Un judío partido a la mitad. ¿Qué ves? Un judío... Eerf telegrafió a su tío, pidiéndole que emigrara a Inglaterra. Es lo único que tengo: no quiero perderlo. ¿Inglaterra?, preguntó el tío en su respuesta. Nada qué hacer en Inglaterra. Tierra muy lejana. Palestina llena de sangre, pero mía. Asunto herencia arreglado. Podrás dedicarte al arte, como quieres. Futuro asegurado en comercio. Confía en mí. Está loco: completamente loco. ¿Y esto, doc? Es mi informe médico: todo está ahí. ¿Y la chica? Esquizofrenia. ¿Qué es eso? Cree que el muchacho controla su mente. Ah chingao. Sí: el chico controla su mente, telepáticamente. ¿Está loca? Técnicamente, sí. ¡Perfecto!, quiero decir, muy bien, doc. ¿Hasta aquí llego? ... Probablemente necesitemos su testimonio después, ya lo sabe, doc, pero por ahora puede irse a descansar. ¡Me voy a México!, dijo el tío a través de la conexión transoceánica. ¿México?, preguntó Eerf. Así es, mi niño, pero no te preocupes, me mantendré en contacto, aseguró el tío. Ya no lo veré, tío, dijo Eerf con tristeza. ¿Qué?; no mi niño: ¡te veré allá, después de tu graduación! ¡Híjole, mi comandante, la muchachita está rebuena! Ah, qué Ramírez. No mi comandante, de veras que sí, está como quiere la chamaca. Pues no ves, Ramírez, que los dos loqui-

tos eran artistas. Pues sí, ¿verdad?; pero a mí se me pone dura la... usted sabe, mi comandante. Tiene buenas nalgas. Y sus piernas, señor; y está chichona. Ah, qué Ramírez. Eerf se graduó en el cincuenta y cuatro, y pasó un año vagando Londres y golpeando judíos. ¡Cómo me gustaría matarlos! ¡Cómo me gustaría tocarla, mi comandante! Mira Ramírez; tú eres un hombre casado y tu esposa es muy bonita; ¡más respeto, Ramírez, por Dios! ¡Ay, mi comandante!; mi mujer ya está grande, y, pues ya no siente ninguna necesidad. Eso es muy natural, Ramírez; el tiempo no pasa en balde. Es muy triste, mi comandante. ¿Qué es muy triste? Eerf tuvo que telegrafiar al tío. "Ya no hay dinero", le dijo. La herencia invertida en artesanías, contestó el tío. Es tiempo de sentar cabeza. Mi casa está abierta para ti. El tío mandó unos cuántos pesos para el pasaje de Eerf. Es triste que el tiempo no le importe a mi camote. Ah, qué Ramírez. Es que está muy linda, la chamaca. Pero es una asesina, Ramírez. Pero en este trabajo vemos asesinos a diario. Pero ninguno tan bonito, ¿no? Eerf compró un sombrero y un traje, hizo sus valijas y tomó el avión. Creía que tenía una oportunidad. Creía que podría reconstruir un poco de lo que la muerte de su padre había destruido. Lo que los judíos habían matado. Eerf se sentía cansado por la historia de su pueblo. Bebió alcohol durante todo el vuelo. Se embriagó. Es una lástima que la pobre muchacha vaya a pasar tantos años en un hospital psiquiátrico. Se lo merece; ambos lo merecen. Era artista, ¿no? Sí, artista. Iba a salir en las novelas. Pobrecita. ¡La chingada, Ramírez! Así es la vida. Ni madres, Ramírez; esos dos mataron a dos muchachos, como ellos. Muy feo estuvo. Y peor se va a poner; esos dos

ya se jodieron de por vida. Eerf contrajo nupcias con una muchacha que conoció en el teatro. Era hija, gracias a una feliz casualidad, de uno de los socios de su tío. Uno de sus socios. El negocio prosperó; abrieron tiendas de artesanías en casi todos los aeropuertos de Europa. Todo en la vida es muy triste, dijo el maestro; todo lleva su granito de desgracia. ¿Te acuerdas, Clementine? Sí, lo recuerdo. Todo en la vida es como un laberinto, dijo. Lo recuerdo. Eerf compró una gran casa, pues pensaba procrear muchos hijos. El primero fue un varón al que puso su propio nombre: Eerf Elbirret II. Y eso es el arte: desgracia pura; la más terrible libertad. Lo recuerdo. A ti te gusta el maestro, ¿no? No he pensado en eso. ¿Sabes?, el maestro es de la única persona que no sentiría celos. No me gusta; al menos no como hombre. Es un gran artista. Me gusta como artista. Y a mí. Siempre hablaba con odio de los judíos. Su mujer lo reprendía, sobre todo cuando lo hacía en la mesa, delante del pequeño Eerf. Tú no has perdido a nadie por culpa de esos cerdos, le decía él. Perdí mi patria, reclamaba ella. Yo perdí a mi padre y los odio. Su mujer le decía que Eerf no tenía porqué crecer lleno de odio. Es palestino, tiene que saber. No, te equivocas, decía ella; el niño es mexicano. Pero para Eerf el niño era palestino, y tenía una guerra que luchar. Mañana se la llevan al psiquiátrico. ¿Otra vez con eso, Ramírez? Creo que yo me vuelvo loco también, mi comandante. Ay, Ramírez... ¿sabes?, creo que hay una solución. ¿Solución, señor? Te está llevando el carajo, ¿o me equivoco? Quiero tocarla, señor. Ya la tocaste, Ramírez, cuando la detuviste. Yo quiero tocarla de otra forma, mi comandante. El pequeño Eerf resultó ser un niño meditabundo y solitario,

que vagaba por el gran patio de la gran casa de la gran familia Elbirret que era dueña de la gran cadena de tiendas de artesanías. Eerf compraba cantidades descomunales de juguetes mecánicos y automáticos y de esos que casi juegan solos y de esos de guerra y muerte, pero el niño parecía preferir las hojas y pintura que le regalaba el viejo tío. Eso del dibujo no me gusta para mi hijo, le decía Eerf al tío. Has cambiado, mi niño, replicaba el tío; ¿ya te olvidaste de que te graduaste con honores, en Cambridge, en historia del arte? Eerf comenzó a comprar los negocios de judíos. Tenía especial interés en ello. Pasaba horas en el patio, con el pequeño, hablándole en voz baja y con los ojos llenos de lágrimas. Su esposa le miraba con recelo. Él sonreía y decía: le cuento historias de mi patria. De nuestra patria, decía ella. ¿En serio no te gusta, Clementine? No, Eerf; está bueno, pero me gustas más tú. Y tú a mí. Los dibujos del niño cambiaron. ¿Qué es esto?, le preguntó su madre un día. Un atentado, mami, dijo el niño. En la noche se queda sola, Ramírez; ¿porqué no te das una vuelta y la tocas, de una vez por todas? ¿De veras, mi comandante? No será la primera, ni la última, Ramírez. ¿De veras, mi comandante? Está loca, Ramírez, y, como dice el doc, todo lo que diga carece de veracidad. No se trata de cómo percibimos el mundo, dijo el maestro, sino de cómo el mundo nos percibe a nosotros; cómo el mundo nos persigue. ¿Te acuerdas? Lo recuerdo. Eerf y su esposa pelearon. ¡Lo estás envenenando!, dijo ella. Sólo le digo la verdad, replicó él. La mujer pensaba que la verdad era un error. Todo el odio en esta historia es un error, Eerf, dijo ella. ¡No, no!, ¡mi padre no murió por un error!, dijo él, amenazando con el puño. Su

mujer durmió dándole la espalda; lloraba. El artista viene al mundo a crear o a destruir; lo único que le está negado al artista es el descanso, ¿recuerdas? Lo recuerdo. ¡Trabajen, trabajen!, decía. Lo recuerdo. ¿Cuántos cuadros has pintado, Eerf?, me dijo. ¿Y qué? Yo le dije: cien. ¿Y qué? Me dijo: yo he pintado un millón, y apenas comienzo. No, Eerf, eso lo dijo Andy Warhol. No, Clementine, lo dijo el maestro. Estaría citando a Warhol, entonces. No hemos perdido nuestra patria por culpa de los judíos, dijo la mujer. ¿Entonces porqué? Es culpa del odio, dijo ella. ¿Ya te olvidaste de eso?, preguntaba el tío. También hay odio en el arte. Dijiste que el arte te salvaría del odio, niño mío. El tío lo quería como a un hijo; dejó toda su fortuna para él. Mentí; el odio salva al arte. El hijo que nunca había podido tener. ¿Has ido al sótano, Clementine? No, ¿qué hay ahí? Una escalera, y abajo, un laberinto. ¿Has ido ahí? El maestro me lo dijo. ¿Y cómo es? Es como la muerte, Clem; como la muerte.

¿Tú rompiste estos juguetes, Eerf? No mami. No mami.

Me gusta cómo me haces el amor. Me gusta hacerlo contigo. Lo haces con odio. Es una forma distinta de pelear. ¿Quieres decir que me odias? Te amo, Clem; por eso te odio. Aléjese. Aléjese. No me toque. ¡Maldita sea, aléjese! Me gustas, niña; yo puedo ayudarte. Nadie puede ayudarme; ¡déjeme! Yo puedo ser bueno contigo, niña; se buena conmigo. ¡Cerdo!, ¡cerdo! Mira tu piel; qué linda. ¡Cerdo! Es como la muerte. La señora llevó al pequeño Eerf con el psicólogo. Mutilaba muñecos que su padre le compraba. Pintaba "atentados", "campos de exterminio", "mutilación por extremistas". El psicólogo aseguró que no había nada de qué preocuparse.

Es un muchachito talentoso, dijo. La madre le llevó a una sinagoga. Míralos, dijo; son como tú y como yo. Eerf lloró. Eerf se disgustó: ¿porqué lo llevaste?, ¿porqué? Para limpiarlo un poco de tu odio. Maldita seas, replicó él. Le haces daño, dijo ella. El tío murió cuando Eerf tenía doce años; dejó todo su dinero para Eerf, y un fideicomiso para la educación del pequeño. Murió rico y sin su hijo. La mujer del tío había muerto años antes, ahogada en un río. Mira lo que hicieron al tío, mintió Eerf. ¿Qué papi? Lo mataron; fueron ellos, hijo, ellos. ¿Cómo te fue, Ramírez? Ya todo terminó, mi comandante. ¿Lo hiciste? Sí. Aquí están los papeles para la transferencia al hospital; ¿te encargas? Sí, señor. ¡Ya quita esa cara, muchachón!; ¿a poco no estuvo como tú esperabas? Mejor, mi comandante, mucho mejor. Pues ahí está; ¡arriba ese ánimo! Eerf arruinó a diecisiete familias judías mexicanas, y cosechó muchos enemigos. Tengo miedo, Eerf. Todo va a estar bien. Eerf, tengo miedo. Cálmate, Clementine, no hay nada malo. ¿Qué hay allá bajo? Allá bajo está el infinito, Clem. Pendejadas, decía Eerf; esos judíos son más ricos de lo que dicen. Pero tú dijiste que era como la muerte. ¿Y le temes a la muerte? Si voy contigo, no. Te prometo que iré a la muerte contigo, entonces. ¿Para siempre? Para siempre. Su mujer quiso divorciarse, pero el psicólogo dijo que el pequeño Eerf no lo soportaría. Eso sí le haría mucho daño. Pero tengo que alejarme y alejarlo a él. ¡A un lado! ¡A un lado! ¿Porqué los mataron? Fui atacada por uno de los policías de allá dentro. ¿Te obligó tu novio a matar? Fui atacada sexualmente por uno de los policías de allá dentro. ¿Porqué tu novio le hizo comer su propio sexo al muchacho? Fui atacada sexual-

mente... ¡Clementine! ¡Eerf! ¡A las once de la noche de hoy, Clem! ¡Sí, Eerf! ¡Para siempre, Clem! ¡Para siempre, Eerf! ¡A un lado, a un lado! La libertad es algo tan extraño hoy día, dijo el maestro, que se ha convertido en una especie de enfermedad. Lo recuerdo. La libertad es una forma de locura. Lo recuerdo. El artista sólo existe si es libre, y, por lo tanto, el artista existe sólo si está loco. Es muy hermoso esto, Eerf. El maestro dice que de aquí surge el arte; dice que un amigo suyo dijo eso. Lo recuerdo. El maestro dice que los artistas sólo pueden hablar con sus iguales. ¡Mira Eerf, un crucifijo! No lo toques; déjalo. El maestro dice que el artista se está vengando de Dios cuando crea una obra. Sí, Clem; eso dice. Y que el artista sólo es completamente libre cuando completa su venganza. Unos judíos saquearon su tienda, señor. Es una arritmia, hijo, todo va a estar bien. El maestro dijo que la poesía, según Baudelaire, es una profesión respetable. Todo el arte verdadero es poético, Eerf. Entonces tú y yo somos respetables. Ya no hay honor, Clem; esta escuela está infestada de judíos. Sólo son dos, Eerf. Está infestada, Clem; apesta. ¿Te has fijado en cómo los mira el maestro Udab? A él tampoco le gustan. ¿Recuerdas lo que dijo de los nazis? Sí: dijo que ellos sólo había destruido obras de arte inferior. “Obrillas”, las llamó. Eerf Elbirret I murió de un infarto al miocardio, cuando el joven Eerf, su hijo, contaba los dieciocho. Todas sus pertenencias pasaron a manos de su esposa e hijo. Ellos lo mataron, Clem, como al abuelo y como al tío. ¿Porqué lo dices, Eerf? Su enfermedad comenzó cuando esos cerdos atracaron una de sus tiendas. Tú mismo dijiste que eso no se podía comprobar. Lo siento, Clem, lo siento en el corazón. No

llores, amor, no llores. No seré libre hasta que complete mi venganza, Clem. Te amo, Eerf, te amo. Ayúdame, Clem, ayúdame. Si tú dices que es verdad, lo es. Si tan sólo pudiera cobrar la muerte de los dos hombres que más he amado. Puedes, Eerf, puedes. Cásate conmigo, Clem. No hace falta. Aquí, delante del crucifijo maldito, te digo: seré tu esposa y tu serás mi esposo. Ya lo somos Clem. Lo somos, Eerf. ¡Para siempre, Clem! ¡Para siempre! Las obrillas que rompió Hitler no valían la pena: las rompió él, pero si hubieran sido verdaderas obras de arte hubieran perdurado en la mente de la gente. Lo recuerdo. Somos arte, Eerf. Vivamos como arte, Clem. Tienes que estudiar, si quieres ser un buen pintor, le dijo su madre. Lo matriculó en la escuela nacional de bellas artes, que se hallaba en el centro de la ciudad, y que ocupaba un viejo edificio que antes pertenecía al gobierno. El estado lo donaba al ministerio de cultura. La madre se rió y le comentó a Eerf: el estado lo dona al estado, señalando la placa de la entrada. Pero los maestros eran buenos. Artistas de renombre. No había mejor escuela de arte en todo el país: si estudiabas arte en México, habías de ir ahí. La muchacha insiste en que un policía abusó sexualmente de ella, comandante. ¡Ay, doc!; usted mismo me dijo que sus palabras no debían tomarse en serio. Pero no he podido quitarme a los periodistas de encima desde esta mañana, en que ingresaron al hospital. ¡Mándelos al carajo, doc! No quiero ni imaginarme los encabezados mañana. Ese no es su problema. De cualquier manera, mañana le haré algunas pruebas clínicas, sólo para cerciorarme. Doc, doc; usted sabe que yo sólo quiero saber la verdad. Ya lo sé; supongo que no le gustaría para nada un policía violador,

¿no? ¡Ah, qué mi doc! Entre los maestros estaba aquel pintor que había impresionado gratamente a la madre. Aquel que pintaba fuertes escenas sexuales. Había algo terrible y apasionado en sus pinturas. Él le enseñaría a su hijo. ¿Qué han aprendido, niños?, dijo el maestro; nada, le contestamos. Sí, Clem, lo recuerdo. ¿Creen que han aprendido algo, buenos para nada? Lo recuerdo. Aquí han venido, dijo, a aprender lo que no es el arte: escuelas, estilos, técnicas; ¡pura mierda!... ¡Ahora salgan e inventen el arte, babosos! Sí, eso dijo, Clem: ¡Demuestren al mundo que el arte no es nada más que muerte! Eso lo dijo Unamuno, Eerf. No, lo dijo el maestro. Estaría citando a Unamuno, entonces. Si queremos ser arte, tenemos que ser muerte, Clem. Seamos muerte entonces, Eerf. ESTUDIANTES DE ARTE, JUDÍOS, ASESINADOS EN LA ESCUELA NACIONAL DE BELLAS ARTES. Información en la cuarta columna. NEONAZIS EN EL PRIMER CUADRO. Se teme que no sea un caso aislado. LOS VAMPIROS DE LA ESCUELA DE ARTE. Un chico y su novia se dedican a ritos satánicos; escalofriantes. Tócala, Clem. Está fría. Tócala, familiarízate con ella. ¡Hasta un arma puede ser un instrumento para el arte!, dijo el maestro. Lo recuerdo. El asesino es un artista de la muerte. Sí, lo dijo. El artista es un asesino: se roba la vida para sepultarla en la materia prima; su hoja en blanco, su lienzo, su guitarra; la poesía de la que fabrica el sepulcro. Lo recuerdo. Tócala, Clem; no le temas. Ahora ésta es tu materia prima. Lo es, Clem; lo has entendido. ¿Quién será, Eerf? ¿Para quién hacemos arte? ¿Para el público?; no, ¡lo hacemos para los muertos! Sí, lo dijo. ¡No le teman a la muerte, muchachos!; la muerte es la madre de los artistas.

Serán esos dos cerdos judíos. Serán ellos, entonces; si tú lo dices, es verdad. ¿Me amas, Clem? Te amo, Eerf. ¿Para siempre? Para siempre. ¿Usted los conocía, señor... Udab? Sí; eran mis alumnos. ¿Podría decirme si había algo en su... conducta, sí, en su conducta, que le pareciera raro, o inusual, o que llamara su atención? No, doctor, eran perfectamente normales. ¿Usted los distinguía de los demás alumnos? Eran buenos artistas; receptivos, abiertos y prolíficos, ambos. ¿Qué me dice de los muchachos judíos? La mujer era buena actriz, muy participativa; al muchacho no lo recuerdo. ¿Cómo? Digo que no lo recuerdo... es probable que no estuviera en mi clase. Lo estaba, señor Udab, lo estaba. Tengo muchos alumnos, doctor; suelo recordar a aquellos que se distinguen por su obra. ¿Quiere usted decir que el chico judío nunca se distinguió por su obra? Yo no hago distinción entre mis alumnos, si es a lo que usted se refiere. ¿Qué piensa de los judíos, señor Udab? ¿Está psicoanalisándome, doctor? De ninguna manera. Entonces está acusándome de algo. ¡No, señor, no! ¡Trágatelo, cerdo! ¡No! ¡Cállate, bruja! Después de que se trague su verga, a ti te arrancaremos las tetas, perra judía. ¿Porqué, porqué? ¿Cuál es la materia que imparte, señor Udab? Filosofía de la vida artística. Siento volver a lo mismo, señor, pero, ¿nunca notó algo raro en los muchachos? No, se lo repito. ¿Nunca se declararon racistas, por ejemplo? El racismo no es algo raro, doctor, y usted lo sabe; es un fenómeno social. ¿Qué quiere decir, señor? Quiero decir que usted busca la aguja en el pajar, cuando tiene un costurero lleno de otras agujas. La madre dijo que su hijo no era un asesino. Mi hijo es pintor. Debe haber un error. No lo había. Encontraron a

los muchachos sentados a la entrada de la escuela de arte, fumando cigarrillos, con la ropa llena de sangre. Eran las cuatro de la mañana. El portero avisó a la policía. Se está usted haciendo pendejo, en otras palabras... hasta luego. ¡Tendrá usted que declarar en el juicio! ¡Já!; en este país no hay juicios, doctor. Era evidente que el doctor había visto muchas películas sobre justicia norteamericana. El muchacho judío tenía el miembro atravesado en la garganta. La chica había sido mutilada. Sus pechos estaban guardados en su bolso de mano. ¡A las once, Clem! Sí, Eerf. Cuando son las once de la noche, Clem, la sombra de las cosas iluminadas por la luna se proyecta hacia el norte en esta época. ¡Para siempre, Clementine! ¡Para siempre, Eerf! ¡Doctor, tiene que venir a ver esto! Maldita sea. Se acabó. Ramírez, se mataron. ¿Qué? Ambos. ¿Qué fue lo que pasó? No lo puedo creer, Ramírez. ¿Qué? Ambos, a las once de la noche... la chica se deshizo la cabeza contra el tubo de su cama, y el chavo se arrancó un ojo y dejó que fluyera la sangre. Qué feo, mi comandante... qué feo. No te me pongas triste, Ramírez; esto nos conviene, y tú sabes porqué.

Sólo es un momento, Clem. ¿Y después? Nada, Clem. ¿Nada? Solo tú y yo. ¿Para siempre? No habrá dolor, Clem. ¿Qué es el dolor, después de todo?, ¿no es eso la vida, Eerf?; viviremos y respiraremos, y caminaremos en las grandes obras, Eerf, porque habremos completado nuestra venganza y nadie podrá decir que no somos Arte. Te amo, Clem. Cuando la sombra apunte hacia el norte, Eerf. ¡Para siempre, Clem! ¡Para siempre, Eerf! Para siempre.

No le teman a la muerte, muchachos.

6

La perra lloraba; su labio recibía las amargas lágrimas, las bebía. Miraba hacia el roble, y el roble parecía no mirar a ningún lado. A mí me dolían sus lágrimas, de alguna manera, y me dolían las piernas por estar parado tanto tiempo y me aburría y a la vez me divertía; me sentía cansado y absurdo en mi papel de mueble y me sentía inútil por no haber podido apagar la grabadora, y quería irme a la cama, el día había sido largo y pleno de sorpresas, pero no tenía derecho a intervenir en nada, ni con el más mínimo movimiento. Udab seguía sentado en el sillón del siglo de las guillotinas y miraba mi botella de tequila; su actitud era más bien la de un borracho que no sabe muy bien cómo reaccionar ante una noticia que precisa una reacción. Miraba la botella y se iba de lado. Entonces la perra sonaba su nariz y él se enderezaba. Parecía un reloj. Un reloj indiferente al tiempo. Creo que todos los relojes son indiferentes al tiempo. Ningún reloj debería tener manecillas; esos largos brazos son sólo camuflaje. El reloj es un mecanismo repetitivo, y no tiene caso enumerar tantos instantes repetidos. Si se sumaran todos los minutos que han transcurrido desde la inven-

ción del reloj y de la palabra minuto, la cifra sería inimaginable. No faltaría el gracioso que escribiera la cifra, y entonces los hombres de ciencia se pondrían a contar los ceros e irían persiguiendo al gracioso por kilómetros y kilómetros, y darían tantas vueltas al mundo que volverían al inicio del tiempo, y tendrían que volver a empezar de cero. De un cero. ¿Usted, querido amigo lector, sabe quién inventó el reloj? ¿Sabe siquiera quién perfeccionó ese sistema de engranes que hoy llevamos adornando nuestras muñecas? Yo, para ser sinceros, no lo sé. Disculpe mi ignorancia. Pero debo advertirle, señor mío, que me importa un carajo.

— Se fue —dijo la perra, secando las lágrimas con su mano—, y nadie sabe a dónde —sonó la nariz, y repitió—. Nadie sabe a dónde.

Sí, inventó el reloj y se convirtió en un genio tonto. Udab decía que el tiempo como lo conocemos es un absurdo porque depende del reloj. Y decía que la importancia que el hombre moderno le da al tiempo es un claro signo de la poca confianza que éste tiene en Dios. Si Dios es atemporal, entonces el hombre también lo es; si no, ¿dónde queda aquello de que el hombre fue hecho a imagen y semejanza de Él? Pero el hombre muere, solía decir yo. Te equivocas, se apresuraba a decir él; el hombre nunca muere. Al menos, no el verdadero hombre.

— ¿Cómo es posible? —dijo por fin Udab, alzando la mirada y viendo, sin ningún motivo, hacia mí—. Abraham nunca haría eso. Tal vez decidió irse de vacaciones.

— Vamos, Udab; llevas veinticinco años con él —dijo ella—. ¿Alguna vez sa-

lió de vacaciones? —se llevó las manos a la boca y dio la media vuelta, encarándolo—. ¿Quieres decir que tú tampoco sabes a dónde fue?

— Nop —dijo él.

Contesta como personaje de Pepe Agustín, pensé. No, en realidad contestaba como Udab, porque era Udab. Después de todo lo que me había contado acerca de Abraham, me preguntaba cómo podía actuar con tanta indiferencia ante lo que le decía la perra. Tal vez sí sabía algo. La situación era que Abraham había abandonado el orfanato sin decir ahí se ven. Todo el mundo se preguntaba porqué. Era inusual, ya que ese orfanato significaba todo para Abraham, era la totalidad de su existencia. El mundo creía que Abraham no podía vivir sin el orfanato, y ahora empezaba a darse cuenta de que era el orfanato el que no podía vivir sin él. La indiferencia de Udab podía significar que: uno: él sabía bien a dónde se había ido Abraham y que conocía los motivos; dos: que le valía lo que se dice una chingada; o, tres: que conocía muy bien a Abraham —y yo sabía que, de hecho, así era—, y que no le desconcertaba, como a los otros, su huida. Preferí la tercera opción. Tal vez Udab ya lo había estado esperando. Ese era el desenlace de la historia inacabada. La verdad cosecha hombres suicidas. Ese era el suicidio de Abraham. Abandonaba todo lo que él era porque había visto la verdad. Y, tal vez, no le gustaba lo que veía. Como dije, creo que Abraham se convirtió en un asesino. Pero hablo en un nivel metafórico: asesinó todo lo que era, porque sabía que la verdad era él, y era horrible. Abraham dejó atrás el egoísmo, y nunca pretendió salvarse. Tal vez por eso se salvó. Amó,

simplemente, y sabía que la mentira más grande es esa que reza que el amor salva. Nunca creyó en el mito de Fausto. Creo que él —y hablo ahora tan sólo hipotéticamente— creía más en el mito de Alcestes. Abraham pasó un infierno para salvarse de su amor, pero no dejó de amar ni un momento. Hizo mucho daño: la perra lloraba y lloraba, parada frente a Udab, perdida su última esperanza. Y es que, cuando conoces a alguien, y sabes cómo funciona su mente y cómo se dirigen sus emociones, te cuesta trabajo aceptar que un cambio repentino pueda hacer añicos una presencia de tantos años. Una presencia que, además, dijo que te amaba. Y entonces pones a juicio ese amor, y por lo general eres injusto. Te preguntas porqué te dejó solo ese amor, porqué te abandonó, porqué cambió, y dices que el amor entonces no fue suficiente. Dices: el amor se acaba. Pero no es cierto: el amor es eterno. El verdadero amor. Porque el amor no se limita al respeto y la aceptación y la interacción amorosa de dos entes: el amor es una fusión de dos energías. Tal vez los teóricos del amor deberían dejar sus amelcochadas reflexiones y voltear hacia la física atómica. Sospecho que ahí está la respuesta. Como decía, el amor es eterno; todo lo demás, lo que se acaba, es pura mierda. Abraham no sólo amaba eternamente: amaba lo eterno. No era un vulgar sacerdote de iglesia rústica: era un verdadero amigo de Dios. Y un día, por el devenir de esos extraños hechos del alma, se vio encerrado en su amor. Atrapado. Su amor entonces no era sólo eterno; era doloroso, siniestro. Él, un hombre plagado de limitaciones y de instintos humanos, instintos muchas veces ínfimos, quería, necesitaba y precisaba estar a la altura de su amor. Viendo a la mierdita llo-

rando frente a ese Udab que en su indiferencia revelaba su desconcierto, pensé que pocas personas saben estar a la altura. Siempre prostituimos lo mejor, lo más alto del ser humano. Abraham se fue para estar a la altura de su amor. Por supuesto que es difícil aceptar el abandono: lo haría más fácil saber que el abandono, a veces, es la única forma de preservar el amor. A veces es mejor el recuerdo del incendio que un puño de cenizas en la caja fuerte.

— ¿Acaso no dejó nada? —continuó Udab—. ¿Un papel, algún recado; nada?

— Nada —dijo la perra—. Ni siquiera se llevó su ropa.

Oh vamos, pensé yo, ¿Quién necesita ropa? Están hablando de renuncia, niños; de un sacrificio. ¿Se imaginan a Abraham diciendo: “voy a hacer mi maleta para irme a la mierda”? Qué tonto. Sólo se necesita un espíritu y un cuchillo afilado para ir a morir. Ella había mencionado la ropa en un tono fatalista que no venía al caso, ya que lo importante era que Abraham se había ido, y no si había llevado con él pantuflas y calzoncillos. Volví a pensar que pocos saben estar a la altura. Como aquella ocasión en que desperté en el hospital, después de mi primer intento, y mis padres me visitaron. Mi padre sólo acertó a decir que me veía pálido, como si la palidez de mi rostro hubiese podido ser comparada con la palidez de mi alma; mi madre, al enterarse por boca de mi doctor de que iría a pasar una temporadilla al psiquiátrico, a la nave de los locos, dijo que iría a casa a prepararme ropa limpia, ya que no era cosa de andar mugroso entre los bienaventurados hermanos locos. El doctor le informó que no se me permitiría usar otra ropa que la que se me proporcionaría ahí mismo, y que su esfuerzo sería en vano. Y le dijo que dejara de

que su esfuerzo sería en vano. Y le dijo que dejara de preocuparse por mí. En todo caso, tenía razón. El único que podía preocuparse por mí era yo, ya que había sido mi propia mano y mi designio infame los que me habían llevado hasta ahí. Al día siguiente partí hacia el psiquiátrico y el doc me informó que mi padre le había entregado unos cuantos libros, supuestamente para que yo no me aburriera en el sanatorio. En esos días no me percaté del tamaño de la estupidez de mis padres, pero al recordarlo sentía un ataque de vergüenza. No por mis padres, sino por la pequeñez de su amor. Sabía que yo era el único culpable de esa pequeñez, de esa burla en miniatura. Yo había sembrado esas semillas que sólo harían florecer una parodia celestial. Pensé en la perra, mientras la veía limpiarse los mocos y las lágrimas como una niña, y supe ahí que, para desgracia mía y de mis pretensiones literarias, nunca conocería a Abraham. Pensé en la perra, en esa elocuente infante, en esa niña capaz de comportarse como una puta, o como una diosa, o como una bruja, y me pregunté qué era eso que Abraham había depositado en ella; ese minúsculo resorte, que la hacía comportarse como la niña que era cada vez que algo le salía mal, o que algo cambiaba en su vida, o que perdía algo, o que algo moría en su historia para nunca volver. Todo esto pensaba, dieciocho horas después de haberla conocido. Su diáfana piel me permitía ver mucho. Padre mío, no me hizo falta ropa, y no leí uno solo de tus estúpidos libros de superación personal. De hecho, se los regalé a una de las pacientes más avanzadas, y ésta alcanzó a comerse tres antes de ser detenida por los hombrones que nos cuidaban. Pensé que Abraham había sembrado simplemente las

semillas de un verdadero amor, en la perra y en Udab. "No me limito a preocuparme por él", había dicho ella; "vivo con él, vivo de él." Entonces comprendí porqué Udab actuaba así: había perdido algo más que a un amigo. Había perdido al mejor, al más importante, al más certero. ¿Existe certeza en la amistad? En verdad Udab había estado esperando que su buen amigo se fuera. Sabía que llevaba incontables jornadas intentando llenar un vacío que le había quedado desde que se vino en la boca de cierta fulana en un autobús que lo llevaba a la frontera. No sólo cruzó la frontera de un país; cruzó la frontera que divide el sentimiento del amor, del conocimiento del amor. A partir de ahí, de ese acto inmundo —inmundo con respecto a su amor—, partió hacia el infierno de "saber" que amas, del "saber" que pesa más que el "sentir"; partió hacia la consciencia, y hacia el dolor de no ser lo que quien nos ama espera que seamos, pero, sobre todo, hacia el dolor primigenio del amor. Hacia ese sentimiento de eterna pérdida que acompaña al amor. El amante nunca posee lo suficiente. Y aún cuando Udab había esperado y esperado, no podía dejar de sentir una profunda tristeza, y —me atrevería a asegurarlo, aunque me parece un sentimiento demasiado mezquino para él— no podía dejar de sentirse abandonado. Mi-a-mor-me-ha-a-ban-do-na-do. Y no era nada débil. Creo que aún Dios debe haberse sentido abandonado por Luzbel, su luz hermosa, su ángel bienamado. Abraham había dicho que no existía otra forma más completa de pasión. Esa pasión en la que vez a tu amor en cada persona, en cada esquina. Como yo mismo cuando acababa de conocer a Udab. Él se preguntó si su Dios era un tirano. Y llamó tiranía al

amor. Creo que tenía razón. El verdadero amor es total, asfixiante, omnipresente. ¿Existe otra forma más completa de tiranía?

— ¡Al carajo! —gritó Udab—. ¡Al carajo! —y se levantó, tirando con su patita de ángel mi botella de tequila, que derramó sus ya casi agotadas reservas en mi alfombra milenaria.

— ¿Al carajo qué, Udab? —gritó la mierdita, casi al unísono—. ¿Al carajo Abraham, al carajo yo, al carajo todo lo que le debes a tus amigos o —e hizo una pausa ominosa— ... al carajo tú?

— Al carajo todo, al carajo todo —dijo él. Primus se acabó en ese momento. El cassette dio la media vuelta y los Rolling Stones comenzaron a expresar su simpatía por el Diablo.

Nada más ad libitum, pensé.

— Tal vez tengas razón —dijo la bruja, bajando la voz, podría decirse que con tristeza—. Al carajo el estúpido huérfano que dormía en brazos de los borrachos. Al carajo el niño lindo al que todos trataban como si fuera el hijo de Dios. Al carajo el culpable de años y años de desvelos, de insomnios, de gastos inútiles. Al carajo el genio. Al carajo Udab. ¡Al carajo! —y corrió hacia su bolso, lo tomó, y avanzó con grandes pasos hacia la puerta. Volví a pensar en mi vecino de abajo.

Udab alisó su pelo, tranquilamente, tensando los músculos de su cuello y de su abdomen. Después, con un rápido movimiento, tomó la botella y la arrojó hacia la puerta, rozando la cara de la perrita. Yo avancé hacia él rápido pero, con un leve

movimiento de su mano, sin siquiera verme a los ojos, me detuvo. La chica se había quedado petrificada a unos centímetros de la puerta, y se tocaba el rostro, como buscando la humedad de la sangre. Nos daba la espalda; el bolso había caído al piso, a sus pies. Yo miraba de uno a otro: la escena parecía haberse congelado, como cuando en el teatro se espera el oscuro total y el aplauso del respetable. Udab tenía lágrimas en los ojos. Sentí ganas de orinar, de llorar. Sentí ganas de desaparecer. Estaba viendo llorar a Dios. Avanzó lentamente hacia el librero; tomó el periódico y fue hasta donde ella. Buscó su mirada, pero ella desvió la cara. Eso ocurrió dos o tres veces. Después, él buscó en el periódico, encontró, y ofreció la noticia. La perrita miró unos segundos, y dejó caer el diario a sus pies. El papel cubrió su bolso.

— ¿Y sabes qué es lo peor? —dejó escapar Udab, despacio, con la voz ahogada en su llanto reprimido, baja y patética—. Lo peor es que yo tengo la culpa. Yo. Fui yo quien inició ese círculo alrededor de Jaime. Fui yo el que convenció a Jaime de que lo mejor para él era ir al seminario. Fui yo quien se vistió de padrecito y salió a perseguir imbéciles. Fui yo quien lo acercó a la muerte —su espalda se encorvaba; tenía el aspecto de una marioneta abandonada—. Creí que venías a echarme en cara mi idiotez. ¿Cómo podías saber? Ahora ya lo sabes. Puedes odiarme un poco más. Yo tengo la culpa... ¿Sabes?, siento que me acusas. Y es cierto. También tengo mi grado de culpa en lo de Abraham. Yo soy un problema; yo soy el problema. Pero no puedo hacer nada. No esperes nada de mí. Abraham se ha ido, como un animal, a morir. Nadie puede cambiar eso.

— ¿Y no intentarás nada? —preguntó ella, aún tocándose la cara y viendo al piso—. ¿Seguirás aquí, inyectándote ácido hasta morir?

Él rió. Pensé en Garrik.

— No sé qué hacer —dijo, caminando de nueva cuenta hasta el sillón del siglo enciclopédico y cayendo en él—. Y puedes odiarme también por eso.

Ella caminó y se tumbó a sus pies. Lloraba otra vez.

— ¿Cómo odiarte, hermano? —dijo, tallando su cara contra las rodillas de él—. Dime cómo hacerlo...

Los veo ahí, tirados a mitad de mi sala, y me recuerdan La Piedad de Miguel Ángel. Sólo que es una piedad inversa. Cristo llora a esa virgen, a esa madre suya, que sufre por él.

¡Cómo me ha extasiado siempre La Piedad! He soñado innumerables veces con ir a verla. Cuando supe que un idiota —porque loco es un adjetivo demasiado grande para un tipo así— le había mutilado, entonces me di cuenta de que la civilización occidental había fracasado. Y había concluido, también. ¿A dónde se había ido el sueño de occidente? A la verga.

La perra llora a los pies de su hermano, ese Udab que llora también. Los Rolling Stones braman su insatisfacción. Y yo sólo quiero ir a mi mesa, tomar mi cuaderno, y labrar en sus páginas blancas ese cuadro que se acerca mucho a mi propia

visión de un final feliz.

Mi habitación. Udab duerme otra vez. El judío de Auschwitz le mira desde la cabecera. Lo miro a él y escucho la respiración de la perrita que duerme en la sala. Ella insistió en que tenía que irse.

— ¿Irte? —había dicho Udab, con los ojos rojos por el llanto y una leve sonrisa en los labios—. ¿A dónde crees que irás a las cuatro de la mañana, tontita?

Sí, eran las cuatro de la mañana. Le dije a la chica que podía quedarse en mi cama, pero Udab se había parado de un brinco exclamando que él dormiría en mi cama y que nosotros podíamos ver cómo nos acomodábamos en la sala.

— Adoro tu cama —se limitó a decir, mientras corría hacia ella y se internaba en las sábanas. Apagué la luz y cerré la puerta. Escuché que Udab se soplaba un pedo y decía ¡Santa Madre de Dios! Sonreí.

Ella me miraba, sentada en el sillón de ya saben qué siglo, e insistió en que podía irse. "La ciudad despierta dentro de una hora", me dijo. Yo pensaba que Udab me había hecho un gran favor al no dejar que la mierdita se fuera.

— Ese sillón es bueno para dormir —le dije—. Provoca severas pesadillas.

Soltó una leve risita. "¿Y tú?", me preguntó. Tomé unas hojas del periódico que estaba en el piso, sobre su bolso, y la tapé con ellas. Recuerdo que mi abuelo materno decía que nada había tan caliente como el periódico, y se ponía hojas, pla-

nas enteras, sin importar las noticias atroces que contenían, bajo su ropa, como ropa interior o algo así. Y dormía de lo más contento. Tal vez sea porque guardan el ardor de la desgracia del mundo, pensaba, mientras le ponía a la perra esa cobija entintada y apagaba la luz de la sala.

— ¿Yo? —le contesté—. Yo no duermo. Creo que el sueño es una costumbre burguesa.

Ella rió otra vez.

— ¿Y nunca duermes?

— Claro —le dije—. Duermo cuando se me sube lo burgués.

Caminé a la cocina y entré. Escuché el crujir del periódico cuando la perra se acomodó para intentar dormir. Cerré la puerta. Sigmund jugaba un solitario de póker sobre la mesa. Lo supe aún antes de prender la luz. De alguna manera, no me hacía falta luz para ver a mis genios. Ellos eran como sombras blancas, como el negativo de una sombra, y la noche les provocaba el efecto que en la vulgar realidad provoca la oscuridad en los preparados fluorescentes. ¿Porqué hago ahora una diferencia entre la realidad y la presencia de los genios? Algo me está cambiando. Algo hace que de pronto Sigmund y los demás parezcan un lado de la delta de mi pensamiento. Tampoco ella los ve. Cuando ese Sigmund amable me indicó dónde encontrar los diablos, pasó junto a ella, y ella no lo vio. Tampoco ella podrá compartir eso conmigo. ¿Y te hace falta, pequeñuelo?, me preguntó Sigmund. Yo no sabía si me hacía falta o no. Hace algún tiempo, cuando Udab y yo fuimos al edificio del laberinto, él

dijo que no existía colectividad en la locura. Creo que es verdad. Yo mismo pensé que la locura era la soledad más acabada. Pero con ellos dos es distinto; ellos realmente están entrando en mi vida. Prendí la luz. Sigmund jugaba, como dije. Jim tenía los pantalones abajo y se flexionaba sobre su estómago. ¡Quiero mamaáarmela!, decía; ¡quiero mamaáarmela! Genial, pensé yo. Así es, aseguró él, viéndome. Los hijos del star sistem tienden a tener el pito demasiado pequeño, diagnosticó Sigmund. Después aventó las cartas por encima de su cabeza y exclamó: ¡gané!

Salí de la cocina. Jim había quedado con los pantalones abajo y Sigmund reacomodaba sus cartas mientras decía que el juego es el opio del pueblo. Me sentía mareado, pero no tenía sueño. Aún ahora no lo tengo. Ha desaparecido el sueño. El cassette de los Stones había terminado y la grabadora había decidido apagarse por sí sola. Calculé que habían pasado ya unos treinta y cinco minutos. Miré a la perra, o lo que se veía de ella a pesar del respaldo del sillón: su cabello, chiquitito y parejo, y sus dos botas de minero que asomaban por el otro lado, acompañadas por un pedacito de periódico. Sufrí, a pesar de mis esfuerzos por evitarlo, una tímida erección. Me toqué un poco el sexo; sentí una punzada en el cuello. Después abrí la puerta de la recámara.

Veo a Udab. Duerme. Su cabello se estrella contra el arrecife de la almohada. Siempre el mar. Udab parece un feto cruzando las eternidades del útero. Se ha despojado de la camisa, mi camisa, y sus brazos asoman por las sábanas; ese pequeño tatuaje en su hombro, un águila feroz y son las alas extendidas, pero inusualmente

mínimo, me recuerda que Udab está sufriendo. Como si las garras del águila estuvieran en realidad rasgando su piel, y no sólo labradas con maestría sobre ella. Me pregunto si en realidad está durmiendo. Es como verlo muerto, como si toda la muerte que cuelga de su alma se hiciera real al atravesar los límites del sueño; si es verdad que el sueño es un ensayo de la muerte, él debe saberlo bien. Parece excesiva y patéticamente delgado bajo las sábanas, desnudo, despojado de su armadura de punk y de sus cadenas y ornamentos. Pierde un poco de su poder al estar desnudo. Pero sólo un poco. Cuando lo vi en al aula del colegio inglés, parecía el David de Miguel Ángel. Tal vez lo sea. David ha venido a dormir a mi cama; se niega a hacerme el amor. ¿Soy homosexual? No. Sigo sin defenderme. ¿Lo he sido alguna vez? Tal vez, porqué no. Creo que debí nacer mujer. Soy una lesbiana en el cuerpo de un hombre, encerrada en este cuerpo que tiene un camote y un par de bolas, y que carece de tetas y de nalgas paradas. Me gustan las mujeres. Pero a veces me estorba mi sexo, lo siento demasiado entre mis piernas, siento que grita ahí, encerrado en los pantalones; pero cuando lo saco y le pido que me diga algo, se queda mudo, como si tratara de asegurarme que las vergas no hablan. Tengo frío. Siempre que miro a Udab siento la misma ráfaga gélida que se interna como un cuchillo en mi calentura, en mi fiebre. Debe ser el precio de sentir ansias de homosexual cuando no se es. Soy un maricón de treinta segundos. Si fuera una lesbiana en el cuerpo de una lesbiana, no tendría problema en hacerle el amor a ese ángel. Es tan femenino, que creo en verdad que es el prototipo, no, más bien el arquetipo, de la masculinidad. En verdad, todos los

hombres deberíamos poseer una cierta... un cierto... una cierta pincelada de femineidad. Nos haría más completos, y así nos acercaríamos más a nuestra naturaleza divina. Existen ciertas tradiciones en las que a Dios se le representa asexuado. Están en un error. Creo que más bien Dios debe ser un ente hermafrodita, capaz de preñarse a sí mismo, y capaz de crearse a sí mismo innumerables veces. Las mujeres en realidad poseen ese elemento, esa mente hermafrodita, y por eso son más divinas, más celestiales, que los varones. Son más completas y nos aventajan enormidades. Están muy lejos, sin embargo, de ser diosas. Se parecen más bien al ángel exterminador. Se parecen a la ira de Dios. ¡Ay! Si Dios fuera bueno, sin duda lo amaría. Cuando niño quise ser sacerdote. Udab se cagó de la risa cuando se lo dije. ¡El señor hereje tiene una mancha en su pasado!, dijo. Pero es cierto. Estudiaba en escuela de religiosos, y ellos sabían inculcarnos muy bien esa semilla de devoción, que no en todos florecía; yo creí que ese era mi destino. Hasta fui a un viaje en el que nos mostraron un seminario y demás cosas a todos los que habíamos asegurado tener la vocación. Y me asusté. Vi la austeridad de la vida en el seminario, ese grisáceo aire que más asemejaba una prisión que un lugar dónde amar a Dios. Deserté antes de empezar. No sé si mis padres me lo hayan tomado a mal. Ellos querían realmente eso para mí. Dejé de ser niño, crecí; mi pito empezó a gritar su presencia allá bajo, vi mujeres, vi rock and roll, vi droguitas y agujitas, leí a Sartre y al anciano Federico, comencé a mentir sobre hojas blancas, vi el mundo que se caía en pedazos, vi a Dios, vi a Dios, vi cuán dormido estaba, vi que se divertía, vi que tú y yo y todos significamos la

quinta parte de nada para él, vi a Jim un día parado al pie de mi cama, vi a Sigmund peinándose la barba, vi a Andy pintando sus sopas de lata sobre la calle sudada en verano, vi a W.S. caminar en círculos en el patio de la casa de mi padre, vi cómo brotaba la sangre de mi pie cuando ponía un cristal sobre sus venas, vi que todos sufrían cuando intentaba morirme, vi que los genios paraban sus actividades un minuto mientras esperaban que la muerte me cayera encima, vi que mis padres entendían poco y actuaban demasiado, vi que amaba mujeres y que las mujeres no me amaban a mí, vi que nadie parecía saber que yo necesitaba nada más que una lágrima en un ojo, nada más, vi que tendría que fabricarme mi lágrima yo solo, vi que el mundo era en serio, muy en serio, y entonces Dios empezó a caerme gordo. Algún día yo también quise ser amigo de Dios, y hoy soy la insignificancia de Dios. Algún día quise ser Dios, y hoy quiero ser escribano. Creo que tengo que buscar mi parte femenina en algún lugar. Tal vez está ahora mismo durmiendo a mis espaldas. Ya no quiero ser Dios. ¡Soy Dios, porque puedo crear el mundo, y porque puedo destruirlo! Pero quiero morir. Quiero morir para NO ser jesucristo. En realidad, no quiero pasarme la vida intentando ser algo tan bajo, como lo hace Udab. Huir es más metafísico que buscar la propia crucifixión.

¿Porqué pararse en una silenciosa plataforma?

Combate la guerra.

A joder con la norma.

— Rage Against The Machine.

Porque en verdad que hay guerras que merecen la pena pelearse. Como la guerra contra uno mismo. ¡Ay de aquel que no conquiste los terrenos flácidos de su propio infortunio! Pobre de ti si no conquistas tu propia cadena, si no cortas la soga que a tu cuello ahorca. El hombre está condenado, según algunos, a sucumbir ante el miedo. Pero, como dijera Henry, es mejor morir de hambre que morir de miedo. ¿Cuál es la función de la lucha? ¿Es que acaso venimos al mundo a sobrevivir, y no a vivir, simplemente? Creo que cuando el anciano Federico habló de que el homo había de ser superado, se refería a superar esa lucha por sobrevivir, esa lucha por tener un lugar en el escalafón de la nada, esa lucha por conquistar el hambre y la enfermedad, y llamó a esa renuncia —que incluye primordialmente la renuncia a la necesidad— voluntad. ¿A qué es a lo que venimos al mundo? Ya he dicho lo que pensaba mi padre. A destruirnos. Pero creo que el error fundamental en la teoría de mi padre es que él creía que el destruirse era el factor determinante del reencuentro con el Dios. Es decir: despedázate para encontrarte con otro, que no eres tú. Destrúyete para volver a tu creador. Y yo creo que no es así. El hombre está aquí para superarse. Por supuesto, no me refiero a esa falacia asquerosa llamada "superación personal", ese estigma norteamericano —al menos en su origen— que empaña la

gloria de este fin de siglo. No hablo de "supérate para ser el mejor"; porque ser el mejor o no realmente no tiene importancia, ya que para ser el mejor siempre necesitas que alguien te diga que lo eres. En ese sentido, siempre necesitas de otro que te subraye tu superioridad, o al menos de alguien con quién compararte para subrayarla tú mismo. No, no seas el mejor. No pretendas ser el jefe. Generalmente los jefes no son los más capaces, sino los más serviles, los que se arrastran más a los pies infectos del supremo jefe. Porque si tuvieras vista suficiente para ver hasta arriba, verías que el escalafón es interminable. Nunca sabrás quién está realmente detrás de la estructura. No pretendas acumular signos de poder; estos signos sólo sirven para conquistar hombres débiles. Un verdadero hombre poderoso te preguntará, cuando pases frente a él con toda tu pomposidad y tu riqueza: ¿qué es lo que te hace creer que eres más hombre de lo que otros hombres son? La respuesta es: un accidente. ¿O vas a decir que en verdad sabes cuál es el factor —cualquiera que sea su naturaleza— que te ha llevado a creer que eres el mejor? Ese sentimiento es absolutamente fortuito, y cuando te des cuenta de ello te sentirás el hombre más pobre sobre la faz de la tierra. Verás que los grandes rascacielos de cristal no son la representación del poder, sino el sepulcro que se construye a sí misma la debilidad. No sólo la debilidad de quienes creen que tienen el poder, sino la de todos aquellos que lo buscan en signos, en materias, en números. Lo que yo creo es: supérate, déjate atrás, búrlate de ti mismo, arráncate una mano y después humíllala diciendo "ya lo ves, no eres nada sin mí; no eres más que una sucia mano muerta." Despedázate, no para encontrarte

con alguien, sino para ser la vanguardia del tiempo de los asesinos, que fue declarado por Arthur en vida. Sácate las vísceras y tíralas por el water, sácate el cerebro y los ojos, mutila tus pardas orejitas y alimenta a las aves con ello, saca todo, déshazte de tu fútil naturaleza humana, para que en el centro, al final, sólo quede brillante, nítida, fértil y sabia, la semilla primigenia de la humanidad. Para que cuando digas "yo", puedas sentirte orgulloso, y no veas carros y mujeres y edificios y títulos universitarios y zapatos lustrosos y noblezas compradas y honorables familias y calles con tu nombre y súbditos alabándote y premios ganados por tu talento, sino que veas, simple y bella, tu alma. Que veas esa semilla simple, pero poseedora de toda la vida y de todo el poder, que es el espíritu humano.

Creo que nosotros, los humanos finiseculares, tenemos un serio problema. Tenemos que decidir entre fe y voluntad. Yo lo definirá así: si tienes fe, esperas que algo llegue, esperas un tiempo mejor, esperas un cambio, esperas el advenimiento de una salvación que sólo conoces hipotéticamente, esperas lo mejor de ti y de tus congéneres, esperas lo mejor del mundo y, a veces, trabajas —según tú— para que todo eso que esperas llegue. Ergo, si esperas tener una posición vas a la escuela, trabajas en una oficina, ahorras, y con afán de hormiguita te cuidas del tiempo de la escasez; si esperas que venga finalmente un Dios a terminar con las iniquidades de la vida, te pones a orar, observas una conducta loable y, si puedes, haces caridad para que el tal Dios te tome en cuenta en su banquete. Así podríamos resumir: fe, esperanza, y caridad. O dicho de otro modo: espera, confía, y merece. Se útil y bueno; y sobre todo:

espera.

Lo otro es la voluntad. Aquel que la posee no espera un carajo. Todo lo tiene. Estira la mano y obtiene el sustento, el amor, la satisfacción. El anciano Federico cita la mismísima doctrina cristiana: "no se preocupen por la vida", dice el buen Jesús —uno de los hombres con más voluntad que según yo han existido en la historia humana; y conste que digo hombre—, "pensando: ¿qué vamos a comer? No se inquieten por el cuerpo... porque la vida es más que alimento y más que vestido." La gente que posee la voluntad no se preocupa por ser buena o por ser mala; simplemente es. Llegamos entonces a la bonita conclusión de que la necesidad es un artificio inventado por el hombre para esclavizar al hombre, tanto como la noción de bueno y malo. El trabajo es un claro ejemplo: es "bueno" trabajar, y es "malo" no hacerlo; el trabajo no responde a una urgencia real en el ser humano —y al hablar de urgencia hablo de instinto—, sino al afán de hombres que controlan la economía por dominar hombres que "necesitan" entrar a esa economía: al entrar el concepto "dominación" en juego, la noción de bueno y malo desaparece, ya que el hombre no está en este mundo para ser dominado por nadie, y menos por otro hombre. Todo esto ya está más que dicho, y no es mi intención redundar en ello, querido amigo, aunque lo desees fervientemente. El escribano no está en este mundo para complacer deseos mezquinos de sus lectores. Sólo pretendía hacer un planteamiento para retomar la anterior cuestión.

¿Cuál será la decisión de este hombre de fin de siglo y de fin de milenio?

¿Cuál será la herencia que hemos de dejar a los chamacuelos del dos mil? ¿Fe o voluntad? ¿Optaremos por la fe y la idiotez de la "superación personal", que tan inveteradas se hallan entre nosotros? ¿O les dejaremos la voluntad, el eterno movimiento del ciclo de la vida, les permitiremos que crean en su valía más allá de bienes y de dioses y, sobre todo, más allá de sus compañeros hombres?

Sea cual sea el resultado de la presente cuestión, el próximo milenio no promete demasiado.

Cuando me siento al cagadero, y hago el consabido esfuerzo por tirar el lastre; cuando tenso ese músculo diminuto llamado esfínter, además del orificio de necesariamente se abre, una extraña clarividencia abre también sus puertas para mí. Entiendo más las cuestiones, se me abren los ojos; es como si el ano fuera mi tercer ojo. Hace un momento aseguré que el próximo milenio no prometía demasiado. Creo que la historia humana podría compararse con un viaje a través del cuerpo tendido de Dios. Ya hemos viajado por la cabeza y el cuello —y creo que también por la corona de espinas; no veo otro significado para las guerras—, por su torso desnudo y su ombligo, por su camote —creo que el siglo de las luces fue un buen viaje por la verga de Dios—, pero, para nuestra desventura, estamos a punto de entrar a la caverna apestosa del culo de Dios. Ese ano viscoso es el próximo siglo. ¿A dónde podría llevarnos este camino oscuro y lleno de inmundicia? Creo que sea lo que sea

el futuro de la humanidad —y ya sé que no faltará por ahí el idiota que me diga "siempre dices 'sea lo que sea' y nunca das una respuesta a las preguntas que formulas", sin saber que, desgraciadamente, no poseo el don de saber qué va a pasar en el futuro, y que creo que es una falta de respeto a los humanos futuros el elucubrarlo—, debemos rogar, orar, hacer votos, y esperar fehacientemente que Dios no se siente al cagadero.

Veo a la perra. La veo. Duerme, y su sueño es como el de un anacoreta que sueña con la civilización. Creo poder ver en su pequeña cabecita: está inquieta, creo que sabe, o al menos presiente, que su vida ha cambiado. Cuando abrí la puerta, hace unas horas, partí muchas vidas en dos. La mía, por supuesto; presiento también un cambio, un huracán que arrastrará por el desierto los vestigios de mi ruinosa vida. Creo que esa tempestad es y será esta diminuta mujer. En verdad es linda: no como lo era mi madre, "mamá linda", sino como puede ser linda la muerte, como puede ser linda la destrucción de todo; como es, de hecho, linda la nada. Presiento que mi amigo E. pensará, cuando tenga contacto con estos conceptos, si es que lo tiene, que me desenvuelvo en un plano completamente vacío y anodino. Él es un ser del todo político; si no completamente, sí primordialmente. Sé que se preocupa por las cosas álmicas y metafóricas, sé que gusta de ser idealista, pero, aunque parezca extraño, es una de las personas más pragmáticas que he tenido la fortuna de conocer. Creo que

esto se debe a que proviene de un ambiente politizado en demasía. Su padre —al que por cierto sólo he visto una vez, a la carrera y con el rabillo del ojo— es maestro, creo que en la Real Universidad Autómata de México. Tengo entendido que el señor es a toda madre, o al menos ese concepto tiene E. de él. Y aunque tengo una imagen no muy favorable de los maestros en general, no tengo ánimo para hablar del señor. Hablo de E. Creo que miento al decir que el ambiente del que proviene es politizado; más bien creo que tiene un concepto de realidad demasiado fuerte, que envuelve su vida y su razón como la cáscara envuelve a un coco. Se preocupa por la pobreza y por la injusticia; asiste a manifestaciones y enarbola banderas de izquierda. Creo que muy dentro de él tiene ciertos deseos por convertirse en un héroe romántico. Y creo que cuando escuche hablar de la nada o la destrucción total, pensará que soy un escapista y que desperdicio papel y tinta para hablar de los confines de mi vida espiritual y de los límites del ano de Dios y todo este cuento. Tiene razón. Tal vez, quiero decir. Sé que allá fuera, en este mi país perdido, en este mi mundo, ocurren cosas, importantes de veras. Pero en realidad, a mí la realidad me importa un real coño. Lo que yo quiero es matar la conciencia. Por mí, que se pudra el mundo. Es más lo que me ha quitado la vida, que lo que me ha dado. Sé que, si no fuera por la vida y por mi presencia en el mundo, no podría estar haciendo esto que hago ahora, no podría ver con ojos de lujuria a esta brujita que duerme en el sillón que me heredó mi abuela, no podría pensar todo lo que pienso, o que creo que pienso; si no viviera no podría decir que vivir no vale lo que dos chingadas. Un helicóptero pasa

cerca. E. tiene fe. Yo no tengo nada. Sólo una pluma, un cuaderno que repongo cada que agota sus reservas, pero que es siempre el mismo, una botella de tequila que funciona igual que el cuaderno, y un cerebro que tiende a la pequeñez. Padre, me preguntabas porqué escribía; bien, te lo diré ahora: porque no me queda ya nada más. Lo he perdido todo. Ni siquiera me queda un gramo de voluntad. Lo único que quiero es morir, y ésta es la mejor forma que he encontrado para hacerlo. No me vengan con el coño de que el mundo tiene aún esperanzas. El mundo es pura ruina, y yo quiero construir la muerte, la muerte bienaventurada, pero no sobre un mundo muerto. Para que exista la muerte tiene que existir la vida. Y aquí sólo hay muertos. En este mundo la estupidez justifica la estupidez. ¡Bien! Quisiera decirle a E. que yo creo en la nada. La acepto. Es lo mejor, E., lo mejor. ¿Porqué no lo intentas? Quisiera decírselo, pero no me atrevo. E. me mandaría a joder a mi madre si lo hiciera. Diría que soy un anciano de veintidós años. En verdad lo soy. Lo mismo diría mi madre.

— ¡Chale! ¿Qué me ves? —me dice la perra, sorprendiéndome. Me mira con ojos irritados, y tirita de frío.

— Lo siento —digo yo, y desvío la mirada, más por mi propia sorpresa que por otra cosa—. Estaba pensando.

Ella se incorpora, y las hojas del periódico se deslizan hasta sus pies. Parece una niña; es una niña. Se mueve como agua cayendo en un pozo.

— Bueno, a veces es sano poner a trabajar la mollera —dice al fin.

Yo también lo creo, pero a veces me siento arruinado. Mi madre creía que estaba enfermo de escepticismo. Decía que yo no confiaba ni en Dios, ni en la historia, ni en los procesos electorales. No es eso. La historia es bonita. También Dios. No se diga los procesos electoreros. En lo que yo no creo es en la verdad, y en la realidad. Es una forma de globalizar, no la desconfianza, sino la negación. Soy terriblemente negativo. Yo desconfío de la desconfianza. Esos sentimientos, el escepticismo o la duda, son fácilmente traicionados. Todas las dudas se pueden comprar. Pero, ¿cómo ponerle un precio a la negación? Probablemente, en un futuro cercano, las únicas personas honestas serán aquellas que nieguen la totalidad; que digan no a todo. Porque en este tiempo en el que hasta lo más "puro" se encuentra plagado de ratas y cerdos, en estos momentos en que ya no se dan margaritas a los puercos, sino que los puercos cultivan las margaritas, todo aquel que ceda y se atreva a inmiscuirse aunque sea un poco en los asunto terrenales y hasta espirituales, colabora con el crecimiento de la mierda y corre el terrible riesgo de volverse un chancho también. Y entonces el futuro sería una eternidad de puercos. Por supuesto que no creo que sea correcto mantenerse al margen, porque eso no sería honesto sino cobarde. Lo que pienso es que tiene que dejarse atrás esa creencia de que el compromiso revolucionario es con la vida real únicamente. Quiero decir con la vida tangible. Creo que Fellini tenía razón al decir que los sueños son nuestra única vida real. Porque la realidad tangible de hoy es la injusticia y la mentira, y si nuestro compromiso fuera con la injusticia y la mentira, sería tanto como afirmar que esa es la naturaleza humana.

Ya no podemos ni debemos creer que la proyección no está comprometida con el final de la construcción. Es cierto que el mundo final no es compromiso único de aquel que lo promueve, sino de todos los hombres; pero aquel que lo promueve debe llegar hasta las últimas consecuencias, hasta la muerte si es necesario. Hoy, la justicia y la verdad son sueños, aspiraciones de loco. Es "irreal"; forma parte ya de la imaginería escapista, según los "inteligentes" de hoy. Hoy, en mi país, es considerado inteligente el más chingón. Es decir, el que chinga más. Prefiero morir con el sueño de un mundo en el que el hombre acepta su calidad de hombre, y no vivir en este mundo en el que el chingón es una nueva categoría para calificar la grandeza de los restos de un ser que se llamó algún día hombre. Prefiero morir por el hombre, y no por Dios, o por la historia, o por los procesos electorales. Todo eso que el hombre no es.

— Andas... muy clavado, mi cuate —me dice ella. En algún momento ella caminó hasta la terraza, abrió los cortinajes, y se paró a contemplar cómo el mundo abría los ojos. Ya deben pasar de las seis. Allá fuera la claridad se posa sobre el roble, aún con pereza, pero definitivamente. El amanecer en esta ciudad siempre tiene este carácter gris, como de tristeza; como si el creador de todas las cosas trajera con cada noche la esperanza de que la vida se niegue a aparecer de nueva cuenta a la par del sol. Un helicóptero sobrevuela la ciudad; debe ser uno de esos que dan el reporte del tráfico, uno de esos insectos tecnológicos que pretenden suavizar la carnicería del periférico—. Oye, ¿en serio no duermes?

— Por Dios —digo yo. ¡Por Dios! ¡Qué devaluado está el concepto de Dios!

— Pues muy mal, maestro —dice ella—. Ya me encargaré de hacerte dormir un día de éstos.

No pretendas nada. Creo que me he convertido en una especie de cactácea llena de espinas. Pretendo no creer en el amor, más bien le tengo miedo. Tengo una extraña facultad para buscarme amores difíciles, o imposibles, o poco probables. Nunca he creído en el amor simple. Por eso no creo en el amor de Dios, ni en el de mis padres, mucho menos en el del gobierno. El amor simple no es nada más que un pretexto simple.

— Eres un vulgar mentiroso —dice ella, después de unos breves segundos de reflexión—. Hace rato te aventaste una soberana jetota, después de la escenita de Udab.

— Me atrapaste —digo yo. Después pienso que algo hemos de desayunar, y que no tengo ninguna intención de pensar en amor el día de hoy. También pienso que la perra no debe ser una buena cocinera, pero que debe fornicar de maravilla.

7

Sylvia entró al viejo templo gótico con paso lento y apagado. Una luz mortecina invadía el ambiente; el templo vacío, su acústica, su inusual y opaco esplendor, la subyugaban. Tenía una idea dándole vueltas desde hacía días en la cabeza, y el entrar ahí le parecía tanto como ir a visitar el pecado durante un tour por tierra santa. En la puerta había un aviso que rezaba que a esa hora, de lunes a sábado, se impartía la confesión. Pero siempre estaba vacío. Las gordis siempre pedían al sacerdote flaco que las confesara en horas y días inusuales; no era cosa de dar a entender frente a los demás que uno tenía pecados qué confesar. Sylvia podía imaginarse esos pecados: gula, ambición, omisión, sueños húmedos, "hablé mal del muertito", "soy comunista, padre". Los verdaderos pecados no son capaces de confesárselos ni a ellos mismos, solía decir. Cantrell opinaba que no debía haber ningún pecado. "Son tan iguales", decía, "que hasta en eso deben parecerse. Creo que más bien tienen que inventarse pecados, para justificar la presencia de la iglesia y el sacerdote. ¿Qué se pueden envidiar, por ejemplo? ¿La casa, la mujer, la posición? Nada, Sylvia, nada.

¿Crees que tengan el talento necesario para la herejía, o para el simple desacato de la ley de Dios? No, Sylvia; para ser realmente pecador, se necesita un mínimo de creatividad.” Pero, más allá de la puerilidad del culto, el templo era hermoso. Tenía un color parecido al del ladrillo rojo, lo que lo hacía parecer inacabado, pero que le daba un cierto carácter de atemporalidad. Daba la impresión de que lo acababan de construir; pero en vez de provocar la sensación de una construcción moderna que imita un estilo antiguo, parecía más bien una suerte de máquina del tiempo que transportaba a quien fuera que se parara dentro al tiempo de los godos, a la Europa del siglo XII. Aunque, claro, cuando ese quien fuera habría las ventanas de la nariz, regresaba, gracias a ese sutil hedor a caca de paloma y a culo de cristiano, al tiempo presente. Sylvia se preguntaba a qué habrían olido los templos del siglo XII, o, mejor aún, las catacumbas del siglo I. Se preguntaba si la iglesia de Cristo siempre habría olido así, rancio, o si con el paso del tiempo se habían ido envejeciendo las buenas voluntades hasta llegar a apestar así. Sylvia volteó hacia el techo; era impresionante su altura. ¿Cabrá realmente Dios aquí?, se preguntó. No; Dios cabe en cualquier lado, menos en un templo. Tal vez el templo sea el lugar más alejado de la gracia divina.

Los pasos de Sylvia rebotaban con violencia en la estructura vacía. Tenían un sonido extraño: podría decirse que sonaban dulces. Había una gran diferencia entre el sonido de esos pasos y el de otros: ella tenía nada qué temer. Su temor a Dios había quedado muy atrás, abandonado en un incierto lugar, en un país que en su

mente había perdido el nombre. Había perdido ese miedo cuando, teniendo quince años, había decidido partir y alejarse de su madre y de su infancia llena de rencores. En su pensamiento había concluido que no tenía nada de qué estar dolida, no tenía nada que reprochar, porque sus padres y su infancia ya no existían. Nunca habían existido. Después pensó que nada existía en realidad, que todo es un simple juego con el cual alguien, Él, el Gran Alguien, se divierte enormidades. Entonces se dio cuenta que el temor a la divinidad se basa en el gran sentimiento de culpa que provoca tomar el juego demasiado en serio, tomar una niñería con la gravedad de un problema real. Decidió burlarse un poco de la realidad, y dejar que Dios se sintiera un poco mal al verla. Sus pasos rebotaban en el vacío, como decía, y también el tintineo de las baratijas que adornaban sus brazos largos y pálidos y su cuello cargado de ego. Por primera vez se hizo consciente de ese tintineo, de ese baile de metales baratos que chocaban al ritmo de sus movimientos y que la hacían parecer un espectáculo ambulante, una especie de acto percusivo que invitaba a bailes que poco o nada tenían que ver con la diversión o el esparcimiento. “Hay equilibrio en el sonido, pero a la vez es tétrico”, pensó. Miró hacia el techo nuevamente; después miró al retablo, mientras caminaba hacia él. Un Cristo gigantesco dominaba la escena, con el largo cabello tapando casi todo el rostro. Había además, en cada nicho, imágenes de otros santos y vírgenes y pasajes pictóricos de los evangelios. Sylvia se sintió mareada. Llegó hasta la primera fila de bancas, y se depositó en una de ellas; un leve rechinido se amplificó hasta parecer un trueno. “Puta madre”, pensó. Se le enchinó

la piel.

“Hay equilibrio en el sonido

pero a la vez es tétrico.”

Ahí dentro hacía frío. Mucho frío. Sylvia estiró la mano y tocó la madera de la banca. Era más parecido a un refrigerador que a una iglesia. “Pero así es siempre”, se dijo, apenas en un murmullo. Después miró nuevamente al techo. “¿Ahí arriba, será distinto?”, se preguntó; tal vez arriba se guardaba todo el calor que dejaba el pueblo de Dios abajo. Tal vez por eso el cielo prometía tanto. Tal vez por eso los hijos de Dios eran tan fríos en la tierra; su calentura los esperaba en el cielo. “Por eso prenden tantas velas”, se dijo. Cada vela podía ser el calor y la verdadera pasión de cada creyente; el ardor subía como un abono para la vida eterna. “Pero aquí, en el mundo, sólo queda frío; frío...”

El sacerdote la miraba, quieto, con ambas manos sobre la entrepierna, parado en la pequeña escalinata que bajaba del altar. Su mirada parecía clara, y hasta amistosa. Sylvia intentó compararlo con el viejo de la playa. Sin embargo, había una gran distancia entre la sabiduría del viejo chimuelo y la mirada semibeatífica del sacerdote. La mirada del celestino de sombrero de paja era total y sincera, y la del joven padre era más bien rebuscada; se prestaba a mil interpretaciones, desde una verdadera santidad hasta la más grande hipocresía. Esos ojos tendían hacia lo gélido, pero atrás, muy atrás, había un brillo incierto, como el de una llama que se niega a extinguirse. Ella se preguntó si todo el tiempo el sacerdote había estado ahí; había apare-

cido casi de la nada. No había escuchado en ningún momento el avance de sus pasos; había algo fantasmagórico en la presencia del tipo.

— ¿Qué haces aquí, hija? —preguntó él, avanzando hacia ella. No, no había escuchado sus pasos; definitivamente la había estado observando desde el principio. Sylvia pudo notar que iba vestido de civil, con pantalones vaqueros y camisa blanca con círculos de sudor en las axilas. Su cuerpo tendía a la armonía; era un tipo bien parecido, alto y espigado, con cierto rescoldo de una fuerza que sin duda había poseído del todo algunos años antes.

— Quiero confesarme, padre —dijo ella, con una leve desafinación en la voz. ¿La conmovía de alguna manera? No. No era su tipo. Pero le recordaba a alguien; alguien que se había quedado en la frontera entre México y los Estados Unidos, alguien que sin duda en ese momento sería un hombre muy parecido a ese que tenía frente a ella. "Voy a ser sacerdote", había dicho el niño, mientras tocaba su cuello.

— Entonces, será mejor que vaya a ponerme ropa más adecuada —afirmó el hombre, dando la media vuelta y dando unos pasos dubitativos.

— No. No será necesario —dijo Sylvia, poniéndose de pie—. De cualquier manera, no soy creyente.

El hombre volteó y la miró, sonriendo. Después la invitó a que lo siguiera a uno de los pequeños cubículos que se afilaban pegados a la pared del gigantesco templo. Sylvia caminaba nerviosa, jugando con el libro, que la acompañaba a todos lados, entre las manos. Se preguntaba porqué había inventado el cuento de la confe-

sión y qué iría a decir una vez que tuviera que hablar. Intentó recordar cómo era el rito de la confesión cuando su madre la llevaba casi a la fuerza al templo de su pueblo, siendo ella muy pequeña. Pero lo que recordó —esos insulsos pecadillos que confesaba más por burla que por arrepentimiento— la hizo sonreír.

"Hay equilibrio en el sonido

pero a la vez es tétrico."

El padre le indicó por dónde había de entrar. Dentro del pequeño cuadro de madera, se sintió encerrada. Es demasiado pequeño, pensó, para las grandezas humanas que vienen a expresarse aquí. Continuaba sonriendo, pero el sudor en las manos, humedeciendo las solapas del libro, le indicó que de cierta manera estaba nerviosa. Excitada. Trataba de imaginarse qué podría haber sido del niño del camión, aquel de bello nombre bíblico; pero no podía ver nada, no podía materializar en su mente algún futuro hipotético para ese pequeño febril. Era como si un gran abismo se hubiera abierto a los pies de esa imagen de sus recuerdos.

Pienso en cuál es el nexo que une a estos cuatro: Abraham-Prostituta-Padrecito de Limón-Sylvia. La prostituta y el padre son las representaciones que los otros tenían del ser amado. Abraham pensó que Sylvia iba a ser una puta toda la vida y por ello se buscó una prostituta a la cual amar. Sylvia por su lado sólo sabía que el niño del camión iba a ser sacerdote, y al encontrar uno que correspondía, según ella, al

aspecto que Abraham tendría en esos momentos, se acercó a él para, finalmente, saldar esa cuenta que tenía con su propio designio.

Sin embargo el niño seguía ahí, dando vueltas en su cabeza. Como una tormenta. Qué importaba si carecía de un destino imaginario; había existido. Él sí, no como su infancia y sus padres que habían desaparecido bajo los vestigios de su propia estupidez. Él sí estaba ahí, porque su presencia había sido pesada, importante; Sylvia podía recordar cómo el libar sexos, el mamar, nunca había sido lo mismo después de aquella noche con olor a carretera y a dulce y cigarro. Recordó cómo el deseo ferviente de recibir semen en su boca había cambiado, de un mero deseo mórbido, a una necesidad imperante por acaparar el verdadero amor. Por sentirlo escurrirse por las comisuras de sus labios. Y ese amor momentáneo se había convertido en el único amor posible para ella. En lo único que ella creía merecer. No esperaba más: era más de lo que nunca había recibido. El otro amor, ese de las películas y las novelas malas, se le había roto entre las manos; se le había ido como arena entre los dedos. Había roto con el pequeño amor de papá y mamá. Pero, al principio, no había sido fácil desprenderse de su pasado, ni deshacerse de sus padres. Había crecido con un fuerte complejo de niña arrinconada; un fuerte sentimiento de que la tierra era un salón de clases y de que el maestro la había castigado con la cara volteada contra la pared. No había sido fácil decidirse a voltear el rostro y encarar lo que realmente era

el mundo; no había sido sencillo ir y escupirle la jeta al maestro. Había requerido mucho tiempo. Dolorosos descubrimientos. Pero, después de un segundo de decisión, lo había disfrutado realmente. Tanto como ahora disfrutaba una eyaculación ardiente estrellándose contra su garganta. Cierto tiempo después, abordó un autobús en un perdido pueblo del norte de México. Llevaba las botas sucias y el cabello enredado; hacía días que no se lavaba y tenía mal aliento. No había un maldito asiento desocupado en el camión. Y un niño, un jovencito medio afeminado y con la voz agudísima, le había ofrecido uno de los dos asientos que le habían pagado. Lindo gesto. Era suave y diminuto como un querubín. Y le había partido la vida en dos. Le había regalado dulces y cigarrillos sin filtro y una obsesión que a últimas fechas se había convertido en algo digno de platicarse con un psicoanalista. El planteamiento principal en la mente de Sylvia no era qué significaba todo esto, sino en qué iba a terminar. En ese momento se encontraba encerrada en un diminuto confesionario de madera tallada, sin saber qué decir y pensando que la situación no venía al caso en lo más mínimo.

— ¿Qué has venido a decirme, hija? —preguntó el sacerdote, detrás de la pequeña cortina de madera con hoyitos trabajados artesanalmente que separaba la plaza del pecador de la del redentor.

— Para empezar, padre —contestó Sylvia, pegando la cara a la cortina—, le pediré que no me llame hija. Me parece hostil —y pudo ver cómo la carnosa boca del sacerdote esbozaba una tenue sonrisa.

Fuera del pequeño cubil de la infamia, podía oírse el sutil sonido del vacío. Ese sonido que es como el respirar mórbido de un moribundo, un sonido como de viento a la expectativa, y que corría endemoniado por toda la iglesia, por entre las veladoras y sus llamas, por entre el humo invisible que subía hasta depositarse en las altas cúpulas para sentarse a dormir ahí, por entre las largas bancas y sus maderos gélidos, por entre los nichos y los retratos del viacrucis, entre las espinas de la corona del señor tu Dios, entre las túnicas de los santos y sus rostros encendidos de esperanza y fe y devoción y ciega entrega a la armonía espiritual, entre las columnas gigantes y delgadas y que constantemente amenazaban con el derrumbe; ese viento que caducaba al chocar contra los vitrales escondidos entre milagros de bronce, apartados de la vista por el juego de la luz del sol, por la consecución de sombras engañosas, por la brillantez, el esplendor que parecía surgir de todos lados y de ninguno; ese viento que agonizaba al posarse en el viejo quid pro quo de las vasijas para la limosna, en la apagada pasión de las estampitas de San Sebastián y San Anastasio y Santa Catalina y el Santo Papa, en el engaño de la grandeza impuesta al hecho de morir sonriente en el medio de un leprosario, ese sonido atascado de nada que parecía eternamente salir del culo de los sacerdotes y de las monjas y de los obispos y arzobispos y de los papas y prelados y reyes y virreyes y emperadores y mártires y patriarcas y santos y santas y del hijo unigénito y del mismísimo Dios. Era el mismo vacío que ella percibía de niña al oír hablar a su madre, sólo que éste no era expresado en palabras, sino en silencios. Como una sinfonía absurda e interminable. Ahí estaba el

sonido del vacío, ahí fuera, testimoniando un dolor universal y común para todo, sobre todo para los hombres. Ahí estaba la prueba de que nada era diferente de nada, de que nada existía porque todo era vacío. Sylvia respiraba, humedeciendo los resquicios de la mirilla, y veía los ojos del padre que la buscaban. La buscaban con insistencia. Sylvia recordó que esa noche Cantrell la esperaba en casa para ver en el videomagnetófono la película Sacrificio, del ruso Tarkovsky.

— Bien —dijo el sacerdote, todavía sonriendo—, pero entonces tú deberías dejar de llamarme padre.

Sylvia se movió nerviosa en su asiento. El padre no prometía mucho. Pero la decisión había sido tomada y ya no era tiempo de echarse atrás. Era hora de comer.

— Padre —inició Sylvia su discurso, con timidez ensayada—... tengo una... fiebre. Tengo un deseo y una necesidad terribles, que me asaltaron desde que lo vi a usted en la playa, el día de los jicotes, cuando incineraron a Gregorio. ¿Recuerda usted esa mañana? Yo no puedo olvidarla.

— Claro que recuerdo —afirmó el sacerdote—. El día de los militares. Pero eso fue hace casi un año.

— Diez meses —recalcó Sylvia—, para ser exactos.

— ¿Y qué hay con ese día?

— Resulta que lo vi, padre —continuó Sylvia—, a usted, en medio de toda la gente y los militares. Y me puse a pensar en mí, en mi vida, en lo que los demás piensan de mí. Usted sabe muy bien a qué me refiero. Todo mi medio se ha vuelto

en contra mía, todo lo veo hostil, veo gris el cielo y muerta la tierra. A veces me siento como una anciana. He concluido que no sé nada, muy socráticamente, y que, por desgracia, tampoco deseo saber nada. He pensado en matarme, ¿puede usted creerlo? Pero he llegado al conocimiento de que eso tampoco tiene algún sentido para mí, porque la muerte es un vacío tan completo como la vida. Sólo cambiaría de un vacío a otro. ¿Sabe, padre? —dijo, pegando la cara a la mirilla y viendo cómo el sacerdote la miraba tieso y con cierto temor en los ojos—. He cambiado mucho desde que lo miré en la playa, hablando latín frente a las llamas. Tengo sueños, padre, sueños que sobrepasan todos los límites imaginables de la cordura, sueños que elevan mi alma y la convierten en algo tan ínfimo pero tan poderoso como un átomo, como ese átomo que volvió cenizas las ciudades del Japón en agosto del cuarenta y cinco. Sueños que destruyen todo lo que yo creí que era bueno; todo lo que yo creía que era ordenado, padre, todo cae bajo el peso de estas visiones que me estremecen y que me llenan de terror y desconcierto. He pasado muchas noches en vela y con sobresaltos temerosos, muchos despertares de agonía, padre, antes de venir aquí. Temo que tendré que completar el círculo si es que deseo librarme de este suplicio que mata mi conciencia.

Sylvia calló, y separó su cara de la mirilla. El padre, del otro lado, la vio perderse en la sombra del pequeño cubo de madera. Sintió alivio. Cerrando los ojos, deslizó sus manos hasta que éstas descansaron en las faldas de su camisa.

— Hija mía —murmuró el sacerdote—... perdón, quiero decir, tú, mujer, creo

que has venido al lugar equivocado. Si todo esto te hace sentir mal, debes consultar a alguien especializado. No quiero decir que estés loca. Pero no entiendo cómo pretendes que te ayude el hablar conmigo, si tú misma dijiste que no eras creyente. Yo soy ministro de Dios, y las cosas de Dios son cosas del alma.

— Pero es mi alma la que sufre.

El padre abrió los ojos. Sylvia estaba arrodillada frente a él, dentro de su espacio en el confesionario. Intentó incorporarse, pero ella apoyó las manos en sus rodillas y se levantó primero. Después se montó en él, y su lengua se paseó por la oreja descubierta. La mirada del sacerdote se nubló, mientras escuchaba los jadeos animales de Sylvia casi dentro de su cabeza. Ella ensalivó todo el rostro del hombre, su cuello, y fue al encuentro de su lengua, que se entregó sin resistencia. Después de una larga batalla de las dos bocas, Sylvia estiró la mano y tocó el sexo del padrecito. Estaba duro. Ella sonrió. Recordó al tipo inglés de los whiskies; ella podía notar la erección en su entrepierna desde que abandonaban el bar y caminaban al apartamento de él. Cuando lo desnudaba, el pene presentaba un aspecto casi amoratado. Pero éste no; éste le había costado algo de trabajo. Había tenido que luchar por el sustento. Sylvia se deslizó hasta volver a estar de rodillas ante el sacerdote. Lo miró; el padre veía hacia el cercano techo del confesionario, la mirada perdida, la boca abierta de par en par, como si estuviera en un trance visionario. Ella se apresuró a desabrochar el pantalón y, después de unos segundos, tenía ante sí esa pequeña mole de carne dispuesta para el banquete. La metió lentamente a su boca. Era como la de un

niño, pero era eso precisamente lo que ella buscaba. Nada más adecuado. Trabajó su boca contra ese pequeño caramelo, con sabiduría infinita, con oficio. Sentía cómo las piernas del hombre se tensaban cuando ella atacaba el punto más sensible. Sentía sus manos apretar su cabeza contra el instrumento de sus delirios. ¿Se habrá tragado el cuento de los sueños?, se preguntaba Sylvia mientras su boca actuaba como la de una ternera que lucha contra la ubre de su madre. Escuchó entonces cómo el hombre resoplaba, cómo su aliento se cortaba como el de un animal en pleno sacrificio, y se preparó para el momento anhelado. Recibió lo que esperaba, en abundancia. Su mente, por unos momentos, permaneció apagada, literalmente en blanco, alejada de cuanto le rodeaba, en un paroxismo que a ella le gustaba comparar con la experiencia religiosa, o con el momento de la muerte. Uno a uno fueron regresando sus sentidos. Cuando sus oídos se reabrieron al mundo, pudo escuchar que el sacerdote lloraba quedo. Ella se puso de pie, limpiando las comisuras de sus labios. El hombre cerraba los ojos con fuerza, como si pretendiera retener sus lágrimas; pero todo su cuerpo era un sollozo. Sylvia acercó su rostro al de él. Después de todo, no era tan bien parecido.

— Gracias —dijo, hablando bajo, como si hubiera temido que alguien pudiese oírla. Después, abrió la boca y recogió con la lengua una de las lágrimas que humedecían la mejilla del sacerdote.

Caminó sorteando columnas, negando el vacío que se había extendido más allá de los espacios de la iglesia y que parecía querer invadir su estómago. Escuchó du-

rante unos instantes el lamento apagado del sacerdote, que había quedado llorando en el confesionario, con los pantalones abajo y la verga viscosa y flácida entre las piernas. Salió al estallido claro de la mañana de Limón. La luz hirió sus ojos, y sintió ganas de echarse a llorar. Caminó rápido por entre las callejuelas adoquinadas, escapando del mar que iba quedando atrás, a sus espaldas, y con una fuerte sensación de que alguien la seguía. Siguió escuchando los sonidos del mar, que le parecían una prolongación de los sollozos del padrecito, durante algún tiempo. Llegó a la pequeña plazuela que los nativos llamaban "de la soledad". Los comercios permanecían cerrados. Sylvia pensó que, en esos momentos, el nombre era muy apropiado. No se veía a nadie; sólo algunas aves que iban y venían de un árbol a otro, como llevando cosas en un sinsentido eterno, como prestándose mutuamente una poca de atención. Se sentó pausadamente en una de las destartaladas bancas de metal, y recordó que en cierta ocasión el municipal había llevado a cabo una suerte de plebiscito donde pidió la opinión de los conciudadanos respecto a la posibilidad de cobrar por el uso de esas bancas. Todo mundo había votado en contra, no porque se hubieran puesto a meditar sobre la estupidez de esa propuesta, sino porque el pobre diablo se había buscado la antipatía del pueblo por el penoso y grotesco asunto del cadáver de Juan Gregorio. Sylvia, de pronto, sintió que había olvidado el libro en el confesionario. Lo tenía en la mano, húmedo y medio ajado por sus manos que se movían sin control. Una lágrima recorrió sus mejillas, hasta chocar con sus labios y humedecerlos. Buscó el bolígrafo que llevaba eternamente escondido entre los pechos;

abrió el libro y, con trazos angustiosos, escribió:

“Hay equilibrio en el sonido

pero a la vez es tétrico.”

y sintió que la pluma se le caía de la mano al sentir una fuerte contracción estomacal, seguida de un largo estertor. Dejó el libro y el bolígrafo a un lado, sobre la banca, y levantó el rostro y miró hacia el cielo. No había nubes. Sus ojos se llenaron por completo de lágrimas; un largo escalofrío le recorrió la espalda, la boca se le llenó de saliva, y entonces una segunda contracción atacó su estómago. Se inclinó hacia el frente; vio cómo la ciudad pasaba ante sus ojos como si fuera cayéndose en un abismo, hasta llegar al suelo. Abrió la boca, y una tercera contracción llevó todo el contenido de su estómago hasta su garganta. Sylvia cerró los ojos. Escuchaba cómo caía el vómito al piso, sentía cómo algunas gotitas le caían en los pies, apenas cubiertos por unas sandalias de cuero. Sentía también cómo escurría de su nariz un líquido que le impedía respirar. Se imaginó como en el medio de un remolino, como si la banca de metal y la plaza de la soledad fueran un avión enloquecido que caía en barrena hacia el mar. Esta sensación le duró algunos segundos. Después abrió los ojos y miró su vómito, escaso, maloliente, justo abajo de su falda. Limpió su nariz y su boca con la mano. Aún tenía los ojos inundados de lágrimas. Deslizó su mirada con pereza hasta ver su libro y su bolígrafo. Tomó la pequeña pieza de plástico y la miró un instante antes de meterla a su lugar, entre sus pechos.

Tomó el libro entre sus manos y se puso de pie. Esquivó el vómito y caminó

hacia su hogar. Tarkovski y su sacrificio tendrían que adelantar la hora de su proyección. Quería ver a Cantrell y escuchar las risotadas impúdicas de Isabel. Se encontraba de excelente humor; tenía deseos de fumar un cigarrillo, reír y beber cerveza, y, después, porqué no, tal vez hacerse una puñeta, con su hocico lleno del hedor del vómito pegado a la limpia boca de Cantrell.

Porque la vida es una guerra, tomé mi arma y la arrojé al mar. ¿Porqué la vida es un guerra, amigo? ¿Porqué tenemos que luchar para hacernos de un lugar, de una postura, de una apariencia, si lo que finalmente somos es únicamente polvo? ¿Será realmente necesario ir de aquí para allá, jugando una parodia de esa vida que en realidad no conocemos? Esta danza de cadáveres, esta destrucción universal que veo; no debe ser verdad, porque únicamente yo la percibo. Nadie más parece darse cuenta. Será porque al abrir los ojos los cerramos, y al cerrarlos los abrimos. Pero ya no importa. Quiero cerrar los ojos, Dios; quisiera un segundo más, si no es mucho pedir. Sólo quiero arrancarme las canicas y jugar con ellas en el piso. Quisiera sacarme las vísceras y deleitarme con ellas como un último manjar. Y dejar de sentir este frío inerte, esta agonía que se prolonga más de lo tolerable, esta sequía de mi alma que se vuelve un desierto. Dame tu mano. Dámela. Deja de preocuparte por los hombres que tocan a la puerta. Ellos no importan, amigo; yo sí. Dame ese último regalo. Dame tu mano, y ocúpate ahora de mí. Sólo de mí. Apártame de toda esta muerte. Yo

no te pediré que alejes este cáliz. Más aún, déjame embriagarme con él. Permite a mi mente conocer por completo el éxtasis de este último instante. Ya no me importa lo que venga después. ¡Qué podría ser la eternidad comparada con el infinito placer de este momento! Mírame amigo; tus ojos son como dos lumbreras. Observa cómo se aleja todo de mí, en loca carrera hacia la nada. Siento cómo la nada, la estupidez de la vida, se va alejando de mí. YA NO SIENTO. Ya no veo. Apenas alcanzo a escuchar los golpes en la puerta. AL CARAJO CON LA PUERTA. Ya no escucho. Falta poco. Tu mano es fría, pero al tocarla siento como si tuviera la oportunidad de tocar el diamante más hermoso del mundo, la joya más acabada, lo más importante que jamás haya tocado en la vida. Pero no la siento con la mano, porque mi mano ya no funciona. YA NO TENGO MANOS. La siento con el alma, como si tu mano me envolviera, como si tu mano fuera el cuerpo de la puta y yo estuviera fornicando con ella. TE VEO, no con los ojos de mi cuerpo, sino con la visión privilegiada de la muerte. ¿ES ESTO LA MUERTE? Sí, NO, si, NO. Ya no importa. YA NO PIENSO. Ya no pienso. Ya no pienso.

Calla. Ya no pienso. Es TAN hermoso. Ya no pienso. No hay NADA mejor. Ha muerto la conciencia.

El hombre camina sobre la arena. Se empina, en ocasiones, la botella de whisky, pero al instante se arrepiente, sintiendo cómo el peso en su cabeza aumenta y el

vacío en su muñeca se expande. Tiene que encontrar a la mujer, es inevitable; pero al mismo tiempo sabe que la encontrará, porque ella lo aguarda, porque ella es el instrumento del sacrificio y es preciso que el círculo se cierre. Así que no se apresura; no es necesario. Las luces del pueblo, a sus espaldas, se van apagando. No debe haber testigos; duerman, duerman. Ya mañana llegará su turno. El mar toca su pie, mojando el viejo zapato. Él sonríe. Aguarda, le dice, pronto tendrás lo que deseas. El oleaje se retrae pero un instante después vuelve hacia él. Él muerde su labio inferior. Sabe que ese gesto no le pertenece. El niño divino acostumbraba morder su labio inferior cuando quería hacerse el inocente, cuando no quería reconocer su culpa por alguna de las baladronadas que acostumbraba hacer. Sonríe. Yo quiero hacerme el inocente, piensa, por algo que aún no hago. Es preciso llegar a la punta de la playa. Tiene que devolver la sirena al mar. Aún hay tiempo. La noche apenas comienza. Es necesario cometer el acto para después hacerse el inocente. La línea de hoteles, junto a la playa, termina. Ya falta poco para llegar. Unos cuantos pasos. El sudor de las manos humedece los tacones. El pantalón aprieta por la pieza de metal que guarda en el cinto. La botella va quedando vacía.

La ve. Está sentada en la plataforma de cemento que sostiene a la sirena. Se parecen, se dice, mientras avanza con pasos apresurados hacia ella. Cuánto se parecen. Tal vez la sirena sea su madre, o tal vez sea ella misma. La marea sube, mojando a la mujer. Se levanta. Él se detiene. No te vayas, no te vayas. Ella lo mira. Vuelve a sentarse. Bien, muy bien. Él se acerca, apenas unos pasos lo separan de ella, y puede

ver que sonríe. Él le sonríe también. La noche es perfecta, y la muerte también.

— Has venido —le dice ella, moviéndose incómoda. Pero por dentro está complacida. "Ha venido", se dice, "para llevarme finalmente con él". No sabe que, desafortunadamente, tiene razón. Él está ahí para llevarla con él. Ella tiene algo que a él le pertenece.

Él se coloca detrás de ella, recargándose en la estatua. El mar se retrae, se aleja. Él mira el horizonte, la negrura, y sabe que la comedia ha llegado a su clímax y que está por concluir. Todo lo que venga después será agonía, un paso gigante hacia los dominios de la muerte. Hay que comenzar ahora. "He venido", repite él. "Aquí estoy". El cabello de la mujer baila con el viento y le toca las rodillas. Él deja la botella en el piso, y pasa uno de los tacones de su mano izquierda a la derecha. Comienza el rito. Ella dice ¿qué haremos ahora? Él dilata un poco en contestar. Mira hacia el pueblo. Ya casi no hay luz. Dice ya nos vamos, chica, ya nos vamos. ¿A dónde?, pregunta ella. Él toca con uno de los tacones el cuello de ella. Me haces cosquillas, dice la mujer. Él ríe. Ya nos vamos, repite. Pero antes moriremos, concluye. ¿Moriremos?, pregunta ella. Y entonces el primer tacón entra por su ojo derecho. Ella intenta moverse, pero no tiene fuerzas. Ya no hay movimiento. El segundo tacón entra por el ojo izquierdo. Sus labios se anegan de sangre. Ella quiere gritar, pero la sangre le llena la boca, y sólo logra emitir pequeñas toses que manchan de rojo la plataforma. Un estertor la empuja, y cae hacia atrás, golpeando al hombre, y derramando la botella de whisky. Trata de mover las manos para arrancarse los zapatos del ros-

tro, pero las manos no responden. Es como si ya hubieran comenzado a morir. Logra darse la vuelta, y siente en el vientre la humedad del concreto. Ahora se percata de que no puede ver. El hombre la mira, con las manos en la espalda, el rostro lleno de lágrimas y una tenue sonrisa en el rostro. Ahora ella gatea, las manos le sangran también, pues se ha topado con que la botella se ha roto y los vidrios se encuentran por todas partes. El hombre mira los vidrios y se pregunta cómo es que no ha oído nada. Es una lástima, se dice; me hubiera gustado reventársela en la cabeza. Después piensa que mañana comprará una caja de botellas de whisky. La mujer logra deslizarse hasta la orilla de la plataforma y se deja caer de bruces, rodando en la arena. Entonces el mar la ataca, y por un momento la cubre. Su rostro emerge entre la espuma y emite un doloroso alarido que hace que un perro a lo lejos interrumpa su sueño y se ponga a ladrar. El ladrido del perro hace recordar al hombre que, aún cuando se encuentra lejos del poblado, hay algunos lancheros que viven cerca de ahí. Mira a la mujer, mira su cabello húmedo, y entonces sonríe y piensa muy bien perra, ahora ya sabes lo que produce tu amada sal en una herida abierta. Camina con parsimonia, bajando él también de la plataforma. La brisa le da justo en el rostro, y sus ojos se cierran por un instante. Cae sobre la arena. El agua le hace despertar. Abre los ojos y ve que la mujer se aleja gateando hacia el poblado. Puta sucia, se dice. Se pone de pie y la alcanza sin ningún esfuerzo. El rostro de la mujer se encuentra ahora completamente cubierto de sangre, sangre que le corre por el cuello y se mete bajo el escote del vestido. Él se acerca y acaricia su cabello. Ella abre la bo-

ca y emite un agudo sonido lleno de desesperación, un sonido ahogado que apenas se escucha. ¿Qué te molesta?, le pregunta él; ¿son estos zapatos? Y entonces él arranca el tacón y el ojo derecho sale volando y cae en la arena. PUP, suena al caer. Él mira el tacón y después el rostro de la mujer. Saca la lengua y humedece sus labios resecos. Entonces el segundo tacón abandona también el rostro, seguido por el ojo. La mujer resopla y abre la boca, y golpea la arena, sin fuerza, con sus sangrientas manos. Él mira los tacones, mira cómo la sangre le mancha las manos, y llora otra vez. Después avanza y recoge los dos ojos. Camina hacia el mar y los arroja con fuerza. Escucha cómo caen a lo lejos. Regresa con los tacones en la mano. La mujer ya no se mueve, sólo respira con dificultad. El cabello le cae sobre la cara, pegándose a la piel. Él toma el cabello y lo reparte, con cuidado, a los dos lados del cráneo. Cuando ella siente que la toca, hace un supremo esfuerzo y lanza un golpe que da en el pecho de él. El hombre se enfada y le cruza el rostro con una bofetada que hace que la mujer caiga a un lado y abra la boca desmesuradamente. Él deja los zapatos a un lado, y lleva la mano hasta el cinto. Ahora verás, piensa. Saca el pesado artefacto de metal, y de inmediato siente que sus pantalones se aflojan en demasía. Baja el instrumento y lo coloca pausadamente en la arena. Después se endereza y aprieta el cinturón hasta que siente que es suficiente. Toma el arma y la observa. Intra-Extra es el nombre, se dice; implícito y explícito. Entonces dirige el pedazo de metal hasta el centro de la frente de la mujer y aprieta el botón de encendido.

Cuando las noches amenazaban con ser vacías, prendíamos el televisor.

Yo corría a la cocina y, loco de contento, regresaba con un par de botellas de tequila, una para Udab, una para mí. Siempre terminábamos hasta el camote de alcohol. Entonces, como un par de bombas, estallaban nuestras mentes. Jim y Andy y W.S. y Sigmund danzaban alrededor nuestro, mientras Udab y yo discutíamos acaloradamente. Una noche se me ocurrió decirle:

— ¿Sabes? Mi padre siempre me habló de que, llegado el momento, tendría que elegir entre la sabia decencia y la podredumbre y la pobreza de la locura. Nunca me di cuenta de cuándo elegí, inconsciente, lo segundo...

Udab me miró, sus ojos cargados con una luz nueva; cargados con una duda, y una sorpresa incrédula.

— ¿Te arrepientes? —me preguntó.

Di un largo trago a mi respectiva botella. Mis ojos parecieron abrirse y vi a Udab, mi amigo Dios, más bello que nunca.

— Nunca —dije sonriendo—; ya es demasiado tarde. Sólo queda cerrar los ojos brevemente... ¡já!... y disfrutarlo.

— Y llegar hasta la última consecuencia —dijo él, poniéndose de pie y jugando con su cabellera.

— Claro, buen amigo —agregué, con la voz palidísima por el alcohol y el frío—; sería heroico ofrecer resistencia... y yo no soy ningún héroe.

En el televisor, el locutor afirmaba que México era el país de la maravillas, pero no explicó si los ciudadanos éramos Alicia o toda la gama de personajes absurdos que pueblan el relato de Lewis. Yo preferí pensar que los mexicanos somos Alicia y por eso no podemos comprender a nuestro bello país de las maravillas electorales.

Esa noche Udab y yo dormimos juntos, en la misma cama, y me atreví a tocarlo. Lo masturbé. Se vino, manchando de semen mis cuidadas sábanas. Cuando abrió los ojos, me miró, agradecido, y dijo: "soy mexicano, querido amigo, y por eso mi verga es arrogante y se atreve a apuntar al cielo". Después prendí de nueva cuenta el televisor, y nos dormimos, mientras los locutores sonreían en el programa de buenas noticias.

El perro ladra otra vez, y el hombre no se percata de que el ladrido esta vez ha sonado más cerca. El cuerpo inerte de la mujer reposa sobre la arena. Todo ha acabado. Él se sienta en la arena, junto a la mujer. Recuerda que ella jamás le dijo su nombre. O tal vez lo hizo y él ya lo olvidó. De cualquier manera eso no tiene importancia. Él, desde el principio, le puso un nombre. Uno hermoso. Entonces el perro llega y comienza a olisquearlo. Él lo mira con indiferencia. Las cosas han perdido su peso. El perro se acerca a la mujer y la olisquea también. Y comienza a morderla en el rostro. ¡Maldito animal!, grita él, y momentos después el perro yace muerto junto a la muerta mujer. Con un carajo, piensa él, con un carajo. Recuerda que cerca del

poblado, en un muelle muerto que data del siglo diecinueve, los lancheros amarran sus navíos. ¡Navíos!, se ríe él para sus adentros; ¡malditas barcazas miserables! Se levanta y toma uno de los brazos de la mujer. La arrastra. Va pensando detenidamente en qué hacer para borrar cualquier indicio de su estancia en la playa. Va pensando en que la vida es una guerra y en que él tiene que dejar de luchar muy pronto. Llega al muelle. Sin pensarlo mucho se mete al agua y alcanza uno de los botes, y entonces mete ahí a la mujer, sin dificultad. Espera aquí, le dice. Después regresa a la punta y observa. Los tacones están junto al cadáver del perro. También el pedazo de metal que mata. Mira la arena. Hay sangre, pero la marea subirá dentro de algunas horas y se encargará de llevársela. Todo está bien. Avanza hasta el perro, mete el arma a su cinto otra vez, pero no cabe. Desabrocha el pantalón, mete el arma y se faja otra vez. Carga con cuidado el cadáver del perro, con una mano, mientras que en la otra lleva los tacones. Al llegar al bote deposita perro y tacones dentro, suelta la soga, y se hace al mar.

Aún alcanza a ver el poblado y sus escasas luces en la lejanía. El mar está tranquilo ahí. Gracias, amigo, le dice en su mente. El mar responde agitando un poco la barca. Él sonríe. Aquí está lo prometido. Y entonces besa a la mujer en la boca, pasando la lengua por los labios muertos y sanguinolentos. Adiós, le dice, y la arroja al mar. La mujer cae sobre una ola, flota un poco y desaparece de pronto, como si se disolviera en la espuma. Entonces toma los remos y se dirige hacia la playa de nueva cuenta. ¿Qué hacer con el estúpido perro? Se acerca a tierra. Puede distinguir la si-

rena, que mira hacia él. Nunca ha sido buen nadador, pero decide tomar el riesgo. Toma la soga y amarra al perro con ella, la cruza innumerables veces por todo el pequeño cuerpo, hasta estar seguro de que no se soltará. Sé buen chico, le dice. Después toma los tacones y los asegura en los ojos del perro, tal como hizo hace algunos minutos con la mujer. El perro sangra levemente. Sé buen chico, le repite. Después saca el pedazo de metal de su cinto y repite la operación de asegurar sus pantalones. Se ríe pensando en que podría perderlos en su camino hacia la playa. Sería bochornoso, se dice. Toma el arma, y descarga los últimos cuatro tiros sobre el piso del bote. El agua comienza a entrar, rápidamente. Entonces él se pone de pie y alza los brazos. El arma está aún en su mano. El agua sube rápido, rápido, y llega hasta su cintura. Él sonríe. Todo está consumado.

Arroja el arma lejos de sí, y comienza a nadar.

Adiós, Sylvia.

8

El amor verdadero se parece a un anillo,

porque un anillo no tiene fin.

Proverbio Ruso.

— No lo entiendo, Sylvia; no lo entiendo.

Sylvia se movía de un lado a otro de su habitación. La cama estaba destendida, y sobre ella se encontraba abierta una gran maleta de cuero negro, donde iba depositando prendas al azar. El armario se encontraba abierto de par en par y podía verse el gran vacío que iba dejando la acción de Sylvia. Cantrell se encontraba sentada en la cama, junto a la maleta; Sylvia buscaba y buscaba, doblaba y desdoblaba, evitando su mirada. No quería verla. No quería dudar. El avión podía irse sin ella. Pero en todo el cuerpo sentía los azules ojos de la inglesa. Sentía el calor de la mirada, que la recorría. Afuera, la negrura se atenuaba por una fuerte lluvia. El aire parecía estar lleno de palabras. Las gotas caían verdes, azules, rosas y anaranjadas, absorbiendo los colores que salían de latas ensortijadas en la noche, de puertas abiertas de casas que se negaban a dormir y que convertían sus sueños en hijos del espectro luminoso, y que al chocar estruendosamente contra los adoquines avejentados por años y años de animales pisándolos, opacaban su luz y se apagaban. Limón estaba perdido en

una tormenta; el cielo se vaciaba con furia sobre él, a falta de jicotes. Cada partícula caía como una palabra impronunciada, como una omisión digna de confesarse al padre. Si el padre tuviera los pantalones puestos.

— ¿A dónde demonios irás, Sylvia? —preguntó Cantrell, tocándose el cráneo como si tuviera un fuerte dolor de cabeza—. ¿Qué se supone que estás buscando? ¿Qué nuevo lugar tiene las respuestas a todas las malditas preguntas que llevas formulándote toda la vida?

Sylvia dejó la bata que llevaba en las manos sobre la cama, y miró a la inglesa. Se veía triste. Y enojada también. ¿Porqué tenía ella, la maestra de la indiferencia, que pasar por este trance? Una despedida. Era molesto, porque ella siempre había evitado ese tipo de escenas, y no estaba acostumbrada. Simplemente tomaba sus cositas y se iba. Nada de lágrimas o reproches. A veces dejaba alguna nota sobre la acogedora cama de sus amantes, relatando en términos poéticos muy estereotipados la grandeza del amor y la desventura del adiós. Ni siquiera de su madre se había despedido. Y ahora, esta inglesa con la que se había ejercitado en las prácticas sáficas la miraba profundamente, y ella se sentía mal. Por primera vez sentía que estaba traicionando, que estaba dejando atrás algo que en verdad deseaba atesorar. Pero era inevitable, y ella lo sabía. Tenía que encontrar esa respuesta que desde los veinticinco años llevaba buscando. Tenía que subir al norte de América.

— Iré a México —contestó finalmente.

— ¡México! —gritó Cantrell, poniéndose de pie y caminando angustiosamente

por toda la habitación—. ¡Por Dios, Sylvia! ¿Qué es entonces lo que buscas? México es lo mismo que aquí. Estos latinoamericanos, todos, parecen hechos con el mismo molde.

Sylvia sonrió. En su mente pudo ver al niño. El autobús. La carretera que de noche parecía infinita. Vio los ojos del pequeño, su sonrisa nerviosa; sintió otra vez en su cuerpo las manos febriles que le recorrían los senos y la espalda, saboreó su boca lejana y el sexo virgen y el semen prodigioso. No; Cantrell estaba en un error.

— Te equivocas, Cantrell —dijo, sonriéndole con ternura—. No creo en lo que dices. En México, una vez, conocí a alguien que pensaba que iba a irse directo al infierno... y yo le aseguré que el infierno era el mundo de los hombres.

Y después de decirlo se iría buscando algo que ya jamás encontraría, algo que no se encontraba en esos países putrefactos que ella había pisado, ni en esos amantes que quedaban desarmados ante el paso de su maquinaria, ni en todos los vientos de modernidad entrecomillada que había aspirado, ni en las joyas vaticanas ni en las ruinas carcomidas de París ni en la cloaca inglesa. Ese algo que ella misma había enterrado en la frontera México-Estados Unidos. Irrecuperable, y virtualmente incognoscible. Ese algo era muy parecido a lo que otros llaman “plenitud”. Un sentimiento de que nada falta, de que todo está en su lugar, de que después de eso sólo puede continuar la felicidad. Sylvia sentía escalofríos al pensar en eso. Era un sentimiento terrible y ella lo había conocido durante un momento que había parecido muy pequeño, y que al quedar atrás parecía un invento malo de una mente enferma

de maldad. Después de eso, ningún sueño parecía valer la pena en realidad. Eso era el sueño entre los sueños.

— Es lo mismo, Sylvia —continuó Cantrell, como si no hubiera oído la afirmación anterior de la gitana—. Puede sentirse en el aire. Es tangible. ¿Has visto cómo sus calles y sus casas son tan uniformes, tan parejas?

Sylvia soltó una leve risa.

— ¡Claro! —dijo, retomando sus labores—. ¡Vaya que lo he visto! Pero no me atrevo a pensar que las vidas son también así. Lo he pensado. Cuando me vi metida aquí lo primero que pensé fue que la vida era demasiado para esta gente. Me pregunté cómo podían pensar estas personas en una existencia verdaderamente individual, si sus vidas se parecían tanto. Es el miedo, Cantrell. Es el miedo que comparten todos. Pero el miedo no es el mismo para todos. Unos le temen a Dios, otros al gobierno, otros a lo nuevo. ¿Pero tú y yo podríamos decir que no tenemos miedo a nada? ¿No corrimos ambas a buscar nuestros documentos cuando llegaron aquí los militares, hace un año? Es el hombre mismo. La humanidad. Parece que todos estuviéramos destinados a temerle a algo.

— ¡No es verdad! —dijo Cantrell, parándose una vez más—. Es el ambiente que respiramos aquí. No aceptaré que me digas que toda mi vida he sido una cobarde. He sentido miedo, es cierto, pero siempre lo he vencido. Y ahora estoy aquí, en este maldito país, y siento miedo de perderte. Temo haber fallado en algo. Lo que pasa es que este maldito país... ¿cuál es el nombre?

— Honduras —dijo Sylvia, cerrando la tapa de la maleta.

— Bien —continuó Cantrell—. Este país es un pozo de serpientes, y nosotras necesitamos un horizonte distinto. Somos aves, ¿comprendes?; y nunca nos acostumbraremos a arrastrar la panza contra el piso.

— ¡Así es! —dijo Sylvia, riendo casi a carcajadas—. Tienes razón; este país es demasiado hondo —concluyó, asegurando el cierre del bagaje—. Pero entonces déjame huir de este pozo de serpientes.

Cantrell comenzó a llorar, como una niña, y pataleaba mientras sorbía los mocos. Sylvia dejó de reír. ¿Qué demonios es esto?, se preguntó.

— Pero —logró decir Cantrell por entre sus sollozos—, yo creí que juntas habíamos encontrado la forma de evadir todo esto. Y ahora me lo arrebatas. Eres traidora... muchas veces me he preguntado dónde es que naciste. ¿Sabes lo que pienso ahora? Creo que eres latinoamericana. Actúas como ellos. ¿Porqué les es tan fácil traicionar el amor? —y después se sonrojó, bajando la mirada. Temía haberla ofendido—. Lo siento. Yo... —alcanzó a decir, antes de que la mano de Sylvia tocara su mejilla.

Sylvia la besó, lento, en los labios. Las lenguas se encontraron pausadamente, mientras las manos de la inglesa se aferraban a los pechos de la gitana. Cantrell continuaba llorando, con una tristeza infinita, con una perfecta angustia. El amor se iba.

— Promete —dijo Sylvia, pesando las palabras—, promete que estarás aquí, con Isabel, cuando yo regrese.

— ¿Has de volver? —preguntó, incrédula, Cantrell.

— Lo juro.

Las lenguas volvieron a su batalla. Sylvia pensaba que tal vez todo fuera un error. Tal vez Cantrell tenía razón. Ese sentimiento de traición y de miedo era omnímodo en la América latina. Pero ella tenía que averiguar qué había sido del niño de la frontera, para así exorcizar su alma. No sería difícil. Sabía que era sacerdote, así que no tendría más que consultar archivos o algo parecido para encontrarlo. Tal vez el error fundamental estaba en el juramento que acababa de hacer. Todavía lo pensaba cuando el taxi se internó en la noche hondureña, hacia Tegucigalpa.

Las cúspides de la literatura son aquellas que saben plagarse de locura, de herejía, de sinsentido, me decía Andy, mientras yo me rascaba la barriga o cualquier otra parte de mi humanidad. No pretendas nunca convertirte en un Dostoievsky, o en un Huxley, porque entonces fracasarás escandalosamente en tu intento. ¿En qué convertirse, entonces?, preguntaba yo, y mi barriga hacía sonidos harto extraños. Convertirse en escritor, me decía; no hay otro remedio, no lo hay. Pensaba que Henry había sido muy honesto al afirmar que jamás borraría una sola de las palabras que escribiera. Sólo así, me decía, puede uno llegar a ser honesto por completo. Aceptando el error. Mi entrañable y caótica amiga A., a la cual robé el himen y un chingo de dinero —el cual ganaba trabajando como hostess, o anfitriona; esa putas que se

desviven atendiendo con sus sonrisitas cachondonas a comensales gordos y viejos en los restaurantes—, me decía que jamás borrara nada de lo que escribiera. Yo fingía sentirme halagado. Pero ella me decía no, no es por halagarte; lo que pasa es que para ser un buen escritor necesitas analizar detenidamente tus errores y aceptarlos como parte de tu obra. Sólo así puede una obra, de lo que sea, llegar a ser perfecta. Andy y A. tenían razón. No hay nada tan perfecto como lo imperfecto. No hay nada más puro que la pureza del error. Veo a esos que se dicen escritores y que avientan al mundo libros imperfectos por su perfección matemática, aburridos porque no poseen ni una migaja de contradicción o de mentira, y me provocan una pereza infinita. Yo no deseo ser así.

Si algún día alguien me recuerda, quiero que lo hagan como el primer escribano que hizo su obra con la firme sensación de estar muerto. Cuando uno yace en la plancha de la morgue, la corrección parece algo tan distante. No hay nada corregible. Mi pensamiento actúa como el mar. Da vueltas y vueltas, se come a sí mismo, y así llega, lujurioso, patético, heteróclito, encabronadamente incomprensible, a la apestosa e inconmensurable belleza de la muerte; se vuelve loco, y por ende, excitante para sí mismo.

Y para quien se deje.

El aroma sube, se proyecta como una luz en las ventanas nasales, se calcina

con parsimonia descomunal, y se enrosca en mis párpados. Mis ojos se llenan de altivez y sucia pretensión. Duermo, y el R. E. M. nos indica que los sueños son el fundamento de una ubicuidad que va más allá de un simple sentimiento. La ubicuidad lo es todo. Para mañana la sensación no habrá desaparecido, pero se habrá diluido en los contornos de la luz solar y del camino a la oficina, y todo aparecerá ante la mirada normal y lógicamente aceptable. Pero el sueño estará ahí, y no estará. El sueño fabricado por millones de partículas perfumadas, que al infectar de olores remanentes la conciencia, producen estados pseudocatárticos durante los cuales los seres humanos tendemos a cerrar puertas, cerrar ventanas, cerrar tratos, cerrar libros, cerrar historias, y en los casos más graves hasta cerrar ojos con el puño. Particularmente ignoradas, estas tendencias desvían la atención del hombre de una auténtica contemplación del caos a una morbosidad que degenera en pornografía. Los varones sufren erecciones dolorosas a la hora de la comida, y a las mujeres se les humedecen los labios interiores y no reparan en usar el dedo mientras contestan el teléfono o se empolvan la nariz. Si se llega al punto de sufrir un orgasmo a la mitad de la jornada, entonces el sujeto ha echado por el excusado toda la energía que le haría falta para llegar nuevamente a las latitudes lejanas del sueño. Es probable que durante la tarde lo despidan del trabajo. El sueño continúa durante años, y es sensual y anárquico. Pervive en la cajita que guarda el subconsciente, se mantiene vivo de comer aromas y anhelos, recuerdos e invenciones —¿cuál es la diferencia?— y se nutre y va creciendo hasta alcanzar el tamaño de un santuario gótico que aplasta y gentilmente

envuelve el torbellino de la memoria. Se enrosca en los párpados y va llenando la boca y el estómago y el glande con un sabor amargo y completo. En mi caso particular, en medio de la esquizofrenia y la personalidad múltiple, era el olor marino del coño el que me producía este efecto devastador, pero amable y siempre redivivo. Pocos parecen percatarse de que al nacer, el noventa por ciento de los humanos salen apestando a sudoraciones vaginales. Yo no. El conducto de mi madre resultó muy estrecho, y mi cuerpo de espantajo tuvo que ser ayudado a salir por el cuchillo del carnicero. Tal vez fue esta carencia de aroma materno lo que me llevó a ser un experto catador de fragancias vaginales. Era una especie de afición terapéutica. Me divertía catalogando los diferentes grados, las diferentes texturas, los diferentes aspectos que mi mente —enferma o no— analizaba al entrar en contacto con el hedor. Y ninguno parecía el mismo. Aunque suene increíble, si pusieran frente a mí todos los coños que he tenido el agrado de conocer, y vendaran mis ojos, podría decir con exactitud qué damita es la que tengo frente a la nariz. Por ejemplo: el de mi amiga A. tenía un aroma profundo y agresivo, pero de ninguna manera insoportable. Era una fragancia que se quedaba impregnada a la nariz y los labios, o los dedos de la mano, pero que pasadas unas horas se iba dulcificando hasta parecer el de la cosita de una niña. Era un olor cáustico, sí, que oxidaba tu camote hasta hacerlo parecido a un solo de violín de algún concierto de Paganini. Un olor agresivo, pero a la vez fascinante y sublime. Por el contrario, había una mujer algo mayor que yo —unos treinta años mayor, una insignificancia— que tenía el sexo más nauseabundo y con

el olor más repugnante que jamás hubiera podido imaginar. La única sensación que me provocó ese aroma infame fue la de acidez estomacal. Sufrí de agruras hasta una semana después de haber experimentado ese prodigio de pestilencia. Así, durante la prueba, ante el conducto de A. sentiría un profundo pánico y una incierta complacencia, y ante el de la vieja fea y sucia probablemente vomitaría. Sin duda los reconocería. Lo importante, sin embargo, es que ese coño, esa pasarela de aromas, es lo que me impulsa a trabajar y, de vez en cuando, a imaginarme un ser viviente. Es ese aroma el que hace que la sangre coagulada corra libre por mis venas. Pero a pesar de que la guerra se lucha en campos de batalla bien eclécticos y que hasta presumen de plurales, no puedo evitar caer en el abismo de la ubicuidad. Como dijera El Personal —y al que no sepa qué es El Personal, más le valdría no haber nacido—: no me hallo. No me hallo, no me encuentro, no me entiendo, me masturbo y no me siento. Es como si la percepción se convirtiera en una fútil y obtusa mentira. Como si los sentidos se convirtieran en maquinarias infalibles que, un minuto antes de concluir el arquetipo de la existencia, desmoronaran la construcción y volvieran a empezar, una y otra vez, como Penélope acostumbraba hacer con su tejido. Resulta que hoy mi país funciona de manera muy parecida. Soy el reflejo perfecto de la vida en mi país. El país vive un tiempo de supuesta pluralidad que más se parece al tiempo de los híbridos. Un X dice que un Y no es lo que dice ser, pero resulta que el X en realidad es lo que dice que el Y es, y además, es todo lo que el grueso del pueblo jamás se dará cuenta de que es. Se supone que en este país bendito nadie sabe para quién

trabaja, pero no es cierto; todos lo saben muy bien. Se trabaja para el dinosaurio. El pueblo representa el R. E. M. del dinosaurio. El pueblo fabrica los sueños del monstruo, lo alimenta, hace que sobreviva y que se renueve innumerables ocasiones. Y cuando ya no son suficientes los sueños y el alimento escasea, el dinosaurio se come al pueblo. ¡Esa es la perfección absoluta y asqueante de la vida en mi país! Pero no pierdo las esperanzas: aún hay por ahí, lo sé, un puñado de hombres justos que pronto, muy pronto, le cortarán la cabeza y las pelotas al dragón. Como mi amigo E., por ejemplo. Benditos sean ellos, entonces. Ellos y sólo ellos; porque yo nunca he comprendido ni abarcado verídicamente el concepto de país o nación o patria o hermano o compañero o camarada, y no puedo incluirme. De hecho, yo no abarco ningún concepto; me pierdo, me pierdo, voy quedando atrás al enfrentarme con la vida y sus coyunturas, y sólo acierto a utilizar los resquicios de imperfección como válvulas de escape. Udab decía que yo había perdido mi colectividad, mi naturaleza colectiva, por mi continua masturbación ideológica y mi calidad de obseso por la disolución de la conciencia. Cierto. "Hay que matar la conciencia"; ese es el concepto más hermoso, y tal vez el único que en verdad abarco, de todos los que me han rozado en mi vida. Pero incluso de ese concepto entro y salgo, como si mi cuerpo y mi mente fueran puñales que se enterraran en la espalda de lo que se supone es mi destino. ¿Cuál es mi destino? Esa pregunta no me es ajena, ni le es ajena a ningún hombre sobre la tierra. No parecemos estar conscientes de que no hay destino para el hombre. El único destino posible y seguro es la muerte. Cuando miro, en la noche y desnudo, "El

Grito" de Munch, creo que ese es mi destino. A lo único que he venido aquí es a pegar de gritos en un puente que cruza el río entre la vida y la muerte. Me parece muy bien; parece noble y bueno. Pero al entrar y salir estoy matando mi destino. Es inevitable. Soy imperfecto e imperfectible. Mi destino es cagar defectos en páginas de papel higiénico, burlarme de la debilidad al ser yo el más débil, y mantener agónica la nobleza y la bondad de mi destino. El día en que deje morir a mi destino, ese día será el más claro y el más bello, y cantaré odas bañadas en sangre, mutilaré niños en parques públicos, me rasgaré las vestiduras en implacable hipocresía y otros seguirán mi ejemplo, y al final, cuando el fin del día anuncie el fin de mis mil años, pondré el arma en mi boca y dispararé el aliento último del gozo. Tendré un sueño eterno, y el aroma cerrará mis ojos, alegre por esa mi última tendencia... la muerte de mi conciencia.

Necesito cocer y comer todos los spaghettis.

Pienso en el fracaso de las gallinas, mientras aviento la clara y la yema sobre el sartén, que bulle repleto de jamón y cebolla picada. Creo que el fracaso de las gallinas reside en ser el objeto de la infantil reflexión "¿qué fue primero, el huevo o la gallina?" Esa pregunta no tiene respuesta, porque el principio no existe. Intentar justificar el principio es pretender justificar la existencia y, ¡jé, jé!, el hombre nunca lo conseguirá. Y en el improbable caso de que lo consiguiera, sería un conocimiento

tan pequeño o tan descomunal, pera el caso es lo mismo, que ante sus sentimientos —confusos y encontrados— optaría por el olvido. Probablemente por ahí ya se encuentre algún científico o filósofo o incluso algún artista o algún retrasado mental que tenga la respuesta a esta mítica pregunta. Pero jamás la dará a conocer, porque indudablemente debe tratarse de una cosa horrible o por lo menos fea, o algo tan risible que piense tal vez que no vendría al caso revelarlo. Aún algo risible sería ojetísimo, porque entonces querría decir que toda la lucha del hombre por alcanzar ese conocimiento —el conocimiento de su origen que, como pensaba Abraham, probablemente encierre dentro de sí el de su muerte— ha sido la búsqueda de una pendejada. Todo se desmoronaría, y perdería sentido. Y entonces el hombre correría ante Dios y le reclamaría, pero Dios no diría nada, porque a esas alturas ya habría dejado de existir. Al no encontrar respuesta en el supuesto creador, el homo correría donde la gallina y reclamaría, y la gallina diría "pío, pío". Porque los pollitos dicen "pío-pío-pío", cuando tienen hambre y, sobre todo, cuando tienen frío. Toda la historia de la humanidad, la alquimia, el oscurantismo, el existencialismo, la pornografía, la matemática, el psicoanálisis, los juegos deportivos del domingo, Hiroshima y Nagasaki, TODO, se vería reducido a "pío-pío-pío". El hombre tiene hambre; el hombre tiene frío.

Junto a mí, la perra intenta hacer algo parecido a una salsa, con cinco tomates y dos chiles que ha encontrado en mi refrigerador de indigente. Lo que resulta de su mezcla es una masa viscosa y roja que tiene un considerable parecido con el mens-

truo de leprosa. Creo que no me he equivocado respecto a ella: no es buena cocinera. Sólo falta corroborar si es que se desenvuelve con propiedad en los terrenos de la cópula. Su cabello posee algunas marcas producidas por el sueño; remolinos tenues que le dan un cierto aire... espinoso. Parece una rosa abierta. Una rosa cruzada. Parece abrirse para mí. Si algún día logro robar el centro de esa rosa, tal vez se abra el infinito para mí. Me gustaría alguna vez envolverme en sus ropas vaporosas. Su salsa-menstruo me abre el apetito. A falta de sangre... no diré más. Eso es harina de otro costal. Lo que Udab ha hecho de mí. Mis huevos están ya comibles, quiero decir, los huevos que puse a freír en el sartén. La perra coloca mantel —¡qué terrible!—, platos y utensilios. Comemos en silencio. Tenemos poco o nada qué decir, ya que todo ha sido dicho anoche. Al menos todo lo que ella tiene qué decirme. Yo soy mudo, me siento mudo, me escucho mudo. Ella alardeó con que sabía todo de mí. Veremos si es verdad. Cae el alimento a mi estómago. ALGO cae junto a él. Siento un vacío. Esta historia agoniza. Es horrible; la perra y yo dimos pasos de gigante, y ahora es como si lleváramos años y años de conocernos y despreciarnos. Ella ha sacado de su mochila un volumen antológico de poesía de Mayakovski. Escucho un jadeo y una risita burlona en mi oído. Sé quién es.

Il faut être absolument moderne, me dice Arthur al oído.

Ella come y lee, come y lee, y yo la miro y miro al poeta, y el vacío parece no querer darme un minuto de descanso. Voy al cagadero, pero no sirve de nada. Al mirarme en el espejo del baño, veo que estoy demacrado y que algunos pelos aso-

man en mi barba, escasos y tiesos, como los de un adolescente. Los toco, y me dan asco. Soy un asco. El gran murciélago de los delirios está detrás de mí, y me mira sonriente a través del espejo. Me congelo. ¿Porqué me mira así? Quisiera preguntarle por Jim y los otros, pero no me atrevo. Él tiende a ser celoso. Además sé perfectamente que me dirá que nunca ha visto a otro aparecido que no sea él. Todos dicen lo mismo, como si en serio se desconocieran. Han fingido demencia siempre, durante los incontables años que llevan junto a mí. Recuerdo nítidamente la primera visita que él me hizo. Yo tenía siete u ocho, y acostumbraba ir a comprar pan de centeno a una panadería cercana al hogar de mis padres. Sí, tenía ocho, ahora lo recuerdo. Como decía, iba a una panadería a comprar pan —cosa inusual, por cierto, ya que las panaderías comenzaron a vender pan cuando inició el tiempo de la lujuria—, y cierto día me topé con él. Estaba parado en la puerta, me miraba. El color de su vestimenta de inmediato llamó mi atención. Vestía del color que visten los traficantes de esclavos. Su rostro era más dulce que cincuenta tarros llenos de miel. De inmediato me inspiró passion. Él caminó hasta mí, después de unos segundos, y simple y llanamente me dijo "tu padre ha muerto". Yo sentí que me cagaba en los calzones. "Pero... pero", decía yo, tartamudeando y tambaleándome. Dejé caer la bolsa con el pan y éste se desparramó en el piso. "Tu padre se llama Henry", susurró, "y acaba de morir". Después me indicó que cogiera el pan y lo guardara en la bolsa. Olisqueó un poco. "Pan de centeno", dijo, "continúa así, deja rastros de centeno por doquier, y algún día tu padre Endrí, Henry, vendrá a visitarte". Corrí hacia el interior de mi

casa, de la casa de mis padres, quiero decir, y encontré al viejo serio, joven y sonriente. Veía la función de box. A los ocho años yo no sabía, por supuesto, quién demonios era Henry ni mucho menos Arthur, pero seguí traficando pan de centeno hasta la cocina de mi madre y, pasados unos años, supe quién carajos eran estos tipos. Sí, fue el año exacto. Henry había muerto. Espero su llegada desde los ocho y, hasta hoy, se me ha negado. Arthur me dice ahora que no deje de esperar. Creo que debería afeitarme, pero es mejor concluir el desayuno. Alimentar el vacío. Calentaré pan de centeno y me lo comeré a la salud de Endrí. Me resulta odioso pensar que he de alimentar el hueco de mi estómago en honor de mi padre postizo y extranjero.

En la cocina, junto a la perra, está Udab. Lo veo y me parece increíble; se ve como nuevo, como si la tremenda sobredosis de la que ayer fue objeto nunca hubiera sucedido. La perra lo mira mientras él, frente a su desayuno, destapa una botella de tequila. Una botella mía. Él me ve, y sonríe.

— ¿Sabes? —me dice, y se empina un trago—. Deberíamos ponernos una crápula soberana.

La perra me ve con desesperación y después baja de un golpe la botella, que cae, milagrosamente, de pie en la mesa. Ahora recuerdo que ayer obró otro milagro con mi grabadora. Creo que tal vez sí sea una santa, o por lo menos una bruja. Tal vez pueda convertir la caca en oro. Lástima que hace un momento no cagué nada. De cualquier manera no sería muy cortés ponerla a prueba con mis heces a mitad de su desayuno. Pero la cortesía me vale un carajo, de todos modos. En fin; es un mila-

gro que mi tequila no se haya desperdiciado por los arrebatos maternales de la niña loca.

— Crápula, la chingada —replica ella—. Ahora nos vamos a revisar la oficina de Abraham, a ver si encontramos algo.

¿Qué mierda piensa encontrar esta pendeja? Carajo, si no fuera una mujer tan encabronadamente buena ya le habría soltado un chingadazo. ¡Por Dios! Qué afán tan odioso. Abraham probablemente esté ahora muerto, y esta imbécil está obsesionada en recuperarlo. No sabe en realidad qué es lo que recuperaría. Un puño de hachís le serviría más que el regreso de Abraham. El tipo sólo podría regresar muerto. Creo que busca algo parecido al fracaso de las gallinas. Algo tan absurdo, tan estúpidamente cerrado, que para una mente con dos centímetros de inteligencia sería hasta inútil buscar. Pero pienso que ella está más allá de cualquier medida de inteligencia o tontería, así que no es extraño que busque y busque. Tal vez desea aparentar que busca. Ahora entiendo porqué dijo anoche que se pasaba el tiempo justificándose. Quiere justificar la pérdida de Abraham. Pero en realidad no se lo toma tan en serio. Termina su desayuno pausadamente, mientras Udab va a mi habitación, seguramente a agandallarme algo de ropa, ya que la perrita ha olvidado su promesa de lavar la suya, que ha quedado pestilente y con grandes rastros de vómito. Sigmund mide con una regla de obsidiana el camino aproximado que iba desde la boca de Udab hasta el centro de la mesa, y me dice que resulta ciertamente un milagro el que la botella haya caído parada. Concluye diciendo que, por cierto, la botella no

pudo haber caído de pie, porque no tiene pies. Me rasco los huevos mientras la perra hojea despreocupada su antología de Mayakovski. En realidad no tiene urgencia alguna por ir al orfanato y averiguar algo sobre el paradero de Abraham. Pero yo sí. El hecho de conocer el lugar del crecimiento biológico de Udab me ha despertado la innata curiosidad. Me pregunto si la bruja será comunista. No. Yo también he leído a Mayakovski y no tengo la más mínima tendencia por convertirme en un hombre rojillo. Como ya he dicho, los amigos de Marx no me parecen despreciables, de ningún modo. Sólo son inocentes. Claro; la perra no podría ser una de ellos, porque ella es cualquier cosa, menos inocente. Es la antítesis de la fe. Está más cerca de Udab que de mi amigo E. Así, ella no espera encontrar nada en la oficina del orfanato. Va ahí sólo para curarse el espanto. Es sólo una parte de la ficción. La ficción que la construye y que significa todo.

Salimos finalmente del hogar, con la barriga bien llena y la lucidez bien calzada, según nosotros. Caminamos bajo el ataque celestial del sol, y el asfalto de la ciudad maldita parece hervir como caldo de judíos bajo nuestros pies. Noto que no hay ninguna pinta roja en las paredes. Ya tiene rato que no alucino barato. Algo he de hacer al respecto. El sol se desangra sobre nosotros. Mi sangre se vacía a la par de la del sol. Los tres caminamos por la avenida que nos llevará hasta el metro, y parecemos vampiros que se desintegran por el contacto de la luz del día, pero que no dan un paso atrás en su determinación. Nos deshacemos. Noto que los tres llevamos lentes para el sol. No es casual. El día no es nuestro; la noche es el elemento de los tres.

Udab camina delante de nosotros y, por la extraña combinación de colores que ha hecho con mi ropa —parece increíble, pero ha escogido pura ropa que yo no uso desde hace años—, asemeja a los imbéciles turistas norteamericanos que se pasean por los lugares visibles de esta infernal desavenencia entre bello y feo que llamamos ciudad. Camina dando saltitos y va bebiendo de la botella de aguas celestes. Durante el viaje en metro le eructa repetidas veces en la cara a un par de monjas que viajan junto a nosotros. La bruja parece disfrutar profundamente el hecho. Yo recuerdo que lo vi haciendo lo mismo, durante la inauguración de una de sus exposiciones, a una mujer palestina que compró siete de sus cuadros sobre fellatorismo psicodélico. Cuadros que, por cierto, Andy elogió con entusiasmo. Al bajar del vagón, una de las monjas le grita a Udab que se pudrirá en el infierno y la otra, algo más vieja y a esas alturas espantadísima, sólo acierta a soltarse un pedo. Toda la gente en el vagón se queda mirando con repugnancia hacia las monjas. Aunque todo el tiempo miraron a Udab eructando, ahora parecen culpar de toda la inmundicia a las pobres religiosas. Al llegar a la salida de la estación, la perra va casi roja y ahogándose de la risa. Yo pienso que esto es el imperio de la sangre morena, como dice Arturo Meza. Un imperio en el que hasta los respetables son objeto de las maldiciones del pueblo, de los insultos siempre justificados del pueblo, del rencor del pueblo. Un rencor que ha dejado de ser un simple impulso medianamente justificable, para convertirse en una obligación ineludible. Aún cuando el grueso del pueblo mexicano se ha convertido en una parodia del hombre moderno —nos hemos convertido, con un carajo; yo

también soy de este pueblo— con nuestros sistemas de transporte colectivo ultraeficientes y nuestros anhelos plástico-norteamericanos, aún conservamos un halo místico que se aloja en nuestros intestinos y en nuestros rasgos predominantemente indígenas, impuros ciertamente, y en nuestro sentido del humor irreverente, cáustico, corrosivo, ofensivo y, en la práctica, casi asesino. Nos matamos unos a otros con nuestros chistes de quince palabras y con nuestros desprecios mutuos. Es un país divertido, sin duda. Nos encanta burlarnos de nuestra desgracia, de nuestra muerte; nos burlamos de los temblores, de los fraudes electorales, de los asesinatos de candidatos presidenciales; nos burlamos para esconder el miedo que le tenemos a estos eventos, estos acontecimientos que sólo nos indican que la historia sigue corriendo y que, aún a pesar nuestro, somos hombres y estamos en el mundo para hacer historia. Le tenemos miedo a estar en el infierno del mundo. Quizá por eso los surrealistas decían que México era el país surrealista más surrealista del surrealista mundo. ¿Conocemos algún otro país en el que funcione el pensamiento automático con más vehemencia que en éste? Nuestro terror es automático. No nos detenemos a pensar cuando pensamos, no nos detenemos a temer cuando tememos. Somos gente simple. Terriblemente simple. Es un país maravilloso lleno de hombres y mujeres maravillosos que carecen de un espejo digno dónde reflejarse y deslumbrarse ante su belleza. Somos poderosos, creativos, siniestros en ocasiones, pero no somos capaces de disfrutarlo. Somos comodinos. Nos gusta que nos digan pendejos, ladinos, huevones, para así evitar darnos cuenta de nuestra grandeza como raza, como nación, como

individuos. Estamos perdiendo el tiempo, y mientras tanto los buitres destrozan nuestro suelo, lo escupen, lo corrompen. El tiempo se va. Nos está dejando atrás. Somos un pueblo indulgente con quien no merece perdón. Divertidos, sí. Divertidos.

El sol es mi enemigo, mi tortura. Me derrito. Ahora avanzamos por una calle del centro, estrecha durante un momento y ancha al segundo siguiente. Este es un alarde de la poca proyección con la que se construyó esta ciudad. Nadie previó que este monstruo se convertiría en el más grande. Las construcciones, aunque hermosas en su pretensión colonial, se ven tristes, grises, llenas hasta el tope de un desaliento hiriente y omnipresente. La gente aquí no mira al cielo ni al piso, ni mucho menos al frente; miran al vacío. El temor, el miedo, lo absurdo, se vuelven todo, y lo demás, la vida, pierde importancia. Parecen animales depredadores que sólo tienen ojos para su carroña. Lo demás pierde sentido, y sólo funciona si algo tiene que ver con su sanguinolenta batalla. Las serpientes comerciantes salen a la banqueta a arrancarse la clientela. No importa mucho lo que ofrezcan: lo importante es que tienen algo qué vender. Qué importa si son telas, refacciones, vicios, comida, artículos eléctricos, instrumentos musicales, religión, antigüedades o caca. Vender es su vida. Sin algo qué vender se sienten desarmados y su vida carece de objetivo. Los polis, la autoridad, vende orden a fuerza, y sólo obtienen un caos mayor. No debe haber orden en este caótico espectáculo, porque esa es precisamente su función; pero los polis no parecen entenderlo. Los autos pasan a velocidades temibles que parecen lentísimas al darse cuenta uno de que no hay lugar a dónde ir. La ciudad es un círculo que nun-

ca comienza en realidad. La circunferencia es eterna. La gente se mueve en masas compactas de víctimas y victimarios, de policías y ladrones, de compradores y vendedores, de religiosos y mentes heréticas. Todos los humanos citadinos nos volvemos una masa de bolo alimenticio de la que nace la individualidad de la urbe. Dejamos de ser nosotros para pasar a ser, todos, la ciudad. Esta ciudad tiene un carácter aún más horrible que cualquier otra: es una ciudad miserable llena de gente miserable, llena de casitas miserables y de grandes palacios miserables. No podemos quejarnos; tenemos la ciudad que merecemos y que, peor aún, necesitamos. Todos nos lamentamos de que nuestra policía sea un cuerpo místico de Cristo lleno de cagada, pero no nos damos cuenta de que nosotros somos aún más mierdas que ellos. Los policías son nuestros compañeros de retrete, y nada más. Si alguien es corrupto, siempre habrá otro que se decida a superarlo en corrupción. Así se pudre esta ciudad: la pelea no es por ver quién sobrevive, sino por ver quién se pudre más y mejor. Y, mientras tanto, la ciudad se agota, se derrumba y enferma. La ciudad está PÁLIDA. Gangrenosa. Cancerosa. Festiva. Un universo decrépito que muy bien podría morir, como el mundo, al ritmo del Canon del magnífico e insuperable Pachelbel. Bien podría desaparecer durante el fin patético de las cosas.

Finalmente arribamos al orfanato. Era un construcción fea y grandísima, casi tan grande como el edificio del laberinto. En realidad yo esperaba otra cosa, un edi-

ficio más bien pequeño y oscuro. Pero no: era una construcción magnífica, que en su tiempo debió ser importante, a juzgar por sus bellos herrajes y puertas de madera, altos techos y pasillos cuasi conventuales. Sin embargo, aún antes de entrar, en la banqueta, se sentía invadida por una tristeza. Desde luego era una tristeza muy diferente a la que albergaba la ciudad en general. Era una más bella, una especie de despedida eterna, que seguramente tenía algo que ver con el hecho de que todo el amor que entraba ahí, entraba prestado. Traté de imaginar al Abraham de mis sueños caminando por los pasillos carcomidos por la humedad, o correteando con los niños que alcanzaba a ver en el gran patio. Definitivamente Abraham no pertenecía ahí. Abraham había jugado al director del orfanato, pero su destino final no era ése. Por eso había tenido que huir.

En la entrada, una mujer madura y una monja conversaban despreocupadamente. Al vernos, la mujer caminó hasta nosotros y abrazó, con lágrimas en los ojos, a Udab. Después besó a la perra en la mejilla. Era un dama inciertamente fea y que aparentaba una conmoción más bien tediosa, que se alejaba mucho de ser verdadera. Era Clara, como me enteré después. Era bajita y tendía a la gordura, aunque había algo en su actitud que me agradaba. Tal vez no fuera que su tristeza no fuera real, sino que a pesar del dolor le gustaba parecer entera, firme. Después de las tontas presentaciones, entramos al edificio y nos dirigimos a la oficina de Abraham. Era un lugar amplio pero terriblemente desordenado. Estuve tentado a pensar que ya alguien se nos había adelantado en nuestro juego de Sherlock Holmes. Pero como ni

Udab ni la perra se mostraron sorprendidos, deseché ese pensamiento. Probablemente el buen sacerdote había sido una persona caótica hasta para mantener una oficina. Udab y la chica se abocaron a revisar el escritorio y los archivos, ayudados por Clara, y yo comencé a sentirme absurdo otra vez, de manera muy parecida a la noche anterior, cuando Udab y la bruja discutían. Me dediqué a revisar los grandes libreros, repletos de volúmenes. Un panorama ecléctico y loquísimo. Las obras completas de Emilio Salgari por un lado, Marx por el otro, García Márquez por allá, las vidas de santos de Butler en un rincón, Bukowski en otro. Pensé que jamás hubiera imaginado que un sacerdote leyera a Bukowski. Pensaba esto cuando, en el ventanal de la oficina que daba hacia la entrada, hizo su aparición una visión increíble. Una mujer poderosísima, como nunca había visto antes, entró y preguntó algo a la monja vieja, la cual señaló hacia nosotros. Su mirada se encontró con la mía y yo sentí como si la tierra se abriera ante mis pies. Era una mujer bellísima y madura, pero con un halo de ancianidad que la envolvía. Tal vez se debiera a su ropa, o a su mirada. Poseía un par de ojos volcánicos, una mirada que yo no pude dejar de comparar con la de Udab. Una mirada abismal. Avanzó hacia nosotros y entró en la oficina. Nadie pudo dejar de verla. Nos dijo que buenas tardes y que era una antigua amiga de Abraham; que se hallaba buscándolo desde hacía tres semanas y que ahora la monja de la entrada le había tratado de explicar que Abraham había desaparecido o algo así. Nos dijo que se llamaba Sylvia y que conocía a Abraham desde la infancia. Yo pensé que era una forma infame de resumir una historia, la que fuera, donde hubie-

ran intervenido esos ojos tan bellos y extraños. Tenemos al anticristo en los ojos, pero no queremos verlo.

Udab y la perra continuaron su búsqueda durante media hora más. Se veían siniestros ahí, escrutando papeles y despojos. Clara dejó la habitación murmurando no sé qué baladronadas. Mientras tanto yo me acerqué a esa visión magnífica que era Sylvia, y le expliqué cómo estaba la cosa, o al menos cómo creía yo que estaba. Mientras le hablaba, pude notar su belleza en todo su esplendor. Era una mujer, una más, perfecta; pensé que, a Dios gracias, me encontraba en una especie de bonanza de mujeres. En definitiva no me gustaba, no me sentía atraído a ella con connotaciones sexuales; era más bien una mujer sorprendente a primera vista. Era sólida: delgada en verdad, casi tanto como la bruja, pero fuerte, no enfermiza. Y esos ojos; penetrantes, infernales, infinitos. Ella era un ojo. Juntos miramos un retrato de Abraham. Era una foto mala donde se veía al tipo parado frente al seminario en Berkeley, joven y terriblemente parecido, para sorpresa mía, al Abraham de mis sueños. A la señora Sylvia se le llenaron los ojos de lágrimas al verlo. Yo me limité a ofrecerle mi pañuelo; ella lo tomó y me sonrió. Una sonrisa cálida, pero no amistosa. Cálida como lo es la erupción de un volcán que arrasa con todo. Udab y la bruja se dieron pronto por vencidos. Habían descubierto una revista de encueratrices, otra de un club de pistoleros, pero nada más. En realidad habían encontrado precisamente aquello que habían ido a buscar: nada. Sólo lágrimas en la celda de un hombre pobre. Yo tomé el volumen de Bukowski y lo metí a mi pantalón. Me pregunté si me lo

estaba robando y la respuesta fue sí. Después recordé que no hacía mucho que Bukowski había entregado el despojo corporal, y pensé que a la cuenta de pan de centeno tendría que agregar botellas de whisky y coños de moscas de bar, para atraer a este nuevo fantasma beligerante.

Al salir de la oficina nos encontramos con un seminarista golpeado, parado junto a Clara. ¡Por Dios! Lo recuerdo y se me llena la boca de saliva. Tenía la cara deforme por la hinchazón, y un parche le cubría el ojo derecho. Lo reconocí al instante: era uno de los seminaristas del periódico. Era un verdadero himno a la madriza policíaca. Udab se acercó a él con la cabeza gacha, y alcancé a escuchar que le decía “perdóneme, padre, porque he pecado”. Hablaron cinco minutos. Después el tipo abrazó a Udab, que volvió sonriendo junto a nosotros y dijo que nos invitaba a todos a comer a la cafetería de la escuela nacional de Bellas Artes, al edificio del laberinto, donde por esos días impartía, ¡já!, clases sobre la ruta del antiarte.

No hay tiempo. No hay historia. El tiempo es una mar infinito en el que los hombres sólo acertamos a morir ahogados. Un hombre eyacula en la boca de una mujer, y pierde el sentido. El sentido de su vida. Pero invariablemente gana el sentido de su muerte. Es el infinito e inagotable placer de hacer las cosas mal, de echar todo a perder. El placer máximo de los herejes. Mi caso particular es harto ilustrativo. ¿Porqué se alejó Udab de mí? ¿Porqué aceptó esa estúpida plaza de profesor en

la Universidad de Arizona? Yo no falté al amor. Él, aún menos. Es un círculo perfecto donde se encierran los mañanas, el futuro, la pasión por la muerte. Recuerdo el día en que lo vi quemando sus libros. Me acerqué a él y le pregunté, horrorizado, qué demonios hacía. Me contestó que carbonizaba la hueva. Ahora lo pienso y creo que tenía razón. Es una estupidez convertirse en un erudito, en un científico del espíritu humano. Él se fue cansado del estudio del espíritu. Me dijo que iría a construir el verdadero espíritu humano. Y eso le costó la vida. Creo que el espíritu, al final, se desbordó. Porque no hay tiempo de expandir la maldita concha del cuerpo para dar cabida al infinito. Antes de irse, Udab me confesó que nunca había visto un cadáver. Yo le dije sonriendo: "estás hablando con uno". Me contestó que yo le daba miedo. ¿Yo le daba miedo al terror mismo? Al final comprendí que yo me había hecho tan terrible como Udab. Nunca poseeré su belleza, su perfección divina, pero nuestras almas están igualmente corrompidas y aleccionadas por Satán. Nos enterraron muertos en nuestra desventura, y resurgimos vivos y con ansias de sangre y de carnaza pagana. No sé si esto pasó porque ambos éramos demasiado para la existencia humana, o porque éramos un par de hijos de puta sin cojones para enfrentarnos a la naturaleza de la maldita realidad. Cualquiera de las dos opciones implica el hecho de que él y yo pretendíamos ser artistas. El arte es prostitución, dice Baudelaire. Ambos éramos putas malas a las que les gustaba recibir por el culo. Yo creo que a eso se referían los Stones cuando cantaban el blues del fellatorista. O mama vergas; es lo mismo. El artista recibe la realidad, la terrible angustia, su pasión destructiva, preci-

samente por ahí. Por los confines sexuales, sensuales, del cuerpo. Si es una tragedia estar vivo, el colmo es pretender capturar la vida por medio del arte. Es como querer apuñalar a César con un puñal de mazapán duro.

Esta es una tradición famélica que continúa más allá del artista para impregnar todo el mundo del arte. Es decir, envuelve al artista, la obra, el espectador y el ambiente mismo del verdadero medio artístico. Cuando visité por vez primera la habitación de la perra, en el estudio de Udab, pude ver la síncopa románica que envolvía sus cosas y su vida. Por ejemplo: tenía una muñeca vieja, descomunal, casi del tamaño natural de un niño, a la que le faltaba un ojo. Era una muñeca rubia y tenía el pelo hirsuto, escaso y disparejo. Vestía un trapo largo, de una pieza, parecido a los vestidos-estándar de las películas sobre orfanatos. Tenía, también, una colección de películas viejas sobre orfanatos, desde "jóvenes señoritas en uniforme", hasta "anita la huerfanita" o "las aventuras de Heidi". Las veía y las veía incontables veces, para inundarse de anhelos y de envidia por los huérfanos. Por eso se acercó, también, a Abraham y Clara en la labor del albergue. Ella había cargado mucho tiempo el peso de sus padres; la sangre de sus padres que corría por sus venas formando, unidas, la suya, le parecía un estorbo peor que un defecto físico o que un retraso mental. Y el conocimiento sobre niños sin padres, niños sin peso, le confortaba.

Miraba viejas fotos tendida en el lecho nostálgico de su piso, del piso del hogar que le había regalado Udab, con su muñeca rubia junto a ella, y se reconocía en sus ancestros retratados, presos en el papel fotográfico. Decía que todas las fotografías

encierran, como diminutos cementerios, seres muertos. La muñeca miraba con su ojo único, hambriento, las impresiones viejas, descoloridas, tristes, que la perra sostenía en sus manos. Manos tristes por recorrer la historia de gente que tal vez nunca había existido en realidad. Ese primer día, esa primera batalla, descubrí que la perra estaba triste, y que tal vez lo estaría de por vida. Yo me embutía el vaso de tequila que ella me había regalado, sentado ante la mesa, y la contemplaba. Ella suspiraba en el piso. Veía una foto en la que se había capturado a una mujer casi victoriana, parada frente a un tren. Había algo en la mirada de la dama que te hacía pensar en una adúltera que abordaría el tren para huir. De pronto ella me dijo que sentía una profunda tristeza al ver partir los trenes; dijo que le invadía un sentimiento de final, de separación. "Tal vez he visto mucho cine", concluyó. Yo pensé que si la mujer hubiese sido una adúltera, no se hubiera hecho tomar una foto antes de abordar. Tal vez fue que, más bien, en ese momento vio al imbécil de su marido frente a ella, tomándole la foto, y por primera vez cruzó por su mente la idea del adulterio. La perra levantó el brazo, como tratando de alcanzar el techo. Sus senos pequeños y moribundos se dibujaron bajo la opresión de la tela de su viejo vestido. Podría decirse que todo en aquella habitación era viejo; la mesa, la muñeca tuerta, los libros, los espejos que colgaban del techo, la cama, las paredes, el aire. Todo en aquel lugar había sido testigo de algo; todo parecía encerrar huellas de algún momento, de algún devaneo terrible y siniestro, de alguna desgracia. De la terrible tradición.

— ¿Eres homosexual? —me preguntó, mirándome de pronto.

Dejé el trago definitivamente en la mesa. Me incorporé lentamente de mi asiento, que crujió lastimeramente bajo mi impulso. La miré con vehemencia. No estaba molesto. Simplemente me desconcertaba recordar mi duda. Aún hoy, no sé si lo soy o no.

— Estoy aprendiendo —contesté—. Tú eres aquí la maestra.

Miré los espejos en el techo. ¡Dios! Tal vez estaba en el cuarto de una loca perversa, que terminaría cortándome los testículos y comiéndoselos en mi presencia.

— Deseas verme desnuda —afirmó, sonriendo cada vez con más maldad, casi como Udab.

Sonreí.

— Nunca te he visto. ¿Porqué chingaos habría de desearlo?

— Porque me necesitas.

¡Puta madre! Todo se iba haciendo más claro. El infierno iba delimitándose a un ritmo vertiginoso. Miré su boca, y mi sexo reaccionó. Caminé a la mesa y encendí un cigarrillo, dejando escapar el humo con un peculiar sonido, enfermo y desconocido.

— Hablas demasiado —le dije, acercándome a ella—. ¿Qué sabes tú de mí?

Ella volvió a la contemplación triste de su foto.

— Sé mucho, y lo sabes. ¿Recuerdas cuando me dijiste que si se te paraba el infierno en la sala no tenías necesidad de saber nada más? Bien. Yo sé que se te para, y con eso basta.

— ¿Sí? —dije yo, y caminé hasta su cama, sentándome en ella—. Pues chinga tu madre.

Ella se puso de pie y, mientras caminaba y guardaba sus fotos en el librero, me hizo una seña indescriptiblemente obscena con la mano. Me pareció la mujer más exquisita que jamás hubieran contemplado mis oscuras canicas.

— Si tanto te molesto, ¿porqué no me echas? —le pregunté.

— Porque me gustas —dijo, y caminó hasta mí, cogió el cigarro y le dio una profunda fumada. Una fumada casi suicida.

— Me gustaría verte feliz —dije, casi para mí mismo. En verdad, me hubiera gustado en ese momento verla feliz. Me hubiera gustado sentarme con ella y escribir su libro en ese momento. Darle lo que fuera, con tal de que conociera la felicidad y dejara de verse tan triste y miserable y sidosa.

— ¿Porqué? —me dijo.

— No lo sé.

— Bueno, si se trata de felicidad, regálame la inmortalidad.

— ¡Já, já! —me reí yo—. No mientas, carajo. Lo único que no deseas en este mundo es ser inmortal.

— Me gustaría ser inmortal para seguir viéndote eternamente.

— Mientes —le dije. Le pedí con señas que me regresara el cigarro. Después repetí—: Me gustaría verte feliz.

Ella se acercó a mí, me entregó el cigarrillo y, con su mano grasienta, acarició

mi cabello.

— Entonces hazme el amor.

— No sé cómo hacerlo —y pensé que nunca había dicho nada tan real como eso; en toda mi vida.

— ¡Vamos! —dijo, casi riéndose.

— No lo sé.

— Entonces... ¡averígualo!

Se sentó sobre mí, y ambos caímos sobre la cama. Su boca sabía a sal. Tenía mal aliento y dientes chuecos, pero puedo decir que jamás he besado boca más hermosa. Mientras nuestras lenguas se encontraban y nuestras ropas salían volando por el aire hasta el piso de duela, mientras sentía su cabello rasurado de la nuca picarme las manos, pensé en mi madre. Recordé que la primera enseñanza que podía ver en mi mente, era suya. Dios está en todas partes. Ella no se cansaba de repetirlo. Dios lo ve todo. Ese fue uno de mis primeros valores, si se le puede llamar valor a algo tan absurdo. Cuando es uno pequeño se lo toma muy en serio, pero al llegar a la vida adulta se olvida uno de esa perversa intromisión divina. Mientras ella bajaba explorando con su aliento mi pecho y mi ombligo, hasta llegar a mi sexo y meterlo en su boca, comencé a sentirme nada menos que como un niño otra vez. Volteaba hacia todos lados, tratando de descubrir en algún rincón la mirada severa del buen Dios. Me sentía lleno de algo incierto, algo como el poder; me preguntaba si Dios podría en verdad ver mis pensamientos, saborear ese dolor prístino que formaba el río de

mis imágenes inframentales. Si hubiera visto a Dios ahí, parado, viéndonos, lo habría invitado a unirse a nosotros. Le hubiera dicho “vamos Dios, dale a la perra por el trasero mientras me lo chupa”. Fue una lástima; no encontré la mirada de Dios por ningún rincón. El lindísimo Dios no quería fornicar con nosotros. Mientras me comía el coño de la perra, pensé que tal vez por eso Dios estaba tan lejos de nosotros. Si algún día se decidiera a bajar por aquí y a divertirse con unas cuantas mujercitas, podría realmente comprendernos. Lo único malo de esto era que, muy probablemente, el Dios ya no querría regresar a su aburrido y patético cielo. Seguro diría “¡Uf! De lo que me he estado perdiendo”, y se pasaría todo lo que le restara de eternidad visitando burdeles y prostíbulos y lupanares, y porqué no, tal vez se haría actor porno.

Me introduje en la perra. La miré. Su cuerpo era patético. Sus costillas asomaban bajo sus senos. Nada más bello. Ahí estaba yo, tirándome a la hermana de Dios, y nada había más bello.

— ¡Dime algo! —dijo, jadeante—. ¡Dime algo, por favor!

— ¿Qué quieres que te diga?

— Algo, algo —murmuró. Su cabeza rebotaba contra la cabecera de la cama, a la par de mi empuje—. Dime una mentira... cuéntame algo.

Acerqué mi boca a su oído, que a esas alturas era una masa viscosa de saliva y cachondez. Inventé una historia en la que el protagonista terminaba masturbándose mientras hablaba por teléfono con una vecina que lo volvía un idiota y a la que acos-

tumbraba espiar.

— ¿Y eso qué significa? —me preguntó.

— No lo sé —dije, aumentando la fricción.

— No seas tonto. Es una historia de amor —dijo. Su voz había cambiado. Ahora era más profunda, más oscura. Salía más de su alma que de su garganta. Ahí, desnuda, caliente y húmeda, se veía terriblemente vulnerable; toda la fantasmagoría que la caracterizaba se había ido con su ropa. No estaba jodiendo con un fantasma, sino con un cadáver.

— Siempre he pensado que el amor es un pretexto —dije, finalmente, e intenté seguir pensando en Dios, porque mi sexo parecía obstinado en estallar en ese momento.

— El amor existe —afirmó ella, moviendo su cadera circularmente—. Está en todas nuestras acciones, en toda nuestra existencia.

Esos círculos me enloquecían, me agobiaban, como si hubiera sido ella la que me penetraba. Mis brazos me sostenían, temblando, abiertos, como los de Cristo en la cruz.

Como los de Cristo en la cruz.

Ya no tuve necesidad de pensar en Dios. La anterior afirmación de la bruja me había desconcertado. Amor. Por Cristo, el amor es tan poco, tan pequeño, al menos ese amor que veo en el mundo, embarrado de mierda, empequeñecido por la indiferencia, por una burla intrínseca, por una situación de muertos, por una esencia agu-

sanada y pretenciosa. Pensé que, si existía el amor, si me atrevía a pensar que el amor como hecho es posible, entonces estaría dispuesto a morir por eso. Pero no, si hay amor, es inalcanzable. Creer en el amor es tanto como creer en Dios, y para eso hace falta fe.

— ¿Porqué dices entonces "hacer el amor", si no crees en eso? —me preguntó.

— ¿Porqué lo decimos? —añadí.

Ella sonrió. Alzó su mano y acarició mi mejilla. Su mirada distaba mucho de todas las que había podido ver en ella. Por vez primera parecía un ser humano.

— ¿Sabes? —dijo ella, bajando un poco la tormenta en sus caderas—, cuando conocí a Udab pensé que era un tipo raro. Con el tiempo me di cuenta de que él era otra cosa. Tú eres un tipo raro... eres distinto. Pareces salido de otro mundo, de uno muy distinto a éste. Pareces no angustiarte ante nada y, a la vez, pareces lleno de angustia. Estás angustiado por tu vida eterna. ¡Y eres el primer tipo que conozco al que le gusta entablar conversaciones filosóficas al coger!

Sus últimas palabras parecían fuera de lugar. Medité un momento al respecto. Ella también parecía salida de algún lugar fuera de este mundo. De un infierno muy lejano al de esta ciudad de cloacas apestosas y cables surcando el cielo. Ella parecía salida del infierno mismo, del de Dante, del de Alcestes, del de Satán.

— ¿Porqué lo decimos? —insistí.

Ella dejó de tocar mi mejilla y dirigió su mano hasta mi espalda. A través de su tacto pude sentir y ver mi espalda por primera vez: la vi delgada, débil.

— Para tener un pretexto —dijo ella, y reanudó sus esfuerzos.

Mi verga sonreía dentro de ella. Yo sonreía. Continuamos nuestro rítmico asalto callejero; ese vaivén que nos dictaba el instinto.

— Dios mío —murmuré.

Ella cerró los ojos. Peló los dientes como una fiera. Yo descubría sensaciones en las que nunca había creído, sensaciones que creía muertas, palpitaciones en mi entrepierna que creí que sólo existían en los libros de cultura de supermercado. Pensé en el amor. Y sentí miedo.

— ¡Dios mío! —gritó ella.

Continué con mi ataque. Besaba sus pechos diminutos y los llenaba de marcas rojas, como heridas. El ritmo me sorprendía; el ímpetu me resultaba desconocido por completo. Me di cuenta de que hasta ese momento mi cuerpo y todas sus posibilidades me eran ajenas e indiferentes. Creí que tenía cuerpo. Intenté imaginar cómo hubiera sido el sexo con el Dios homosexual, con Udab. No pude hacerlo. Ella abrió los ojos; intentó decirme algo, pero sólo salieron unos sonidos agudos y cortados de su garganta. Comenzó a llorar, al tiempo que arañaba mi espalda.

— ¡Dime que soy tu puta! ¡Dímelo! —exigió.

Yo continué comiendo sus senos y chupando su cuello. Abajo, mi sexo gritaba por más de aquel infierno.

— ¡Dime tu nombre, carajo! —grité yo.

Su espalda se arqueó y lanzó un agudo gemido que hizo que mi columna ver-

tebral se viera recorrida por una especie de corriente eléctrica desbocada, enérgica, avasalladora. Su pecho se puso como la carne de gallina. Apenas detuvo sus movimientos. Un segundo después volvió a mover con desesperación su coñito.

— Mi nombre podría ser cualquiera —me dijo—. Llámame Cualquiera.

— Te equivocas —dije, acercando mi boca a su oído, al tiempo que escuchaba cómo emitía un gemido de aprobación—. ¿Cómo podría escribirte un libro con un nombre tan feo?... No me interesa cualquier nombre. Me interesa el tuyo.

Ella acarició mi cabello. Los movimientos de su cintura amainaron un poco. Me sentí aliviado. No tenía intenciones de terminar ese palo todavía.

— Por favor —alcancé a escuchar que decía—... dime que soy tu puta.

Dudé unos instantes. Pero al final me decidí. Después de todo, eso era lo que pensaba.

— Eres mi puta, y lo serás siempre.

— Júralo por Dios —susurró ella.

— ¿Cuál Dios?

— El que sea.

— Lo juro por Dios, entonces.

Comenzó a chupar mi oreja, y puso a trabajar de nueva cuenta su coño. Supe que por esa ocasión ya era suficiente. Presentí que teníamos toda una eternidad copulativa por delante.

— Tú eres Dios —me dijo al oído.

Mi verga muda habló por vez primera. Gritó ¡basta! Yo apreté el ritmo con demencia. Ella gimió y mordió el lóbulo de mi oreja, al tiempo que arañaba mi espalda. Sentí cómo la sangre brotó de la piel. Una espléndida carnicería.

— ¿Cuál es tu nombre, carajo! —grité, con la boca llena del crúor de su cuello. Presentí que su nombre sería ése que me gustaba para las rameras.

— ¡María! —dijo, riendo a carcajadas—. ¡María, como la virgen!

En ese momento, dando un fuerte grito, entregué el espíritu... y la muñeca tuerta me miraba desde la silla.

Sí. Entregué el espíritu y me entregué a la maldita tradición. ¡Misericordia pisoteada! Ahí estaba el mundo anhelado, en esa habitación, en esa muñeca ajada, en el gigantesco cartel de Dolores del Río que nos miraba desde la puerta, en todos los alucines de orfandad de la perra María. Ahí estaban la vida y la muerte, hechas sándwich, hechas pastilla estimulante; un universo que uno podía tragarse y aventar por el retrete dos horas después. Ahí estaba ese amor que no se hacía papilla para darle de comer al infante de la infamia, a la pérfida delectación de los mentirosos; ese amor que corroe las entrañas, pero que no obliga a mentir, ni a cambiar, ni a renunciar. Ese amor que duele, que no es gratuito; ese amor que traicionó a Dios y a Abraham y que los hizo pensar que había sido el otro el que los traicionaba; ese amor que hizo que Udab y yo nos dijésemos adiós mientras sonaban en la grabadora maldita los perros híbridos del Jane's Addiction; ese amor que nos dijo pendejos mientas Perry cantaba "Jane dice que nunca ha estado enamorada / no sabe lo que es

eso / lo único que sabe es que si alguien la desea / ... Yo deseo si me desean." Ese amor que causa herpes sifilíticos, divorcios y peleas por la custodia de hijos idiotas o resentidos; ese amor que se mete en las salas de exposiciones y en las salas de conciertos y en las páginas de los libros, y que hace que el arte sea arte para siempre; ese amor que hizo que padre Sergio cayera en brazos de la otra María, la de Tolstoi; ese amor que se ampara en las sombras y que hace que el ejecutivo se obsesione con una puta de mala muerte; ese amor que hace que un sacerdote se derrita llorando con los pantalones abajo en un confesionario;

ese amor que hace que un hombre mate;

ese amor estaba ahí, en el cuarto viejo, y tenía un nombre:

María.

Como si el cuarto viejo fuera el infinito, y nosotros los ángeles lujuriosos que lo cuidaban.

Como si yo fuera todos los hombres, y María todas las rameras.

9

— Lleva cuatro días encerrado ahí, señor.

El pequeño comandante secó el sudor de su frente con la manga de la camisa caqui que llevaba cubriendo su sudoroso y regordete cuerpo. Hacía un calor de los treinta mil demonios. Miró al dueño del hotel, que intercambiaba miradas con el botones, un hombre de facciones asiáticas que traía un manojo de llaves en la mano y que lo hacía sonar como una maraca. Después miró la puerta. El número decía "204". Carajo, se dijo, si este hotel de mierda no debe pasar de los cincuenta cuartos. Mientras caminaba hacia la puerta, recordó que su esposa estaba nuevamente embarazada. Apenas un día antes se había enterado de la noticia. Al principio se había sentido regocijado, realmente contento; había corrido a una tienda cercana y había comprado un manojo de rosas para su mujer. Pero ahora la idea le preocupaba: su clan familiar ascendía ya a once, descontados él y su mujer. El doctor que ayudaba a parir a su mujer cuando la comadrona local no se encontraba o se enfrentaba con alguna complicación que excediera sus empíricos conocimientos, le había dicho la

última vez que un parto posterior podía llegar a ser muy peligroso. Ambos ya eran viejos para esos trances, le había dicho, y su buena mujer tal vez no soportaría un trabajo de parto otra vez. Además, alimentar once bocas no había sido fácil. Y ese trabajo de policía ya no le gustaba para nada. La visión de la pobre mujerzuela que habían recogido el día anterior le daba vueltas en la cabeza; esa mujer mutilada que en la plancha del depósito parecía sonreír. La vida está cambiando, se dijo, mientras pegaba el oído a la puerta e intentaba escuchar algo del otro lado. No escuchó nada. Era cierto que con seis meses más de servicio iba a alcanzar la jubilación, pero eso, más que esperanzarlo, lo irritaba aún más. Sabía muy bien cómo funcionaba eso. Vueltas y vueltas para conseguir un maldito cheque miserable. Lo había visto innumerables veces con otros compañeros suyos, hombres buenos y policías honestos que trabajaban jodiéndose el lomo para que al final los trataran como basura y hasta sus propios camaradas les negaran el saludo. Pinche vida de mierda, se dijo; sería mejor echar al bote de la basura a ese niño. Pero eso era pecado; ni pensarlo. Además, su mujer jamás aceptaría. Su pequeña cabecita prematuramente canosa no alcanzaba a razonarlo, pero estaba odiando a ese niño desde antes de nacer; venía a complicarle todos sus planes de una vejez tranquila y sin más penas. Y todo porque el Dios al que su mujer le rezaba todas las noches y todas las mañanas y todos los medios días, había obrado el milagro de que dos humanos que ya se creían ancianos, por la pronta jubilación de uno y la tos cancerosa de la otra, pero que seguían jodiendo como adolescentes, procrearan un niño que nada sabía de métodos anticon-

ceptivos que no estuvieran prohibidos por la santa madre iglesia. Sin separar el oído de la puerta, tocó dos veces. No hubo respuesta.

El dueño del hotel se acercó tosiendo hasta él.

— Eso ya lo intentamos, señor.

— ¿Y porqué entonces no usa la llave de una buena vez? —preguntó el comandante, visiblemente molesto. ¿Qué hacer con ese niño? La tos del desagradable dueño le recordó a su mujer.

El botones semiasiático dejó de jugar con el cúmulo de llaves y comenzó a buscar con pereza la que llevara el rótulo 204. Mientras tanto, el comandante miró su reloj de pulso, que le habían obsequiado cuando había cumplido felizmente con veinticinco años de servicio y que llevaba una inscripción en latín que él aborrecía, no por lo que decía, sino porque era incapaz de entenderla. Tal vez dijera: "al hijo de puta más infeliz de toda la comisaría". Eran las nueve de la mañana; nadie con un mínimo de decencia estaría acostado a esas horas. Caminó por el pasillo hasta el teléfono público que se encontraba junto a los baños. Echó una breve mirada hacia los retretes; estaban vacíos. Después tomó el teléfono y marcó el número de la estación.

— ¿José? —dijo, cuando del otro lado escuchó que descolgaban el auricular.

— ¿Sí, mi comandante?

— ¿Ya salieron los resultados del forense?

— Ay, mi comandante —dijo el otro, y el comandante pudo imaginárselo con sus eternos pantalones lustrosos y azules y el eterno frío en sus manos—, es que yo

acabo de llegar aquí.

— Pues anda rápido y búscate al doctor.

Del otro lado la línea quedó vacía. El comandante jugó un momento con la cerilla de su oído, metiendo medio dedo en él, mientras miraba a los dos hombres al final del corredor oscuro. El asiático se había dado por vencido y había entregado el montón de llaves al patrón, que luchaba por encontrar la del 204. Después de unos segundos, José regresó. "Está crudo", pensó el comandante al escucharlo.

— El doctor dice que el informe estará listo hasta el medio día, señor.

— Pues entonces deja de estar huevoneando y vente para acá, José. Estoy en el hotel Mirador.

El comandante colgó el teléfono y caminó de nueva cuenta hacia los hombres. El botones miraba hacia el techo y sonreía como un idiota, con sus ojos rasgados perdidos en la contemplación de algo que el policía no lograba ver. El patrón sostenía la llave, triunfal, y sonreía.

— Aquí está —dijo el hombre, al tiempo que entregaba el trozo de metal.

El policía la observó por un momento. Después se acercó a la puerta y tocó otra vez, con golpes suaves y pausados. Nada. De cualquier manera ya no era hora de que nadie estuviera dormido. Introdujo la llave al orificio en la chapa, y entró.

José cuelga el teléfono, y apaga el cuarto cigarrillo en el cenicero rotulado. "La

casa del pescador" / venga a disfrutar de nuestros exquisitos platillos típicos / mojarra a la plancha / pulpo en su tinta / y muchas cosas más / No somos los únicos, pero sí los mejores / Avenida Hidalgo 47, frente a la estación de policía. José aplana las cenizas con la colilla recién apagada; después, sobre éstas, dibuja un falo erecto, con trazos burdos, como de niño. "A huevo", se dice. Se pone de pie y mira hacia el escritorio vacío del comandante. Mira la fotografía de la esposa gorda y demacrada, y se atreve a pensar que está enferma. Se imagina que tal vez por eso el comandante anda tan sensible. Recuerda que ayer, cuando regresó del desayuno, venía muy feliz y hasta le había sonreído. Pero cuando el forense los llamó y volvió a ver el cadáver a medio comer de la putita de la playa, se había puesto furibundo, encabronado y hasta un poco triste. Y, claro, él tenía que aguantarse y hacer como si no hubiera problema. Se dice "sólo durará unos meses más; pronto se jubilará el buen hombre". Piensa que a él le gustaría jubilarse a la edad del comandante: con cuarenta y cinco todavía se pueden hacer muchas cosas en la vida. Ahora se apresura a tomar las llaves de la patrulla, que se hallan sobre su propio escritorio; toma su chaqueta y camina rápido hasta la calle.

Conduce el auto a través de la callejuelas, hasta llegar a la avenida principal. Ve el mar, el vaivén continuo de las olas, y siente frío en las manos. Llega hasta un semáforo en rojo, suelta el volante y se talla las palmas contra el pantalón azul. Frente a él cruzan algunos lugareños y turistas. Mira hacia la playa; está llena de bañistas. Algunos homosexuales juguetean entre ellos en un portal. Sus risitas se van

perdiendo a medida que avanza. Allá al fondo, inmutable en la punta de la playa, alcanza a ver a la sirena. Dos niños se trepan a ella y después se lanzan al mar. Da la vuelta, y al auto le suena todo, como si de un momento a otro fuera a desarmarse o, peor aún, fuera a elevarse al cielo. Al detenerse frente al hotel Mirador, algo cruje bajo una de las llantas. Apaga el motor y baja, mirando hacia el piso. Es una lata de víveres, que ha quedado atorada bajo la rueda derecha. "Con una chingada", piensa.

Camina hacia el hotel. Piensa que le pedirá un par de aspirinas al pinche japonés en cuanto entre, porque los pulques que se tomó ayer en la noche le están gritando en la cabeza. Al entrar mira al asiático, que llora echado sobre el mostrador de la recepción. El atolondrado botones alza la mirada, se limpia los caminos salados de las mejillas, y sorbiendo el moco hace extrañas señas con la mano.

— Arriba, arriba —alcanza a articular.

José sube rápidamente las horrendas y viejas escaleras, procurando no tocar el barandal, que está por caerse. Los escalones crujen bajo su peso. "¿Qué carajos habrá pasado?", se pregunta. Al llegar a uno de los descansos se da cuenta de que no sabe adónde ir. Cuando está a punto de dar la vuelta y regresar donde el asiático, oye una tos enfermiza y la voz del comandante que murmura algo. Avanza entonces por el pasillo, escasamente iluminado. Al fondo hay una puerta abierta; escucha nuevamente la voz del comandante. Alcanza a escuchar que dice estar harto. Aprieta el paso y, al cruzar el umbral de la habitación, mira claramente el número en la puerta. 204. El dueño del hotel, amigo de su madre al que conoce desde que era un niño,

mira por la ventana, cuyos cortinajes están abiertos de par en par y dejan entrar la fuerte luz del sol. El buen hombre se ve pálido. A su lado, mirando el piso y fumando un cigarrillo forjado, se encuentra el comandante. Y sentado en una silla, de espaldas a la puerta, un hombre desnudo, inmóvil.

Durante unos instantes, José se queda parado a unos pasos de la puerta, mirando la espalda curvada del tipo de la silla. Después avanza lentamente, hasta llegar frente a él. Es un tipo joven, tal vez de la misma edad que su superior. Tiene la cabeza echada hacia atrás; mira el techo, y sonríe. Su sexo, flácido, cae sobre uno de sus muslos. El color rojo de sus ojos da la certeza de que estuvo llorando largo rato. El joven policía lo mira por unos momentos y después voltea hacia el comandante. Éste, por alguna extraña razón, mira hacia el pito flojo del de la silla. José siente ganas de reír. "Lo único que nos falta es que el buen hombre se nos vuelva maricón", piensa. El comandante murmura "está muerto", como si él no lo supiera ya, y como si la muerte colgara de los cojones del cadáver. El pobre hombre, con una jubilación encima, se ve aún más pequeño, y al hablar se oye estúpido.

El comandante camina ahora por la habitación, buscando entre las ropas del piso y entre las sábanas. El viejo dueño dice que el de la silla debe haber muerto de inanición. Dice que llevaba cuatro días encerrado, sin siquiera dejar pasar a las muchachas del aseo. El comandante ordena con señas a José que pase el cadáver a la cama. "Con una chingada", dice entre dientes. Pero toma al hombre por los sobacos y se lo echa a la espalda. Siente las nalgas frías en sus manos. Pesa como tres vacas

muertas. "Con una chingada", dice, un poco más fuerte, mientras deposita el cuerpo en la cama alborotada. El comandante le lanza una mirada inquisitorial que le hace sonrojarse. Después le extiende un pequeño libro negro que tiene entre las manos.

— ¿Sabes qué es esto? —le pregunta.

José mira el libro, e intenta recordar. Él ha visto un libro parecido en alguna parte. Entonces recuerda que su madre tenía uno igual, con el mismo nombre, de hecho, que acostumbraba leer siempre que había muertito o casorio, y que él nunca creyó que entendiera. "Rituale Romanum", se llama el libro.

— Es algo de religión —afirma finalmente.

El comandante le ordena que llame de inmediato al forense. Mientras camina hacia el teléfono, al fondo del pasillo, siente que esto lo ha vivido ya antes. Recuerda a su madre, parada frente a un ataúd o frente a una pareja de recién casados, leyendo de su librito negro, hablando en un idioma que a él lo hacía reír. "Joderum ad nostra chingadíssima et semper puta mater", se burlaban él y sus amigos por lo bajo, mientras sus madres y demás devotos decían "amén". Siente el pequeño libro en sus manos y se siente triste al recordar a su madre. Recuerda que murió hace un año y que no hubo nadie que supiera rezarle a ella esas oraciones que tanto le gustaba rezar para otros.

Después de hablar con el doctor, abre el pequeño libro. Hay un pedazo de papel emplasticado señalando un apartado que se titula: "Ritus exorcizandi obsessos a daemonio". Entonces mira con atención el pequeño papel emplasticado. Lo toma en

sus manos y le da la vuelta. Sí, es una licencia de conducir. El hombre en la foto es el mismo de la silla. José se estremece al ver que viste como sacerdote. En el papel dice que vive en la ciudad de México. Dice, como si dijera muchas cosas, como si dijera que el comandante es un pedazo de mierda frustrada y que el dueño del hotel es un cabrón usurero y que su madre era una beata impertinente y que él mismo es un grano de arena en el desierto, como si dijera todo y nada, como si dijera el infinito, dice que el hombre se llama Abraham.

Hay que esperar al forense. El dueño del hotel ocupa ahora la silla que inicialmente ocupaba el cadáver. El comandante hurga por aquí y por allá, como si José no le hubiera dicho ya quién es el muerto. Y José mira fijamente el cuerpo inerte de Abraham. Se siente triste, ahí parado frente al desconocido sacerdote. El libro le bulle entre las manos: le gustaría rezarle, pero no sabe cómo hacerlo.

Abraham está arriba, en un paraje lleno de botellas de whisky. Su amor junto a él. Unidos irremediablemente.

Abajo, en la tierra, en el hotel Mirador, el cuadro es penoso, amargo, como una música negra, una música de esclavos, tocada sin partitura.

José, sentado en su escritorio, escuchó el dictamen del forense. Y se dijo no,

eso no es cierto. Algo más terrible había sucedido en el Mirador. Algo inalcanzable. Si los pobres hombres hubieran sabido quién había afilado la espada, habrían caído de rodillas ante Abraham, y hubieran llorado.

El doctor redujo los confines cósmicos a un derrame cerebral. ¡Maldita sea, UN DERRAME CEREBRAL!

10

Aquí todo crece en vertical.

José Cruz / Real de 14.

Hubo un tiempo en el que yo aprendía. Era el alumno. Calumnias, imprecaciones, entraban a mí, a través de cierta parte de mi cuerpo, hasta llegar a mi estómago, y quedarse ahí, estáticas, a la espera de la situación estelar que impulsaría a la masa viscosa de los intestinos a contraerse y vomitarlos. Entraban y me nutrían; noches insomnes de búsqueda, de internarse en el bosque, de no tener miedo de la oscuridad, de no temerle al coco, de entregarle las cañas a la bruja para que chupara la sabia del útero, noches de salvación, entraban a mí por el último centímetro de lo ínfimo. Era un tiempo sin horarios, un tiempo de caos en la disciplina, de devaneos estólidos que incansablemente buscaban la inteligencia. Eran segundos morganáticos, uniones infinitesimales entre reyes y esclavos, entre dragones y pérfidos caza dragones, entre lagartijas y vasos de vino glacial. No se trataba de buscar la piedra filosofal; la condenada piedra me seguía a todos lados, como si estuviera atada a mí con las cadenas de Prometeo. Por el contrario, era la búsqueda de la segueta, la búsqueda de la libertad. Quería abandonar la piedra en algún lugar cercano a la torre

Eiffel, o a la de Pisa, o a la de Babel; dejarla en algún paraje cerca del río del infierno, hundirla en el oído de Hades, entregársela a Caronte, para dejar de convertir mis heces en oro. Me era urgente dejar de ser secular. Me era urgente beber de las aguas que guarda en el ombligo la maravillosa Estigia, para así perder el aliento y, finalmente, matar la conciencia. Me era preciso aprender el oficio de los asesinos. Quería ponerme las sandalias de Fedra. Quería aprehender, con las garras de mi alma inmortal, el sonido final de la locura; quería aprender a dibujar las caricaturas del odio. En medio de todo este afán, con los ojos empañados por los vapores de la despersonalización y la esquizofrenia, me busqué maestros dignos del grato alumno que deseaba ser yo. Sería inútil enumerarlos: son tantos y a la vez tan pocos. Son una multitud de individuos, aunque esto parezca imposible. Cada uno es uno. Tal vez sea eso precisamente lo que los vuelve incontables.

Me emperro en mi intención de recapturar lo inasequible, de reconocer lo incognoscible. Es una lucha infernal con cada palabra, con cada respiración, con cada mirada, con cada momento, pero me eleva hasta las cúspides más tétricas del éxtasis. Es como platicar, comer, dormir y defecar con Dios. Como vivir con Dios. Se acerca a las dimensiones de un paraje capricorniano, tormentoso. Caminar con la infamia a un lado, por cercas electrificadas y prisiones inexpugnables, se hace tan fácil en esos momentos, como si uno se supiera más intrépido y gañán que Houdini. Uno se ve al espejo y lo que mira es un tipo guapo y persuasivo, un hombre capaz de convencer a su prima, a su hermana o a su madre de las más inenarrables bajezas o las más su-

blimes acciones. Te sientes con la suficiente labia como para ir delante del editor y decirle “anda y publica la buena nueva”, mientras depositas tu manuscrito pestilente en su escritorio. Se ve bien fácil destruir el templo y volverlo a alzar, mejorado con canchas de tenis y discotecas radioactivas, en tres días. Es una euforia total y psicodélica, capaz de llevarte a la presidencia de tu país, o a salir electo papa en el próximo cónclave. Podría uno quemar Roma en esos instantes, Roma entera. Porque es el único estado perfecto de la materia: la ebullición. Llamémosle catarsis o desavenencia entre partes criminales. ¿Qué más da?

Es el Amor. He amado las partes escondidas del siniestro hombre. He amado sus guerras y exterminios, sus alcoholismos y religiones, sus filosofías e ignorancias, y he amado, sobre todas las cosas, su presencia infame en la tierra. ¿Si no lo amara, podría decir algo de él? Sólo el hombre puede ser fundamento del hombre. Incluso te amo a ti, querido amigo lector. ¿No es acaso por tus ojos por los que yo existo? Disuélveme, te lo suplico. Si algún día olvidas todo esto que te digo, querrá decir que he cumplido con mi cometido, y me sentiré satisfecho.

Para mí, ha terminado el tiempo del aprendizaje. Ahora soy Satán. Muevo en suave agonía el millón de cabezas que poseo. Tengo dos opciones: salir y ejercer mi profesión, salir y volver mierda el mundo, o morir de aburrimiento. No necesito decir que me siento tentado más por lo primero. Me siento impulsado a honrar a mis maestros. Me rasco la cola y puedo percibir sus escamas, me lavo los dientes y veo las manchas rojas en los colmillos. Pero lo más importante: ya no estoy. He dejado

de ser, mi hermano. ¿No es maravilloso? Soy en el aire, en las construcciones exquisitas de los arquitectos de la nada y, lo mejor, soy en ti. Los fantasmas descansan ahora; ya no están. No los veo por aquí. Pero no te sientas triste. Están adentro de mí, los escucho hablar en mi cabeza número seiscientos sesenta y seis. Saltan como piojos. Ahora se conocen y se regocijan en el viaje. Mi buen amigo psiquiatra los llamaría esquizofrenia. Yo los llamo mis amigos. Y están aquí para ti, señor mío; no los desprecies. Allá tú si rechazas esta oportunidad preciosa. Puedo contarte que mi amiga A. la rechazó, y se llevó sus sueños dos cuadras lejos de mí, a un minarete desde el que ve pasar la vida y se imagina viviendo según el evangelio del anciano Federico. A joder con ella, entonces. No entendió dos huevos de lo que yo intentaba decirle, no pudo aceptar el regalo. Ni hablar. Pero no permitas que te pase lo mismo a ti. Llámame idiota, jodido, lo que quieras, pero guarda mi presente. Si no, a joder contigo también. Si tienes un poco de vergüenza, intentaré que crezca hasta aplastarte. Si te sobas el sexo un poco por las noches, yo te convenceré de que lo mancilles hasta hacerlo sangrar. Deshonrémonos un poco, carajo, que después vendrán días más tranquilos.

Vendrá la muerte. Eso siempre llega. Todo es muerte. Tengo en la mano un testimonio irrefutable: "Profesor Udab muerto. Incendio en galería. Entierro mañana, cementerio dos kilómetros de Phoenix. Asunto testamentario en México. Todas las pertenencias aquí perdidas. Lo sentimos mucho. Homenaje próximo: esperamos su presencia para dictar conferencia. Todos los gastos cubiertos por universidad Ari-

zona...” Este infame palabrerío no dice nada. Puedo imaginarme a Udab brincando como un loco entre las llamas, riendo en el último segundo de la infamia, consumiéndose como la antorcha brillantísima que siempre alojó en su alma. Es muy probable que él mismo haya encendido el fuego. Es muy posible que él mismo haya decidido su muerte. ¡Ahora quieren hacerle un homenaje! Sería como hacerle un homenaje a un hoyo negro, o a la bomba atómica. Rendirle tributo a la destrucción. Estos imbéciles no entienden nada. Le ha pasado encima la aplanadora de la pasión según el mercado de valores. Hace seis meses recibí este telegrama terrible. Por supuesto que lloré. María y yo lloramos juntos, desnudos en la cama. Ella me pidió que le contara al oído mi terrible tristeza. Lo hice, y se puso cachonda. Nos revolcamos, NOS HICIMOS EL AMOR, ¡já!, mojándonos mutuamente con nuestras lágrimas. Una semana después comenzaron las llamadas: “¿nos prestaría los cuadros para una exposición?”, “¿podríamos entrevistarlo acerca del maestro para un número especial de nuestra revista cultural?” ¡Que se vayan a la mierda, por Dios! Pueden meterse por el culo sus exposiciones y revistas culturales. No hace falta. Aquel que quiera compartir un poco del arte de Udab, que mire en su alma, que busque la obra de arte perfecta que es su espíritu. O como decía la señora Sylvia: “para entender un poco de la poesía del arte, uno tiene que ser capaz de flexionar el cuerpo hasta poder tocar con la lengua el propio sexo”. Me pregunto qué es lo que ha convertido a Udab en “maestro”. Nada. Sólo una jauría de lobos que, a partir de la noticia de su muerte, decidió que había llegado el momento de “entender” a Udab. ¿Porqué no lo hacen

cuando los artistas están vivos? Porque saben que los artistas se van a cagar en ellos. Malditos científicos del arte, que se pudran en su cultura, porque el infierno no lo merecen, ni lo conocen.

Después de esa noche de llanto y semen junto a María, supe que ya jamás volvería a llorar. Pero también supe que no había otra vida mejor que la mía. Supe que soy uno de los pocos hombres con voluntad que quedan sobre la tierra. No voluntad para trabajar y hacerme rico, no voluntad para ser el mejor, eso es mierda pura, ya lo he dicho. Me refiero a la voluntad para morir. Voluntad para ser lo que soy. Soy un escribano etílico, un alcohólico, un tequilero maníaco, un hereje monotelita, un hijo de mi puta madre, por supuesto, y un traidor a las bases de la decencia y la belleza en el arte. Soy un payaso con veintidós años encima, un baboso que apenas alcanzó a terminar la educación secundaria. Soy el enfermo que intentó suicidarse a los quince, y que se suicidará, otra vez, a los treinta. Soy como todos mis compañeros de generación. Estoy desilusionado. Leo a Bukowski, a Kerouac, a Henry, a Arthur. Me meto al cagadero con mis Narraciones Extraordinarias, con los testimonios rocanroleros de Pepe Agustín, con los paisajes sureños de Vargas Llosa, con el realismo fantasmagórico de García Márquez o de Isabel Allende. Escucho Punk como escucho Beethoven. Escucho The Cure y Jane's Addiction, escucho rock en español y escucho blues, por no dejar. Escucho todo lo que huela a sudor y anfetaminas, a sexo sucio y nembutal. Voy al tianguis del chopo y me siento a que me queme el sol. Soy fanático de Virginia Woolf y del MTV. Puedo pasarme semanas enteras viendo

la Naranja Mecánica en Kubrick, o leyéndola en Burgess. Me visto de negro para sentirme muerto. Estoy de luto por mi propia muerte. Y todo esto me hace un hombre justo y feliz. Todo un criminal. Clamo, junto a otros como yo, porque las cosas empeoren. Ya no venimos a arreglarle la vida a nadie. Venimos a fumar mota, a tomar pastillas, a inyectarnos sustancias y a morir finalmente, como todo mundo. Nos interesa la política de oposición y vamos a los mítines. Por ahí podrás vernos, forjando un toque y fumándolo a la salud del candidato de grandes orejotas. Frida nos cae de poca madre, pero por alguna razón Diego no nos convence. Discutimos a Joyce y finalmente nos convencemos de que Stephen Dedalus ha sido el mejor hombre sobre la tierra, incluso mejor que Cristo. Nuestros padres y maestros nos enseñaron lo que es la equidad, pero nosotros sólo creemos en la justicia poética. Somos la nueva raza negra infestada por la sangre de Nosferatu. Somos la "anarquía en el reino hundido", como pintara Udab en una pared, armado con mi aerosol rojo, después de que la señora Sylvia nos relatara sus desventuras.

¡Sylvia! Nunca he conocido a alguien como ella. Esa anciana ha sido la única que nos ha comprendido. Se salvó de ser adulto. Recuerdo que años hace conocí a una mujer que me hizo pensar en la antítesis de la vida adulta. Era la mujer aquella a la que le olía el coño a los nueve círculos del infierno. Pero no era más que una farsante. Era una ramera ampulosa y fétida que a cada segundo traicionaba, a cada palabra mentía. Una maldita mentirosa infecta. Un día lo comprendí y le dije adiós; salí de su casa con el sexo todavía chorreando con ese olor perdido y decidido a

nunca volver a verla; salí de su vida apestosa cerrándome la bragueta, mientras sus hijos dormían. Comprendí mejor toda la estupidez de esa mujer cuando conocí a Sylvia. Es el espíritu más puro que he conocido. Tuve la fortuna de tenerla alojada en el hogar dos meses, pues ella aún tenía esperanzas de que Abraham regresara y, además, no tenía un peso para volver a Honduras. Así que vivimos juntos, y nos sentábamos a hablar de cualquier cosa y comíamos pan duro remojado en tequila. Nos tirábamos en el piso de la terraza, contemplando el roble, mientras la grabadora infernal sonaba con Pink Floyd. Así me regaló ella su universo monstruoso: ebria, pacheca y anciana. Me regaló ese misal gregoriano de su historia; una historia de cópulas y besos que quedaban suspendidos en el aire, de amantes inventados y reales, de lugares con geografías salitrosas o helénicas que yo ignoraba que existieran. Una historia de cobardía y osadía, de ejércitos muertos en la noche ignota de Lesbos. Tenía una voz tan pausada que en ocasiones me hacía pensar que, milagrosamente, estaba escuchando hablar a una muda. Hablaba de eyaculación mientras el viento agitaba su cabellera crespa, y yo la miraba y sabía que era casi divina. Un ángel de sangre caliente. Era tan extraordinario tenerla cerca, que estuve a punto de pedirle que no se fuera. Todo iba muy bien hasta que Udab se presentó un día y nos avisó de la muerte de Abraham. Supe que ahí terminaba todo. Me fui, frío, con mil olores impregnados a la nariz, y me puse a recordar. Ahí comenzaba el tiempo de la nostalgia. Me puse a llorar como un idiota, mientras miraba autos y niños y perros que pasaban bajo el roble. Aunque todos los seres de mi mente aún estaban ahí, a mis espaldas,

de carne y hueso, ya no existían. La construcción iba a inaugurarse, se acababa el aprendizaje. Sylvia se fue tres días después; me escribió un poema críptico donde alcancé a percibir una despedida. “Me voy”, decía, “aquí ya no hay nada para mí.” Y al pie puso “creo que en Limón me espera, siempre, un vaso de agua fresca.” Escribió esto, y se puso en marcha hacia el mar Caribe. Pero continuamente me escribe, y yo guardo sus cartas como el tesoro más preciado, como si fueran, juntas, la biblia del ensueño. Me habla de Cantrell y de Isabel, y me pregunta sobre mis libros. Me pregunta si pronto he de verlos a la luz del día.

¿Será esto posible? Escribo recargado en la puerta del bar, acostado bajo los puentes super rápidos de las avenidas posmodernas, perdido a la mirada nocturna de las estrellas, escuchando el grito primigenio que brota de las comisuras de los labios descarnados de la ciudad, acostado sobre la panza de María y con los pelos de su cosa enmarañándose en mi nariz, siguiendo el rastro de las putas de la Merced y platicando con los travestidos que deambulan todas las noches bajo el roble en espera de clientes con mala vista o mala memoria. Escribo acariciándole los pechos a la muerte, oyendo el canto de Jim y Andy y W. S. y Sigmund, que han formado un coro infraceleste para la catedral de mi cabeza; escribo poniéndole aceite a las coyunturas del esfínter eterno de la Literatura. Escribo así, impartiendo justicia marginal, y me declaro escéptico en cuanto al milagro de ver algún día el sol quemando mis libros. No. No. No. Conozco muy bien a mis coterráneos. El problema aquí es que para mis compatriotas hay tres cosas: presente, pasado y futuro. Para mí eso no

existe. Sólo hay momentos para mí; instantes. Para mis hermanos sólo puede haber fotografías instantáneas, refrescos instantáneos, psicoanálisis instantáneo, candidatos presidenciales instantáneos, pero nunca Literatura instantánea. Pero es injusto adelantarme a los hechos, como ya he dicho antes. Sólo me queda esperar a que amanezca, esperar las campanadas del reloj lunar, o ir a chuparle la oreja-clítoris a mi perrita bisexual.

Hace ya tiempo que María y yo vivimos juntos. "En pecado", jé, jé, diría mi madre. Y vaya pecado que es éste. Hemos traído a la muñeca tuerta a vivir con nosotros. Le damos de comer pan de centeno. Trajimos también el affiche de Dolores del Río y lo colgamos de cabeza en la puerta. La perra insiste en que tiene cara de huérfana. Durante algunas noches nos dedicamos a indagar los sinónimos de la palabra sexo en la enciclopedia. Hemos encontrado linduras excepcionales: verga, palo, pene, camote, vara, pelona, me sobas, para el del varón; coño, conejito, vagina, túnel del amor, cosa, cosita, pendejera —¡qué feo!—, cañería, boquita, para el de la mujer; y amor, cópula, pasión, acto carnal, y algunas otras idioteces para el acto, el hecho mismo. A las únicas conclusiones irrefutables a las que hemos llegado son que hay hombre y mujer, varón y fémina, caballero y dama, macho y hembra, y que definitivamente el sexo es reconfortante e inagotable. Tenemos esperanzas en que este amor que tiende sin remedio al canibalismo no nos traicione, como lo ha hecho con otros; nos gustaría morir ensartados, juntos como siameses. Quisiéramos vivir nuestra vida eterna encerrados en esta habitación, dejando que los sueños nos en-

vuelvan en espera de Dios. Continuamente pensamos en él, y en Abraham. Ahora ellos están en algún lugar de algún lugar, y todo lo que dijésemos resultaría inútil. El señor y su esposo viven ahora lejos de aquí, y seguramente piensan en el juego de ajedrez que ha quedado inconcluso. María y yo hemos sobrevivido al tiempo de la ira. Pocas esperanzas nos quedan pero, mientras llega la fatalidad, copulamos y sangramos en lento viaje hacia el futuro.

Estoy escribiendo ahora el libro de María. A veces soy injusto, a veces plañidero, a veces simplemente escribo la verdad. Tal vez ni siquiera sea ella; pero lo hago por y para ella. Lo ha esperado mucho tiempo. No la justifico; simplemente le doy vida. Me dedico a cortar y pulir el diamante. "Imagino lo que podrías escribir sobre mí", dijo alguna vez. Bien, pues ya no lo imaginará. A veces me es difícil verla, porque al hacerlo me recuerda a Udab. Se parecen tanto como Satán a Dios. Udab decía que ambos habían puesto algún día, en el inicio de los tiempos, la empresa de la discordia; el único negocio que ha prosperado en verdad en toda la historia del cosmos. Mi amigo está muerto y no puedo remediarlo. Es un sentimiento tan ambivalente que a veces creo que todo esto nunca ha pasado. Ahora que el amor ha muerto me parece más vivo que nunca. Puedo sentir su fuerza voluptuosa en el aire cuando miro sus pinturas, esos cuadros caóticos que nos heredó a María y a mí. Los días pasan y el camino se pierde; las aves caen del cielo. Ayer encontramos un pequeño pájaro muerto en la terraza, delicado y emplumado con joyas extraterrenas; lo enterramos junto al roble, en la banqueta, y le pusimos una maderita que decía "Udab",

con letras doradas. Los niños del parque la rompieron hoy en la mañana con su balón de fútbol americano. Creo que, tal vez, mi amigo no quiere un sepulcro. No cabe en una tumba: ni siquiera cabría en la de Franco o en las pirámides de los faraones. Su grandeza sólo cabe en el aire, en el mundo entero. Que los muertos entierren a sus muertos. Ahora sé cuál será mi homenaje: pondré durante cien noches el Canon a sonar a todo volumen, sodomizaré a su hermana y, probablemente, quemaré sus cuadros íntimos. No importa su vida, lo que importa es que vivió. Como él mismo lo dijo, no importa si somos muchos, lo que importa es que somos. Lo importante es que fuimos los únicos que buscamos al Señor. Fuimos la vanguardia del nuevo orden. Fuimos los únicos que encontraron la nobleza y que se sublimaron ante la belleza del espíritu humano. Fuimos hombre frente a hombre. Perdimos nuestra juventud para darnos el placer de reconquistarla. Caminamos a alturas insospechadas y nunca sentimos vértigo, porque siempre miramos hacia arriba. Fuimos los únicos que vieron a Dios y que rieron con él. Fuimos los únicos que imaginaron.

Hemos imaginado al mundo en vertical.

¿Qué otra cosa podíamos hacer?

Noviembre 1993 - Septiembre 1994

México D.F. México, país.